

Rosalinda Martínez Nieves

HOGAR ORQUÍDEA

*Mercantilismo y migrante latina en Estados Unidos.
Un proyecto humanizante*

Prólogo de Paula de Gortari



UNAM San Antonio
Biblioteca Arte & Cultura
Foro Internacional de Estudios de Género y Diversidad

Rosalinda Martínez Nieves

HOGAR ORQUÍDEA

*Mercantilismo y migrante latina
en Estados Unidos. Un proyecto humanizante*

Barrio latino de East New Hall, Tijuana,
California, Estados Unidos

Prólogo de
Paula de Gortari

Miguel García Audelo
Editor



UNAM
SAN ANTONIO



Biblioteca
Arte & Cultura
UNAM San Antonio



FORO INTERNACIONAL DE ESTUDIOS
DE GÉNERO Y DIVERSIDAD
UNAM SAN ANTONIO

UNAM San Antonio

Ing. Paula de Gortari Pedroza
Directora

Laura Carreón
Asistente de la Dirección

Alfredo Ávalos Lara
Comunidad y Cultura

Zoraida Serrano
Departamento de Español

Stephanie Regalado
Criste Tonra
Departamento de Inglés

Antonio Huereca
Adriana Bartolo Díaz
Departamento de Administración

HOGAR ORQUÍDEA

Mercantilismo y migrante latina en Estados Unidos. Un proyecto humanizante.

Barrio latino de East New Hall, *Tijuanita*, California, Estados Unidos

Rosalinda Martínez Nieves

UNAM San Antonio

Biblioteca Arte & Cultura

1. Martínez Nieves, Rosalinda — 2. Immigration History — 3. XX Century — I. Miguel García Audelo (ed.) — II. Paula de Gortari (Prol.) — III. UNAM San Antonio — IV. Biblioteca Arte & Cultura.

D. R. © 2023 Rosalinda Martínez Nieves (Au.)

D. R. © 2023 Paula de Gortari (Prol.)

D. R. © 2023 Miguel García Audelo (Ed.)

D. R. © 2023 UNAM San Antonio – Biblioteca Arte & Cultura
600 Hemisfair Plaza Way San Antonio, TX 78205.
United States of America.

Portada: *Personas despidiéndose de un tren que transportaba a 1500 mexicanos desde Los Ángeles el 20 de agosto de 1931*. Archivo de noticias diarias de NY. Public domain.

Contraportada: Don Dornan, *Vista aérea de Los Ángeles*, 1967. Library of Congress of Washington. Public domain.

Ofelia Mercado Arzate, *design*.

Aída Flota, *proofreading*.

Ana María Vicens, *proofreading*.

First edition.

ISBN: 979-8378-344-37-6

All rights reserved. This work may include contents whose reproduction rights have been limited to this non-profit academic edition. It is up to the publisher to determine whether the citation of texts or the reproduction of parts of the work for criticism or scientific research should be associated with this source. Reproduction for scholarly purposes is authorized, provided that the source is properly cited.

Work printed on demand in The United States of America, Latin America and Europe. The Biblioteca Arte & Cultura welcomes your comments by emailing mgaudelo@unamsa.edu or visiting our website <https://unamsa.edu/mx/> to take a look at our educational, cultural, and publishing offerings.

Índice

Prólogo	13
CAPÍTULO I	
Proceso de epifisis, analogía de la adaptación trasnacional de la migrante mexicana de origen rural	19
INTRODUCCIÓN	19
Sociología de género y el concepto de patriarcado	23
<i>Los estudios de género como una respuesta académica a un movimiento social</i>	27
Género: genealogía y acepción	28
Metáfora. Un modo de descubrir, racional y didáctico	30
<i>Epifisis: Designar el esfuerzo autor del hogar transterritorial</i>	30
El rizoma y los procesos individualizados. Una metáfora planteada por Deleuze y Guattari	33
<i>Epifitas inmigrantes. Una saga vegetal donadora de analogías</i>	37
<i>Visibilizar el destierro</i>	41
Estructura de este ensayo	43
Técnicas de investigación: un aparato crítico y conceptual	46
<i>La representación: horizonte y unidad de tiempos</i>	46
Métodos de investigación adecuados, justos e históricamente incluyentes	48
<i>Determinación biográfica: cuidadoras</i>	49
El trabajo de campo. Una muestra no estadística	40
CAPÍTULO II	
México-Estados Unidos: procesos migratorios y emigración femenina	53
La migración a Estados Unidos, una condición histórica	53
<i>La Unión Americana, una sociedad de origen inmigrante que multiplica su riqueza importando al dream worker</i>	56
Se requieren brazos para trabajar en los campos agrícolas de Estados Unidos. El arribo de un trabajador que surge apocado	58
Migración por trabajo. La fase indocumentada se neoliberaliza	62
<i>La IRCA, un periodo de amnistía que reúne a familias inmigrantes y detona el tránsito irregular</i>	62
La fase indocumentada, redituable giro del crimen organizado y neoliberal	66
La migración femenina	69

<i>Factores que impulsan la movilidad femenina</i>	72
Desastre agrario y flexibilización laboral: una trama que incluirá al género	72
Modernización, agroindustrialización y socavamiento de la subsistencia del pequeño productor	75
La migración: una salida impuesta por la división global del trabajo	77
CAPÍTULO III	
Cruce internacional: el flujo mercantilista asimilado por ellas	81
El fenómeno migratorio bajo el peso metafórico del flujo	81
<i>Una representación que, en lugar de referir a lo humano, le interpreta como objeto</i>	82
Mercantilismo. <i>Se conceptúa un vicio deshumanizante derivado de los procesos económicos</i>	83
El proceso de mercantilización y su tecnología deshumanizante	82
Razones, causas y vicisitudes del traslado de la migrante: perspectivas testimoniales	88
<i>Razones femeninas para emigrar, las de orden sentimental subyacen a las materiales</i>	92
Movimiento femenino ¿repetición o cambio?	91
<i>Causas de la movilidad</i>	93
Mujeres multimigrantes	93
Esposas impulsoras de migrantes y madres cuidadoras	94
Mujeres que huyen del maltrato, la violencia, el acoso y el abuso sexual intrafamiliares	95
Vicisitudes del cruce femenino	98
<i>Mujeres que no atraviesan solas</i>	99
<i>Madres migrantes y cruce de niños</i>	99
<i>Me pase corriendo con un pie descalzo. Tratamientos de género</i>	101
<i>Situaciones azarosas</i>	106
CAPÍTULO IV	
Primeras impresiones en tierra ajena y saga del empleo	109
Recién llegadas	109
<i>Dimensionar el espacio receptor</i>	110
Migración en red e inmigrantes pioneras	111
Estrategias para facilitar techo y sustento	113
¿Intimidad? ¿Parejas? ¡Hay que arreglárselas!	115
Códigos de subsistencia. Toda mujer sabe cómo limpiar una casa	118
Saga del empleo femenino	121
<i>Inmigrantes y enclaves laborales: el abanico informacional de California</i>	121

<i>Trabajadoras inmigrantes de hábitos patriarcales. Un perfil necesario</i>	125
Disposiciones de género y adaptación laboral	127
<i>Las dos vertientes laborales del trabajo femenino</i>	130
Estructura laboral de género manifiesto. La experiencia como condición	132
La estructura laboral de género implícito. Una extensión flexibilizada	138
<i>En el feudo de red laboral el filtro se padece de paisano a paisano</i>	145
El racismo de los pequeños blancos revivido: chicanos y mexicanos	149
Aunque tenga la piel trigueña, no hablo ni entiendo español	152

CAPÍTULO V

Construir el hogar ante el destierro es sostener la vida sobre la voluntad: el rizoma	155
Migración posmoderna y mercantilización de tránsitos. Los nuevos destierros	155
<i>Inmigrantes para especular. Asumir el sistema de riesgo es transitar el vacío</i>	155
<i>Por trabajo, pero sin documentos. Un proceso contemporáneo de bastardía social</i>	157
<i>La condición transterritorializada, logro inconcluso que precisa un nomos y un ethos</i>	158
<i>Un existir que carece de sostén. La vida invertebrada</i>	160
En tierra desolada, la voluntad como oportunidad	163
Construir un hogar	165
El hogar inmigrante: vital. El hogar familiar: reeditor de marcos patriarcales	166
Un hogar inmigrante como subsistema de subordinación social	170
Un rol económico en la ciudad global: el patriarcado útil	171
Los procesos de epifisis y rizomas (raigambre), metáforas del hogar transterrado	173
<i>Migrantes esenciales, un proyecto de hogar y reterritorialización de la vida</i>	173
<i>La importancia de la vivienda y la designación culturizada sobre quién hace el hogar</i>	176
Construir el espacio: petición-concesión de intimidad femenina	180

CAPÍTULO VI

El hogar transterrado. El despliegue del comportamiento epifito. Enraizar sin suelo y crecer en ello	183
Acondicionar una vivienda. Entre el rizoma (raigambre) y la actitud epifita	183
<i>Cuando habitar como mujer es habilitar para todos</i>	183

Aun cuando subterránea, germinar la vinculación es tarea de ella	188
<i>El rol sacrificial (modificarse de tallo a raíz). Hogares y división sexual del trabajo</i>	188
Pareja conyugal y tradición como amparo: las pequeñas raíces adventicias	192
Epífitas: afianzarse floreciendo. Tener hijos asienta la vida y da sentido al futuro	196
¿Maternidad, maternazgo, o ambos?	197
<i>Mamá: ¡Si usted me ayudara con mis niños!</i>	200
<i>¡No te devuelvo al niño porque yo sí lo sé querer!</i>	202
<i>Aun si te cuidan a tus hijos... La dualidad maternidad-maternazgo in situ</i>	203
<i>Él nunca sabe si los niños comen, cómo están, quién los cuida, ni lo que yo pago</i>	208
CAPÍTULO VII	
Disposiciones epífitas y espacios simbolizados. Lo doméstico se construye	211
El sustento familiar, las copartícipes y el mito del proveedor	212
<i>Proveedoras. Participación doméstica tradicional, pero ampliada</i>	214
El malestar femenino	218
Tecnología doméstica y nodos sistémicos	221
<i>Estafetas de género</i>	221
Ella como proveedora, una transformación latente	226
<i>Las compras simbólicas reproducen jerarquías. Él paga renta, yo, marketa y ropa</i>	230
CAPÍTULO VIII	
Filamentos vinculatorios. Deficiencias del modelo subyacente al apuntar a los órdenes sistematizados	235
Socialización: una plataforma limitada por sus deficiencias	235
De la actitud epífita al rizoma. Captar el espacio social	237
<i>Hacia la integración social: actitudes, hábitos y carencias</i>	239
El caso Tijuana	240
El intento de la vinculación frente a los tropiezos de la autoestima	242
¿Quién está frente a los aprendizajes urgentes?	243
<i>Membresía doméstica internalizada. Aprendizajes que precisan modificarla</i>	245
La influencia del origen social: otro factor de condición subalterna	249
Globalidad y subsistencia ¿Qué se opone cuando ellas deciden aprender?	251
¿Un hogar funcional o deshacer membresía? Cuando estudio, la casa se cae de sucia	256

Contextos para la educación de la madre y los hijos: disyuntivas e interdependencias	258
Cuando ella se ocupa de educar a sus hijos. Batallas testimoniales	264
Necesidades urgentes: saber y poder transportarse	266
<i>Saber manejar y tener un auto. Apropiarse del reto</i>	269
Conclusiones	273
Conclusiones capitulares	275
Epílogo	287
Tramas de reiteración, que actualizan tratamientos de género	288
Covid-19 y roles previsibles: Invisibilizada y bajo presión, la migrante según el informe GEPI	292
Tareas pendientes	295
Bibliografía	295

Prólogo

Si algo llama la atención en el ambiente cultural de las grandes ciudades americanas, es la presencia de los mexicanos. Y cómo no habría de ser así. De acuerdo con el *U.S. Census Bureau* (2023), de los 333.2 millones de habitantes que actualmente tiene Estados Unidos, 18% de ellos son de origen hispanoamericano. De ese número que equivale a 59.94 millones de personas, 63% nacieron en México, es decir, los mexicanos representan un promedio de 36 millones de personas que habitan en Estados Unidos en condición de migrantes o ciudadanos estadounidenses que se identifican de origen mexicano, lo cual explica muchas de las dinámicas sociales y económicas que ocurren especialmente en ciudades como Los Ángeles, San Francisco, Phoenix, Chicago, Houston, Dallas y, por supuesto, San Antonio, Texas.

La historia de los mexicanos ante Estados Unidos es larga. La convivencia entre el virreinato y las colonias antes de 1821 fue mucho más dinámica de lo que imaginamos. A partir de esa fecha, pasando por 1836 y hasta 1848, la vecindad se volvió poco menos que complicada. Durante la segunda mitad del siglo XIX, los mexicanos que quedaron del otro lado llenaron la nueva frontera de historias fabulosas que parecen sacadas de la fantasía: pueblos enteros que se mudan a la ribera sureña del río, llevando consigo sus pertenencias y hasta los huesos de sus muertos; localidades que vivieron en una permanente resistencia ante las nuevas autoridades; o ciudades que se encapsularon en el tiempo y hoy en día hablan un español muy similar al decimonónico.

Entrado el siglo XX, la cercanía entre las naciones y las tensiones bélicas venidas de todos lados dinamizaron aún más lo que era natural de sur a norte: la migración de personas que buscaban un sitio dónde trabajar de manera temporal o permanente. Esta tendencia se vio a la alza con las exigencias de una economía bélica que dirigió todas sus energías al sostenimiento de los ejércitos en el frente europeo, en el cual, desde luego, la participación de los trabajadores mexicanos en

Estados Unidos fue clave en la victoria obtenida por los aliados en 1945. En la era de la posguerra, los combatientes regresaron a casa y reclamaron su sitio en la sociedad a la que habían salido a defender, desplazando de nuevo a los migrantes y situarlos en una situación un tanto complicada.

Hacia 1960, el panorama era distinto. Los primeros resultados de las migraciones masivas comenzaron a manifestarse en nuevos tipos de expresiones culturales. El asentamiento de los mexicanos en las principales urbes del sur-suroeste de Estados Unidos dio lugar a corrientes sociales que pretendieron un lugar entre los demás ciudadanos. El estallido de nuevos conflictos alrededor del mundo reclamó su participación en ellos, no siempre recibiendo la debida recompensa por sus sacrificios que, en muchos casos, quedó en el olvido. Sin embargo, los que no combatieron vieron llegar nuevas oleadas de migración y, por tanto, otras generaciones que las enriquecieron e interactuaron con realidades que les presentaron grandes desafíos al punto de la amenaza, la cual libraron a causa de su característico tesón.

Como resultado de los tratados económicos y diplomáticos establecidos por México y Estados Unidos en la última década del siglo, se incrementó la presencia de los connacionales y, con ello, un aumento del envío de remesas, con lo cual nuestro país, diez años después de la firma del Tratado del Libre Comercio, quintuplicó sus ingresos por esa vía, alcanzando un máximo histórico entre 2004 y 2005. Este indicador económico, también se da en lo social, ya que muestra cada vez más la gran influencia de los mexicanos en los asuntos públicos y culturales de Estados Unidos. También lo es como un objeto de estudio complejo cuyas particularidades ofrecen inacabables vetas de estudio para los especialistas que tratan de analizar y comprender este fenómeno mediante la creación de obras como la presente, que, además de combinar el estudio sistemático sobre la dinámica de una población en específico, compagina el arte del relato testimonial para fundamentar, más allá de lo teórico, la perspectiva que se ofrece sobre Los Ángeles y la vida de los migrantes ahí.

En esta obra se analiza precisamente el proceso de adaptación transnacional de esos inmigrantes, pero, sobre todo, de la inmigrante. Para contrastar la vulnerabilidad de su condición indocumentada,

la autora utiliza un símil del tratamiento antihumano derivado de la globalización económica: ¿cómo se es inmigrante?, ¿quién es?, ¿quién dice ella que es? Rosalinda Martínez Nieves colecta testimonios, cuenta sus historias de vida y las conjuga en una investigación participativa en la que encuentra que, a diferencia de la migración varonil, en la de ellas hay dos consignas genéricas que transforman el proceso de habitar el destierro.

Asimismo, el cuidado de los otros y el proyecto de hacer hogar atenúan el desamparo, humanizan la migración y preservan tramas sociales. Para asir esta labor, la autora recurrió a una metáfora: el proceso epifitótico. Ante la escasez de luz, algunas plantas “aéreas” como las orquídeas se destierran para emigrar a las copas de los árboles. Precariamente instaladas, producen su alimento, florecen, modifican sus tallos y desarrollan rizomas. Igual que las orquídeas, la inmigrante retratada en el presente estudio se aferra a un sistema ajeno y habilita un proyecto espacial. La analogía que sintetiza los procesos biológicos y sociales se complementa con la teoría filosófica del rizoma, sugiriendo que, ante la desolación, devenir rizoma significa depender de la voluntad propia, única alternativa, y advertir que la construcción del hogar implica un enorme esfuerzo genérico.

Martínez Nieves, al combinar metáforas y conceptos filosóficos, examina la compleja idea del patriarcado que subyace a los servicios flexibilizados de la ciudad global, proveídos por la comunidad hispana. Entrenada en ellos, la recién llegada asume sus roles tradicionales y los imbrica a sus relaciones familiares, domésticas y laborales. Así es como emerge una jornada interminable, esencial para el sostén del hogar de bajos recursos. En virtud de todo lo anterior, la autora considera que el proyecto familiar, lleva a la inmigrante a lidiar con un pesado entorno de responsabilidades, subordinación y múltiples carencias que afectan a la familia, especialmente a los hijos.

Hogar orquídea es un título publicado por la Biblioteca Arte & Cultura de UNAM San Antonio que recoge elementos filosóficos, sociológicos, históricos y sociales con el fin de construir un poliedro de caras brillantes, con aristas que señalan hacia los problemas económicos, políticos y culturales de un proceso de movilidad de larga duración que explica la actual situación de los mexicanos, y los hijos de los

mexicanos nacidos allá, de unos años a la fecha. Títulos como el que ofrecemos, ahora contribuyen sustantivamente no solo a la comprensión del acto migratorio en todos sus sentidos, sino que, en particular, aporta una visión específica que invita a los que tienen las competencias para que se corrijan las políticas y se mejore la condición de esos connacionales en una tierra donde se sienten, por lo general, extranjeros, y en la que tratan de reproducir, mediante la memoria, la imagen más bella de la patria que los vio nacer.

PAULA DE GORTARI

Directora UNAM San Antonio

CAPÍTULO I

Proceso de epíffis, analogía de la adaptación transnacional de la migrante mexicana de origen rural

- I. *Quien ha habitado el infierno de los campos de la muerte ha experimentado esta alteridad radical. Esta comunidad sin atributos. Despojado de todo, de su nombre, de su dignidad (Delgado, 2002: 147). Para muchos el tiempo se detiene en el momento en que salieron de su tierra, de su casa, de su morada. La interioridad se inmoviliza, se adormece (Carretero, 2009: 114). La comunidad sin atributos no añora la dignidad perdida, pues, al igual que la libertad, la dignidad se conquista y se vive en cada momento (Delgado, 2002: 147).*
- II. *Basta entrar en un cuarto de cualquier calle para que toda esa fuerza extremadamente compleja de la feminidad salte a la vista –¿Cómo podría ser de otro modo? Porque las mujeres han estado sentadas ahí dentro, todos esos millones de años. Ahora las paredes están impregnadas de su fuerza creadora que ha superado de tal modo la capacidad de los ladrillos y la argamasa que ahora debe atarse con plumas y pinceles y negocios y política. Pero este poder creador difiere mucho del poder creador de los hombres. Y debemos admitir que sería una pena si lo obstruyeran o lo tiraran, porque fue ganado con siglos de la más severa disciplina, y no hay nada que pueda reemplazarlo. Londres 1929 (Woolf, 2005: 96).*

INTRODUCCIÓN

Observemos un hecho grave. El proceso de acumulación económica moderno y, en la actualidad globalizado, denigra y socava lo humano, quebrantando sus instituciones y prerrogativas. En este escenario, la migración económica, denostada y criminalizada a la zaga del desempleo y el comercio de cuerpos, se convierte en una de las más mortíferas expresiones de desigualdad social y deshumanización. ¿Quién la padece? Tan solo aproximar la respuesta es paradójico. *Alguien* que, pese a ponerse en peligro, intenta pasar inadvertida (o), ocultando su nombre. Además de procurar una soledad discreta y jugarse las claves de la identidad –a veces para nunca más recuperarlas–. Quien asume

tal *riesgo* personaliza sobre sí dos malestares públicos: el impulso decadente de una emigración ineficaz, aún familiarizada con los no muy lejanos años en que la industria maquinizada demandaba trabajadores y el abandono socioeconómico que el proceso de mundialización del mercado ha provocado en la mayoría de la población.¹ Cabe aclarar que fue durante el proceso fabril en serie que inició este agravado proceso de reificación del desposeído: mercancía-mano de obra, trabajador-objeto. A diferencia de entonces, el hoy expectante de ser contratado acude a un llamado sordo: el trabajo desaparece.

Determinado a huir de la desigualdad y de la corrupción del Estado, el migrante mexicano signó, desde su experiencia, la vecindad y la relación laboral México-Estados Unidos. A la par, su desplazamiento ha registrado el anclaje de modos específicos y genéricos de producir y servir. Fue durante la construcción de vías férreas y el cultivo de las tierras que el patrón estadounidense se allegó de trabajadores “fuertes”, “agrestes” y “resistentes” –periodo de migración varonil que incluye las etapas del Programa Bracero–. El periodo maquilador fue distinto, prefirió mano de obra manual y con actitud “hacendosa”, “paciente”, “vigilante”, es decir, femenina. Cuando la mujer hizo su arribo, marcó la otra etapa. El flujo se volvió familiar. Ella trajo consigo un modo específico de subsistir en el otro lado, sin duda, influido por un neoliberalismo cada vez más violento. Aunque su desplazamiento aconteció vía las redes culturales de intercambio entre México y Estados Unidos, complementado por la oportunidad de amnistía, derivada de la *Immigration Reform and Control Act* (IRCA), también ha coincidido con etapas en que la frontera tiende a sellarse, clausurando la migración de retorno.

Con documentos o en la irregularidad, la llegada de la mexicana se haría notar por su potencial laboral multifacético. Conglomerado de las ventajas materiales del capital y de todos los estratos sociales, la

¹ El nuevo siglo se inició con más del 69% de la población del planeta que sobrevive malnutrida, frente a menos del 1% de las familias más ricas que controlan la economía mundial. Al respecto, sociólogos como Goldthorpe proponen que, aun cuando constituye una minoría ínfima en el esquema de clases, la élite del poder se puede eliminar de este, como si no tuviera injerencia en su ordenamiento (Guiddens, 2006: 310).

ciudad global recibió –por no decir *atrajo*–, a la proveedora de aquellos oficios que se aprenden en la pobreza, en la división sexual del trabajo y en los entornos semirurales de Latinoamérica. Los servicios desempeñados por la inmigrante latina, contados entre los más flexibles y menos remunerados, son imprescindibles. Alguien tiene que cocinar con mínimos recursos, cuidar y alimentar a bebés propios y ajenos, servir los platillos o vigilar la disciplina de otras mujeres, alrededor de la producción de botellas de cloro. Ante la presencia de la latina, la oriental, o la iraní, el modelo estadounidense de producción vio completar sus expectativas flexibilizadas, funcionando –y esto resulta fundamental–, en correspondencia con un modelo cultural que, como sugiere Castells (II, 2001: 182), parece predominar en las minorías empobrecidas que integran la población estadounidense: el patriarcado (II, 2001). Un modelo y una visión del mundo que la mexicana conoce y maneja, y dadas las condiciones del exilio, reproduce.

Pudiera pensarse que, como lo sugiere nuestro autor, el sistema de dominación sobre las mujeres y los niños, detentado por el patriarcado, se encuentra en extinción por la integración femenina al trabajo asalariado. La presente investigación demuestra que no es así, no en el contexto de vida que la inmigrante latina propicia, tampoco en el que le recibe. En otras palabras, la flexibilización del trabajo en la ciudad global impide la retirada de las estructuras patriarcales en la minoría latino-mexicana indocumentada.

A juzgar por las experiencias aquí relatadas, en el barrio latino de New Hall, una de las referencias de este estudio, la emancipación femenina, posible para las mujeres de la clase media y alta estadounidense, se detuvo en el ejercicio de dinámicas laborales. A partir de oficios estratificados y de sus rutinas concomitantes, la subordinación de las habitantes de ese lugar aconteció sistemáticamente funcional, no solo respecto de las esferas culturales que les fueron propias, sino con motivo de las habilidades con que ellas se insertaron en una economía que las demandó.

Además de lo anterior, reproducido en el modo de orientar la vida diaria y sus metas, el modelo patriarcal procurado por estas mujeres, además de desplegarse en oficios, reorientó su destierro para dar lugar a un vínculo social capaz de sobrepasar sus circunstancias migratorias.

La adhesión a instituciones eclesiales, apologistas del liderazgo masculino, formó parte de esta vinculación al lado del reconocimiento social de hogares de latinos, que se evidencian en el registro y cumplimentación de los ciclos escolares de sus hijos. La educación y la atención doméstica procurada por estas madres permitieron este enlace exterior. De hecho, fue la reiteración de patrones de ahorro tipificados como femeninos y provenientes de la cultura de origen los que constituyeron su guía de subsistencia económica, tanto para la administración doméstica de sus recursos, como para la obtención de sus ingresos. Entrenadas en la pobreza, estas mujeres hicieron rendir salarios magros e informacionales, escampando periodos de desempleo mediante la eventual limpieza de casas, cuidado de niños, traslado de escolares a pie en condiciones inclementes, empaque y venta de comida, etcétera.

De lo anterior, resalta que lo que parece trivial a la cultura latina, representa una gananciosa cualidad para la urbe global. Si la libre empresa demanda trabajadoras a tiempo parcial, nanas encerradas que a la vez puedan rendir como enjundiosas empleadas domésticas o madres lactantes dispuestas a laborar terceros turnos para poder atender a sus bebés durante el día –aunque no duerman–. En relación con las inmigrantes latinas J.C. Monedero habla de la importancia del hogar como hoguera que logra domesticar el fuego, que transforma la vida. En tal sentido, el hogar construido por la migrante es un reducto de amparo ante la globalización, pues como este autor cita, el gran problema de la globalización es su cualidad desterritorializante, proclive a olvidar los valores, a descontextualizar la moral, de ahí la importancia de la labor femenina de hacer hogar. Bajo el peso de rutinas inequitativas, la procuración del hogar permitió a las informantes contar con un espacio familiar resignificador de una alianza: la unidad-grupo, robustecida por rituales familiares, simbólicamente reterritorializantes. En su papel de esposa o madre, la mujer fortaleció su avatar contra la indefensión jurídica, la carencia y la estigmatización. El proyecto genérico, promotor del grupo familiar, la vivienda y la integración, aquí se reveló de autoría femenina, reivindicando al sujeto en comunidad y le procuró espacios y cuidados. De ahí el empleo de la alusión *rizomática-epífita*, una analogía de tal esfuerzo. En la aridez del desierto, la voluntad encarna al rizoma (Deleuze-Guattari, 1977), ellas

han devenido rizoma, fraguando un subrepticio resurgimiento, el de la familia intergeneracional. La epífisis (término botánico que designa la actitud de la orquídea para emigrar, sobrevivir a un entorno adverso, florecer y abastecerse en un medio que le acontece precario y al que termina enriqueciendo), parece describir esa voluntad genérica, hecha explícita mediante la metáfora del comportamiento de la orquídea (epífita y rizomática a la vez), que se abraza al árbol (sistema), con sus tallos modificados en forma de raíces. La adaptación aquí denominada rizomática-epífita hace posible la sobrevivencia de la inmigrante indocumentada y su núcleo familiar, en las condiciones adversas que le impone el destierro. Debe resaltarse, sin embargo, que tal focalización señala hondas inequidades. Si estas inmigrantes se afianzan a toda oportunidad, para *territorializar en lo desterritorializado*, su hacer emana de un género que reproduce la subordinación patriarcal. Conforme a lo observado, ellas deben lidiar su adaptación, desposeídas en doble vertiente: en la cultura sexista de origen y en la conquista de una vida anónima que, para desarrollarse, amerita reproducir los moldes de un patriarcado funcional, útil al sistema económico, pero detractor de su emancipación. En esta nueva etapa, siendo ella *el otro*, la que acude a una ruta comercial que tiene la producción como valor, ¿qué significa *ser* emigrante? ¿quién es la emigrante? ¿quién dice ella que es? La experiencia de subsistir en el *otro lado* como mujer, fue el universo aquí investigado. En tal sentido, este trabajo sugiere que, compatibles con las condiciones impuestas por la flexibilización del trabajo y con la demanda de servicios estratificados, es en minorías como la mexicana, donde prevalecen las estructuras patriarcales que favorecen el desarrollo económico en la ciudad global.

Considerados los antecedentes de un desplazamiento motivado por crisis nacionales, deterioro agrícola, implementación del plan maquilador y procesos de espera de maridos ausentes (Arizpe, 1975; Lara, 1997; Szasz, 2000; Marroni, 2001, 2005), el objetivo de documentar el contexto de vida de la inmigrante, en relación con el despliegue de sus habilidades insertas en modos de producción *patriarcal*, fue directamente experimentado en esta investigación, registrando su dinámica secuencial y su causalidad íntima y particular. Del modo que alguna vez lo hiciera Bustamante (1985), las pesquisas de campo

se realizaron por medio de la experiencia participativa, lo que incluyó caminar y habitar los espacios que la indocumentada recorre (de traslado, laborales, domésticos y de interacción social), para posteriormente analizarlos a partir de un compendio adicional: las historias de vida de las familias que incluyen hombres y mujeres habitantes de un barrio latino.

Con base en las acotaciones literarias en torno a la paulatina incursión de género hacia el país del norte, se encontró que la tesis de Hernández (1990), sin involucrar una experiencia participativa directa, constituye uno de los pocos antecedentes dedicados a conocer, desde México, una perspectiva holística de la experiencia transnacional femenina. Lo anterior resulta comprensible en tanto la migración familiar y la adhesión de la mujer a la migración internacional son relativamente recientes y a que, desde México, la comprensión académica del fenómeno en cuestión es exigua, lo que obstruye su separación de lo internacional. Al respecto, informes como el de Durand (1998) reconocen el cambio social aparejado a la irrupción de la trabajadora latina y lo ubican a partir del periodo de amnistía IRCA. Aparte de lo ya mencionado, este trabajo observa que las indagaciones más notables alrededor del tema de migración y género, específicamente en torno a la complejidad vivencial de la migrante latina asentada en Norteamérica, fueron realizadas en Estados Unidos, e involucran aspectos fundamentales en torno a una veta de investigación urgente. Hondagneu-Sotelo (1994) llamó la atención sobre la dolorosa separación transnacional entre la inmigrante económica y sus hijos, al abordar también las circunstancias en que se desenvuelve la labor de las empleadas domésticas de origen latino (2001). Al evidenciar las relaciones de dominio que sobre estas mujeres se ejercieron, la autora trajo a cuentas la persistencia de los roles históricos antes desempeñados por la servidumbre africano-americana, hoy a cargo de hispanas, en ambientes no pocas veces caracterizados por situaciones estigmatizantes y privados de legal que encubren distintos abusos. Aquí cabe resaltar que las condiciones de encierro permiten abusos laborales que lindan en condiciones de semiesclavitud. Insoslayable, la temática citada ha enfocado tópicos de un universo que amerita ser ampliado. El estudio del proceso de asimilación cultural del latino implica múltiples

ángulos. El aquí caracterizado, enfatiza la experiencia directamente percibida alrededor de un ciclo: la fase de adaptación de la recién llegada, recuperada desde el plano laboral, el rol maternal, la estructuración organizativa y material del hogar como espacio doméstico y como unidad habitable, implementada desde las metas de género. Documentar cómo la mujer, allende las fronteras, organiza su relación con lo económico, político y cultural en un país distinto, y cómo sobrelleva las condiciones marginales de la irregularidad migratoria y amplía el concepto *historicizante* (Bourdieu, 2010) de un proceso que hoy “también ha sido de ellas” (Tuñón, 1998: 7), incluidas otras voces, las no oficiales: trabajadoras, amas de casa, hermanas o madres, todas ellas portadoras de una experiencia que trasciende el estatus y espacio, y que tiene al hogar como meta.

Sociología de género y el concepto de patriarcado

Dado que el concepto vertebral de esta investigación es el patriarcado, viene al caso revisar su formulación crítica, al observar que esta permitió abstraer un sistema opresor que permeaba todos los campos de la cultura y el conocimiento humano. La crítica del patriarcado como estructura de dominación característica “por la autoridad impuesta desde las instituciones de los hombres sobre las mujeres y sus hijos, en la unidad familiar” (Castells, 2001: 159), constituyó el más fuerte argumento a favor de la emancipación femenina, y dio lugar a un objetivo mundial: la equidad de género. Desde entonces, hubo de discernir una cuestión, ¿cómo actúa el género en las relaciones humanas? Ocupada en investigar el papel de los roles sexuales en el sujeto social, a partir de la relación entre aspectos subjetivos e identidad (De Dios, 2004: 16), la sociología de género se encaminó a comprender el papel de los géneros sexuales, y los independizó del sexo biológico, como hechos sociales, y con ello dar lugar a la *perspectiva de género*.² Debe agregarse que el razonamiento hacia el patriarcado como modelo se

² En *El segundo sexo*, Simone de Beauvoir desarrolló una formulación básica para la perspectiva de género, al plantear que las características humanas consideradas como femeninas son adquiridas por las mujeres mediante un

volvió aún más asequible mediante un movimiento crítico. El feminismo se fortaleció en la corriente estructuralista del que obtuvo valiosas herramientas filosóficas que le permitirían procesar una contundente crítica.³ Con base en los elementos de la lingüística, el estructuralismo disecciona y desmonta una constitución hegemónica antropocéntrica y masculina, que tiene como sujeto y referencia científica al hombre (*homo sapiens*). A partir del modelo analítico que la lingüística le provee, basado en la articulación simbolista,⁴ el paradigma estructuralista plantea un desplazamiento de enfoque hacia lo simbólico, y lo dota de una perspectiva en la que lo sustancial es abstraer dos datos fundamentales: las piezas del juego y las relaciones entre esas piezas. Extendido a “las ciencias... de los sistemas de signos: antropología –entiéndase etnología–, psicoanálisis y un poco en retirada, filosofía” (Wahl, citado por Daix, 1969: 136), la filosofía estructuralista recupera la crítica nitzscheana, alrededor de las bases del saber logocéntrico, donde el

complejo proceso individual y social, en vez de derivarse “naturalmente” de su sexo. Esta apreciación extrabiológica de que “nacemos con determinado sexo, pero nos construimos en mujeres y varones” (Lamas, 1996: 9, citada por Tuñón, 1997: 11), revierte el planteamiento de la mujer *naturada*, y lo enfoca en las prácticas culturales que conforman la idea de lo femenino y lo masculino, en gran medida derivadas de un persistente condicionamiento infantil, que adquiere su significación de un código o sistema de normas hasta convertirse en un hecho social (Lamas, 1996: 115). Cabe agregar que al *sistema de género* se le relaciona con oposiciones binarias: luz-oscuridad, purificación-contaminación, etcétera, que afirman lo masculino o femenino desde doctrinas e instituciones religiosas, educativas, científicas, legales y políticas (Lamas, 1996: 289).

³ Posterior al marxismo y al movimiento existencialista, el estructuralismo proyecta un método abarcador de la realidad. Según François Wahl, implica “la transformación de una parte de esos conocimientos ambiguos que en el siglo XIX se llamaban ciencias del hombre, en ciencias de lo simbólico”. (Wahl, citado por Daix, 1969: 139).

⁴ Aquí la cultura funciona como un sistema de signos cargados de sentido, sustentados en sistemas de valor. El *quid* lingüístico del análisis consiste en captar el proceso de re-invencción de la lengua en cuanto se enuncia o, como sostiene Benveniste, reconocer los términos y la relación entre ellos (1969: 13). El proceso que adhiere nuevos datos a la información que subsiste, es el proceso de la lengua de “rehacerse sobre sí misma”.

sujeto de la oración determina al predicado. La renovación de la crítica de Nietzsche es desplazada por el proyecto antropológico y filosófico. Sustentado en formas clásicas de racionalidad antropocéntrica, el *homo sapiens* al determinar su predicado-universo de conocimiento, afecta sus verdades. La deconstrucción estructuralista propone otro enfoque: la destrucción de un sistema científico referenciado sobre un sistema conceptual, que por ser antropocéntrico se encuentra incompleto, inobjetable y falseado. Argumentando que el *homo sapiens*, “el más racional de los animales, según la taxonomía aristotélica”, es una categoría idealista y carente de significado real, la nueva corriente desconoce el mito científico del hombre que “no piensa, sino que es pensado” (Foucault, citado por Daix, 1969: 29). Si la reflexión se subordina al hombre particular, en la práctica contradice con sus acciones al ser racional que se dice que es. ¿Quién es el hombre real?, ¿qué hay más allá del hombre? En el proceso de trascender al sujeto desde el estructuralismo, el hombre ya no ocupa una posición central, sino que se convierte en un elemento entre otros. “Siendo lo esencial la capa o si se prefiere la estructura en la cual está incorporado” (Lacan, en Daix, 1969: 130). *Fuera del hombre, liquidación del hombre*, etcétera, plantean metáforas analíticas que revitalizan a las ciencias particulares desviando su enfoque del sujeto constituyente hacia nuevos aspectos de la realidad (Daix, 1969: 146). Surge la interrogación estructural y dialéctica sobre las condiciones en que tiene lugar lo que se hace posible, y al interesarse más en el “cómo”, y desplazarlo al “quién”, sugiere que los fenómenos sociales se pueden comprender en su existencia, sobre la explicación de su movimiento unos sobre otros, en su situación y dinámica. En dicha trama, la forma supera los segmentos. La sociología de género recupera esta deconstrucción que trasciende la sincronía de la subordinación hacia su sistematicidad: “La significación ideológica de los contenidos es algo conocido desde hace mucho tiempo, pero el contenido ideológico de las formas es un poco, una de las mayores posibilidades de trabajo en este siglo” (Barthes, en Daix, 1969: 90).

Pretendiendo recuperar el papel de las mujeres en todos los contextos posibles, los estudios de género, mediada la visión estructuralista, enfocan su objeto en un modelo hipotético-deductivo que interpreta

el hecho social con toda su carga simbólica. Lamas (1996: 150), por ejemplo, observa que el concepto de *actor* es central para los estudios de género. En forma similar, pudiendo interrogar a diferentes sistemas del tipo signifiante: Estado, Iglesia, hombres, el género trasciende la experiencia directa, para funcionar como representación. De hecho, una vez instalado en la autocrítica, el campo investigativo, respecto de las relaciones de género, abstrae las manifestaciones de forma y contenido de la ideología patriarcal, y delata “mediante su propia institución, una denuncia de la representación” (Daix, 1969: 144-145). ¿Qué implica esto? Sistemática, la investigación de género encuentra que su propia designación devela un origen arbitrario, fincado en una *biologización* atribuida a los sexos sobre la estructuración de géneros sexuales o sobre la “notable” diferencia entre macho y hembra.⁵ Por lo anterior, incorporarle como *perspectiva* significó “ponderar, reivindicar y visualizar a la mujer” (Tuñón, 1997: 11), porque dio lugar a un análisis multidimensional, cuyas implicaciones prácticas permitieron demostrar un abanico de posibilidades por desarrollar, en relación con una factual “insuficiencia de los cuerpos teóricos existentes para explicar la persistente desigualdad entre hombres y mujeres” (Scott, citada por Lamas, 1996: 287).⁶ De acuerdo con Stimpson (1990: 171), una vez en marcha, la tarea de género se fincó en la investigación de grandes cuestiones: ¿cómo es que se desarrolló la cultura occidental

⁵ En el significado de “género femenino” hay un ocultamiento de la mujer real porque su relación con la naturaleza aparece como reelaborada. Tuñón (1997), lo explica acotando que género no es equivalente a sexo biológico y que tal confusión se discierne al analizar los discursos contenidos en el uso del lenguaje. La autora también señala que desde un manejo empírico: “género sustituye a la variable sexo” o “género se sustituye por mujer”, pero en un sentido racional y objetivo, la categoría *género* en realidad alude a la diferencia entre sexo biológico e identidad adquirida, y deslinda *sexo* como “clasificación de los entes vivos en machos y hembras de acuerdo con sus órganos reproductivos” y, *género*, como un modo de identidad cultural.

⁶ ¿Cuál es la verdadera relación entre los géneros sexuales y la naturaleza? Es una pregunta de importancia que ha sido culturalmente manipulada con una respuesta conveniente: la función social, también detectable como desplazamiento. El género *homo sapiens* dice incluir lo que omite, a la mujer.

para excluir a las mujeres de la actividad política formal?,⁷ ¿cuáles han sido los estilos de acción política al alcance de las mujeres? y ¿cómo se comparan con los de otros grupos también privados de derechos ciudadanos? Al respecto Lamas complementa: “La pregunta más importante que se planteó la antropología, fue si en todas las culturas y sociedades, las mujeres también ocupaban una posición subordinada” (1996: 104-106).

Los estudios de género como una respuesta académica a un movimiento social

De Dios (2004: 18-19) subraya que el impulso de los estudios en cuestión se debe a la existencia del movimiento feminista, “la revolución más importante del siglo xx”, realizada sobre una plataforma: El ascenso de la economía informacional global, los cambios tecnológicos en la reproducción de la especie humana y el empuje vigoroso de las luchas de las mujeres, alrededor de la obtención de servicios –agua, luz, transporte, etcétera– (Castells II, 2001: 160). El feminismo pretende el derecho al trabajo remunerado y se propone cuestionar de raíz al patriarcado y sus acepciones, por tanto, enfoca el dominio de las organizaciones de hombres, y critica al Estado por ser un nodo institucional de control. En este tenor, la familia se convierte en la unidad estratégica del cuestionamiento; sin embargo, lo que habría de detonar el cambio gira alrededor del peso simbólico establecido en torno al proveedor varón. A este respecto, Castells observa que el movimiento feminista colapsó el modelo patriarcal, al conjuntar mujeres con un mayor nivel educativo y una inserción en la economía laboral expansiva. Conforme al autor, este cambio apareja una alteración de

⁷ Esta pregunta llevó a observar referencias provenientes de los griegos, separando la casa de la *polis* en una acepción privada-pública, análoga a femenino-masculino, divisoria de lo civil y lo privado. Contemporáneos, los ecos de esta bina se reflejan en los espacios conferidos por una persistente división sexual del trabajo que hasta nuestros días asigna, sobre todo a las mujeres, los espacios privados en una acepción doméstica: el cuidado de los hijos, del marido y hogar o, que no acaba de establecer una relación equitativa en los cargos de representación institucional, aún con predominio varonil.

la rutina familiar y la inminente destitución del proveedor instituido, para dar lugar al surgimiento de nuevas modalidades de convivencia, alternativas al modelo familiar nuclear y heterosexual.

Como se verá más adelante, en el hogar migrante, el tránsito a esta condición es generacional, pero se realiza lentamente debido a que las formas de inserción social, sobre todo económicamente determinadas, condicionan la supervivencia de la unidad familiar a modos patriarcales, aquellos que el sector de servicios demanda y que les permiten subsistir.

Género: genealogía y acepción

La idea de que, con base en su capacidad reproductora, la mujer tiene más cercanía con la naturaleza, ha funcionado como un componente de la cultura al permear los valores constitutivos de la identidad:⁸ “El sistema de género penetra en los ámbitos de la sociedad, desde las relaciones más privadas hasta las más profundas [...] se asume con mayor o menor conflicto como una identidad propia, requisito para ejercer los roles o papeles precisos en la sociedad, suprime a unas y a otras alternativas posibles de la personalidad y propicia tan sólo el ejercicio de aquellas que se han considerado específicas” (Lenk, 1988: 138).

Las estructuras de género funcionan como un conjunto de exigencias sociales sobre cuerpos sexuados, actuantes más allá de su voluntad y conciencia (Avancso, 1995: 2), provocando los comportamientos

⁸ Si el impacto de la maternidad femenina y, en general, la constitución y fisiología sexual revisten tan honda significación cultural, que repercute en la planificación de los roles sexuales, llama la atención el razonamiento de Lenk (1988:138), autor que señala que el análisis científico de los fundamentos o limitantes planteados por la biología, desde categorías tales como *ordenación de los sexos*, *propiedades raciales* o *correlaciones de inteligencia*, no han sido apropiadamente investigados por las ciencias sociales, sino “emocionalizadas, aprehendidas y analizadas más bien respecto de sus fenómenos sociales secundarios”. El autor en cuestión critica la frecuente neutralidad sexual de estas ciencias, incluida la filosofía. Cabe observar que cuando el autor propone superar esta deficiencia, a partir de una aplicación apropiadamente metodológica de categorías biológicas, sugiere un quehacer novedoso que bien pueden recuperar los estudios de género.

inherentes al sexo asignado. Del género es posible deducir un proyecto cultural arcaico que hunde sus raíces sobre poderosos elementos de la cultura (Lefebvre, 1983: 185). En occidente, el proyecto de género organiza el funcionamiento de la familia y mantiene por largo tiempo una división sexual del trabajo donde predomina el poder varonil. Aquí, importa destacar la relación fundamental entre el sistema circundante y su relación con el género como cualidad particularizada. Rubin sostiene que “todas las manifestaciones del sexo y el género son vistas como constituidas por las exigencias de los sistemas sociales” (1998: 37-38). De hecho, la autora destaca que para Lévi-Strauss la subordinación de las mujeres puede considerarse como resultado de las *relaciones* que producen y organizan el sexo y el género, las cuales asignan su división del trabajo: “no importa quién lleve las cargas pesadas, pues no es una especialización biológica, sino que debe tener algún otro propósito” (Rubin, 1998: 36). En la interpretación de Rubin, dicho propósito tiene que ver con el objetivo de garantizar que “la más pequeña unidad económica viable contenga por lo menos un hombre y una mujer [donde] la *división del trabajo* funciona como un mecanismo de dependencia recíproca” (1998: 36). Visto así, la opresión femenina, producto de una disposición cultural es un eje por cuya dinámica las relaciones de producción sostienen la estructura comunitaria, al reproducir familia y sustento material. Frente a ello, el conocimiento de género también permite descubrir las relaciones subrepticias “políticas e institucionales que posibilitan y rigen [...] prácticas, discursos y representaciones sociales” (Lamas, 1996: 19). La reproducción de las relaciones sociales se superpone tardíamente a la relación biológica sin suprimirla, desplazando su importancia, provocando en ese momento la aparición de nuevas reglas para los matrimonios (Lefebvre 1983: 185). De ahí que la mirada analítica deriva en *cómo* la cultura “fusiona capacidades biológicas con funciones socio históricamente determinadas” (Maier 1998: 39). Los mecanismos que garantizan el orden y los sistemas sociales del poder subyacen bajo la expresión del género “hasta el punto en que esas referencias establecen distribuciones de poder (control diferencial sobre los recursos materiales y simbólicos o acceso a estos) el género se implica en la concepción y construcción del propio poder” (Maier, 1998: 24).

Finalmente, cabe agregar que el mismo sistema social que oprime a las mujeres en sus relaciones de intercambio, oprime a todos por su insistencia en una división rígida de la personalidad. Los estudios revelan que la identidad de género altera a la naturaleza porque implica la supresión de sus semejanzas, requiere la represión de la personalidad al separar a los sexos, propiciando un desconocimiento recíproco: “El macho se hace macho en nombre de una representación de sí” (Lefebvre, 1983: 182). Pero ni todas las culturas ni todos los sujetos están de acuerdo en simplemente portar el rol de género como les es transmitido. Lacan, quien re-interpreta las tesis freudianas al argumentar que el condicionamiento del género se da en la más temprana infancia, propone en la condición de “sumisión del sujeto frente a la estructura”, su posibilidad de emancipación (Daix 1969: 147). Así, el trabajo académico retorna al movimiento social que cuestiona las prácticas.

Metáfora. Un modo de descubrir, racional y didáctico

Epifisis: Designar el esfuerzo autor del hogar transterritorial

Esta tesis suscribe la viabilidad del tropo metafórico como recurso de investigación, capaz de establecer la correspondencia entre dos universos: el del comportamiento denominado epífita, característico de especies vegetales que emigran a los árboles y la labor desarrollada por inmigrantes latinas, en la construcción de los hogares transterrados.⁹ La relación de estos dos escenarios toma como parámetro los aspectos involucrados en procurar la supervivencia, de ahí que el término vinculante, “rizomático-epífita”, dona su nombre y cualidades generales para hacer visible un proceso histórico. La condición de inmigración

⁹ Debe señalarse que, aunque tal correspondencia se establece entre dos conjuntos de distinta naturaleza esto es, de plantas a personas, la proposición es teóricamente válida pues opera sobre la acepción clásica de metáfora como consistente en “trasladar a una cosa un nombre que designa otra, en una traslación de género a especie, o de especie a género, o de especie a especie, o según una analogía” (Berinstain, 2000: 313).

económica femenina y cómo las mujeres de origen rural lidian las limitantes extraordinarias del desamparo, procurando la vida familiar de hogares de connacionales que sobreviven en Estados Unidos.

Para referir la sistematización de la vida en situación inmigratoria, este trabajo se apoya en la posición de Geertz (1988), autor que destaca el rol de la analogía y la metáfora como “recursos legibles de la inteligencia”, claves en la instauración de nuevas aperturas sistemáticas y modos de “inscripción” de la realidad (1998: 74). Mediante la figura “que enlaza dos universos, uno conocido, el otro cognoscible”, Geertz destaca la función de la palabra-idea, en el ejercicio de *conectar* dos universos entre sí, reconociendo que este intercambio opera en el texto, el teatro, el juego, etcétera, y que este constituye un género de investigación refundadora del modo en que se construye la conceptualización científica y la interpretación sociológica razonable (1998: 63-67).

La metáfora aquí propuesta pretende contribuir a una formulación racional y conceptual en sentido científico, interviniendo para ello su correspondencia analógica y el marco de veracidad en que se inscribe.¹⁰ Para argumentar estas cualidades aquí se recupera el estudio filológico realizado por Ricoeur (1980). Nuestro autor contextualiza el proceso de configuración metafórica desarrollada por Aristóteles durante el periodo clásico, y ubica en dicho ciclo la etapa en que este procedimiento recreó su integridad de cualidades lógicas y racionales: verosimilitud, búsqueda de la *prueba* persuasiva, fuerza investigativa y capacidad didáctica.¹¹ Ricoeur plantea la posibilidad de revitalizar

¹⁰ De hecho, toda comparación se basa en la analogía como proceso implícito en el acto de pensar la realidad. Al respecto, Chapa de Santos explica que, a partir de la enumeración de caracteres entre objetos, es posible orientar la búsqueda de otros que resultan nuevos; asimismo, señala que el conocimiento se realiza en el pensamiento, por analogía, y se da en el proceso de referir un objeto (1975: 82).

¹¹ Para Aristóteles “La retórica es réplica (*antistrophos*) de la dialéctica (1354 a 1) la cual comprende una teoría general de la argumentación en el orden de lo verosímil. Al silogismo aristotélico le corresponde el argumento verídico de la dialéctica llamado entimema. En tal caso, la argumentación retórica, se aboca a encontrar las *pruebas persuasivas* (*pisteis*), operando en relación con

tales condiciones, reconociendo que la retórica, ciencia entrelazada con la poética mediante la metáfora, cae en desuso a partir de que el “arte del bien decir” se aleja de la “preocupación por decir la verdad”, y reduce el ejercicio metafórico a puro ornamento. Dado que la condición de verosimilitud resulta definitoria para sustentar la racionalidad de la metáfora, aquí es necesario subrayar que la pretensión de verdad como parámetro, rebasa la trivialidad de la figura como alusión. Por tanto, a decir del autor, en el evocar de la metáfora, no de toda metáfora sino de la que se pretende racional, la finalidad es la realidad por emular: “El lugar de la metáfora es la cópula del verbo *ser*”, referencia ontológica de la realidad y de su realización como reflejo de expresión (*lexis*) de la vida (*physis*). Siguiendo su interpretación clásica, “la metáfora aventura la palabra”, trasponiendo el nombre sobre las condiciones de posibilidad de la *lexis* (traducción del pensamiento por las palabras), para emular a los hombres en acción. En tal sentido, un punto importante es que, condicionada por el método dialéctico, la metáfora involucra una manifestación activa, esto es, *afecta al nombre* y su núcleo semántico, mediante un *desplazamiento* definido como *epifora* (un término de la física: *phora* o cambio), designando la desviación del nombre (*onoma*), alrededor de un elemento unitario: la palabra. *Metaforizar*, compara y asemeja (“ver cómo”), dos elementos: la palabra y un universo de múltiples expresiones. Como lo interpreta Ricoeur, el *desplazamiento* involucrado resulta en una manifiesta producción de significado, como un “poder de detección ontológica [...], donde las mismas desviaciones de la metáfora pertenecen a la gran tarea de decir lo que es” (Ricoeur, 1980: 69).

la poética y su espíritu de poesía, *mimética*, representación esencial de las acciones humanas” (Cfr. Ricoeur, 1980: 22-23, 30).

El rizoma y los procesos individualizados. Una metáfora planteada por Deleuze y Guattari

La raíz llega hasta el pueblo, la falta de ella al alma

Como metáfora de lo humano, la complejidad del comportamiento rizomático ha sido expuesta con anterioridad por Deleuze y Guattari (1977),¹² para referirse a modos particulares de supervivencia, insertos

¹² Cuya descripción botánica, estructuralmente coincide con la organización humana de la migración. El rizoma se adapta a la vida subterránea y puede extenderse y crecer fuera de la zona de la luz. Carece de *nomófilos* u hojas (del neolat *nomophyllum* y este del griego: legítimo, *conforme a la ley*), capaces de asimilar y transpirar (Quer, 1985: 759). Algunos tipos de orquídea forman parte de los rizomas, aunque no todas producen rizomas, como la vainilla (*vaginula*), vaina, del latín vagina (Quer, 1985: 1087, 1088). La palabra rizoma proviene del griego raigambre (Quer, 1985: 192). Los rizomas, son tallos subterráneos con hojas reducidas, rudimentarias, con raíces adventicias y yemas axilares, las cuales pueden desarrollar vástagos erectos, estolones o rizomas adicionales que tienden a formar un hábito de crecimiento amacollado y que, por ser largos, llegan a ser un importante órgano de reproducción, que se extiende de manera lateral (Jones, 1985, citado por Morales, 1990: 7). Su capacidad para iniciar vástagos le permite crecer, sobrevivir y extenderse lateralmente con facilidad (Jones, 1985: 8). Como estructura vegetal, el rizoma alude a una modificación para almacenar agua y nutrientes (Cuevas, abril de 2013), y puede formar parte de la conformación de algunas epífitas. El rizoma observa dos cualidades: reserva y propagación, y desarrollar tallos que crecen horizontales emitiendo raíces y brotes herbáceos de sus nudos a causa de una metamorfosis caulinar (hojas con figura de tallo). Debido a su adaptación a la vida subterránea (fuera de la zona de la luz), el rizoma carece de *nomófilos* u hojas propiamente dichas, capaces de asimilar y transpirar. En su lugar, hallamos catáfilos (sucesión foliar de tallos a menudo escuamiformes, que con frecuencia carecen de clorofila). Las escamas, yemas invernantes o pérulos, son ejemplos (Quer, 1985: 192), incoloros y membranáceos que se adhieren a las paredes de su anfitrión para captar la humedad como sucede con las escamas. El rizoma como el tallo epigeo posee yemas y echa vástagos foliíferos y floríferos, y produce también raíces. Por su vida hipogea (subterránea), y ante una aparente carencia de hojas y de clorofila, el rizoma podría confundirse con la raíz, pero difiere de ella por sus catáfilos y yemas, su falta de caliptra y por su estructura caulinar en vez de radical. En los países con inviernos fríos o con estaciones excesivamente desérticas, el rizoma defiende

en el orden social, como salidas ante su desintegración: “*Ser rizomorfo es producir fallos y filamentos que tienen el aspecto de raíces, o mejor aún, se conectan con estos, —con los que ya existen fuera de él—, penetrando en el tronco, libres para servir a nuevos usos extraños*” (1977: 46. *Cursivas agregadas*).

Al no tener que ver con el desplazamiento del hombre político sino con el desempleado, la socialización inmigrante, aun cuando tiende al modelado de lo familiar instituido, solo puede realizarse desde el rizomorfismo, actitud que los citados autores, encuentran en la posmodernidad, casualmente, ubicándola en la relación interfronteriza entre la gran nación estadounidense y sus desplazados realizando un símil de lo que es rizomático:

El oeste es rizomático, con sus indios sin ascendencia, con su límite siempre huidizo, sus fronteras móviles y desplazadas. América ¿no ha procedido aquí como intermediaria? Porque ella actúa a la vez mediante exterminios, liquidaciones internas (no sólo de los indios sino también de los granjeros) y por oleadas sucesivas de migraciones externas... todo se reúne en América, a la vez árbol y canal, raíz y rizoma. El uno actúa como modelo y calco trascendente; el otro actúa como proceso inmanente que invierte el modelo y bosqueja un mapa, aunque constituya sus propias jerarquías (Deleuze, 1977: 46, 49).

Enmarcado en un re juego dialéctico, el trabajo resulta provocativo: “¿Por qué hemos conservado nuestros nombres?” Con tal frase, los autores ironizan la condición humana posmoderna. Ante la pérdida de la fe, los equívocos de la racionalidad y la esquizofrenia de la guerra, el ser humano ha perdido el piso y la complejidad del mundo se desprende en sistemas autoritarios o manipuladores (arborescentes), y hombres-sistema.¹³ Un encuentro de “velocidades comparadas

a la planta contra los rigores del ambiente, desarrollando yemas a profundidad del suelo. Asimismo, las llamadas plantas vivaces, tan abundantes en las altas montañas y en las tierras frías, suelen tener su correspondiente rizoma. Son notables los rizomas de la caña común y de la grama, el del acoro, de las aguaturmas, etcétera (Quer, 1985: 833, Morales, 1990).

¹³ La inmigrante mexicana emana de la red rizomática, complementando sus coordenadas. El rizoma crece hacia los lados, se entierra; ella deviene en epí-

de circulación de los flujos”, de composiciones maquínicas. (1977: 9). Seres en la circunstancia de la supervivencia desmembrada, libres para asumir el escapismo como alternativa o, de otra manera, signados bajo una condición de vida que les es impuesta.¹⁴ En Deleuze “el rizoma es acción”, es, suscribiendo el principio de un presente inmediato, evanescente (como aquel amenazado por la indocumentación), donde la forma no cuaja, es instantánea, circunstancial, un sobrevivir determinado por el desplazamiento, aquel surgido del conglomerado neoliberal: el sistema de la producción como valor, conectado al del sobreviviente que, de no moverse, de todas formas perecería de hambre. En Deleuze, el plegamiento cobra relevancia: “la obra más resueltamente parcelaria puede ser también presentada como la obra total” (1977:14). El mundo ha perdido su pivote, pero el sujeto conminado a la multiplicidad puede acceder a una unidad más alta, como la orquídea: *lo múltiple hay que hacerlo*. En la citada obra, el rizoma constituye el paradigma del destierro, contiene todas las posibilidades del movimiento, incluida su negación, la quietud o la invisibilidad como forma de escape, parecer para desaparecer, renacer desde donde se extingue: “Los bulbos, los tubérculos son rizomas, hay animales que lo son”, hay grupos humanos que simplemente deben aprenderlo, pues la gran arborescencia tiene el poder, aunque relativizado por la fuga del rizoma, siempre será una promesa de retorno:

fita, de raíces *aéreas* se sostiene en el gran sistema, pero con debilidad. La progenie vuelta hacia el hospedero, la segunda generación; *raíces como tallos, tallos como raíz*, bajo todas las funciones del hábitat que la inmigrante procura, desde el que se enlaza a la sociedad. Su sistema es discreto, pero cualquier punto de un rizoma puede ser conectado con cualquier otro, inclusive el más genuino: la educación de los hijos, la tramitación de la vivienda, la celebración o la conquista de los días. El invisibilizado es “su propio acontecimiento”, pero en algún punto estalla fuera de su límite con la fuerza de la necesidad. Ellas estabilizan el rizoma alrededor del hogar, del matrimonio, de la familia, simplemente mediante el hogar habilitado que evoluciona por métodos invisibles, subterráneos, su voluntad es su herramienta.

¹⁴ Viene al caso el ejemplo del inmigrante-rizoma, que porta como antecedente la conquista que le ha preparado para alternar con el agachado y el déspota, obligado a cambiar de nombre, a reinventarse, a ocultar su historia y, como las semillas, a germinar en algún sitio, donde se pueda.

¿Cómo podrían ser relativos los movimientos de desterritorialización, y los procesos de reterritorialización, perpetuamente conectados, cogidos los unos en los otros? La orquídea se desterritorializa formando una imagen, un calco de avispa; pero la avispa se reterritorializa sobre esta imagen; sin embargo, se desterritorializa para ser una pieza en el aparato de reproducción de la orquídea; pero reterritorializa a la orquídea transportando el polen (Deleuze et al, 1977: 30).

El rizoma aparece imbricado en este trabajo por más de una razón. Las epífitas contienen el rizoma, se abastecen de tales bulbos (sistemas de captación). La epífita es un rizoma, el rizoma apoya a la vida de la epífita. Analogada en su tesón por la subsistencia, pues si hubiese alguna forma denominativa de la lógica del rizoma, esta puede aludirse como pasión a la vida. La mujer se conecta al sistema; la gran arborescencia es el poder, un poder relativizado por la irredenta fuga del rizoma, por su resurgir, propio del anonimato. Pero es así como ella, portadora del vínculo, invierte el proceso o, mejor dicho, lo multiplica: “¿Incluso las líneas de fuga no reproducen gracias a su divergencia eventual, las formaciones que tenían por función deshacer o cambiar? (Deleuze, 1977: 33). Ella crea su modelo y, como expresa Deleuze, al reconstituir la casa, intenta reconstituir un rizoma. Un acontecimiento invisible que transforma el equilibrio local, imbricando los tallos subterráneos de la vida invisible y se afianza a su adventicia voluntad, para integrarse en un lugar preciso, el del intercambio. La clave de la tierra del sueño: “En América todo lo importante que sucede procede por rizoma” (1977: 46).

Pero si como observa Deleuze, América es a la vez árbol y canal, raíz y rizoma, el encuentro se da con un rizoma característico “también por su propio despotismo”. El sistema rizoma, objeto de este estudio, es patriarcal, se recrea sobre su propia jerarquía. Aquí, el árbol-raíz y el rizoma-canal no se oponen como dos modelos, sino que se complementan. De una esfera sale la que otra demanda. La trabajadora de servicios se foguea en la irregularidad de su propia inestabilidad material. En su habilidad para la triple jornada... *el modelo no cesa de erigirse... romperse y recomenzar...* Ella da continuidad a los roles históricos de la nana (1977: 49). El rizoma “inclasificable” deviene en parangón del invisibilizado, raíz enterrada que equivale a la memoria enterrada, a la

visibilidad útil. El rizoma se conecta en dimensiones inesperadas: del pueblo a la ciudad informacional. Del rizoma despunta la orquídea, la orquídea detenta al rizoma que le provee su sustrato, propicia el enlazamiento, eslabona.

El rizoma, en la inmigrante, surge mejor expresado bajo la metáfora epifitofita, que hace rizoma sobre el árbol, territorializa hacia arriba, hace raíz de tallo. Por sí mismo, el rizoma se extiende, hace brotar raicillas de sus nudos, crece a lo ancho. Rizoma y epífita se estructuran en algunas orquídeas. La orquídea agencia la vida y la fructificación. La inmigrante “epífita” detona su latencia. El rizoma es fuerte, resiste el frío, es pálido a la luz, condensa la vida aquietándola. Ser inmigrante es ser rizomático-epífita, es adaptarse por necesidad, pero también por una naturaleza-cultura. El mestizaje, la mirada elusiva, el mundo interior guardado aparte de la mirada ajena, latente. El rizoma es una fuga y la epifitofita es un encuentro, su objetivo es estructurar. En la vida instantánea, ambas fases complementan el proceso de sobrevivir. Ella palía un destierro inmerso en una llaneza concebida como presencia laboral, despersonalizada a la manera del *hombre invisible*, la de los negros estadounidenses antes de la lucha por sus derechos civiles. La constructora y la vainilla, la inmigrante y la orquídea ¿por qué se encuentran? Se encuentran en la acción, en una voluntad donde “cada manifestación es su propio soporte”. Si, “las metáforas que relacionan aspectos simbólicos o míticos ofrecen mayor profundidad y mayor resonancia” (Beristáin, 2000: 317), ¿la territorialidad y la raíz no constituyen una mítica dualidad? La metáfora mitológica, la del sueño americano, contiene adentro el *rizoma* (raíz o raigambre). Sostenerse en el sueño, poblar con raicillas al centro del poder, a la arborescencia pivotada.

Epifitas inmigrantes. Una saga vegetal donadora de analogías

Conforme a la literatura, el término *epífita* (del griego *epi*, sobre y *phyton*, planta) se aplica a los vegetales que viven sobre otras plantas, utilizándolas de soporte.¹⁵ Cerca de dos de cada tres epifitas son orquí-

¹⁵ Bajo el término epifitofita se orienta una categorización ecológicamente coherente (Hietz-Seifert, 1994: 1; Benzing, 1990: 4) que, a decir de Schim-

deas, siendo el grupo más representativo en colonizar las copas de los árboles (Benzing, 1990: 4),¹⁶ característica que resulta prominente en la definición del grupo vegetal (Cuevas, 2013). Para los fines de este trabajo, se recalca el término *epifisis*, utilizado por los estudiosos para referir al grupo en cuestión, frecuentemente invocado con adjetivos comportamentales: “actitud epifítica” (Cuevas, 2013), “hábito epifítico” (Flores, 2008; Hietz, 2000) o “epifitismo” (Benzing, 1990), dejando entrever, mediada la descripción, que la especificidad del grupo se

pers, alude a un *sustantivo* carente de sentido, pero empleado como tal: “los epífitos y que tendría que ser los *epifitófitos*” (Citado por Quer, 1985: 383). La clasificación se utiliza para designar un tipo de especies vegetales que, “sin raíces, crecen sobre plantas hospederas, por lo general árboles”. A diferencia de su escasez en climas boscosos, el desarrollo de las epífitas logra un desenvolvimiento desacostumbrado en ambientes de pluvisilva (Uribe, J.A., Fl. Ant., p. 225). También llamadas “plantas aéreas” pues no enraizan sobre el suelo, estas plantas reciben más luz en los umbríos ecosistemas boscosos y se mantienen lejos de los herbívoros a partir de su desplazamiento. De acuerdo con la monografía de A.F.W. Schimper (*Die epiphytische Vegetation Amerikas*, 1888), las epifitófitas crecen en comunidades discretas, producen su propio alimento, con el tiempo llegan a desarrollar tallos leñosos y enriquecen la diversidad biótica por su capacidad de coexistir en el espacio y en el tiempo. Se calcula que el grupo abarca de entre veinticinco mil y treinta mil especies vasculares, que sobre todo habitan en bosques tropicales húmedos, de tierras bajas y de montaña. La monografía de A.F.W. Schimper, considerada la más valiosa de su tiempo, constituye una de las mayores contribuciones al estudio de este grupo. La primera alusión botánica y pictórica de una epífita se encuentra en el *Códice Badiano*, documento del siglo XVI, que ilustra la situación de recursos bióticos y abióticos, sobre todo medicinales de lo que hoy se llama México. Probablemente ilustrado por el indio Martín de la Cruz, autor, por otra parte, de la redacción original de esta obra (Cuevas, 2013) fue traducida al latín por indígenas del Colegio de Santa Cruz. (Cfr. Emart, 1940, citado por Benzing 1990; Desmarais, 2000; Larson, 1980; www.ecosur.mx/econfronteras/ecofrontera/ecofront18/pdf/epifitas.pdf).

¹⁶ La palabra orquídea se relaciona con el griego *orkhis*, que significa “testículos”, alusivo a la forma de los tubérculos de las raíces (Desmarais, 2000: 70), en relación con la captación de líquidos. Citadas como ornamentales por Confucio (551-479 a.C.) y como medicinales, por griegos y romanos, las orquídeas conforman más de 800 géneros y entre veinticinco mil y treinta mil especies de epífitas conocidas (Larson, 1980: 116, 117, 126).

desprende de respuestas activas en contextos críticos o de insuficiencia. Lo anterior, en tanto incide en la supervivencia del bosque como entorno, permite la analogía respecto del contexto de escasez por el que descuella la migración humana, y más aún, en relación con las acciones de subsistencia que esta despliega.

Ante la competencia vegetal, las epífitas *emigran* a las copas de los árboles para obtener más luz y escapar de los herbívoros (Miranda y Hernández 1969, citado por Cuevas, 2013). Ocasionalmente otras plantas terrestres también lo intentan, aunque “raramente llegan a la madurez”. La epífita logra germinar y establecerse sobre un hospedero del que se sostiene, mostrando su capacidad de vivir “sin suelo” o *fuera del suelo donde nació* (Hietz-Seifert, 1994: 2; Benzing, 1990: 28). Por tanto, sus raíces son aéreas y sus tallos se modifican para establecer un equilibrio. Aun así, no se trata de un proceso sencillo. El desplazamiento permite a las epífitas captar la vital luz que en la sobrepoblación habrían perdido (la vida de las plantas depende de la captación lumínica); sin embargo, establecidas sobre la altura del hospedero, más cercanas al sol, verán incrementar su transpiración, dando lugar a la dificultad del abasto de líquidos, un factor crítico, de suyo “en contra de la fuerza gravitatoria” (Kreuter, 2005: 30). A pesar de todo, las plantas en cuestión no invaden los haces vasculares de su hospedero, ni siquiera ante la frágil separación establecida entre él mismo y ella a través de la corteza.¹⁷ Es esta cualidad lo que las diferencia de las parásitas y las lleva a desarrollar cambios químicos y estructuras de captación (Cuevas, 2013; Benzing, 1990: 29, 43).¹⁸

¹⁷ Para poder utilizar el agua y los nutrientes, las plantas vasculares tienen tejidos internos (xilema y floema), que son como las venas de los seres humanos, se llaman haces vasculares (Cuevas, 2013).

¹⁸ Entre las adaptaciones epifíticas para optimizar el uso del agua, se cuenta el desarrollo de pseudobulbos para formar un tipo de tanque (bromelias), tallos suculentos (orquídeas, cactáceas, *Pepperomia*, *Crusia*, *Crassuláceas*), estructuras como el *velamen radicum* (capas del córtex de las raíces de algunas orquídeas), tricomas o pelos especializados, metabolismo ácido (orquídeas, cactáceas, *Crassuláceas* y *Pepperomia*) o, la desecación inactiva de algunos helechos, hasta que puedan reponer su actividad fisiológica normal (*Cfr.* Hietz, Hietz-Seifert, 1994).

En un reino vegetal cuya característica básica es “permanecer durante toda su vida en un mismo lugar”, el grupo resulta sorprendente. Su comportamiento destaca en términos de un desplazarse o “querer moverse” (Kreuter, 2005: 26),¹⁹ inspirando amplios trabajos científicos, donde más de un especialista ha llegado a la siguiente conclusión: “Las epífitas son responsables de mucha de la diversidad biótica que constituye a los bosques húmedos tropicales, los más complejos de todos los ecosistemas del mundo.” (Gentry and Dodson, 1987^a, citado por Benzing, 1990: 2). En este punto la labor de la migrante mexicana se compara con la de estas plantas.²⁰ Reconocida por otras etnias y por propios y extraños como portadora de una transformación que enriquece la comunidad y el mundo del latino, propicia su asimilación en Estados Unidos.²¹ Semejante a las orquídeas, la migrante recupera la

¹⁹ La movilidad de estas plantas es tan circunstancial que, aunque lo usual es que se trasladen en definitiva a las copas de los árboles, crecen y maduran sin llegar al piso, apoyadas en su colonización por “los pájaros y el aire, estas plantas *podrían retornar a su lugar de nacimiento*” pues, como observa Benzing, estas intercambian posiciones entre vivir en las cortezas o desplazarse (epífitas facultativas), llegando a extender sus raíces al suelo o a las rocas. El autor agrega que de no tener acceso inmediato a la tierra (epífitas primarias), con el tiempo tales especies extenderán elongaciones vigorizantes, hasta devenir arbóreas y debilitar los tallos anclados al hospedero. En tanto, el autor insiste en que la mayoría de epífitas viven sobre los árboles, señala cómo estas desaparecen junto con los bosques, destacando también que algunas hemiepífitas germinan en el árbol para luego hacer descender a tierra sus raíces aéreas o, en sentido inverso, germinan en el suelo para después trepar al árbol y eventualmente perder el contacto con este (hemiepífitas secundarias), (1990: 29, 36).

²⁰ La original relación entre el estudio de las epífitas y su existencia, que tiene lugar entre la tierra y la cultura mexicana, aquí puede tomar como ejemplo que el primer comentario en torno a este grupo vegetal habitante de las copas de los árboles, “que tiene una gran variedad de ramas y hojas, todos ellos creciendo de una sola raíz” se atribuye a Colón (Gessner, 1956; citado por Benzig, 1990) y, que una de las especies consignadas en el Códice Badiano, obra que recopila el saber prehispánico en torno a las plantas y sus usos, hace referencia a la vainilla o *Vanilla fragans*, una orquídea de vaina hemiepifítica, originaria de nuestro país. La fruta de estas especies (*Tlilxochitl* o flor negra) observó usos medicinales (Benzig, 1990: 1).

²¹ Asimilación significa apropiarse, y también unificar. La asimilación es un

cultura, funda un habitar, un *habitus*, una morada y una moral, recuperando el fuego, la hoguera, un fuego vital transformador, es decir, el hogar.

Visibilizar el destierro

Enlazar dos universos distintos en su naturaleza mediante la trasposición de un nombre, en este caso el de un grupo vegetal, configura el impacto de las acciones específicamente procuradas por la inmigrante rural, proceso que, ante el análisis de las historias de vida, revela inesperadas coincidencias con el grupo donatario del nombre. La denominación *epifitófita* caracteriza la actitud por construir la vida pese a enconados obstáculos: desplazarse para sobrevivir, preservar las raíces, a veces subrepticamente, mantener relaciones con el lugar de origen, florecer a contracorriente, fructificar (en sentido de la procreación) y lograr sobrevivir con la optimización de recursos durante los severos periodos de crisis. Tales comportamientos son hábitos que forman parte de las conductas observadas en orquídeas como la vainilla o la azucena. Análogamente, estas conductas también ejemplifican los empeños por los que la vida inmigrante logra mantenerse. Como se ha constatado, similares intentos fueron fomentados, sobre todo, por las madres-esposas inmigrantes, gestoras de hogar por determinación genérica. Aun si resulta obvio de señalar, la esfera básica de esta encomienda fue recreada en el proyecto del hogar familiar, unidad que inmersa en el contexto mundializado de desaparición del trabajo, fronteras violentas, criminalización del destierro e invisibilización social, emerge pertinente hasta hacer las veces de refugio. Por ende, resalta la necesidad de subrayar el rol trascendente que para la época juegan aquellos condicionamientos que instan al cuidado de los otros. De ahí que, al preservar modos dignificantes de existencia, los condicionamientos de género comportados por la emigrante resultan cruciales y, de igual manera, juega un rol político. En el contexto de la emigración trasfronteriza, sus acciones favorecen la integración social.

proceso de síntesis...el proceso inverso se denomina degradación (Kreuter 2005: 295).

Por otro lado, enfocar la constitución del hogar transfronterizo permite denunciar las difíciles circunstancias en que se desenvuelve la vida familiar desterrada e inestable, desatendida por un Estado mexicano que desconoce sus compromisos binacionales. Tal omisión desampara a la pareja y a la progenie, dejando a la *hacedora* familiar sola ante una encomienda de importancia histórica, particularmente problematizada. En Estados Unidos, las minorías subsisten con los salarios más bajos, algunas de ellas respondiendo a las demandas laborales con habilidades contextualizadas en su propia cultura. Bajo esta condición, la persistencia del *patriarcado* constituye la cualidad subyacente y funcional del trabajador latino empleado en el sector de servicios.

La mujer arriba a la inmigración alterando radicalmente el entorno receptor y aportando la conjunción del orden familiar, patriarcal, sistémico, judeocristiano y económicamente útil. Al ser educada para atender a otros, para *hacerse* de familia, para procurar espacios que, en el caso de estudio, frecuentemente halla estigmatizados por la ideología local, ella detenta la organización del hogar imbricado a la economía, recreando el *modus vivendi* típico de las minorías: la emulación de la familia tradicional, “una forma minoritaria de vida” (Castells II, 2001: 182). Sujeto a una competencia que se acrecienta por la renovada inmigración, el hogar de primera generación provee al trabajador incondicional y facilita una depreciación salarial. Esta impacta su economía familiar, que debe ser cuidadosamente dirigida mediante la pericia y administración femenina. Lo anterior se relaciona con un hecho: aunque la constitución del hogar latino transcurre en un país que abraza la equidad de género, la pareja latina, en buena medida, aun subsiste ajena a tal política afirmativa. Sus dinámicas basadas en la reproducción de prácticas aprendidas en sus países de origen le permiten sortear la flexibilización laboral –algo que los trabajadores sindicalizados no están dispuestos a aceptar–. Y tales prácticas convergen alrededor de rutinas patriarcales, atractivas por su familiar estructura, simbólicamente equidistante al desamparo y a la percepción de aislamiento social. El precio por pagar es el reingreso a la inequidad intragenérica, aquella que las políticas mundiales pretenden erradicar.

En suma, el patriarcado latino ni es casual ni está en extinción. En un ámbito intercultural y trasnacional, rector de una división sexual

del trabajo que afina y recircula los oficios que sus portadores ofrecen, la reproducción de este sistema conlleva a empeorar sus desventajas. Ante un agitado ritmo de vida, su organización “sexualizada” acarrea graves dificultades, al someter a los roles femeninos a una *jornada interminable*. Parejas cansadas al extremo, escasez de recursos y la encomienda de una socialización familiar, en muchos aspectos inconexa, se agregan a esta complejidad que, pese a los esfuerzos maternos, afecta a las generaciones subsiguientes.

Estructura de este ensayo

Esta investigación finca su primer capítulo destacando el recurso metafórico, racional y útil en el análisis social. Concretamente plantea el proceso de la *epíffisis* –término que alude al comportamiento de ciertas plantas que emigran a las copas de grandes árboles y logran sobrevivir–, como parangón de la emigración femenina de México a Estados Unidos y su determinante influencia en la construcción del hogar familiar transterrado que aquí denominamos hogar orquídea. En el intento de configurar este cambio histórico se acude a un tropo botánico: el comportamiento epífita, que involucra la migración vegetal. Desde esta perspectiva se observan los rasgos humanizantes de la constitución familiar desterrada que, al enfrentar el individualismo y al anonimato, promueven el cuidado del *otro* al amparo de ella, de la cuidadora por excelencia que aprovisiona y provee el hogar. Para contextualizar la supervivencia en migración, se recupera la teoría del *rizoma* (Deleuze, 1977), reflexiva en torno a un modelo extraído de la naturaleza, que parece fortalecerse sobre un aislamiento subrepticio y contradictorio, pero estratégico. Comparado con la condición humana, la dinámica apunta al autodescubrimiento, y destaca la validez de todo intento de aferrar la existencia, desde la voluntad como único recurso. Conforme a las bondades historizantes brindadas por la narración y la observación participante, se detecta como en la hostilidad transterritorial, el aporte femenino coexiste con nexos sistémicos patriarcales.

El capítulo segundo puntualiza las etapas de migración internacional entre México y Estados Unidos: el tendido de vías férreas, la emergencia del trabajador mexicano que arriba catalogado como agreste y resistente, sus etapas formalizadas en los periodos braceros y

la posterior incursión de la mujer al escenario maquilador y globalizado. Tarde o temprano, ella cruzará una frontera internacional cada vez más intransitable, cambio enmarcado en flexibilización laboral y por la puesta en marcha del periodo de amnistía derivado de la *Immigration Reform and Control Act* (IRCA).

El tercer capítulo enfoca las implicaciones del comercio como finalidad ultranacional, el tránsito de las mercancías y la usurpación del lenguaje económico sobre el escenario político. La mercancía en movimiento deviene en un flujo que desdibuja lo humano, para reducirlo al intercambio de cuerpos/mercancía en un extremo desamparo. Para contextualizar esta situación, se propone el concepto de *mercantilismo*, no solo del migrante sino del ente humano, aspecto complementado por la descripción del traslado femenino, cuya experiencia transita todo un sistema de subordinación, signado por códigos y jerarquías prácticas. El desplazamiento de menores y la vulnerabilidad sexual de las mujeres constituyen los puntos críticos de tal experiencia. La adaptación comienza cuando el traslado termina, despertar en la tierra de la gran promesa abre retos desconocidos, derivar las impresiones involucradas en este encuentro conforma el cuarto capítulo, en el que se destaca la importancia de un primer empleo, donde la experiencia laboral de género funciona como extensión de la flexibilidad. En esta fase, los hábitos de limpieza y orden constituyen un *currículo* básico e implícito, que deberá enfrentar el nepotismo y el racismo.

Una vez hecha la recapitulación sobre la condición trashumante y aislada del emigrante contemporáneo, el quinto capítulo contrapone la voluntad de construir el hogar al rastrear su adscripción femenina y una emergencia *rizomática* donde destaca la voluntad de permanecer, en tanto subsiste y puebla un contexto social en varios aspectos llano. La metáfora de lo epifitótico se mide a el modelo de hogar cristiano patriarcal, matrimoniado, alternativo con la soledad itinerante y desarraigada, que restañe *enraizando* sobre el principio del cuidado recíproco, enfatizado aquí mediante una analogía: la *estructuración epífita*, facilitada por el advenimiento de la familia consanguínea o conyugal, al trazar a pulso y con mucho trabajo una delicada vinculación con el sistema social, a pesar del choque emotivo, estresante, desolado y desconcertante.

El capítulo sexto compendia la experiencia testimonial. La construcción del *hogar epifito* se revela logro femenino, al despuntar alrededor de acontecimientos: pacto conyugal, maternidad o uniones consensuadas. Este capítulo permite observar la importancia de los entrenamientos en la consigna de *habitar* y *habilitar* el espacio (vivienda familiar), al dotarlo, a su vez, de sentido y arraigo. Transigiendo la no pertenencia y la informalidad, la hacedora apunta a recuperar el contexto social, sobre todo, desde el rol de la madre, incipiente y sistémicamente limitado. En este segmento, se detecta el surgimiento de la *cuidadora* que atiende el hogar y lo provee, y libra una batalla estresante que debe lidiar con un medio aislado empobrecido, patriarcal y genéricamente flexibilizado. Esta investigación disecciona una cotidianidad que evidencia las estafetas de género, y se observa un desequilibrio de responsabilidades y la pervivencia de jerarquías dictadas por la institución familiar católica y heterosexual, lo que desmiente que el arribo a la ciudad global implique mayor equidad para ella.

El capítulo séptimo coloca en perspectiva un elemento considerado como fundamental para la desaparición del patriarcado: la provisión de hogar. Financiada por ambos cónyuges, esta se organiza reproduciendo patrones de consumo que mantienen el sistema de jerarquías (por ejemplo, el dinero obtenido por el varón se invierte en gastos simbólicamente importantes). En el intento de darse tiempo para atender el hogar, ella trabaja menos horas. Pese a la incertidumbre propia de la inmigración “clandestina”, el proyecto de hogar permite reconstruir una simbólica de arraigo. Este trabajo enfoca los límites que obstruyen el papel vinculador asignado a la mujer.

Finalmente, el capítulo octavo aborda cuatro aspectos nodales en la integración social: la integración de hábitos y carencias signadas por una baja autoestima, los aprendizajes ineludibles para una adecuada vinculación, enfrentadas a los códigos de género y los contextos para la educación, de los que derivan las necesidades urgentes de la familia inmigrante. El estudio revela que vincular a la mujer es vincular a la comunidad. El capítulo se detiene en el nudo de las ocupaciones femeninas, y se observa que, además de la provisión, el cuidado familiar y la administración doméstica, la mujer es quien se ocupa de la gestión de vínculos sociales. La encomienda socia-

lizante le demanda mayor autoestima, requiriendo trascender estereotipos genéricos que dificultan y llegan a impedir la adquisición de aprendizajes urgentes, que se complican aún más, dada la falta de tiempo, recursos y aplomo. Un estatus migratorio regularizado, dominio del idioma inglés, poder manejar un auto, tener información general sobre procedimientos legales y regulaciones administrativas y conocer operaciones básicas de cómputo constituyen herramientas básicas para el importante papel que desempeña la mujer. Al no tener estos elementos, su gestión materna, como responsable de asesorar el aprendizaje de las nuevas generaciones, opera sobre limitantes a veces infranqueables, y esto repercute en el rendimiento escolar y en la autopercepción de la progenie.

TÉCNICAS DE INVESTIGACIÓN: UN APARATO CRÍTICO Y CONCEPTUAL

¿Qué sucede con el sociólogo que hace investigación participante? Es posible ubicarlo en el desconcierto y angustia para comprender el horizonte en que se ve inmerso. Cuestiona la tradición quitándose el fundamento, el suelo que pisaba y tanteando el nuevo cimiento incipiente, desde el que ahora se explica “la realidad”. Empero el nuevo cimiento, es ahora un nuevo orden, una nueva institución. Es así como se genera el mito: de los arios, los africanos, los emos, el grupo gay, mitos contra mitos en narraciones contra narraciones... ¿Qué implica quedarse sin suelo nutritivo?

Luxor

En este apartado se argumenta cómo en la construcción del ámbito de lo biográfico, lo ético y lo humano se encuentran indisolublemente ligados. Es por este nexo y su relación con el método que se hace obligado reflexionar críticamente sobre algunos conceptos relacionados con las técnicas de investigación aplicadas en este estudio.

La representación: horizonte y unidad de tiempos

En este ensayo, se propuso destacar la importancia de la representación. Operación cultural que, de acuerdo con Lefebvre (1983), antes de reflexionarla, se debe imaginar como la sombra de algo, recurso que permite asumir que el contenido real puede descubrir algo nuevo

y que la representación es un indicio y, conforme a la memoria, es manipulable. Por tanto, el género, un vaso comunicante y universal, es la huella de una multiplicidad de experiencias que permean la historia de vida. Invariablemente, constituye una representación esencial, “los filósofos mostraron que el sujeto no puede definirse en sí y por sí, necesita actos y acciones, motivaciones y fines, otros sujetos y cosas y propiedades para definirse [...] Se representa”. Siguiendo a nuestro autor, al funcionar como un desplazamiento del hecho, traído a la memoria, la representación se sustenta sobre la ausencia,²² constituye un momento de conocimiento, “de autoconocimiento”: *he sido tratado como, asumo que, yo soy también, me llamo, etcétera*, pudiendo devolver a la representación colectiva imágenes para reconocerse (Lefebvre 1983: 167, 21). Como expresión social, como representación: “La mujer nunca es puramente aquello de lo que se habla” (Rubin 1998: 60), la autorreferencia femenina, genéricamente imbuida, constituye una estructura perfectamente legible, rica en revelaciones. Lefebvre sostiene que lo que provoca o mantiene el olvido es una representación que implica otras, un *nudo* de representaciones vinculado a lugares, personas y cosas: casa, país, etcétera. Hechos y discursos de hechos. (Lefebvre 1983: 57 a 95). Por otra parte, la insumisión o la docilidad a la estructura y los matices discursivos, a la par de los subterfugios que pretenden evadirla, son actos inscritos en la práctica humana y en su historia. El análisis de la vida como *texto* contiene esas rupturas: “imaginando la vida cotidiana, la llamada vida privada... Querría describir (es decir extraer de una escritura) algunas de esas utopías domésticas, algunos de esos artes de vivir imaginarios” (Roland Barthes, en Daix, 1969: 92).

²² Hablar, “un acto individual de voluntad e inteligencia”, es designar el objeto ausente, pasar de la distancia a la ausencia colmada por la representación (Saussure, 2002: 40; Lefebvre, 1983: 99).

MÉTODOS DE INVESTIGACIÓN ADECUADOS, JUSTOS E HISTÓRICAMENTE INCLUYENTES

La escuela estructuralista sostiene que, como mecanismo simbólico, aun en sus facetas de cambio, la cultura es asequible a las ciencias humanas desde una lectura que recupera los valores y modelos del universo observado (expresados en la vestimenta, los modales, los fines, los objetos que se desean, etcétera). Esta corriente destaca el papel de la lengua, “un espejo que presupone al sistema” (Wahl, en Daix, 1969: 136). Por otra parte, si como afirma Saussure (2002: 30) “todo en la lengua es historia”, su inscripción narrativa ofrece una lectura estructural. Es el caso de la *historia de vida*, personalmente configurada pero social, sistémica y, por tanto, susceptible de una lectura capaz de romper discursos y representaciones fijas. Al respecto, Maier (1998: 20) observa que “la historia de vida permite un estudio sincrónico, cuya resultante: las genealogías, contienen la virtud de quebrar los fines”. En busca de un ángulo de interpretación que permitiera comprender la asimilación cultural de connacionales que viven al lado de otras minorías pobres de Estados Unidos, este trabajo parte de considerar que las historias de vida enriquecen el conocimiento social, porque incluye la palabra de testigos de otro modo marginados que así inscriben sus temporalidades vitales, al descubrir las condiciones subyacentes y veraces de un pasado no oficial. Con tal objeto, adopta la posición de Joutard (1983), quien observa que el *testimonio* es un acontecimiento fundador,²³ no de esta, sino de *otra historia*, con capacidad de *re-conocer* el contexto de los grandes acontecimientos humanos y recuperar la memoria de un grupo, al dar la palabra a los *otros*, indígenas, mujeres,

²³ Achugar (1992: 59) consigna que originariamente “testimonio” viene del griego, y que en latín se recogió como *martyr* o *martur*, aquel que “da fe de algo” y supone haber vivido o presenciado un determinado hecho. Entre los griegos, sin embargo, el uso de mártir no connota sufrimiento o sacrificio y atiende básicamente al hecho de ser fuente de primera mano, en alusión a Plutarco, en un sentido en el que, a veces, el propósito moral se realiza por la sola narración de los hechos y la evidencia que su verdad trae a la argumentación y a la narración.

minorías (1983:314).²⁴ A lo dicho se agrega que los métodos aquí empleados, historia oral, testimonio e historia de vida, son considerados por los especialistas como hechos del lenguaje, de los que se dice, permiten una vinculación con el individuo en su circunstancia humana y una mayor sensibilidad en la percepción de hechos, para constituir en sí mismos procesos sociohistóricos (Soriano 2005: 13).²⁵

Determinación biográfica: cuidadoras

Finalmente, cabe observar que las historias de vida que este trabajo analiza se encuentran inmersas en el rubro de las *mujeres cuidadoras*. Al respecto es necesario manifestar el acuerdo de este trabajo con dicho concepto y es que, en la medida de la reflexión aquí contextualizada, el cuidado familiar, asignado como una empresa de rol de género, ha funcionado como detonante cultural en múltiples esferas de la movilidad femenina: la cultura proyecta en la mujer un “estar atento”, permanente tanto desde el punto de vista biológico (mujer como *cuidadora* de vida y, no solo donadora de esta) y culturalmente portadora del cuidado y el vínculo familiar, de la morada, del *oikos* (economía en sentido extenso). Consideremos aquí, la relación entre ética y economía para aclarar el *cuidado* del que es capaz la mujer. Etimológicamente, nos dice José Luis Aranguren en su *Ética*, dicha palabra griega (*ethos*) comprende las acepciones de: 1) *morada* (lugar,

²⁴ De acuerdo con Achugar, “la investigación testimonial se vincula al estudio de la modernidad y la revolución industrial como procesos de brutal alteración de la vida cotidiana, sobre todo en el caso de las mujeres”, la cual se institucionalizó en América Latina después de la revolución cubana (1992: 51-56).

²⁵ Para Aceves (1991), el testimonio inserta la apropiación personal de los discursos sociales en la situación histórica de su enunciación, contextualizando su temporalidad por medio de la historia oral y la palabra, hasta recuperar la voz propia de los sujetos. Joutard (1983: 210) sostiene que el testimonio permite una historia “más lenta”, cotidiana y sin sobresaltos que “informa de la manera cómo funciona la memoria de un grupo”. Vera León destaca, a su vez, el carácter “político” del testimonio y su proyecto de reescritura de la historia, “en tensión con la historiografía” (1992: 185).

casa donde habitan hábitos); 2) *f fuente* (de donde brotan las acciones humanas); 3) *moral* (del latín *mor*, *mores*, igual a costumbre moral); 4) *carácter* (biológico y espiritual). Pues bien, la representación del cuidado se manifiesta permanentemente en aquella que asume el cuidado del *ethos vital* (morada de vida en cuanto generadora y protectora de la vida), para el cuidado de la morada social en cuanto constituyente de hábitos que intentan cuidar (atender) lo humano socialmente en desarrollo. Este *ethos*, de conseguirse y afianzarse, se involucra con el *oikos* (economía, casa) cuidado de la casa que se procura. Como se verá, en los testimonios que aquí se presentan, el cuidado de la migrante aparece ejemplar, prodigado en ese sentido amplio antes aludido.

EL TRABAJO DE CAMPO. UNA MUESTRA NO ESTADÍSTICA

Para conocer la vida del pueblo, sus trabajos, sus sufrimientos, no bastaba con interrogar a mis recuerdos.

Michelet (en Joutard, 1983: 71)

Los resultados de este trabajo se contextualizan en el marco de una nutrida fase de investigación participante, relacionada con el traslado, empleo y subsistencia del inmigrante. Recorrido que incluyó la experiencia del trabajo: maquilador en Ciudad Juárez, Chihuahua; jardinería temporal y con permiso de trabajo (mayoritariamente otorgado a varones), en Lenexa, Kansas; industrial y de servicios, incluido el tercer turno, realizado en compañías de los parques industriales de North Hollywood y Santa Clarita, California, así como empleos domésticos, en sus modalidades “encerrado” y “de entrada y salida”, obtenidos en agencias domésticas de Ciudad Universal, proveedoras de mano de obra femenina para el sector de North Hollywood, Bel Air y Beverly Hills, sitios exclusivos en donde vive la gente más pudiente y rica de la urbe angelina. La reunión de información de los textos biográficos aquí analizados se complementa con testimonios e historia oral, en una suma de fuentes de probada contribución científica e histórica.²⁶ Importantes etapas de campo fueron realizadas en

²⁶ Aquí se suscribe que la recuperación testimonial y autonarrada de la histo-

Santa Clarita California. Se optó por el estudio de mujeres mexicanas que, al momento de las entrevistas, se encontrase residiendo en dicho estado.²⁷ La indagación incluye: a) Motivos del cruce fronterizo, b) La experiencia reseñada del cruce interfronterizo y, c) El proceso de adaptación, entendiéndolo a este como la suma de estrategias que permiten la implementación de la vida diaria en el otro lado. Esta fase fue orientada mediante ejes vitales: matrimonio, vivienda y hogar familiar, maternidad, administración doméstica y relación con el entorno.

Establecido el radio de acción en la parte este de la ciudad de New Hall California, en el barrio latino, la muestra no estadística incluyó mujeres que aceptaron dar a conocer sus historias de vida o contribuir con sus opiniones y anécdotas. La muestra fue seleccionada dentro de un grupo amplio de informantes, previa entrevista, con base en las diversas edades, intereses y actividades, gracias a la colaboración de la iglesia Our Lady of the Perpetual Help, al apoyo y orientación brindados tanto por las líderes del Grupo de Padres de Familia, de maestras de la Old Orchard Elementary School, encargadas de las clases de inglés dirigidas a inmigrantes, y del personal del Centro Comunitario de Santa Clarita. La composición de la muestra incluyó mujeres mayores de 18 años, de estados civiles diversos y que pertenecieran a los tres tipos de estatus migratorio: nacionalizadas, residentes e indocumentadas, haciendo posible un contraste de recorridos vitales. La condición

ria personal permite elaborar biografías (como historias de vida) con un rango de cientificidad válido por cuanto cumplen, mínimamente, con el requisito de objetividad, racionalidad y sistematicidad; condiciones que proyectan a la biografía en cuestión, amén de su carácter ejemplar y emblemático desde el punto de vista ético, a los confines de una explicación general (científica) dada la pauta tipológica de los caracteres auto-narrados y de lo que de ellos derive fenomenológicamente.

²⁷ Aparte de ser el proveedor de alimentos frescos, y una de las tres economías estatales más importantes de la Unión Americana, en California residen 11 423,146 habitantes de origen mexicano (<http://> después de Ciudad de México, California concentra a la mayor población mexicana en el continente. Documentada e indocumentada, migrante o nativa, la fuerza de trabajo mexicana ha participado en el desarrollo social de dicho estado, hasta sostener con su trabajo la agricultura y la economía industrial y posindustrial (Gómez-Quiñones-Maciél, 1998: 51).

principal para elegir a las informantes fue que hubieran nacido en México y cuyo origen social fuese el medio rural, a fin de mantener una congruencia con la trayectoria histórica de la mujer migrante.²⁸ El número de encuentros para las entrevistas se acordó con base en la disposición de tiempo de informantes, naturalmente escaso, razón por la que el apoyo de la Iglesia fue fundamental, ya que permitió la conformación de la primera muestra en un horario estratégico. Los nombres de las participantes fueron cambiados para salvaguardar su privacidad. El empleo de una grabadora fue aprobado por ellas durante todas las sesiones que abarcó el trabajo de campo y, gracias a ello, se pudo conformar un archivo de voz.²⁹

²⁸ Conforme a Kahne and Giele (1992) y ECLAC (1988), las primeras mujeres migrantes a Estados Unidos provenientes de Latinoamérica y el Caribe son originarias del área rural. Estas afirmaciones coinciden con estudios sobre migración nacional femenina, realizados por Arizpe (1975) y Oliveira (1984, en Szasz, 2000).

²⁹ Reconocida por los historiadores orales como testimonio original y literal (Joutard, 1983: 264, 265; Moore, 1997), la cinta sonora, la grabación y la voz constituyen el verdadero archivo y el medio único a un texto analizable, siendo la voz un texto intraducible y legítimo, equivalente a una huella dactilar verbal.

CAPÍTULO II

México-Estados Unidos: procesos migratorios y emigración femenina

LA MIGRACIÓN A ESTADOS UNIDOS, UNA CONDICIÓN HISTÓRICA

Estados Unidos, territorio donde hoy se asientan importantes espacios de la economía internacional, debe su poderío a los imperios provenientes del siglo XVIII, y despuntó como gran potencia durante la plenitud del surgimiento de los monopolios, el imperialismo y el colonialismo, bajo un impulso pragmático, cual modo de habitar el mundo: una ética protestante colonizadora, cuyo espíritu de ahorro le permite la acumulación, y un proyecto ilustrado que orienta su constitución en república liberal.³⁰ Si el posterior dominio de sus estrategias bélicas, económicas y tecnológicas potencia en gran medida su hegemonía internacional, influye asimismo, de manera definitiva en la relación laboral con México. La intervención de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial y la expansión económica de la posguerra son causas por las que se convoca a los mexicanos a laborar en el suroeste de ese país, bajo el *Programa Bracero* (Gómez-Quñones, 1998: 33, 36), con lo que se formalizó entonces la transferencia de trabajadores de México a la Unión Americana. Aunque el periodo en vigor de tal programa no constituye la

³⁰ El predominio de la aplicación de leyes económicas como garantía del progreso sostenidas sobre la idea darwiniana de la supervivencia de “los más aptos”, también influyeron en los principios de la nación estadounidense. Aunque fueron desafiadas por intelectuales como Frank Lester Ward: “las leyes de la naturaleza no pueden simplemente sobreponerse a la humanidad”, y en 1885, por la sociedad de economistas encabezados por Simmon Patten, Hebert Baxter Adams, John Bates Clark, Edwin James y E.R.A. Seligman: “[...] sostenemos que la doctrina del *laissez faire* es tan insegura en lo político cuanto perversa en lo moral”. (Morison, 2006: 527-528).

primera salida de correligionarios, si se caracteriza como aquel en que el Estado mexicano ha intervenido para regular la condición laboral en forma detallada.³¹ Le antecede un éxodo masivo e indocumentado provocado por la Revolución de 1910, la cual se origina por la inequidad, la explotación y la opresión social (Durand, 2007:16).³² La oferta de trabajo regulada mediante el Acuerdo Bracero resultaría atractiva a los estratos nacionales crónicamente empobrecidos a los que llega, al permitirles sobrellevar la economía por la vía de acudir a la sustitución temporal de los agricultores estadounidenses enviados al frente de guerra. Pese a que, desde entonces, la experiencia de inmigración internacional queda caracterizada como un *traslado de existencia* adosado de privaciones, sufrimientos, soledad, abuso, riesgos mortales y fragmentación familiar (Muñoz, 2000), conforma una salida recurrente en el tiempo y, por ende, una cultura determinada por un factor nacional: la desigualdad social, problema derivado de la manipulación del poder, la ignorancia, la inexistencia de la ley y aquello que permita mantener los privilegios y las riquezas de unos cuantos. Planes gubernamentales como la Revolución Verde, el programa de sustitución de importaciones, el ingreso al GATT, las reformas aplicadas al artículo 27 constitucional o la firma del Tratado de Libre Comercio con América del Norte (TLCAN) actúan para favorecer las políticas económicas internacionales, pero en detrimento de la calidad de vida de la población en términos de depreciación de salarios, quiebra de empresas o deterioro agrícola, lo

³¹ El Acuerdo Bracero no es el primer trato formal. Ya desde 1909, los presidentes Porfirio Díaz y William H. Taft firmaron un convenio de exportación/importación de mil trabajadores mexicanos. Años más tarde, en 1917, con motivo de la Primera Guerra Mundial, también se hizo necesaria la presencia de trabajadores mexicanos en los campos agrícolas de Estados Unidos (Durand, 2007: 12).

³² Mientras que, en 1900, Estados Unidos levanta su infraestructura ferroviaria, en México, las diferencias sociales precipitan una revolución por el derecho de los pobres a la tierra, lo que propició el desplazamiento de los campesinos desposeídos hacia ese país del norte, “en el momento crucial de expansión” (Castillo, 1995:5), para trabajar en los trenes, las minas, la ganadería, la agricultura y, posteriormente, de 1917 a 1921, en las empacadoras, y los restaurantes, bajo un programa de contratos no agrícolas (Hondagneu-Sotelo, 1994: 21).

cual propició la emigración permanente de familias e individuos (Zapata, 1995; Tello, 2009).³³ La situación no cambia durante el periodo de la alternancia panista (2000-2012): “Once municipios del país se encuentran entre los más pobres del planeta”, “lejos de que se revirtieran las condiciones de miseria con el foxismo se incrementaron en seis las demarcaciones con estándares de vida similares a los del África subsahariana”. En total, once demarcaciones, todas con población mayoritariamente indígena, mantienen un Índice de Desarrollo Humano similar a Burundi, Ruanda, el Congo o Angola. Asimismo, el estudio elaborado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), y la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas de México (CDI) observan que “la mayoría de los municipios del país no están en condiciones de superar la pobreza [...] presentan una tendencia a empeorar” (Badillo, 2009: 13, 14). Indicadores semejantes van a prevalecer durante el Gobierno de Felipe Calderón. De acuerdo con los informes del Censo de Población y Vivienda del INEGI (2010), existen en México más de cinco millones de viviendas abandonadas a causa de la emigración económica, la falta de recursos para pagarlas (viviendas de interés social) o la inseguridad, situación privativa de los estratos más pauperizados de la población que contrasta con el consumo suntuario de personajes como Carlos Slim, quien maneja una fortuna en México que sobrepasa a la de los más opulentos de cualquier parte del mundo (*Forbes*, 2013). El enganche entre las crisis nacionales recurrentes y la eventual disposición estadounidense para emplear mano de obra inmigrante estructuran distintos periodos: el éxodo masculino, femenino y familiar, para permear una cultura de la migración que influye a ambas naciones, y que acontece en estrecha relación con otro aspecto: la mundialización del capital, “no solo como circunstancialmente relacionada con el desarrollo económico sino como una característica directamente *estructural* de este y de su relación con el modo de producción” (Gómez-Quiñones, 1998: 31), y este interviene en el proceso de selección de la oferta laboral disponible. Por tanto, el éxodo de connacionales

³³ Durante la sucesión presidencial de 1910 Francisco I Madero hace referencia a que siendo humillante la situación de los migrantes es, sin embargo, mejor que la que viven en el país (Durand, 2007:12).

como “abandono de un sistema económico...” (Young, 1976: 29),³⁴ lejos de fortalecer a México, traslada su enorme capacidad laboral hacia el país receptor, Estados Unidos, nación signada bajo un principio, el trabajo migrante construye al país.

La Unión Americana, una sociedad de origen inmigrante que multiplica su riqueza importando al *dream worker*

La nación estadounidense se estructura sobre la vía de una ética del trabajo desde el momento de su ocupación territorial,³⁵ que fundamenta el valor de un modo de emigrar que, generalmente de orígenes

³⁴ Este trabajo reconoce, al mismo tiempo que difiere, el modo de interpretar el proceso histórico de la emigración México-Estados Unidos, bajo la analogía mecanicista del reloj sincronizado y uniforme, establecida por Massey (2009). Tal recurso “conformado por un delicado equilibrio de procesos sociales y económicos”, sustentado en “patrones estructurados de movilidad predecibles y consistentes”, periodo que históricamente transcurre entre 1965 y 1986 (2009: 7, 10), deja de lado las enormes contradicciones en las que se abre paso. Veamos, destacando en su cronología, como con la consolidación del proyecto maquilador en la frontera norte durante el periodo de Gustavo Díaz Ordaz y el posterior ingreso de México al GATT en el sexenio de Miguel de la Madrid Hurtado, se prefiguran condiciones que, lejos de asentarse sobre un equilibrio socioeconómico, involucran el *continuum* de un problema. Durante la administración de Carlos Salinas de Gortari se afianza la codependencia tecnológica y económica con Estados Unidos, la cual determinará las políticas internacionales de México hasta nuestros días, al tiempo que repercute como una crisis que se refleja en el empobrecimiento y devastación del entorno rural a partir de tales acciones gubernamentales (la firma del TLCAN y la reforma del artículo 27 constitucional, privatizador del ejido etcétera), continuadoras del despegue globalizador acentuado desde el fin de la Guerra Fría. El obrero, el jornalero, el agricultor o el desterrado no solo experimentan más pobreza, sino que se incorporan a una fase de desempleo mundializado que fomenta una migración distante de un proceso “apacible y abierto” (p. 12), (Cfr. Douglas S. Massey S. et al., 2009, pp.7-12).

³⁵ Hasta 1898, todos los territorios estadounidenses habían sido conquistados mediante la colonización de “tierras no ocupadas” a expensas de los amerindios nómadas o con el consentimiento de los habitantes inmigrados de Europa. (Cfr. Morison, 2006: 238, Fieldhouse. 1984: 277).

humildes y empeñosa voluntad, transformará la vida privada reflejando sus beneficios en el medio. El colono arriba a una espacialidad abrupta con la consigna de domesticarla, sin reconocer más amo que su trabajo, objetivos y perseverancia y tal convicción será fortalecida por principios ilustrados: la igualdad ciudadana ante la ley, el derecho a vivir en el lugar que se elija, la soberanía popular. Al quedar indeleblemente ligado a la experiencia del inmigrante original,³⁶ el peregrino o *pilgrim*, y al espíritu que en 1629 lleva hasta América a los “hombres libres”, en un arribo donde “el carácter colectivo de la emigración dictaría el sistema de la colonización de la tierra” (Morison, 2006: 38). Es esta experiencia originaria de la inmigración a la que sucede el triunfo de una Revolución Industrial que liberó el mercantilismo, a costa del sufrimiento de la población trabajadora estadounidense, la que conlleva a la certeza de que *otros* inmigrantes pudieran arribar a Estados Unidos para beneficiar al país mediante su trabajo asalariado, al complementar las bondades del potencial industrial, materialmente rico e institucionalmente funcional, de una Norteamérica que aplica los saberes mercantiles heredados de Europa (Adams, 2005: 109, 215), y facilitar así las condiciones de acumulación de capital, sobre un desarrollo y expansión económica “*pareja al fomento del traslado de migran-*

³⁶ Si hay una identidad en el pueblo estadounidense, esta pasa por el reconocimiento de ser un inmigrante. Tanto en la Asamblea de Virginia de 1619, como en su conmemoración más notable, el festejo de Acción de Gracias, con el que el estadounidense celebra su origen migrante y reafirma el auxilio divino a su voluntad de trabajo sobre la tierra de conquista. Popularmente se cuenta que los pavos, platillo principal durante la conmemoración y aves desconocidas a los inmigrantes, llegaron enviados del cielo al grupo hambriento, en un momento de angustia: los padres peregrinos (*pilgrims*), puritanos, campesinos y obreros provenientes de East Anglia, Inglaterra, quienes decididos a realizar la voluntad de Dios, emigraron a América en el *Mayflower*, “...levantaban los ojos al cielo, su más amada patria”, satisfechos de “haber encontrado campos abandonados en la Bahía llamada Plymouth”...y al indio Squanto, que les guió y enseñó a pescar y a cultivar maíz. Las condiciones agrestes provocaron que pereciera casi la mitad del grupo, pero perseverantes, “a mediados de octubre de 1621, lograron invertir la situación con una abundante cosecha y una buena caza de gallinetas y pavos salvajes, celebrando su primera fiesta de Acción de Gracias.” (Morison 2006: 37).

tes” (Massey, 2000: 5). Asentada sobre un vasto territorio, *esta fuerza laboral* detona el crecimiento industrial del país. En la última parte del siglo XIX se habla de que la inmigración a Estados Unidos “aun cuando fuese predominantemente inglesa y africana, representaba seis o siete razas y tres o cuatro idiomas” (Morison, 2006: 448), además de que en 1880, la nación se reafirma sobre sus mecanismos de comunicación interterritorial, en que la construcción del sistema ferroviario se constituyó en el proyecto de mayor auge que demanda trabajadores que pudieran soportar el clima, la hostilidad de los indios y establecerse, asimismo, alrededor de las vías (Escobar, 1998: 178). En esta fase arribaron los mexicanos para *cumplir* los requisitos. Cuando el pueblo estadounidense conoce al emigrante mexicano, lo caracteriza como “pobre, iletrado, ‘eventual’ y capaz de soportar condiciones terribles” (Morison, 2006: 449). Los vagones unen al país, facilitan el traslado de mercancías, fomentan el desarrollo, reproducen el traslado de la mano de obra, ahora “en gran escala” (Gómez-Quiñones, 1998: 31). De 1880 a 1910, la inmigración llevó a casi 18 millones de personas a las costas estadounidenses. Sus bajos costos permitían a los productores la apropiación de plusvalía y maximizar los beneficios de las inversiones realizadas (Morison, 2006: 33, 446). Con su trabajo en las fábricas y la agricultura, estos inmigrantes contribuyen al fortalecimiento de Estados Unidos como gran potencia, y al dominio que a la postre ejerce sobre el mundo.

Se requieren brazos para trabajar en los campos agrícolas de Estados Unidos. El arribo de un trabajador que surge apocado

Con el Acuerdo Taft, el periodo bracero en sus dos partes: el periodo indocumentado o la fase de legalización *Immigration Reform and Control Act* (IRCA) conforman etapas del arribo de mexicanos a Estados Unidos en un contingente inicialmente varonil que con el tiempo deviene en mixto. Al respecto, se puede aducir que las entradas irregulares se combinan con las reguladas. Así, en 1900 era el país del norte el que financiaba la entrada de trabajadores para la construcción de sus redes ferroviarias, hasta llevarlos a fundar hogares “en Texas y Nuevo México, Arizona, Colorado y California conviviendo con trabajadores

no blancos” (Gómez-Quiñones, 1998: 33).³⁷ Cabe resaltar que el lastre de la conquista española y la cultura de corrupción que pervierte las revoluciones burguesas en México pesarán hasta hoy en el inmigrante mexicano mestizo o indígena. Desigualdad social, ignorancia y apocamiento son características que transfieren su impronta a esta relación laboral internacional y monetizada entre una mano de obra mexicana recia por necesidad y habilidosa, y los patrones estadounidenses forjados en la empresa y la práctica de la acumulación. Conforme a la época, la concepción patronal hace que la labor de estos inmigrantes se caracterice como trabajo “duro, desgastante y el peor remunerado en la escala laboral” (Durand, 2007: 19).

Los agricultores, constructores de las vías férreas, y las compañías de construcción o manufactura, servicio, operaciones y pequeños empleos de todas clases, periódicamente, han favorecido a los migrantes mexicanos porque son baratos, eficientes y generadores de riqueza. (Gómez-Quiñones, 1998: 46).

Esta perspectiva escala en el tiempo y es observable en la predisposición cultural del inmigrante trabajador para ser explotado como tal, tomando lugar en tal proceso la crónica necesidad de trabajo y la falta de condiciones para vivir en un México prohibitivo, cómplice del tratamiento utilitario, flexibilizado y con escasas posibilidades de negociación que el inmigrante padece en el otro lado.³⁸ Es así que, cuando

³⁷ La inmigración mexicana como fuerza de trabajo fue permitida y fomentada cuando fue necesitada [sic] (Gómez-Quiñones, 1998: 46): Los reclutados de Estados Unidos fueron siguiendo las líneas del ferrocarril hacia la parte sur en busca de los primeros trabajadores que encontrarán en los densamente poblados estados de Jalisco, Michoacán y Guanajuato (Durand, 2001: 109).

³⁸ La inmigración de mexicanos a Estados Unidos ha sido resultado del reclutamiento o de la elección, siendo periódica, circular, temporal, legal e indocumentada; el trato despótico se refleja en periodos de crisis, durante los que se prescinde del trabajo inmigrante. (Cfr. Gómez-Quiñones, 1998: 5, 31; Durand, 2007: 11). Por ejemplo, mientras que en 1920 se intentó controlar el proceso migratorio (Escobar, 1998: 178), a partir de la incursión estadounidense en la Primera Guerra Mundial, tal actitud se revierte, decayendo de nuevo durante la Gran Depresión, promotora de deportaciones masivas; de

los trabajadores eligen cruzar la frontera, frecuentemente pretenden evitar los periodos más agudos de las crisis económicas en su lugar de origen, así como la sobreexplotación o el dominio político en sus regiones (Gómez-Quiñones, 1998: 28). Por lo tanto, regulada o no, la migración representa una alternativa sugerente.

El periodo bracero o *Bracero Accord* inicia en 1942 con la “importación temporal” de trabajadores por contrato: varones llevados a Estados Unidos para desempeñarse como trabajadores agrícolas por periodos de seis meses, con agricultores localizados mayormente en el suroeste del país. “Cuando Pearl Harbor abruptamente involucró al Estado en la guerra, el gobierno rápidamente revirtió el curso de los planes de deportación, para volver a reclutar trabajadores migrantes” (Durand, 2001: 110). Realizado durante dos etapas 1942–1954, 1954–1964, el Acuerdo Bracero determina el despegue de la tradición migratoria (Mummert, 1991: 457; Durand, 2007), y esta fue de las últimas ocasiones en que el Gobierno mexicano intentó negociar las condiciones de trabajo del emigrante, en un marco legal de difusión pública, donde la presencia del mexicano trabajador es catalogada simple y llanamente como *fuera de trabajo*. El Acuerdo persigue “brazos”, subrayando un enfoque y un principio: “es menos deseable un ciudadano que un trabajador” (U.S.1911:690-91, en Hondagneu-Sotelo, 1994: 20). Si bajo tales circunstancias la relación empleado y empleador no tiene por qué ser amistosa, ofrece considerables ventajas laborales que finiquitan el *sistema de enganche* (Durand, 2007: 11):

Se necesitan ¡TRABAJADORES MEXICANOS! Con familias para el ferrocarril Burlington. Secciones y campos. La compañía se encarga de proporcionar para su mayor comodidad CARRO, ESTUFA Y CARBÓN enteramente gratis. Nuestras oficinas no cobran chanza por el enganche. Se da a los trabajadores y familias tierra para que siembren. Podemos dar trabajo a los jornaleros mexicanos en Illinois, Wisconsin, Iowa, Missouri, Nebraska; Colorado, Sur Dakota; Montana y Wyoming...” (Anuncio en *El Cosmopolita*, semanario de Kansas City... Durand, 2007: 13).

1929 a 1937 alrededor de 453 mil ciudadanos mexicanos fueron deportados (Hoffman, 1974, en Durand, 2001: 108).

Durante su segunda fase, se observa la nula disposición del Gobierno estadounidense para refrendar el acuerdo, circunstancia salvada por la práctica del trabajador mexicano desarrollada *in situ*, y que, al ser reconocida por los patrones estadounidenses, impulsaría la firma del Acuerdo en su segunda oportunidad. A su conclusión, en 1964, casi cinco millones de trabajadores temporales se hicieron ciudadanos (Hondagneu-Sotelo, 1994: 22; Durand, 2007); hecho que marca el principio de la etapa de migración masiva indocumentada, en la cual los itinerantes quedan librados a su propia suerte, desamparados, propiciando que “se recluten por sí mismos”. (Gómez-Quiñones, 1998: 31).³⁹

³⁹ En esta etapa, la ausencia de políticas migratorias uniformó a la población migrante: mexicano se convirtió en sinónimo de trabajador indocumentado, es decir, definido por inseguridad y vulnerabilidad, situación de la cual eran plenamente conscientes los funcionarios estadounidenses. Al comparar a los trabajadores residentes y los ilegales, estos últimos trabajaban fuerte y con miedo: *work scared and hard* (Calavita, 1992, en Durand, 1998: 41).

MIGRACIÓN POR TRABAJO. LA FASE INDOCUMENTADA SE NEOLIBERALIZA

La IRCA, un periodo de amnistía que reúne a familias inmigrantes y detona el tránsito irregular

La década perdida de 1980 resulta clave en la transformación de la presencia de mexicanos en Estados Unidos; se trata de un intento de regulación y control del inmigrante indocumentado, que constituyó el periodo de implementación de una reforma largamente esperada: la *Immigration Reform And Control Act* (IRCA), cuyos propósitos, de acuerdo con Durand, se sintetizan en cuatro puntos: (a) sancionar a trabajadores que empleen indocumentados, (b) reforzar las medidas de control de la frontera para impedir la entrada de más de ellos, (c) conceder la amnistía o derecho a obtener la residencia legal a quienes pudieran demostrar cinco o más años de experiencia migratoria, y (d) establecer un programa para trabajadores agrícolas. En este proceso, de 1986 a 1990, más de dos millones de mexicanos obtuvieron la calidad de residentes legales, lo que detonó una nueva fase que modificaría las características de masculinidad y temporalidad del flujo migratorio, pues en este periodo se otorgó la amnistía a una proporción importante de mujeres, 41 % del total (Durand, 1998: 53), lo que permitió reunificar a la familia de manera parcial y diversificar las actividades económicas sin restricción geográfica. Tanto por el surgimiento regulado de familias que se reunifican, como por la difusión de la experiencia del contacto con la tierra del *sueño americano*, surge la propensión a establecerse permanentemente, reforzada por la crisis económica en México, el cambiante carácter en la demanda de trabajo en Estados Unidos y las redes sociales (Cornelius, 2001: 108). Aunque favorable a la legalización, la fase regulatoria propiciada por la IRCA detona la migración indocumentada (Durand, 1988: 55) y abre “un abismo” entre las condiciones de vida del trabajador legalizado y las de aquel proveniente del flujo irregular. Movimiento que por otra parte se ampliará a todos los estados de la república mexicana, entre emigrantes de ambos sexos, con mayor nivel de educación, provenientes de barrios y pueblos (Mummert, 1991: 457), para transitar una frontera

que recrudece sus restricciones y disputar la expectativa de empleo a un contingente inmerso ya en el mercado de trabajo global. México, la nación proveedora empezará a competir, por los empleos, con chinos, con población centro y sudamericana, hindú, africana, oriental, etcétera, en un contexto en el que “el tercer mundo es la exclusión de nueve personas sobre diez a escala planetaria”.⁴⁰

Frente a la pobreza y desempleo mundiales, la infraestructura creada por la migración funciona como una alternativa de doble vertiente: promisoría para el capital, selectiva para la fuerza de trabajo. En la globalización neoliberal, el potencial trabajador se dirige a los países industrializados: Inglaterra, Francia, Alemania y Estados Unidos, lo cual afectó la posición privilegiada del potencial emigrante mexicano, cercano a Norteamérica. Para 1999, alrededor de 20 % de la población mexicana vivía y trabajaba en la Unión Americana. En 2013, se reconoció que más de 30 millones de habitantes del vecino del norte tienen ascendencia latina, y alrededor de siete millones son indocumentados,⁴¹ situación que agrega elementos en favor de una reforma migratoria, y con ello se ha avivado el contexto polémico en que se discute. Para la percepción estadounidense, la desmedida presencia de connacionales se relaciona con la corrupción y desempleo imperantes en México, y se ha propiciado una actitud dividida entre quienes emplean la mano de obra migrante (empresarios de la agricultura, la in-

⁴⁰ La representación despectiva del migrante en el mundo empieza a partir de su razón de ser como trabajador. Martín sugiere que esta evoca una imagen, sea del afanador, el jardinero o la criada como actores estigmatizados, siendo los patronos quienes sacan provecho de tal perspectiva, y deterioran las condiciones laborales. (Gabilondo, 1994: 22).

⁴¹ México es el país con más migración en el mundo, y representa uno de los mayores desplazamientos de población en la historia (Escobar, 1998: 167). De hecho, “...para muchas familias mexicanas la posibilidad de satisfacer las necesidades [...] económicas a través del trabajo, solo fue posible emigrando” (Tuirán, 1999; Conapo, 2001). Por tanto, se estima que cerca de un 20 % de la población mexicana ha migrado en el último siglo hacia Estados Unidos (Maciel-Herrera, 1998: 4), en especial, durante el periodo que va de 1960 a 1980, en el que alrededor de un millón de mexicanos cruzaron legalmente la frontera. Por otra parte, 3.2 millones de personas fueron legalizadas desde 1986, bajo la IRCA. De este total, 3/4 provinieron de México (US INS, 1990).

dustria y los servicios) y quienes se oponen a emplearla o a regularizar su situación migratoria. De otra parte, se agrega la postura de aquellos segmentos de población que, “no estando dispuestos a efectuar tareas y servicios que los migrantes realizan” (Gómez-Quiñones, 1998: 35), esgrimen el argumento de que el Estado invierte recursos para revertir la pobreza de sectores que, al ser renovados por oleadas sin control, reinician un ciclo que no termina.⁴² Esta consideración da pie a iniciativas de ley adversas a la presencia inmigrante:

...la propuesta 187 en 1994 y el Federal Immigration Reform and Immigration Responsibility Act (FIRIRA) de 1996, debe mucho a la información ampliamente difundida, acerca de que los migrantes mexicanos no autorizados imponen costos socioeconómicos excesivos porque su reducida labor y sus contadas habilidades, influyen negativamente en escuelas y en servicios sociales y de asistencia, lo cual demerita los ingresos de ciudadanos que, nacidos en el país, poseen iguales características (Maecelli, 2001: 124).

Volviendo a las restricciones sobre la inmigración, es preciso decir que uno de los hitos que limitó el ingreso de migrantes desde la frontera mexicana se registró en 1924, con la autorización de la patrulla fronteriza (*Border Patrol*), circunstancia que cambia la percepción que se tenía de inmigrante, de trabajadores sin visa a potenciales fugitivos de la ley (Gómez-Quiñones, 1998: 37). Para abonar todavía más a esta perspectiva, en 1954 se sumó el estigma que dio como resultado la

⁴² En relación con la cobertura de programas para el control de la pobreza, el ciudadano estadounidense, portador de todos los derechos civiles, se queja de no recibir la misma atención que el trabajador inmigrante y latino, y señala que este devenga más recursos de los que aporta. Pero la discusión sobre los gastos que este genera necesariamente pasa por el estimado de ingresos deducidos vía pago de impuestos, mismo que un amplio sector de trabajadores inmigrantes paga. En el año 2009, estos trabajadores aportaron alrededor de 53,000 millones de dólares en impuestos (Aldo, 2010), los cuales, al no poderse recuperar, no llegaron a sus bolsillos, y todo esto se quedó a la zaga por sutilezas como el temor a cobrarlos, el manejo del idioma o la poca familiaridad que este trabajador demuestra en los trámites legales (Hondagneu-Sotelo, 1994: 171).

operación *Wet Back* (Espalda mojada), que causó la deportación de un millón de mexicanos (Durand, 2007: 19). Terminado el periodo bracero (1964), durante la llamada fase indocumentada, la opinión pública se torna más agresiva y extiende la vigilancia a centros de trabajo, carreteras, vecindarios. Para 1996, bajo la administración de Bill Clinton, las fuerzas de vigilancia triplican el cerco fronterizo a lo largo de San Diego-Tijuana, al tiempo que se cortan los beneficios de asistencia legal a migrantes no documentados, pero allá establecidos, lo que hace difícil probar la discriminación de los empleadores (Gómez-Quiñones, 1998: 42-45). En esa década, propuestas como la 187 señalaban a la mujer latina como usurpadora del presupuesto de asistencia y de servicios, caso del *Wellfare*, y se promueve la educación antibilingüe (Hodagneu-Sotelo, 2001: 13). Las medidas antiinmigrantes también incluyen una agresiva vigilancia fronteriza. Iniciado el nuevo siglo, el presupuesto federal estadounidense destina fuertes sumas en disposiciones tecnológicas: muros metálicos, cámaras infrarrojas, sensores de calor, fosos, vehículos terrestres y aéreos, recursos humanos entrenados, tecnología digital e informacional, unidades de inteligencia y camas adicionales en centros de detención, además de deportar a los detenidos en prisiones federales, estatales y locales del país (*La Jornada*, 17 de julio del 2001). De acuerdo con Sean García, analista del Centro de Investigaciones Inter-hemisféricas para el Departamento de Seguridad Interior, del que depende la *Border Patrol*, la seguridad fronteriza, en 2004, será prioridad para la lucha contra el terrorismo (*La Jornada*, 2003), perfilando en tal discurso la concepción del inmigrante ahora como terrorista,⁴³ estigma que en 2001, después del atentado a las Torres Gemelas y al Pentágono, será explotado mediáticamente por medio de promover entre la población estadounidense el temor hacia los extranjeros. Estrictamente arduos, los planes para frenar la inmigración tendrán un eco inesperado, provocando que el tráfico in-

⁴³ En 2003, el alcalde de Douglas, Ray Borane promovió ante un cabildo un decreto especial para prohibir a los grupos de caza migrantes. La medida fue bien recibida en México, pero a los grupos extremistas no les gustó y amenazaron con matar al alcalde, quien tuvo que recibir protección especial durante varios meses (*La Jornada*, 2003).

documentado modificara sus rutas, hasta devenir paulatinamente en un redituable negocio que, controlado por el crimen organizado, con las rutas o *puertas* de los narcotraficantes (*La Jornada*, 2001), habrá de caracterizarse como una etapa de escandalosos métodos de traslado.

La fase indocumentada, redituable giro del crimen organizado y neoliberal

Si entre los inmigrantes que arribaron a Estados Unidos antes de 1990, las anécdotas del cruce probablemente refieran familiaridad con los coyotes que les trasladaron: parientes, amigos, que, conforme a la época, llegaban a cobrar de 300 a 600 dólares por evento de cruce *llevando hasta la puerta*, con las restricciones territoriales y el cambio de rutas, esta situación dará un giro. La modalidad del comercio sin fronteras propende validar cualquier dinámica mercantil. La de comercio humano se abre paso mezclando el tráfico de personas con el de drogas, en un contexto de violencia y desprecio por la vida del inmigrante que no tiene parangón. Pasado el año 2000, el resguardo de fronteras en Tijuana, B.C., Ciudad Juárez, Chih. y Nuevo Laredo, Tams., obliga a diferir a nuevas vías las rutas de traslado de indocumentados. Laredo, Piedras Negras y el área de Altar en Sonora, pasarán a formar parte de las vías acotadas por el narcotráfico, resultando central la región de desierto del Sásabe. A la angustia de los secuestros o el abuso sobre los inmigrantes habrán de agregarse los peligros del hábitat: hasta 50 grados centígrados de temperatura, acompañando recorridos de tramos largos: 90 km Sásabe-Sonoyta, 120 km Sásabe-Tucson, 50 km Naco-Agua Prieta, 40 km Sásabe-Agua Prieta. Tramos maratónicos por recorrer sin equipo ni experiencia en un ambiente agudizado por el presagio de peligros inminentes: *olor a muerte*, riesgo de secuestro y fauna mortífera: víboras chirrioneras, serpientes de cascabel, monstruos de Gila, alacranes, viudas negras, y matavenados. En esa vía, entre 2001 y 2003, al menos 300 personas se reportaron muertas (Alberto Najjar, *La Jornada*, 25 de julio 2001 y 3 de noviembre de 2003), cifra que por operativos policíacos disminuye en 2002, empujando hacia la ruta Naco-Agua Prieta, que registró el deceso de 187 personas reportadas en Arizona (39 de estas se encontraban en el corredor Naco-Douglas). Ya entonces se documenta la alianza entre polleros y

funcionarios del Gobierno mexicano (*La Jornada*, 2004). Ante las restricciones fronterizas y la persecución al narcotráfico acentuada durante el Gobierno de Felipe Calderón, en 2009, las estrategias de traslado se operan mediante lanchas que atraviesan el Pacífico, aparejando nuevos problemas para un inmigrante no pocas veces abandonado en mar abierto, condicionado a pagar alrededor de 5,000 dólares por el cruce y expuesto a otros cobros estilados por la economía criminal: abuso sexual que van a sufrir hombres, mujeres y niños, secuestro, prostitución o participación obligatoria en el transporte de droga (*Proceso*, 8 de octubre del 2009). Para 2009, las condiciones de cruce victimizan con extrema violencia a los centroamericanos en tránsito a Estados Unidos (*El Universal*, 2011), quedando al descubierto el encubrimiento y la participación oficial denunciados por la prensa. De septiembre del 2008 a febrero del 2009, se registran ciento noventa y ocho casos que incluyen nueve mil setecientos cincuenta y ocho secuestros que dan cuenta del maltrato y el abuso padecidos por estas personas en un ambiente “envenenado, que traslada la memoria a los campos de concentración... a los migrantes los explotan las bandas de los Zetas, los Maras, los polleros. Cierran el cerco los policías municipales, los estatales, los patrulleros... protegidos por placas” (Scherer, 2010). El reporte de este seguimiento se da a conocer mediante un informe de la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH): “Bienvenidos al infierno” (Farah, 2010). Aunque se sabe que los métodos de sometimiento son brutales: secuestros masivos, agravios, maltrato, violación sexual, tortura, “Nadie podría decir cuántas mujeres son lanzadas a la sodomía, vendidas a quien pague por ellas”, el Gobierno de Calderón se mantiene en el disimulo, hasta que varios meses después, gracias al aviso de un ecuatoriano que logra escapar del rancho San Fernando, en Tamaulipas, se detona un escándalo de repercusión mundial. Muertos y con el tiro de gracia, se descubre a setenta y dos inmigrantes de origen mexicano y centroamericano, que no pudieron ser rescatados, previo pago a secuestradores (*El Universal*, 2010). Aunque el clamor internacional cuestiona al Gobierno mexicano, conminándolo a atender este problema se va haciendo el silencio. Un año después, en abril de 2011, se hallan otras fosas con más de ciento ochenta y tres cadáveres en esa entidad. Pero, mientras que la atención oficial hace

caso omiso, paradójicamente circula en el país información enviada desde Estados Unidos, que suministra datos en torno a las redes delinuenciales involucradas en los secuestros: fechas, nombres de cobradores, casas de cambio relacionadas con envíos para cubrir rescates, etcétera (*El Universal*, 2012).

Por ser el periodo indocumentado de mexicanos a Estados Unidos, el más largo de todo el proceso migratorio, muestra una tendencia que da cuenta de la indiferencia del Estado nacional, un Estado “fallido” (débil), invisibilizador, por tal condición, del migrante en su propia tierra. Los documentos abundan. Cuando el gobernador de Texas, Rick Perry, declara que los mexicanos arriban a territorio estadounidense “para matar niños”, el entonces presidente Vicente Fox, quien se encuentra a su lado, “guarda silencio” (*La Jornada*, 2003). Actitud similar mostraría el canciller Luis Ernesto Derbez al observar que los disparos realizados a inmigrantes que cruzan la frontera eran inocuos: “balas de goma” (*La Jornada*, 2003, 2004). Por otra parte, el 3 de marzo del 2007, durante la visita de Bush a nuestro país, los migrantes desaparecen del discurso de Calderón, en tanto que ese día se informa de un joven baleado por un guardia de migración en la frontera (*La Jornada*, 2007). Finalmente, en 2009, durante la visita de Barack Obama, el tema se ignora, pese a que en la Unión Americana la situación de los connacionales, en el contexto de las dos últimas crisis económicas, no se viene fácil.

En 2010, el fortalecimiento de las gubernaturas republicanas vaticina la aprobación de leyes antiinmigrantes que persiguen reproducir el modelo de la SB 1070, que predispone a la población residente a denunciar a los inmigrantes por su fenotipo. En tal escenario, destaca el silencio oficial,⁴⁴ mutismo que se rompe estrepitosamente ante

⁴⁴ Felipe Calderón da todo el apoyo a la Iniciativa Mérida; sin embargo, sobre el problema migratorio, ni el mandatario ni la Secretaría de Relaciones Exteriores hacen pronunciamiento alguno. De hecho, cabe resaltar que la respuesta oficial, frente a los cambios que registra el fenómeno migratorio, busca difuminar el tema. Este caso se refleja en la descripción oral que hace la reportera estadounidense Dolia Estévez, testigo del encuentro entre Felipe Calderón y Barack Obama, efectuada en marzo del 2011, señaló que la petición de implementar una reforma migratoria nunca fue expresada por el

el escándalo internacional de los migrantes muertos encontrados en Tamaulipas, para continuar ignorando otro tipo de noticias como la publicada en su edición dominical por el *New York Times*, ya en 2013, bajo la presidencia de Enrique Peña Nieto, que da cuenta del aislamiento al que se somete a los migrantes en la prisión de Pinal County, Arizona, solo por el hecho de serlo. Al ser cuestionadas por los periodistas, las fuentes declinan hablar, “argumentando consideraciones de privacidad”, aun así, se denuncia que a estos inmigrantes se les mantiene en aislamiento porque “algunas veces son considerados irruptores del orden y otras por su propia protección”, ante un confinamiento que puede variar de 10 hasta 75 días o más, la investigación reporta que uno de los presos, “ya ha tenido dos intentos de suicidio” (Ian Urbina y Catherine Rentz, *New York Times* 2013).

LA MIGRACIÓN FEMENINA

Entre las etapas en que se visibiliza la emigración internacional de mexicanas, el desarrollo de la maquila y el periodo de la IRCA se complementan. Sin embargo, resulta importante acotar que la presencia femenina integrándose al mercado de trabajo migrante y de extracción rural se evidencia inicialmente al interior de México, en 1980. Se trata de mujeres jóvenes provenientes del sector agrícola, orientadas a las zonas urbanas, sobre todo al DF, decididas a trabajar en el servicio do-

mandatario mexicano. Aun cuando los asistentes esperaban que el tema fuera tocado, no se comentó; ni siquiera como una salida *en los momentos de silencio ríspido y tenso* generado por dos acontecimientos: la renuncia de Carlos Pascual, ex embajador de Estados Unidos en México, y el escándalo de la *Operación Rápido y Furioso* (mediante la que se introdujeron armas a México, con el objetivo, así explicitado, de detectar a los grupos de narcotraficantes que las consumen). Nota: El comentario de la periodista fue realizado vía telefónica y transmitido durante el noticiero matutino de Carmen Aristegui en el 102.5 de FM, en la estación de MVS Radio, el día 20 de marzo del 2011. Cabe agregar que, según Estévez, dicho comentario no aparecería escrito, pues la política de los “testigos presenciales” permite hablar de las impresiones, pero no les da derecho a ponerlas por escrito.

méstico e industrial. Este flujo registra antecedentes desde 1930, y se observa otro éxodo notable en el decenio de 1970, periodo en el que un 80 % del total de emigrados fueron mujeres jóvenes, casadas, que buscan emplearse como trabajadoras manuales, en talleres de costura y almacenes. Igualmente, mujeres solteras que intentan garantizar el control sexual por parte de los padres, mediante el trabajo doméstico, proveedor de una vivienda para subsistir que sirve como garantía de castidad (De Oliveira, en Szasz, 1994: 133, 134; Szasz, 2000). Para la década siguiente, las alternativas de empleo de este tipo de población cambian, y se extiende al sector informal y a las “ocupaciones femeninas” del ramo maquilador, en principio dentro de sus propias regiones, hasta irradiarse al área fronteriza con Estados Unidos (Shanti, 1993: 7). Esta transformación no es casual. Se trata de un periodo que da por redituable emplearlas por su condición cultural y de género, el cual, llevado al aspecto productivo, complementa el proceso de transformación de la agricultura familiar en empresaria (De Oliveira 1984, en Szasz, 1994: 133). Botey calcula que en 1973 había 700,000 jornaleros agrícolas, incrementándose a 5.4 millones en 1980. Alrededor de un tercio eran mujeres, presencia favorecida, probablemente, por el auge maquilador de esa década (Ruiz-Velazco, 1995: 24) que incorpora jefas de familia, solteras algunas de ellas que llevan consigo a sus hijos (Barrón, 1993, citada en González, 1993: 35).

La agroempresa copta y emplea mujeres, en la medida que reorienta las actividades rurales y femeninas al amparo del discurso de una habilidad manual “intrínseca”, propuesta como idónea para el trabajo de empaque o selección de productos. En realidad, este enfoque suscribe un doble interés en tanto que, desempeñados por manos femeninas, estos procesos devienen precarizados en sus condiciones laborales (Lara, 1997: 186; Bolaños, 2000: 65, 97). Así, la estrategia consiste en aparejar el empleo femenino a la informalidad de condiciones laborales, en una práctica que suscribe una tendencia internacional: la “gradual feminización del flujo migratorio [...], notable para 1990” (Maecelli, 2001: 111), pero que a nivel internacional descuella veinte años antes. El año 1970 resulta crucial para una migración de género, “con mayor educación y control natal, abarcando a latinas y caribeñas de origen rural que viven en pobreza” (Kahne, 1992: 70), en un desplazamien-

to que se extiende a regiones con escasa tradición de emigrar (Nava, 2000: 77). Favorecido por las redes, el desplazamiento internacional de mexicanas se registrará posteriormente (Donato, 1993).

Por sus condicionamientos de género, la mano de obra femenina, sobre todo la hispanohablante, es susceptible de flexibilización, ya que se muestra dócil y subordinable al trabajo (Szasz, 1994; Ruiz, 1995; Ariza, 2000). Tales características encajan con el desacoplamiento del modelo global. Dependiente y responsable del plan familiar, la mujer aceptará laborar en cualquier actividad, independiente de las condiciones que esta suponga, con tal de poder atender el hogar. Por ello, serán mujeres quienes a partir de entonces abastezcan al ramo industrial y de servicios a nivel trasnacional (Durand, 1998: 21; Castells, 2001: 185). En Estados Unidos, 62.6 % del trabajo femenino se dedicará a los servicios: más de la mitad al ramo doméstico (33.9 %), seguido del 28.7 %, correspondiente al sector industrial, 1.8 % en la construcción y 8.7 % en actividades agropecuarias (Bustamante, 1998: 812, 813; Castells, 2001: 185). Cabe agregar que, si para 1970, la emigración femenina aún no abrazaba la perspectiva de permanencia, ya que, de acuerdo con Hernández (1990), se trataba de solteras cuyo retorno representaba “el apoyo moral y económico de sus padres y hermanos”. El periodo de arribo a la frontera que se registró en los años siguientes marcó una transición influida por la cultura, la experiencia migratoria y, sobre todo, por el ciclo de vida femenino. Con ella, como itinerante, emigra un plan cultural mediador del contacto social:⁴⁵ el proyecto familiar, instituido, *territorializante*, e introyectado en la mujer, mediante esos entrenamientos que la empresa persigue. La migración internacional de género va a originar un cambio trascendental, al sobreponer al modo de producción flexible que la llama al proceso, un universo de estrategias culturales y de subsistencia.

⁴⁵ Szasz (1994: 141) observa, por ejemplo, el caso de mujeres que pasaron de ser solteras y empleadas domésticas, a costureras casadas. Mientras que Durand (1998: 55) señala cómo entre las migrantes internacionales, el proyecto de retorno es trastocado por el acontecimiento de la maternidad, por la reunificación familiar derivado de la fase de amnistía IRCA en Estados Unidos, y por el reforzamiento fronterizo.

Factores que impulsan la movilidad femenina

Si la adscripción de género al proceso migratorio internacional opera en respuesta de un modo de producción que persigue abatir costos (Szasz, 1994: 132), también incluye propósitos y principios que modifican sus contextos de llegada a mediano y largo plazos. Uno de estos propósitos intentará, a partir del cambio, modificar algunas condiciones que culturalmente arraigadas propician desventajas de género (Szasz, 2000). Así, por ejemplo, poder administrar el producto de su trabajo asalariado, o la facilidad para desplazarse, transformarán sus capacidades hacia nuevas características: independencia de movimiento y de cargas de trabajo, etcétera (Mummert, 1991: 453), y con ello dar bríos a su acomodo. Pero los pequeños cambios también readaptan situaciones ya conocidas. Así lo demuestra Hondagneu-Sotelo, al señalar que el móvil de desplazamiento internacional de algunas migrantes fue “responsabilizar” a sus maridos de “la carga familiar”, temerosas de que estos fundaran otros hogares en Estados Unidos (1994: 68-69). En un tenor semejante se insertan los motivos concernientes a la carencia de derechos de propiedad femenina en el medio rural de origen y la falta de motivación para continuar el modo de vida agrario (Maier, 1998: 20; Muñoz, 2000: 171; D’Aubeterre, 2000: 272), desdén fomentado por la devastación de lo agrícola y el impacto de una cultura migratoria que exalta sus modos de vida (Massey, en D’Aubeterre, 1991: 263).

Desastre agrario y flexibilización laboral: una trama que incluirá al género

Que la emigración genere estrategias culturizadas, no fundamenta un fenómeno que surge rural y ocasionado por la pobreza, la descapitalización, y el deterioro de las economías familiares; del que se puede agregar que tal proceso tiene como autor principal al Estado. Durante la fase del éxodo rural, el de carácter femenino se inserta a manera de bisagra para marcar los estadios finales de la migración como un recurso para sustentar las actividades agrícolas.⁴⁶ Son las hijas y las

⁴⁶ La vida en el medio rural se fue haciendo cada vez más insostenible, de forma tal que solo las hijas con recursos podían permanecer en el hogar, y

hermanas más jóvenes, solteras comúnmente, las que toman la iniciativa de partir, guiadas por la idea de conservar la unidad del núcleo familiar, en riesgo, sin lograrlo. Irónicamente, se encuentran en vías de adscribirse a un incipiente macroproceso de flexibilización laboral, que perseguirá incluirlas desde su condición de género. Puede derivarse entonces que el deterioro agrícola no es accidental, sino reflejo de una administración Estatal que, al pasar por encima del ritmo de vida campirano, privilegia políticas económicas internacionales. El efecto de esta fase migratoria modificaría el escenario rural, transitando etapas que habrían de irrumpir la hasta entonces frecuente migración varonil y de retorno.⁴⁷

Los años de 1970 constituyen el periodo pico en cuanto a migración interna y, en el siguiente decenio, alcanzó la frontera internacional. Este hecho rompe el presupuesto de la inamovilidad femenina, generando la expectativa de una ineludible emancipación. Uno de los cambios aludidos parte de encarar una procedencia rural y profundamente apegada a la tierra, frente a la “trasposición de distancia” física, de hondas connotaciones subjetivas, a las que conlleva la emigración. Liberada del arraigo, la condición itinerante promete resquebrajar atávicos condicionamientos. Sin embargo, por no suscribirse esta, ni dar un impulso o proponer un plan de transformación/liberación, aquello que augura cambios emancipatorios, en realidad acontece como efecto de la pauperización del mundo rural, incapaz de sostener su elevada tasa de crecimiento poblacional (Bartra, 2003: 28). Tal es el contexto por el que la mujer rural deviene en inmigrante internacional.

este hecho significa una verdadera distinción de estatus (Szasz, 1994: 134).

⁴⁷ El éxodo internacional de la migrante inicialmente ocurre basado en las rutas internas que ha seguido el varón, “Los mojadados pasan primero por el D.F.” (Bustamante, 1985: 147), para obtener recursos y continuar el viaje (Arizpe, 1975; Kahne, 1992; Szasz, 1994; D’Aubeterre, 2000). Sin embargo, ella se distingue por sus intentos para establecerse a donde llega, aunque a la larga, casi siempre por motivos económicos, tales lugares resultan insuficientes, lo cual amplía el radio de su movimiento. Según el EMIF, hasta 1980: 61.8 % de las mujeres migrantes hacia el norte trabajaron en México y, “es común encontrar migración, internacional, que se combina con la migración interna” (Bustamante, 1989: 798).

El éxodo en cuestión se inserta en los ecos derivados de la estructuración de un plan oficial: la *vía de desarrollo*. Un sistema vigente a principios de los 80, implementado con el fin de subsidiar al sistema industrial del país, mediante la reducción de precios de los alimentos y materias primas que produce el campesino. Ante dinámicas agrícolas de importación y exportación dependientes de tarifas internacionales, la caída de precios arruina en primer lugar a los productores, al quebrar sus sistemas agrícolas. Un cambio de giro asestó el golpe a la vocación agraria del medio “una gran variedad de manufacturas será trasladada a entornos rurales [...] industria de la confección, del calzado, de artículos de plástico.” (González, 1993: 42), y alteró la fisonomía de las comunidades:

La inserción de fábricas propiedad de extranjeros en regiones periféricas socavan la economía campesina al producirse bienes que compiten con aquellos que se hacen localmente; además, la alta demanda de la fuerza de trabajo femenina dio como resultado la disminución de empleos fabriles para los hombres, y con ello se socializa a las mujeres para el trabajo industrial y el consumo moderno (Szasz, 1994: 141).

Sujeta al vaivén de la oferta y la demanda, la falta de recursos regulares en la industria se refleja en salarios bajos o, en periodos de desempleo que ponen en marcha a la migrante llevándola a otros lugares. En tal periodo salta a la vista cómo durante la etapa anterior de emigración varonil, la idea de continuidad de la unidad agrícola subsiste porque es viabilizada por periodos de trabajo que permiten el retorno de los hombres a las parcelas y, porque incluye la decidida participación femenina, detentora del cuidado de la unidad agrícola, doméstica y familiar. La inclusión de ella como migrante económica fragua otro panorama, el de una ausencia nodal que interrumpe las varias dinámicas comunitarias de la fémina: cuidado doméstico, agricultura de traspatio, artesanía y comercio local; con lo que se rompe la estructura, junto con los métodos rurales de autosubsistencia, de los conductos estratégicos para mantener el arraigo y las relaciones locales, “...lo que más afectó esas zonas... fue la destrucción de la producción artesanal y los sistemas interregionales de mercado” (Szasz, 1994: 142).

Modernización, agroindustrialización y socavamiento de la subsistencia del pequeño productor

La transformación de las áreas rurales no es fortuita. Se inscribe en un plan que contempla tanto la sustitución de cultivos, como el potencial tecnológico para producirlos. Más que la herencia patrilínea o de créditos dirigidos solo a hombres, son las políticas tendientes a la modernización del campo, las que moldean el desarraigo y la disposición a la migración (Massey, 2000: 23), hasta alcanzar el nivel internacional. En 1990 “la producción se estanca hasta el grado de importar alimentos” (Escobar, 1998: 201). El discurso gubernamental proveniente de los años finales de 1970, apegado a las políticas neoliberales e internacionales, diez años después parece eclosionar en sus metas: la modernización del campo, la competitividad de mercado y el adelgazamiento del Estado. Con el argumento de un crecimiento económico que “colocaría al país dentro de una convergencia económica globalizadora” (Escobar, 1998: 199), México “abre sus mercados al comercio internacional, después de haberse unido al GATT” (Gómez-Quiñones, 1998: 42), se incrementan las licencias de importación de productos agrícolas y se favorece al comercio y al productor de altos recursos que pueda explotarla. Para 1994, México se asocia al Tratado de Libre Comercio con América del Norte (TLCAN), pero el país sufre una grave crisis económica, desempleo e “inflación y deterioro de la clase media” (Maciel, 1998: 5), lo que desdice las aseveraciones del entonces presidente mexicano, Carlos Salinas de Gortari, respecto de que México había arribado al primer mundo. Estas condiciones favorecen el desplome de los cultivos básicos y de la agricultura de subsistencia.⁴⁸ El corolario se refleja en la semiderogación del artículo 27 constitucional, al buscarse la privatización del ejido: “La denominada Nueva Legislación Agraria se plantea a partir de una enorme congruencia con

⁴⁸ Hasta el sexenio de Enrique Peña Nieto, la actitud oficial se ejemplifica con el caso del maíz: grano básico; emblemática e históricamente relacionado con el autoconsumo, la cultura y los cultivos tradicionales de México, su país de origen. Conforme a las políticas oficiales, este cede su lugar a la experimentación transgénica y a los procesos de certificación de semilla por parte de empresas transnacionales como Monsanto, antes productoras de insecticidas, frente a las que los pequeños productores no pueden competir.

la política macroeconómica y con la apertura comercial. En función de ello, se modifica el marco jurídico agrario mediante la reforma del 27 constitucional y sus leyes derivadas, con el fin de fomentar un mercado de tierras y la inversión privada en el campo” (González, 1993: 17).

Para sobrellevar la creciente desigualdad, el Estado recurre a una estrategia política: manipular la necesidad de recursos económicos de los sectores más empobrecidos. El Programa Nacional de Solidaridad (Pronasol) deviene en modelo histórico de los gobiernos priistas, destructor del descontento social y ejemplo pionero emulado hasta la fecha. Creada para contener la reacción social ante la pauperización del país, la pírrica mensualidad administrada a las familias permite a su vez la gestión de cotos electorales del grupo en el poder.⁴⁹ Ante tales circunstancias, la estructura familiar deviene en un proyecto insostenible, a menos de arriesgarla. Las mujeres jóvenes optan por aprender a soportar jornadas extenuantes o monótonas (Barrón, 1997); salen a trabajar cada vez más lejos: a las empresas aledañas, a las ciudades, a la frontera o, hasta llegar al vecino país del norte.⁵⁰ El éxodo de género se intensifica y ocasiona la transformación del movimiento en migración familiar (Shanti, 1993: 4), visible como desintegración de la comunidad rural. Los migrantes varones no habrán de retornar al pueblo pues, en general, optan por la ciudad, las *hacedoras* de hogar ya no están allí. Tras haber conocido estrategias menos restrictivas de

⁴⁹ El inconveniente de los programas asistencialistas es que no insertan a la población a un sistema productivo, sino que la fijan a un mecanismo de dependencia, que apenas logra paliar su necesidad. Mediante tales programas se instituye la demagogia gubernamental, se diluye el análisis, se mantiene un aparato burocrático y se difunden hábitos electorales que hacen del ciudadano un cliente cautivo. Viene al caso el resultado de un sondeo realizado en el municipio de Santa María Tlahuitoltepec, Oaxaca, en 2006, respecto del programa Oportunidades. Lejos de fungir como apoyo a la economía familiar, el pago económico administrado, permitía la reactivación de las cantinas y prostíbulos locales.

⁵⁰ Durante la realización del Proyecto Cañón Zapata, realizado para conocer el impacto de la ley IRCA aprobada en 1986 en Estados Unidos, de las entrevistadas en la frontera, más del 65 % declaró que el motivo que las llevaba hacia el país del norte era conseguir trabajo (Woo, citado por González, 1995: 78, 79).

su movimiento, han probado otro modo de sobrellevar las injusticias sobre lo rural y de proveer alimento a sus hijos. Por otra parte, un traslado que, de involucrar fronteras internacionales, obliga a arriesgar la vida, les hace impensable el retorno. Pueblos sin hombres ni mujeres, solo con viejos y niños, poco a poco se hacen itinerantes, desterrados. Ellas y las otras mujeres, las que se quedaron, inscriben su fuerza laboral en una fase mercantilizada que *feminiza la fuerza de trabajo rural agroexportadora*, flexible, informacional o transnacional.⁵¹

LA MIGRACIÓN: UNA SALIDA IMPUESTA POR LA DIVISIÓN GLOBAL DEL TRABAJO

Se dice que la movilidad intrafronteriza, económica y de género “sigue los flujos internacionales de bienes y capital” (Massey, 2000: 25), lo que garantiza que “empresas de todas partes pueden solicitar mano de obra muy cualificada de cualquier lugar” (Castells, 2001, trabajadores: 124, 125), y seleccionar un volumen de trabajadores resultado de una competitiva oferta en respuesta de un hecho: las compañías de las *ciudades globales* son las que pagan mejor.⁵² Así las cosas, la mano de obra migrante de todo el planeta, aun restringida por los controles de migración (Castells, 2001: 124-125), afluirá ahí donde haya ese trabajo: “Las inversiones extranjeras fomentan cambios que crean una

⁵¹ La disponibilidad de mano de obra femenina responde a la “estabilización macroeconómica” y al programa de ajuste estructural, impuesto por el FMI y el Banco Mundial a los países en vías de desarrollo, lo que ha llevado al empobrecimiento a cientos de personas (Chossudovsky, 2003: 25), llamadas así porque conforman un número relativamente pequeño de centros urbanos donde se ubican bancos, finanzas, administración, servicios profesionales y producción de alta tecnología, *concentran riqueza* y una fuerza de trabajo altamente educada, al crear una gran demanda de servicios de trabajadores descalificados. En Estados Unidos se incluyen Nueva York, Chicago, Los Ángeles y Miami (Castells, 2001: 126, 127)

⁵² Según cifras de veces a su equivalente en México, el Banco de México indicó que, en 1999, el salario en Estados Unidos rebasaba nueve veces el salario pagado en México (Nava, 2000: 77).

población desarraigada y móvil en los países periféricos en tanto que simultáneamente forja lazos materiales y culturales en los países centrales, guiando hacia un movimiento transnacional” (Massey, 2000: 25).

Por su historia y vecindad con Estados Unidos, la migrante se orienta hacia esas ciudades, aunque dada la circunstancia global, deberá enfrentar la centralización de las fuentes de empleo, reduciendo sus opciones. Mientras que, por sus habilidades y entrenamiento, la movilidad del trabajador especializado y, por ende, establecido, es remota (Massey, 2000: 19), la del inmigrante indocumentado funciona en un vaivén a la zaga de su inestabilidad, por lo que se ve obligado a aceptar salarios depreciados. Esta característica coincide con las expectativas empresariales, siempre orientadas a abatir los costos de producción.⁵³ Encaminada a abarcar la diversidad de mercados bajo la lógica de cero pérdidas: “como especialización flexible [...] la producción se acomoda al cambio constante sin pretender controlarlo, en un modelo de artesanía industrial” (Castells, 2001: 182), el empleador busca maximizar su ganancia al centrar su atención en el producto, no en el trabajo.⁵⁴ Por tanto, el primero se ciñe a empresas subcontratadas bajo la modalidad del *outsourcing*, donde el último eslabón es un trabajador *subcontratado por el subcontratado*, y cuyo perfil se reacomoda sin alternativa a la pérdida de la cultura del trabajo, que incluye derechos y obligaciones, para transitar a una relación de *todas las obligaciones y nulos derechos*. En este contexto, si el indocumentado resulta idóneo (competencia descarnada, contratos por días u horas), la hispanohablante mexicana, generalmente de condición humilde, entrenada en la diversificación de tareas: trabajo a destajo, a tiempo parcial, terceros

⁵³ De Acuerdo con el *Washington Based Economic Institute*, en California hay industrias que pagan a sus empleados inmigrantes hasta 40 % menos, lo que ha frenado el desarrollo del empleo en el país (*L.A. Times*, 2004).

⁵⁴ El capital es un factor fijo de la producción, que puede pararse debido a la baja de la demanda pero que no puede ser despedido; los propietarios del capital deben cargar los costos de su no utilización. El trabajo es el factor variable de la producción del que sí puede prescindirse cuando baja la demanda: y son los trabajadores quienes cargan con los costos de su propio desempleo (Massey, 2000: 18-19).

turnos etcétera, deviene en el prototipo de trabajador de esta nueva fase. Estructurada así sobre líneas de género, la tendencia informacional incluye cualidades específicas de la migrante contemporánea para sostener sus redituables procedimientos. En tanto, esta mujer “realiza trabajos de calificación similar a los hombres con un salario más bajo, con una gran inseguridad laboral y con menores posibilidades de hacer carrera hasta el nivel máximo” (Castells, 2001: 188). Cabe resaltar que esta preferencia aprovecha la orientación patriarcal de la trabajadora latina, en tanto esta suscribe posiciones subordinadas en la familia y en su espacio laboral. Tal cosa refiere un doble potencial que termina por rebasar los intereses empresariales. Para reafirmar lo antes dicho, la docilidad y disciplina con que la inmigrante realiza su trabajo es equivalente a la pasión con la que defenderá su derecho a crear un hogar y a mantener sus nexos con este, y hacer valer aquellos entrenamientos genéricos por los que la globalidad, en su fase *informacionista*, la ha desplazado del país.

Ella, la migrante internacional de origen rural, enfrentará su contexto de desamparo, para transmutar el vacío en territorialización, en hogar, a pesar de los pesares, como las orquídeas epífitas que conquistan no solo al aire, sino al hospederero dominante. ¿Cómo es esto posible?

Cruce internacional: el flujo *mercantilista* asimilado por ellas

Nos sometemos a la producción pacífica de los medios de destrucción, al perfeccionamiento del despilfarro, al hecho de estar educados para una defensa que deforma a los defensores y aquello que defienden.

H. Marcuse

Indigencia: expulsión como norma. Dasein. “Ser ahí “alude a la tarea de vivir en un contexto concreto al que somos arrojados y el cual, juntos a nuestras decisiones, compone nuestro “ser en el mundo”; un mundo dado como totalidad significativa colectiva. Pero esta condición de seres arrojados a un mundo que nos llena de sentido se pierde con la indigencia trashumante al tener la expulsión como norma. Con ello se disuelve la misma condición existencial de “estar” en algún lugar [...] esa trashumancia no se funda en la emergencia de un sentido alterno de rebeldía o resistencia, o de un ser arrojado al mundo para encontrar su lugar vital y cotidiano. Se funda en un ser arrojado del mundo que representa una suerte de doble expulsión: se es arrojado a un mundo dado del cual, ya como Otro, sea inmediata o posteriormente, será otra vez desalojado, excluido. El “ser ahí” deja de serlo para devenir en “ser sin lugar”, sin morada, que vive y actúa en el aislamiento [...] en la inmediatez, sin tiempo ni espacio para reflexionar en otras posibilidades, en otros sentidos, que no sea la búsqueda misma, la huida sin fin.

Reyna Carretero

EL FENÓMENO MIGRATORIO BAJO EL PESO METAFÓRICO DEL FLUJO

Precisar la relación social, a menudo demanda de la metáfora para nombrar lo evidente no dicho, o lo nuevo. Ante el amplio universo de la interacción simbólica, este ejercicio permite abstraer cualidades de otra manera inasibles inscribiendo al fenómeno en el recurso. Pero la nominación metafórica puede emerger condicionada (mercados, cuotas electorales) al difuminar u omitir aquellos aspectos que alteren sus intereses. De ahí la importancia de una disciplina comprometida con la observación en un sentido amplio y cuyo horizonte incluya aspectos

de otro modo marginados o huidizos. Con esa finalidad, la sociología llega a auxiliarse de la metáfora, y visibiliza ausencias de hecho o de contenido (Lefebvre, 1983).⁵⁵ Este ejercicio resulta de importancia para el estudio de la emigración de connacionales, emigración poblada por antonomasia de representaciones.

Una representación que, en lugar de referir a lo humano, le interpreta como objeto

En México, la referencia al masivo desplazamiento hacia Estados Unidos suele oficializarse, condicionando su interpretación a las políticas en turno y *des-conociendo* así sus verdaderas circunstancias. Aunque una forma de superar la omisión encuentra en el testimonio del migrante una alternativa enriquecida por recuerdos, sentimientos y experiencias, hurgar la versión oficialmente social de su desplazamiento, pasa por recapacitar en sus configuraciones. Predominante, la aceptación de *flujo de mercancías* acaece entonces como una metáfora usurpadora de lo humano.

Verbalizados desde México los ausentes fueron primero *braceros* (brazos) después, *mano de obra*. Y una vez inscritos en la plétora de la mundialización mercantil (léase TLCAN), la alusión nacional mediatizada se supeditó a la analogía mecanicista más concordante con sus finalidades: el *flujo*, y designa tan solo un tránsito indistinto de mercancías y seres dirimidos en redes globales.⁵⁶ Ahora bien, sucede que homologar, mediado el tropo, el flujo de mercancías y capitales financieros con el desplazamiento de personas conduce a que tal len-

⁵⁵ Lefebvre sostiene que el lugar de la metáfora a partir de la palabra, más que implicar al fenómeno, intenta "...una representación debilitada" (1983: 19, 47). Al metaforizar tramas de sentido, la arquitectura conceptual emergente delimita una perspectiva cualitativa que, a la vez, omite rasgos en torno a la misma complejidad a la que apunta. Por lo tanto, resulta imposible encontrar términos capaces de abarcar todos los horizontes fenomenológicos del campo de estudio. En otras palabras, todo discurso, paradigma, imagen, metáfora determina vías analíticas que desplazan la atención (1983: 19, 21, 47).

⁵⁶ La presencia más inmediata, más difusa, más general, la del movimiento, se disocia derivando hacia el desconocer (Lefebvre, 1983: 51).

guaje encauce la opinión popular hacia un proceso característico de la época: el persistente socavamiento de una condición humana plena de vicisitudes: legales, emotivas y sensibles que, específicamente experimentadas por las sociedades y los sujetos, en el caso del inmigrante, acontezcan plagadas de malestares. Aun si frente a la interfaz, la radio, o el gabinete del funcionario público (convertido en administrador del mercado), la migración de connacionales se reduce a la representación de un flujo material que al perder significado le desconoce y maltrata, puede afirmarse que, por encima de tal ocultamiento el proceso de la migración humana moviliza dimensiones de la cultura, de complejidades arquitectónicas.⁵⁷

Mercantilismo. Se conceptúa un vicio deshumanizante derivado de los procesos económicos

Este trabajo observa al proceso de transición del sujeto en mercancía como el problema del individuo posmoderno. Para resaltar sus características antigenéricas y xenófobas, desarrolla un concepto que permite el contraste entre tales restricciones y aquellas provistas por la condición humana. El *mercantilismo* se refiere al componente ideologizado que, en la época contemporánea, permea las relaciones socioeconómicas en su horizonte de acción y comprensión, en detrimento de las relaciones genuinamente humanas, hasta afectar la constitución universal del sujeto.

El proceso de mercantilización y su tecnología deshumanizante

Como categoría, el término *mercantilizar* se basa en consideraciones marxistas conforme a las cuales la repercusión del proceso histórico de expropiar y enajenar el trabajo entre los seres humanos abona el surgimiento de tal condición.⁵⁸ El hombre/mercancía, cuya desnaturalización implicará, en su reduccionismo, las fases de un sistemático proceso deshumanizante (y desencadenar un malestar masificado

⁵⁷ Una vez fijada, la valoración modifica la representación (Lefebvre, 1983: 54).

⁵⁸ Cfr. Karl Marx (2010) *Manuscritos de economía y filosofía*. Alianza Editorial, Madrid.

—que no colectivo— de desigualdad, despolitización e individualización), que se acrecienta para minar las instituciones del proceso civilizatorio.⁵⁹ Acumular y producir en serie erosionarían las atribuciones del trabajo como espacio de recreación genérica, hasta llegar a una fase que devasta al proceso mismo. En la etapa del riesgo (Beck: 2006), la empresa ha detenido su producción y convertido al trabajo en privilegio. Una presea de caza entre hombres y mujeres, condicionados por la necesidad de sobrevivir en un mundo de consumo, inmersos en un horizonte acotado en los márgenes del intercambio comercial, supresor de la idea del trabajo, del consumo y del desarrollo de la vida misma, en condiciones de bienestar, en el sentido de estar bien. Bajo tales circunstancias, el ser humano deviene en *mercantilizable* (potencial trabajador), condición que ante el arribo del neoliberalismo se cierra sobre sí al grado de transformar la ausencia de empleo en ausencia de futuro, aun el más inmediato. Por lo anterior, si la primera condición

⁵⁹ El hombre como ser genérico y humano. El trabajo enajenado se caracteriza por ser una actividad “que convierte a la naturaleza en algo ajeno al hombre”, que enajena al hombre de sí mismo y de su género, para hacer extraña “la vida genérica de la individual” (2010: 112), Marx antepone la filosofía humanista como encuentro racional del hombre con el hombre, siempre en relación con la naturaleza, —de la que obtiene vestido, sustento y vivienda— y, sobre la que recrea su encuentro social mediado el trabajo: el hombre se encuentra a sí mismo y a sus semejantes en el desarrollo transformador del trabajo (2010: 107). Un encuentro caracterizado como consciente, esto es, genérico, en tanto “involucra al pensamiento racional y a la conciencia humana” y distinto de la actividad vital animal. “Justamente y solo por ello, él es un ser genérico”. Por tanto, humanizar emerge como conciencia racional, que aproxima al hombre y a la mujer a su ser universal actual, viviente, libre. Ser genérico o universal es ser humano, la existencia humanizada, por ende, social, involucra la relación del hombre con el hombre racional y, conscientemente, desde su vocación y dignidad (Marx, 2010: 111, 112, 118). “El hombre produce universalmente... produce incluso libre de la necesidad física y solo produce liberado de ella; el animal se produce solo a sí mismo, mientras que el hombre reproduce la naturaleza entera, el producto del animal pertenece inmediatamente a su cuerpo físico, mientras que el hombre se enfrenta libremente a su producto...sabe producir según la medida de cualquier especie y sabe siempre imponer al objeto la medida que le es inherente, por eso el hombre crea también según las leyes de la belleza” (Marx, 2010: 113).

de la enajenación humana se evidencia ante el surgimiento del trabajo mecanizado, frente a la institucionalización de la globalidad posmoderna, esta deviene en un abismo. Arrojado a su suerte, el *homo faber* se aniquila cernido sobre una red de competencia que individualiza el aislamiento. A esta le sobreviene la pérdida de los espacios colectivos o politizados. El ciudadano sin alternativa se trastoca en cliente, consumidor o mercancía, y se asume como desechable: *Vivir aquí es vivir entre las brasas, aquí todos están dispuestos a golpearse entre sí por el privilegio de que les den una pala y un pico y los contraten para cavar una fosa...* (Pedro).

Con base en lo anterior, el término sugerido es *mercantilismo*, caracterizando como *mercantilizadas* las relaciones interhumanas, pero enajenadas, por las cuales las personas consciente o inconscientemente, voluntariamente o no, se ven inmersas, asumen o imponen el trato *mercantilizado* sobre sí mismos y sobre los demás, mediante el despliegue de actitudes y comportamientos por suscribir dinámicas por participación u omisión, derivadas de una concepción ideológica que promueve y privilegia la relación comercial por encima de la circunstancialidad humana, y la despoja de sus rasgos genéricos.⁶⁰

Pero la reflexión cardinal respecto de esta situación fue prevista desde el siglo XIX por Carlos Marx: “El correlato necesario del hombre eco-

⁶⁰ La mayor característica del proceso de *mercantilización*, es su arbitrariedad que, carente de origen, menosprecia u omite la condición humana y la posibilidad de sus relaciones auténticas. Siempre en contacto con actividades monetarizadas, este proceso trasmina las estructuras y las relaciones sociales: la educación, la investigación, las políticas públicas, las acciones institucionales; escinde lo colectivo en fragmentario bajo la diada de la exclusividad o la exclusión, como paradigma desde donde el acceso a las oportunidades determina estratos y jerarquías (capacidad e incapacidad de movilidad, consumo, información, etcétera). Los ejemplos de este dispositivo son cotidianos y parecen multiplicarse. Cuando una trabajadora jubilada, a partir de argumentos administrativos o “caídas del sistema”, se queda sin pensión; cuando un pueblo indígena sufre la invasión de sus espacios sagrados por parte de mineras transnacionales; cuando un emigrante indocumentado pierde para siempre su identidad, violentado en la fosa común, o cuando dispone su horizonte de vida para convertirse en mano de obra, bajo condiciones denigrantes, se habla de ese vicio del sistema de consumo: *mercantilismo*.

nómico es el hombre mercancía... actividad exclusivamente orientada hacia la ganancia, hacia el lucro individual” (2010: 13). En el proceso de *mercantilizar*, se privilegia la inversión del sujeto individual o colectivo a objeto, el cual, al hacer las veces de mercancía, se pierde en las etapas de producción material: venta, distribución, circulación y consumo.

Dentro del proceso *mercantilizador*, la situación del desempleo pierde importancia, tanta como la atención social hacia sus consecuencias: hacinamiento, abuso, marginalidad, errancia, etcétera. En la época actual, la emigración puede observar sobre sí periodos trashumantes que rebasan la definición del destierro, que va de la trashumancia a la indigencia (García Ponce, 1981, citado en Carretero, 2009: 100).⁶¹ Que los ricos sean más ricos y los pobres más pobres potencializa el grado de violencia hacia los desposeídos. Por lo mismo, al hablar del migrante en busca de empleo, se alude a una expresión particular, una expresión *mercantilizada* que reviste dramas insospechados:

Armando, hombre joven, ha establecido comunicación telefónica con su familia en Guatemala. Su primo no llegó, acaba de ser deportado. En su segundo intento de regresar a Estados Unidos, a un trabajo donde había tramitado ausencia temporal, Moisés (su primo), había intentado atravesar con destino a Minesota. Fue hallado por la migra con vida, pero en estado de deshidratación. Secuestrado por narcotraficantes y sin capacidad de pagar el rescate, fue llevado al desierto para perderse junto con una pareja a la que vio morir: ella perece por un piquete de víbora de cascabel y su acompañante envenenado durante el intento por ayudarla; al succionar sangre contaminada con la boca llagada por la sed. Armando llora frustrado al constatar que, pese a la multiplicidad de tecnologías, no existe orientación realista sobre cómo sobrevivir en el desierto; “ser pobre es no ser nadie, es ser menos que un perro abandonado”. Armando sabe que no podrá regresar a Guatemala y lamenta la deportación de su primo hermano. “Apenas podía hablar, va loco por haber visto tan de cerca la muerte”.⁶²

⁶¹ Desde el siglo XIX, Marx vaticinaba cómo la acumulación y concentración de capitales habría de provocar el desplazamiento social en clases cada vez más empobrecidas, hasta llegar a la mendicidad (Marx, 2010: 55).

⁶² Las condiciones en extremo dolorosas que rodean la frontera norte de Mé-

Cuando el inmigrante por desempleo es arrojado al riesgo, queda expuesto a características tan precarizadas que, pese a no resultar grato sugerirlo, representan el prototipo de la época. Indemne ante el vaivén transnacional e interpretado desde una insensibilidad economicista que le *mercantiliza*, como puede confirmarse desde la perspectiva de Bordieu:

Una de las funciones principales del adjetivo “clandestino”, que la buena gente preocupada por una respetabilidad progresista asocia al término “migrantes”, ¿no es la de crear una identificación verbal y mental entre el paso clandestino de las fronteras por los hombres y el paso necesariamente fraudulento, y, por lo tanto, clandestino, de objetos prohibidos (a uno y otro lado de la frontera) como las drogas o las armas?... (2003: 29).

El inmigrante económico no es un objeto, ni delincuente o infractor tal y como se le ha estigmatizado; en realidad es un trabajador en potencia —portador de una representación agónica—, movilizado por su esperanza y su necesidad.

xico, no solo perduran sino que brotan en distintos puntos y situaciones. El 23 de junio de 2011, fecha en que Armando se comunicaba con su familia a Guatemala para avisar sobre la deportación de su pariente, en México era noticia nacional que un joven había muerto de un disparo en el rostro, hecho por un agente de inmigración en la línea fronteriza de Tijuana.

RAZONES, CAUSAS Y VICISITUDES DEL TRASLADO DE LA MIGRANTE: PERSPECTIVAS TESTIMONIALES⁶³

Para la mujer de origen rural, el proceso migratorio implica confrontar sus condicionamientos genéricos. ¿Cómo responde ella? Con base en los distintos testimonios, la experiencia demandó a sus protagonistas una fuerza de voluntad no ordinaria: *ese viaje [dice Refugio] haz de cuenta que es como internarse al bosque, tú no sabes nada de nada, de lo que pueda suceder*. Juana, por su parte, nos refiere lo siguiente: *Mi hija no me aviso, al peso de la noche se fue, nomás cenó y se salió pa' fuera y ya agarró un vestido que estaba en el alambre, que lo había lavado yo, y un rebozo y se fue. ¡Nomás estaba el cielo pa' caer, negro de lluvia! Donde yo tantí iba a llegar, ahí llegó, luego se fue para México*.⁶⁴ El cambio dio inicio desde el momento en que las protagonistas tomaron una decisión atípica del medio, el dominio sobre su propio cuerpo para, en nombre del deber o la necesidad, ponerlo en riesgo. Dicha movilización activaría implicaciones: *dejar* a la comunidad, desarticulando la inserción social: hogar, amistades, padres, trabajo y, en el caso de las mujeres con hijos, dar paso a una separación temporal o a un peligroso desplazamiento al lado de ellos, con el fin de llegar a Estados Unidos. Dadas las circunstancias, una actitud recurrente consistió en interpretar el cruce y su contingencia como *cosa de hombres*.⁶⁵ *Venía con puro hombre, venía yo casi como hombre: cachucha, el pelo bien chiquito y pan-*

⁶³ Las experiencias que se analizan en este y los subsiguientes capítulos dan cuenta de historias de vida recuperadas durante los años 2000 y 2003, en las que se hace notar que durante el Gobierno de Felipe Calderón (2006-2012), el desplazamiento se ve sujeto cada vez más al dominio del crimen organizado, lo que transforma las condiciones de traslado de hombres y mujeres, registrando terror, abuso y violencia inauditas.

⁶⁴ “El afán del cruce internacional apercibe al indocumentado de que las condiciones de su tránsito lo hacen objeto de abuso por parte de los coyotes, o de la [migra] regulación norteamericana” (Castillo, 1995: 21).

⁶⁵ Perspectiva que se sostiene en los antecedentes de una ruta migratoria varonil (periodo bracero), entrelazada a otras representaciones. La de la fuerza como atributo masculino y la de un escenario de coyotes y agentes de migración, con similares características.

talón. *Mi hermano me dijo que yo tenía que parecer hombre porque la mujer siempre peligra* (Refugio); lo que hace posible también el despliegue de códigos de protección socializados entre los miembros del grupo: *de dieciocho, íbamos nada más tres mujeres; una señora y una niña... yo me sentía muy bien respaldada por mi hermano y por mis primos* (Refugio); *...de noventa personas solo éramos como ocho mujeres... yo venía con mis hermanos y pues no nos molestaron para nada* (Marina); *...en ese grupo no iba más mujer que yo y unos quince o veinte hombres. Yo no me le despeguaba a mi marido* (Francisca). El relato subraya que el desplazamiento de estas mujeres tuvo como finalidad básica mejorar su economía, y solo reparó en la condición genérica antes de partir, al momento de sopesar la pérdida de las cualidades de su territorialidad, incluidas las correspondientes a su condición femenina, esto es, roles y tratamientos fincados sobre una movilidad por lo general restrictiva, pero que, a su vez, garantizaba los códigos de reciprocidad intergenérica. Esta apreciación se revela sobre todo desde la implementación del cuidado *propiamente femenino*, concepción que influyó en el modo de propiciar el traslado. Referido por las informantes, este se realizó mediado el ejercicio de roles: subvencionado por hermanos, hermanas, hijas, tíos, pareja, etcétera, y en la medida de lo posible acompañadas por ellos. Solo por razones excepcionales, ellas se trasladaron sin la compañía de un pariente o conocido, modalidad siempre discutible en relación con la presencia o ausencia masculina: *Lo más difícil para venirme fue el permiso, mi mamá no me dejaba... que porque mi papá no estaba y le dije que cuando él se fue y nos dejó ella no dijo nada, que si me daban permiso o no pues yo me venía y que si no me traían yo me casaba...* (Isela).

A diferencia del momento de partida, el desplazamiento transformará algunas nociones genéricas al *transitar* territorios simbólicamente prohibitivos, por ejemplo, el carácter masculino del concepto migrante deviene ampliado en ellas, ganado a partir de su experiencia itinerante, mediando una premisa de voluntad: “querer es poder”. Ellas igualmente transformaron la acepción de su espacio, restringido a lo doméstico, al dejar este último. Cata, determinada a concluir una carrera, primero confronta a su familia y, después, literalmente romperá suelas y zapatos de tanto caminar, expresando su experiencia con fortaleza: *Conocer... se había convertido en una obsesión. Esas aventuras*

me enseñaron a no tener miedo. En el transcurso de mi vida aprendí que, si te ven temeroso, más fácil caes, más fácil la gente te conoce, sabe que andas perdido o andas solo. Aprendí a sentir seguridad para desviarme del peligro. Así de reojo, sabía que yo ya había encontrado la calle que buscaba, pero siempre simulaba.

Razones femeninas para emigrar, las de orden sentimental subyacen a las materiales

Le dije: Mamá, yo me voy con usted. Ella contestó: No, te viene siguiendo tu marido. Le repliqué: Pues no importa porque ta primero usté y después mi marido... le dije a mi marido, mi mamá se quiere ir. ¿Cómo que se quiere ir?, contestó enojado... Se quiere ir y yo me voy con ella, dije. ¿Cómo que te vas? Si hasta ya tenemos aquí una marrana, algo de maíz y no sé qué vamos a hacer por allá, me inquirió. ¡Pus si me quieres me seguís!, y si no, quédate, le respondí, y fui a seguir a mi mamá... porque ella no tenía más apoyo que el mío. Mi marido se fue conmigo, dejamos el maizal y la puerca ya parida.

Sin duda, este testimonio de Juana es elocuente. Solo nombrar a la migrante articula en sí la noción de un impulso. ¿Por qué emigra? ¿Qué la moviliza? La recapitulación de hechos atañe a valores y móviles íntimos: amor, lealtad, coraje, miedo. El móvil es en gran parte afectivo; ellas se mueven para otros, por otros, contra otros, tejiendo sus nodos tanto en relación con ciclos de vida como con sus valores:⁶⁶

Yo no tenía curiosidad alguna por este país, porque yo estaba feliz en mi mundo. Me vine a los 17 años... mi papa tuvo un accidente en uno de los carros en donde comerciaba aves... se perdió todo... nunca me pasó por la mente que iba yo a venir... yo estaba toda allá, entonces pensé que me iba a venir para ayudarlos... siempre hasta la fecha sigo sintiendo la pregunta de por qué fui yo. ¿Por qué no seguí estudiando? (María Refugio).

⁶⁶ Besserer (1999: 2) sostiene que el análisis de estas expresiones dimensiona los órdenes sociales: "...tanto el poder estatal como el familiar se sustentan en un orden sentimental... Esto lo vemos en el uso de la Virgen de Guadalupe como uno de los iconos en torno al cual se galvaniza el amor patrio, se inspira el amor filio-materno y se define una forma de feminidad".

En mi interior siempre quise estudiar. Entonces él me dijo: Yo creo que una de todos se va a tener que quedar a cuidar a sus padres... Él me dijo a mí que me quedara y a mí me dio coraje porque yo quería estudiar. Le dije: ¿Qué crees que no tengo manos y pies para irme a estudiar? Quiero estudiar, aunque no me dejes. Él me contestó: pues si tú te crees que con manos y pies vas a poder... salir adelante ...se necesita dinero. Le contesté: pues a ver cómo le hago, yo tengo mis pies y a algún lado he de llegar con ellos (Cata).

En la verbalización del recuerdo de las migrantes de este estudio aparece el retorno a la subjetividad femenina aprendida de sus madres, y que las conmina a una acción directamente relacionada con la progenitora, para velar por ella, degradarla o impulsarla:

Yo estaba como de siete años cuando nos fuimos a un lugar, había un río, una barranca, ya se había secado el agua pero había un charco, hondito, no mucho y ya mi mamá me mandó a bañar allí y entré, pero perfectamente me acuerdo bien de todo, me empezaron a doler mis partes y me dolía, me ardía, yo me ponía agua, pensaba que era el jabón que se me había metido y me dolía. Yo me salí del charco, iba manchando el jabón, y yo me salía, en la orilla del charco me pare a ponerme la ropa ¡cuando brinco la sanguijuela, grandota, la tenía yo acá metida (se señala el área del bajo abdomen), ella fue la que me mordió y eso es lo que yo sentía, entonces brincó y yo estaba sangrando. ¡Ay, Dios! Yo me asusté tanto que me vine gritándole a mi mamá, gritándole... ¡estaba tan lejos! Mi mamá me golpeó tanto, tanto, que yo creía que me iba a matar, no me creía que era un animal el que me había mordido, ella solo veía el sangrerío, pensaba que era un hombre el que me había abusado. Yo decía: ¡No mamá! ¡Fue una sanguijuela! ¡Una sanguijuela por Dios! Ella me golpeó mucho, termine arrastrándome de tanto que me golpeó, durante el resto del día me siguió ardiendo. Cuando me acuerdo, quisiera acabar de llorar, pero no puedo (Juana).

Ella me enseñó hacer tortillas a golpes, nomás pasaba una cabecita del nixtamal y ¡zas! Un garrotazo...yo creo a ella así la criaron, por eso era así, y así nos crió a nosotros (Isela).

La madre también aparece como proveedora informal y desinteresada, lo que le da un cariz de fortaleza: ...*ella siempre ha trabajado, sin esperar nada a cambio*. Este modelo se transfiere a las madres migrantes, las motiva a luchar por sus hijos y por la familia conyugal, convicción que se expresa con elocuencia en la frase de Isela: ...*lo más importante*

en la vida han sido mis hijos. Por lo tanto, si para ellas la migración implica una reestructuración de modelos, como es el caso de María, esta debe librarse en primera instancia con los maternos: ...nunca le dije a mi mamá que estaba embarazada porque ella siempre renegó de mí... y pues yo quería tener mis propias experiencias, por eso me fui... le hablé por teléfono: ¿sabes que estoy embarazada? ¡Sermón que me puso! Por una parte, se puso contenta porque yo, al igual que ella, pensé ayudarla porque mi papá se había muerto.

A diferencia de los fuertes nexos con la madre, el abandono paterno hacia las migrantes es tan frecuente que llega a determinar el desplazamiento de las solteras y jóvenes, quienes, realizando una sustitución de roles, intentan recuperar las cargas de la responsabilidad del jefe de familia: *El papá nos había dejado con cuatro hijos y se casó con otra señora, entonces fue mi madre la que se hizo cargo, empezó a trabajar en el campo, por eso fue que nos salimos, por eso es que mi hermana salió de la casa a trabajar a los 19 años. (Antonia).*

Es el caso de Martha, soltera de 19 años, quien a partir de tener un padre alcohólico decidió emigrar a Chicago para ayudar a su mamá... sentía que no podía dejarla sola por los problemas con mi papá. Su único apoyo era yo. Lo mismo sucede con Francisca, que, a pesar de todo, admira la nobleza de su padre. Reconoce que este, a diferencia de su progenitora, nunca luchó por lo que quiso ...mi papá tomaba mucho, trabajaba cuando quería... mi mamá, lavaba ajeno. Yo quería ayudarla. Cabe destacar que, entre las inmigrantes solteras, la solidaridad también es intergenérica y filial. Gracias a la ayuda de otra migrante, Antonia llegó al Distrito Federal ...con una amiga del pueblo; ella le consiguió trabajo a mi hermana. Mientras tanto, Isela inmigró para ayudar a su madre y también mandó a traer a sus dos hermanos. Asimismo, Cata vive agradecida por el apoyo de su hermana mayor, quien hizo lo posible para que ella estudiara: Mi hermana, casi como mi segunda madre... tenía veintiún años; muy inteligente, quería ser fisicomatemático. Ya no estudió, ayudó a mi hermana que estudiaba contabilidad y a mí.

Movimiento femenino ¿repetición o cambio?

En el discurso de las migrantes se hallan términos imbuidos genéricamente, que disponen el orden pasivo y activo de su comportamiento.

¿Cuáles son estos? Como se ha visto, tienen que ver con la solidaridad y con la espera, como guía predominantemente ética. Viene al caso ejemplificar la experiencia de Juana, quien tuvo doce hijos de su primer esposo, siendo fiel a sus votos matrimoniales considerados de por vida: *No me decidí a dejar a mi marido... que me pegaba mucho...tuve que esperar a que muriera*. Entre las informantes, el recurso del esperar deviene en una condición de vida, como horizonte de acciones con arreglo a fines y con arreglo a valores, que acotan sus modelos: *De niña quería ser una persona importante, con una casa bonita, casarme de blanco, como espera toda mujer* (Matilde). *Donde yo nací, lo que se espera de una mujer es que nunca se separe de su esposo... así le pegue o la maltrate* (Olga). Frente a tal espectro de opciones, en sí mismo, el movimiento constituye un contrasentido. Conforme las expresiones de las testigos, no encaminado hacia su horizonte típico de acción, el movimiento se realiza más bien discrepante a su condición de género: *mi mamá no quería que yo me viniera principalmente porque soy mujer y no quería que como mujer me viniera* (Marta). De ahí la importancia irruptora respecto de los roles de estas féminas, a partir de un hecho: su recorrido corporeizado, que deja entrever los delicados nexos establecidos a partir del encuentro entre el cuerpo femenino y el movimiento de este como trayecto: *En mi pueblo las mujeres, de preferencia no deben andar de un lado para otro ...cuando ven que alguien se mueve, dicen que es por que anda quedando bien con algún fulano, de preferencia que no se arreglen, entonces una mujer ideal es la que vive en su casa, que no salga y que no se arregle* (Olga).

Aunque el tránsito migratorio es eventual, altera los límites y capacidades feminizadas y las recontextualiza: *La decisión única que tomé, la más difícil fue venirme... sirvió para darles de comer a mis hijos*.

Causas de la movilidad

Mujeres multimigrantes

Este trabajo coincide en la apreciación de que, a diferencia de las razones, las causas son sistémicas y trascienden la volición, apareciendo como un modo de escampar a la inequidad social (Durand, 2000, citado por Marroni, 2005: 147). En tal sentido, los testimonios no

dejan lugar a dudas; la emigración ha sido una vía de escape intergeneracional. Malena nació durante una ausencia paterna de dos años: *Cuando yo nací mi papá no estaba en mi casa, había sido bracero, decía que era muy triste*. Mientras que Marta decidió emigrar para conocer una alternativa poco recomendable, según su hermano: *...no me quiso traer porque me decía que aquí ni estaba tan bonito, que era estarse chingando*. Una característica muy frecuente entre las informantes, que coincide con las observaciones señaladas por la literatura, tiene que ver con un hecho, sus estadías son temporales y segmentadas hasta llegar a Estados Unidos. Antes, ellas hubieron de emigrar a las ciudades locales, al DF y a las ciudades fronterizas, incluso sin siquiera tener la pretensión de atravesar la frontera: *De Cualal, me fui a Chilpancingo, luego a Acapulco...* (Francisca). Huelga decir que la insuficiencia de condiciones materiales determinó las etapas de su itinerancia: *Llegué a Tijuana con el proyecto de estudiar y trabajar, se me hizo difícil, a veces tenía para renta, pero no para mandado, o solo para el pasaje y no para libros, pedía prestado a unos para pagar a otros* (Cata).

Provenientes del campo, las mujeres de este estudio reconocen que, desde su salida, cancelaron todo interés por las actividades agrícolas. Expresaron, sobre todo, inconformidad, al argumentar la falta de capital agrícola e incapacidad para sostenerse en el medio rural, situación que con toda claridad atribuyen al Gobierno y su desinterés en apoyar a los productores en pequeña escala. Inés, indocumentada y con dos hijos, relata que, fue debido al endeudamiento que ella y su esposo adquirieron cuando cultivaban maíz, optaron por emigrar *...él tenía dos parcelas, para sembrarlas, tenía que conseguir prestado; al final no sacaba dinero de la cosecha, era todo el año comiendo frijoles o pidiendo fiado*.

Esposas impulsoras de migrantes y madres cuidadoras

Un móvil de importancia en el desplazamiento de las entrevistadas se dio en relación con sus parejas como enlaces, continuidades conyugales y matrimonios por conveniencia. Marina decidió venir a este país siguiendo a su novio, mientras que Olga, optó por aceptar el matrimonio con tal de trasladarse al país del sueño americano *...me dijo: si te casas conmigo yo te voy a llevar para allá. Yo quería saber cómo era porque mis tíos [cuando] venían, traían sus buenos carros, su buena ropa*.

Resulta interesante observar cómo los testimonios apuntan a que fueron las mujeres casadas y con hijos quienes motivaron la emigración del esposo. Matilde convenció al papá de su hijo de que emigrara *para conocer, obtener recursos y mandar por mí*, porque *soñaba con cosas que en mi pueblo no podía tener*. Muy por encima de lo anterior, como causa femenina, la maternidad constituye un impulso *sui géneris* para la emigración de la mujer de este estudio, autopercebida como *cuidadora*, compelida a la atención de los hijos propios o cercanos: *Mi hermana quería que les trajera a sus hijos*. Hasta antes del avanzado embarazo de su hermana, Cata nunca había tenido en mente llegar al país del norte, pese a que se hallaba en la zona fronteriza: *...mi hermana me trajo para que la ayudara a cuidar a su hijo que iba a nacer*. Las madres cuyos hijos nacieron en México sugieren haber elegido que ellos crecieran *del otro lado*, convencidas de que estando allá, ellas tendrían mayor capacidad de comprarles alimentos, sobre todo, aquellos envasados y comerciales, que en México quedaban fuera de su alcance: *yo salía a comprar jabón o cloro para la ropa, dejaba durmiendo a mis hijos porque si los llevaba se les iban a antojar las Sabritas o un refresco...* (Inés). Finalmente, entre las causas del éxodo de las mujeres aquí consultadas campea el problema de desempleo, agudizado sobre todo cuando afecta el desempeño materno, pues las mujeres optan por irse acicateadas por la necesidad de proveer las necesidades de la familia, emigrando también a partir de la sucesión de nacimientos familiares que, acontecidos del otro lado de la frontera, propician subempleo: *Me rogaba que me viniera por que ya estaban esperando... ella, pues quería trabajar, yo le cuidaría a su hijito y eso me iba a permitir hacer un ahorro* (Juana).

Mujeres que huyen del maltrato, la violencia, el acoso y el abuso sexual intrafamiliares

La tradición y la vida cotidiana en el medio rural obligan a esfuerzos que no todas las mujeres desean asumir, como puede observarse en los desacuerdos revelados en los testimonios, en los que ellas se oponen a replicar los ciclos de vida inculcados: *Para mi abuelo, la mujer tenía que casarse; ¡yo no quería!... Decían en el pueblo: la que se va a Estados Unidos es que ya no es señorita... Pero yo quería una vida mejor que la que tenían mis primas... ¡mis tías!* (Isela).

Por cumplir con tales patrones, todas las informantes debieron renunciar ya a sus empleos, estudios, o a su niñez. De ahí la claridad en torno a lo que podían esperar si permanecían en sus lugares de origen. Aunque en la mayoría de los casos, la situación económica fue la motivación principal, en su decisión de emigrar también influyeron razones de género. Para Soledad, salir del país significó una vía de emancipación: *...yo decía que un día me iba a ir a Estados Unidos, que me iba a hacer residente, que iba a tener mis papeles por mí misma.* Sin embargo, en su perspectiva subyace un trasfondo de sufrimiento. Al igual que en su caso, el resto de las informantes mencionan situaciones de violencia: exigencias desmedidas de trabajo en el hogar, imposición para que abandonaran sus estudios, autoritarismo materno, abandono paterno, violencia doméstica, como reflexiona María: *Creo que lo que me hizo salirme de la casa fue el miedo a mi mamá. La primera vez que salí embarazada... me pegó muy feo y pues nunca se me va a olvidar esa maltratada.* En tanto Francisca argumenta: *Tenía tres hijos que alimentar; mi esposo borracho, me pegaba mucho. La razón por la que me vine fue la separación...*

De los motivos para emigrar destaca el intento de abuso sexual por parte de familiares y conocidos. Antes de llegar a Estados Unidos, Cata huyó de muchos lugares buscando dejar atrás desagradables recuerdos: *me sentía asqueada de la vida, de la familia; entonces quería alejarme. Mi abuelo empezó a abusar de mí, me obligó y me tiró, quedé inconsciente, creo que tenía como ocho años.*

Soledad conoció la vida en las calles porque prefirió el vacío de ellas a la amenaza del abuso paterno: *A mí no me dejaban salir, no me dejaban tener amigas, puro trabajar, lavar los pañales de mis hermanos, cocinar, limpiar... agua no había, andaba descalza... quería salirme de mi casa y olvidarme de ese infierno... Me Fui a los 15 años porque tuve una niñez de golpes, de maltratos... pero la razón principal fue que mi papá quiso abusar de mí.*

Con la ayuda del cura y la anuencia de su madre, Crescencia, otra informante, arregló su salida del pueblo, para así protegerse de un pretendiente indeseable: *...cuando yo fui a la ciudad a traer el mandado, él me dijo que en ese instante iba a llevarme (se la iba a robar) porque sí. Él se quería casar conmigo, pero primero quería conocerme.*

Tanto por lo anterior, como por el recuento de experiencias, el desplazamiento realizado por las mujeres de este estudio constituye una oportunidad de mostrar fortaleza ante ellas mismas y ante el medio circundante.⁶⁷ Así, el testimonio de Matilde alecciona cómo el hecho de salir también dio a estas mujeres una oportunidad de resignificar su autoestima: *Mi esposo no tenía trabajo y no me dejaba trabajar... ¡iba a ser como una burla para él! Tenía que tomar una decisión y la tomé. Le dije: ¿sabes qué? me voy a trabajar, si no te gusta, ni modo, ahí nos agarramos cada uno por su lado...*

Finalmente, el caso de Evelia deja ver cómo la reiteración del acoso o del abuso sexual hacia la migrante, por parte de familiares, despunta peculiar e inesperado en las pesquisas de este trabajo, en espera de estudios subsecuentes. Ella se casó para evitar la pesada relación con su hermano quien intentó violarla:

Uno nunca sabe, porque a veces entre la familia no los conoce uno cómo son, qué mañas tienen ...como en mi caso, tenía yo como catorce años cuando un hermano quiso violarme... me amenazó, me dijo que si yo le intentaba decir a mi mamá, pues que “me iba a madrear” ... quiso violarme de a de veras, pues ya no aguanté y le grité a mi mamá. Ella se dio cuenta porque él siempre quería tocarme... en ese tiempo él me tocaba... entonces mi mamá lo corrió de la casa.

Una vez que se libró del problema, las carencias económicas que la hicieron emigrar a Estados Unidos son las mismas que le obligaron a llegar a vivir al mismo departamento de su hermano. A pesar de tener mayor tiempo en el área de residencia, fue él quien pudo efectuar los trámites de arrendamiento por contar con información, dinero, referencias, etcétera, lo que vino a propiciar que el problema de abuso pudiera renovarse:

⁶⁷ La violencia sexual y familiar es uno de los factores que inciden en la decisión de la inmigrante para abandonar sus lugares de origen. De dieciséis historias de vida, cinco de ellas tienen como una de sus causas inmediatas el abuso sexual intrafamiliar (padres, abuelos, hermanos, esposos), a lo que se suman las carencias económicas extremas, por lo que la inmigrante se desplaza.

Cuando llegué a este país, lo volví a encontrar aquí, él fue el que hizo el contrato para agarrar el departamento... la situación se volvió muy incómoda, por ejemplo, cuando me quería cambiar llegaba a encontrar mi ropa interior toda mojada... No hubo un intento de salirnos mi esposo y yo. Cuesta trabajo encontrar un lugar y pues prefería dormir con pantalón. Si yo dormía con faldas cortitas alzaba la sabana y quería ver o acariciarme las piernas. Pues aquí en la sala trataba de dormir con ropa hasta en verano. Me acuerdo de que yo maltrataba más a mi esposo, él no sabía por qué. Cuando le conté, dejó de hablarle a mi hermano.

VICISITUDES DEL CRUCE FEMENINO

Si hay un punto en que el relato de las mujeres de este estudio refleja la incorporación de códigos para regular la relación con su propio cuerpo, este se da con creces al evocar el momento específico del cruce de fronteras. Trance angustioso, cercado y persecutorio que entre la emoción y la sagacidad conlleva a desarrollar pautas, sea de la razón, la inmediatez o el inconsciente, confrontando así los límites identitarios enraizados al cuerpo. A la sazón de los testimonios, la conciencia del cuerpo en peligro se da en relación con el prójimo:

Nos atravesamos cinco mujeres... ¡nunca pensé que me iba a morir!, en lo único que pensaba era en mi esposo y en mi niño... ¡más en mi niño! Me preguntaba si ya lo habrían cruzado, tenía un añito. Como le daba pecho, las traía llenas de leche. En una parte que tuvimos que cruzar la tela por un agujero, yo sabía que me iban a doler. ¡Allí le sufrí arrastrándome con los senos tan grandes! Vimos la perrera, echamos a correr, me torcí... Tardé una semana en llegar; mi niño, horas (Evelia).

... llegamos a un puente y el coyote nos dijo: Súbanse. Entonces vimos la barranca bien horrible y pues la panza me pesaba. Yo con mis zapatos de taconcito. Pensé, ¡no la voy a hacer! De repente, gritaron: ¡escóndanse que ahí viene el mosco ¡a mí y a otros cinco nos metieron en un lugar como hueco partido en la tierra. Yo sentía miedo al estar metida en ese hoyo, con mi panza de embarazada. Tome conciencia... ¡era muy peligroso! (María C).

Nos dijo el americano que, dentro de la cajuela, cuando oyéramos voces, ¡ni respiráramos siquiera!... y nos metieron a la cajuela a las tres mujeres para

pasar la revisión. No sé si fue por el ansia de estar aquí, que nos pudimos acomodar. Yo era delgada... esa media hora fue eterna (Matilde).

Mujeres que no atraviesan solas

La percepción del riesgo, quizá la más clara certeza entre las informantes las lleva a expresar un acuerdo tácito: es mejor andar acompañadas por un hombre. Por tanto, la mayoría viajó y cruzó al lado de sobrinos, hermanos, esposos o conocidos: *nunca sentí ninguna actitud agresiva hacia mi persona porque iba al lado de mi esposo (Rosalba)*. Cuando no fue así, ellas se las ingeniaron para presentarse frente a los coyotes y el grupo: *El coyote nos llevó a una casa. Allí le dije al muchacho que había que decir que éramos esposos, para que los demás no se quisieran pasar de listos con uno... luego si la ven sola, empiezan a arrimarse... Quedamos en ser esposos para que no me separaran de él porque sabíamos que luego a las mujeres se las llevan a otro lado y las abusan (Refugio)*.

Madres migrantes y cruce de niños

Aun cuando emigrar para *dar una vida mejor a los hijos* es una frase frecuente en la pareja, este objetivo constituye un móvil esencial en la emigración femenina, de mayor firmeza entre las madres solas e impelidas a buscar trabajo fuera del país y dejar a sus hijos en México o, a veces, cruzar con ellos. Arriesgadas y amargas, estas decisiones no pueden ser tomadas a la ligera, como intentaron difundirlo los medios durante el Gobierno de Felipe Calderón.⁶⁸ No ha sido el caso y, para demostrarlo, baste citar los siguientes testimonios:

⁶⁸ En el año 2009, la instancia denominada Distribución Integral de la familia (DIF) inició una campaña publicitaria, en la que se conminaba a las madres a “tomar conciencia” de los peligros de “abandonar” a sus hijos para que cruzaran el desierto. Tan infame posición responsabiliza a aquellas mujeres que, por falta de empleo, se ven orilladas a emigrar, y transferirles una función del Estado que constitucionalmente le obligaría a garantizar el empleo, poniendo en evidencia el contenido espurio de las políticas públicas con perspectiva de género.

Me vine por el cerro batallando con mi niño de seis meses. Me llevaron con una gente. Ahora me doy cuenta de que le han de haber dado algo en el biberón, pues me acuerdo qué dijo la señora: le voy a dar el biberón a tu niño, y pues yo pase con él en brazos por el cerro y él... dormido. Fue difícil atravesarse, ¡imagínate los alambrados! y luego pues tienes que hacer un hueco para meterte con todo y niño. Tenía que levantar el alambrado. Llegué con los pies dañados, pues me caía y había alambres entre la tierra. Alguien me agarraba al bebé y yo levantaba la malla. Ellos iban rápido, yo iba siguiéndolos, cargando al niño, en lo único que pensaba era en pasar, en llegar a esa casa a la que me iban a llevar para trabajar (Soledad).

La segunda vez que crucé yo tenía más miedo, iba a ser muy difícil poder sobrevivir... En lo que yo pensaba era en mi hijo. Lloramos esa noche mi esposo y yo, porque mi hijo ya estaba aquí, y nosotros allá... Esa noche nos volvió a agarrar la migra (Rosalba).

Los testimonios reflejan con veracidad que dejar a los hijos involucra una decisión a largo plazo y que atravesarlos conlleva una práctica riesgosa en extremo, aspecto complejo de alcances tan dolorosos que aquí apenas llega a esbozarse. Si alejados de los padres, los hijos corren el riesgo de sufrir maltratos y abusos de familiares, a su lado, pueden perecer: *una señora llevaba una bebita de meses, la iban callando porque decían que si lloraba nos podía delatar (Refugio). A veces, cuando intentan cruzar, aunque traen a sus hijos con ellas, no pueden pasar y se quedan atoradas, en Tijuana o en San Diego, a veces se quedan porque ya no cupieron en el vehículo del coyote, tardan en llegar, pasan mucha hambre y peligros. Aquí hubo una madre que fue mordida por una víbora de cascabel estando embarazada mientras cruzaba la frontera. (L. Esquivel).*

Conforme a las distintas referencias, aun cuando la frontera no presentaba el nivel extremo de violencia que hoy reviste, ha sido peligrosa en extremo en lo que atañe al cruce de niños. Los testimonios coinciden en que las madres hicieron todo lo posible por evitar que sus hijos atravesaran por el desierto, el drenaje, las cercas, etcétera, procurando cruzarlos por la línea internacional, método caro, pero menos martirizante. Así lo relata Matilde:

... nos recomendaron a una señora que pasaba niños con actas de nacimiento; él pasó por la línea y yo por el cerro. En Tijuana me separaron de mi bebé,

llegué a un hotel y... ahí llegó la señora como a la una de la mañana y le entregué las maletas y a mi hijo. Ella iba a pasar con papeles a mi niño que lloró cuando nos separamos. Pues yo lo había preparado ya para que no tuviera miedo... le dije qué contestar si le preguntaba la migra, y que su papá estaba en el norte, que nos estaba esperando y que le iba a comprar muchas cosas. Fue mi hermana quien me contactó con el matrimonio que lo atravesó.

Me pase corriendo con un pie descalzo. Tratamientos de género

“Los cuerpos tienen su modo de hablar”, sostiene Baz (2000: 99), al referir que sus acciones y expresiones conforman un mapa descifrable sobre la lectura de los discursos que los individuos elaboran sobre sí y sobre los otros. ¿Cómo relatan esta experiencia las informantes? ¿Cómo se observan atravesar desde sí mismas? Por tratarse de situaciones altamente impactantes, en el recuerdo trasciende lo significativo, al autorrepresentarse, al observarse ellas desde el miedo, el pudor, el decoro o la coquetería, se describen en relación con sus hermanos y esposos, o al lado de varones cuya fortaleza física les permite mayor seguridad. Aunque no en todos los casos, algunos coyotes aparecen todavía no solo como guías sino como partícipes del intercambio social que implica, conforme a las historias, el convencionalismo entre la vulnerabilidad de ellas y la pericia de ellos. *El coyote más grande siempre es Dios*, espetó a quien esto escribe, Carmen, con la buena experiencia que sus 63 años le dan, al relatar el momento de atravesar con un coyote que por su juventud podría haber sido su hijo. Por su parte, Matilde, joven, morena, inteligente, impecable en su relato, de gran sencillez, deja entrever su capacidad intuitiva y la mínima parafernalia que, en los momentos extremos de la existencia, rodea a una mujer que al cruzar como tal la frontera se hace acompañar de objetos, a juzgar por las circunstancias, esenciales: un rosario, un cosmético, una toalla sanitaria y la habilidad para colocarse *humanamente cercana* al agente de inmigración, en el artilugio de la conmemoración compartida:

El coyote nos trajo hasta el río. Yo no podía correr, pensé que me iba a caer... ¡y ya no podía! Él me dice: véngase hay un carro viejo, vamos a descansar para

que se recupere. Y pues de ahí me cargó, ¡me cargó!, yo ni sentí nada... creo que miedo... miedo de que me fuera a violar, ¡digo yo! porque pues nadie nos veía... Me resbalé en el río y me ayudó, luego cuando lo de la malla... Dije: Yo con mis huarachitos, ¿cómo voy a subir? ¿cómo voy a encajar mi pie ahí? ¡Ay, Dios!, me dijo, y que me alza y que me trepa sobre la tela...

Corrimos mucho, me caí, me acabé de arañar, me espiné con las ramas, había piedras, en donde más llevaba arañones era en las manos, el estómago... el de la migra llegó en un caballo. Era amable, como latino... Mi compañero cargaba mi bolsa, a él le preguntó que qué cargaba y él dijo que traía mi bolsa. El oficial me la entregó, pidió que la abriera para ver que traía. Yo cargaba lo que cargan las mujeres, la cuchara para enchinarse las pestañas, pinturas, toallas higiénicas, una navaja. Cargaba en realidad poquitas cosas, una libreta en donde traía las recetas de cocina y una foto de mi hijo, un librito y un rosario... y ya le enseñé las toallas higiénicas y esas rápido me dijo ¡guárdelas! ...nos preguntó nuestro nombre, pero como ya nos habían dicho que lo cambiáramos ...lo cambié. Me dijo: ¿cuándo naciste? Lo primero que se me ocurrió contestarle fue: el cuatro de julio. Él dijo "¡oh, happy birthday!" y yo no sabía porqué él hacía esa expresión, después me dijo que porque era el día de la independencia de ellos.

Si las anécdotas anteriores explicitan un modo de organizarse bajo el género, este se observa alerta y sumiso, prudente, dialógico (razón), con franqueza y espontaneidad ante el peligro a que tan azarosa situación obliga. Pero tal reciprocidad resulta más bien excepcional. Ya desde entonces, los testimonios apuntan a perfilar crecientes violencias: ...hay muchos sinvergüenzas, coyotes que no solamente esperan el pago del dinero, sino que les ponen trampas a las mujeres. Pasó por ejemplo con una muchachilla, un tiempo la veía como traumada por qué quisieron abusar de ella, la metieron a una cueva o algo así, y pues ella con el miedo de que el coyote la abusara y, de que el tío no le creyera... (Cata)

Literal, el desglose del traslado transfronterizo, que rememora Marina, refleja que la coordinación del trayecto es ordenada desde la perspectiva masculina con sus sesgos de género: los que eran pareja dormían cercanos. Si no eran pareja dormían separados, hombres y mujeres. De estos ajustes, el que intenta proteger a las protagonistas, al aislarlas, resulta ejemplar: A las mujeres que venían solas las pusieron en un cuartito. ¿Por qué son las mujeres y no los hombres que via-

jan solos quienes son separados? Si se trasciende que por su número demandarían mayor espacio, es claro que otros elementos subyacen; mayor intimidad, respeto, y conforme a los argumentos femeninos, precaución. Sustentadas en valores, tales razones se envuelven alrededor del manejo corporal, resaltando los modos en que se interpreta la presencia femenina. Una mujer sola porta la posibilidad de ser acompañada; lo que resalta, en el intento de preservar la individualidad femenina mediante el cuidado y la restricción, un acuerdo evidente, lo que no sucede con un varón, discursivamente dispuesto a interpelar a las viajeras por vía del cortejo o el abuso: *...íbamos a cruzar uno como canal de agua, un señor nos dijo que nos teníamos que quitar toda la ropa y ponémosla en la cabeza, y así cruzamos, entonces ella, mi tía, pensaba que en el otro lado iban a estarla esperándola los malvados. ¡Pero mire que no pasó nada!* (Crescencia).

Mediante un proceso rudo, a veces en extremo,⁶⁹ las mujeres de este estudio hubieron de transitar áreas desérticas, dunas, cruzar canales o trepar cercas en una situación donde la fortaleza física, resistencia y habilidad para brincar o correr fueron determinantes. En tal caso, la disposición imbuida en la interpretación genérica dio por sentada la fuerza y agilidad como atributo masculino, consideración eventualmente falible: *Los coyotes dividieron el grupo...hasta delante, todas las mujeres, en medio las parejas y hasta atrás, todos los hombres (María). Ya de este lado... nos sentaron a las mujeres. A los muchachos los pusieron apretados, les pusieron cajas encima y pues pobrecitos, ya no aguantaban... ¡pero como eran hombres!* (Matilde).

Remitida a las etapas testimoniales, la experiencia del cruce fue impactante: el clima helado, la falta de agua o alimento, el cansancio, las noches en un desierto peligroso (serpientes, alimañas) y el temor o la impresión de encarar a la migra: montada, uniformada, de actitudes castrenses, frecuentemente agresiva, con perros, desde un vehículo o

⁶⁹ Pese a que cruzar la frontera involucra riesgos mortales, y de que se evidencia que llevar antídotos, sueros o una ropa adecuada puede salvar la vida, esto es algo de lo que no se habla con sistematicidad, ni siquiera en la “guía” del *Programa Paisano* (Segob, 2012), o en las casetas de su promoción establecidas en la frontera.

un reflector bajan de un helicóptero, “el mosco” que abre “hoyos en la tierra”, lo que acentúa las aprehensiones femeninas: *A mí me ayudaron a subir la maya porque estaba bien alta, entonces le dije al guía: ¡Matute me quedé atorada!*... *se me rompió el pantalón, él me desatoró y seguí el camino, tuve que seguir así, no importa que los muchachos me vieran, y pues que me vieran todo, porque se me había roto todo; lo importante era estar otra vez de regreso, tenía miedo* (Matilde).

Hubo varias causas: la falta de entrenamiento, la mentalidad, las condiciones del cruce. Muchas veces las mujeres fueron impulsadas, cargadas, sostenidas, auxiliadas o, literalmente, arrastradas por los varones, pues atravesar la línea internacional demandó caminatas y carreras a lo largo de la tarde, la noche y de varios días e intentos:

Empezamos a caminar a las diez y nos agarraron como a las cinco de la mañana, vimos a los de la migra porque nos echaban la luz cuando tratábamos de escondernos... tranquilamente nos hicieron caminar nueve horas, ¡ya sabían a dónde íbamos a salir!... Yo fui una de las primeras que agarró la migra por que las mujeres siempre vamos hasta adelante (Marina).

Yo me agarré de la persona que traía a la gente, un tío mío le dijo que yo era su sobrina y no me soltaba nunca, a veces yo sentía que me quedaba y él no me dejaba ir, yo le decía: ¡ya déjeme!, ¡ya no puedo!, pero me agarraba. Él, aunque sea me arrastraba, porque pues yo intentaba, pero no avanzaba mucho... nunca le dije que estaba embarazada (María).

En más de un caso, ellas se trasladaron vestidas con faldas, sandalias, tacones, suéteres de estambre, etcétera, en lugar de un atuendo adecuado al contexto. Inés testimonia: *se me salió uno de mis zapatos porque el tacón se me quedó atorado, nada más vi con pena mi zapatilla, y pasé corriendo con un pie descalzo*. En condiciones así resulta más difícil la agilidad; pero las circunstancias de hecho funcionan como una metáfora precisa: cruzar la frontera es más difícil para una mujer, sobre todo si marcha apegada a sus patrones prácticos; en tal caso la coacción es inmediata: *Íbamos a reintentar, pero nos regresamos a la casa del coyote, yo me tuve que acostar entre los hombres. ¡Ni dormía, todos estábamos encimados!... muy cansados, traíamos mucho sueño ¡Pero no me podía dormir! un señor me decía ¡Duérmase sin temor! ¡No podía!*

¿Cómo va una a saber?, entre tantos hombres sucios. Mi esposo, ese sí que cayó dormido (Inés).⁷⁰

Aquí resalta la necesidad de cuestionar todo un entorno; no solo una frontera impredecible y violenta desde la que se justifican los temores de la informante, sino una situación nacional que la fomenta (corridos, narcotráfico, desempleo, *cacerías* femeninas [v.gr. *Muertas de Ciudad Juárez*], etcétera), junto con la deseducación de los medios (publicidad, telenovelas, comedia o variedad), que promueve la imagen de la mujer-objeto, y estratifica los roles sexuales y la organización del espacio y de la acción:

El coyote nos tuvo encerrados sin bañarnos dos días, nos llevaron chorizo y huevos... aunque casi no teníamos trastes ni nada, ¡como mujeres! empezamos a cocinar mientras los hombres se quedaban sentados, mirando la tele, o jugando baraja. Los hombres aparte, y las mujeres aparte. Las preguntas eran: que de dónde eres, si estás casada, tienes esposo o tienes pareja. Las respuestas eran: que vengo a alcanzar a mi esposo, o que mis hijos están allá y voy a alcanzarlos, o voy con mi primo. Yo dormí con todas las mujeres y al otro día, como hacía mucho calor en Mexicali, los hombres sacaron agua del pozo para que las mujeres nos bañáramos a jicarazos, entonces con el miedo nos metíamos de a dos y pues los hombres en tanto acarrearón agua también para ellos y se bañaron (Matilde).

⁷⁰ Con el análisis de la cita, se observa que el diálogo se establece a partir de patrones de género. Él entiende un temor femenino: el del abuso. Ella extrapola una lectura de sí misma. Como mujer inerte, le teme a una actitud masculina a diferencia del esposo: el abuso de la fuerza. Aunque no pasó nada, los códigos influyeron en el sueño de la informante, en su descanso y en la capacidad física que tuvo que desplegar en el nuevo intento de cruce. Por lo anterior, es posible señalar que el supuesto de la escasa movilidad femenina, que ha dado lugar a múltiples expresiones culturales, funciona como proyecto social interactivo. Los ejemplos abundan. De aquí que importa destacar que, algunas veces, los “patrones de conducta de género”, tanto para hombres como para mujeres, tienen el inconveniente de promover la acción conforme al condicionamiento, más que en relación con las circunstancias.

Situaciones azarosas

En la práctica, el dominio de la frontera es proclive a extender sus formas de poder desde lo ilícito: secuestro, extorsión, tráfico, abuso y trata de personas. La migración femenina se inserta en esta hazaña compartiendo su batalla con niños, varones, ancianos, etc. Además de que todos corren peligro, la asunción de *cuerpo para otros* se hace extensiva a nuevos sujetos, pues como reconoce Carmen: *...los hombres también corren mucho riesgo, una vez que cruzan los están secuestrando, los maltratan con tal de que les des dinero*; en tanto que Cata dice: *...en las casetas se acercan, te ofrecen ayuda y pues una, atontada, acepta, y así han estafado. El teléfono, lo tomaron al ayudarte a marcar... le pasó a mi hermano y al sobrino de una comadre. Por teléfono dijeron que, o mandaba dinero o se encargaban del muchacho...*

Sin duda, la contingencia demanda conductas no ordinarias que reflejan los modos de valorarlas. Si Francisca, madre guerrerense de carácter fuerte, recuerda cómo el momento en que el grupo en que venía se oculta, fue aquel en que debió vencer sus resquemores: *...en la cueva hacía un frío que nunca había sentido, todos nos tuvimos que abrazar, ahí no era que te estuvieras fijando*. Juana ilustra desde su experiencia cómo el abuso también opera de mujer a mujer:

Mis hijas se querían venir porque ya habían estado [en Estados Unidos] y les gustó. Un familiar de ellas, su tío, ha hecho su riqueza en Texas, tiene muy buen ganado. Él me dijo: yo me las llevo. Pero como tenía una mujer bien celosa, ella no dijo nada, y dejó que yo las dejara ir. Y ya pa pasar el río, allí las dejaron ¡Se perdieron!, ¡tres días sin comer y sin beber agua! Camine y camine por el desierto. ¡Ay, Dios mío, ya!, dijo Ofelia a María: déjame aquí, ya no puedo caminar, tengo hambre, tengo sed, ya no puedo. ¡Déjame aquí! María le contestó: ¡no te voy a dejar, ahí viene carro, ¡vamos!, un poco más, a ver si ya llegamos a la carretera. Salieron a la carretera mis dos hijas. Y pasó una troca, y de muy buen corazón, las pasó, las trajo, ¡les salvó la vida!

Pero el ejemplo más acabado respecto de la reincidencia de la interpretación femenina tradicional, por parte de la propia mujer, una vez trascendidas situaciones excepcionales, lo da Marina. Estudiante de

primer año de leyes, joven atractiva, quien experimentó muy de cerca el riesgo de abuso sexual:

Llegamos a Los Angeles como a las ocho de la noche. Éramos tres muchachas. El señor que entrega a la gente me vio y me llamó. Después me dijo: a mi jefe le gustaste mucho. Yo le dije despectiva: ¿acaso pretende que yo le haga algo?! Él me dijo: pues dice que te habla. Mi hermano me dijo: ¡te sientas conmigo! Al negarme, el hombre volvió a decir: ¡aquí las reglas las pongo yo! ...Quería que me fuera con él y sin mi hermano. Entonces mi hermano me dijo que me fuera [con ellos]... si no te vas, te pueden regresar y hasta te pueden botar en el desierto, como ya han hecho con otras muchachas.

Ella se sintió empuñecida ante las circunstancias:

...yo creo que recuerdo sus facciones, pero no supe su nombre, todos se hablaban de apodos y yo en esa época no sabía ni fijarme bien, pero el coyote tenía muy mal aspecto... bien vestido y con aires de grandeza, pero tenía una facha de maldad. Un muchacho que me ayudó me dijo que ese no era el importante, sino su hermano —A las mujeres que se le niegan las regresa al desierto y las abandona. También me dijo que a veces no regresaba a las chavas, pero que a los esposos de ellas sí los abandonaban en el desierto... Otro de los guías me dijo —Dile que ya andas conmigo. Cuando las muchachas andan con nosotros, el patrón ya no se mete... El tipo me mandó a llamar, quería que lo besara, que me fuera al cuarto de él... Acepté subirme al carro, me anduvo trayendo de gasolinera en gasolinera... recuerdo que había unos policías, le dije que no me importaba lo que pudiera pasar, que yo iba a bajarme y hablarles. Luego me dijo: no te van a entender [ella no hablaba inglés], lo que me hizo sentir peor, pues cuando estás aquí, te parece que todos los uniformados tienen que ver con la migra y que te van a deportar. Más cuando recién te estas atravesando (¡!) De mi hermano no sabía nada, no estaba segura de que ya lo hubieran sacado, tenía mucho miedo... Pero el otro muchacho me ayudó, le habló por teléfono al amigo que nos iba a recoger, entonces él se comunicó. Les habló fuerte y les exigió que nos entregaran o él los metería en problemas. Entonces le dieron hora y lugar para recogerlos.

En este punto, resulta importante destacar la reiteración de patrones culturales de la informante. Después de los sucesos relatados, una vez que se pactó la entrega de ella y su hermano, gracias a la ayuda de su

amigo, es llevada de vuelta “con las demás muchachas”, quienes le manifiestan preocupación, apercibidas del riesgo que acaba de correr. Ella responde: *no me pasó nada porque cuando una no se deja, no tiene por qué pasar nada*. Tal respuesta llevaba un mensaje velado dirigido a otra de las jóvenes que tuvo a bien confiarle a Marina, haber sido ultrajada la noche anterior: *... me dijo que habían abusado de ella por estar sola. Yo le dije que había sido una tonta, que, aunque sea, hubiera gritado. Les hubieras dicho a los muchachos... pero ella me dijo que ellos no podían hacer nada, que no podían ni salir porque estaban encerrados, que solo salían al baño (Marina).*⁷¹

⁷¹ En el caso de Marina, tal afirmación resume un *deber ser* derivado de los roles sociales. Sus palabras reiteran una supuesta fortaleza basada en el cartabón de que *el hombre llega hasta donde la mujer quiere*. A tal convicción, en nada le conmueve el peligro al que estuvo expuesta mientras fue acosada; es así como la similitud de circunstancias con la otra joven no propicia rasgo alguno de solidaridad. Este ejemplo habrá de repetirse haciendo campear un individualismo egoísta, característico de la situación del inmigrante.

CAPÍTULO IV

Primeras impresiones en tierra ajena y saga del empleo

RECIÉN LLEGADAS

Como lo describe Marta, el arribo a la tierra del *sueño americano* es un careo entre el mundo imaginado y una tierra insospechada:

¿Qué cómo sentí al llegar?... eran como las 10 de la noche, hacía frío. La ciudad llena de edificios se sentía negra o como muy vieja, creo que se parecía al autobús en que llegué. A mí y a otras personas nos dejaron en una terminal. El chofer que nos trajo que hablaba español y se veía más campesino que mi papá, nos dijo: Con la gracia de Dios, astedes, tan servidos. Aquí es Denver. Había chinitos y negros. Unos gordos comían en una mesa, se veían bien mexicanos, pero hablaban a gritos, como en inglés y se carcajaban. Creo que yo ni me veía porque nadie me miraba. ¡Me sentía como una sombra! No podía creer que venía desde Texas ¡y sin papeles! Lo bueno es que me faltaba poco para llegar a Chicago... ¡Llevaba horas sin comer!... Me acuerdo de que pregunté por un pan; yo misma me oí la voz quebrada... Me sentía muy sola. Con un hueco en la panza marqué con mi prima, no sabía si bien, no me contestaban. Me acuerdo de que un negro me quiso ayudar porque como que se dio cuenta. O ¿yo le hice señas? No recuerdo bien. Lo que sí es que no pudo ayudarme, por el idioma. Me dejó más nervios, así que traté de no llamar la atención. La terminal, feita como la de mi pueblo, tenía unos conejos pintados y hierba, y creo que así se llamaban los autobuses: "conejos". Había gentes con sombrero, se veían así como humildes señores, yo me distraía observando, luego, despacito para no llamar la atención regresaba al teléfono. Hice muchos intentos, de todas las formas que pude... me empecé a desesperar. ¡Por fin contestó mi cuñado! ... Fue como volver a la tierra.

Desde la remembranza, las primeras impresiones dentro de la Unión Americana, fijas en el regusto de haber salvado la vida, en la inmigrante reflejan recuerdos muy vívidos:

Entramos al calorón...era tan fuerte que hasta metiéndose debajo de la cama se sentía el rostizadero. Pero como yo me crié en un rancho, pues me salí a dormir al patio (Juana).

¡Por fin voy a poderme dar un baño de burbujas! (Evelia).

Yo estaba molida. Me asomaba a la ventana y veía una alberca. ¡Se me hacían increíbles de bonitos los depas! Pero si veía una patrulla, pensaba... ¡La migra! (Refugio).

Pero si el aliciente de poder pisar la tierra del *sueño americano* despierta en la mexicana una voluntad de porvenir, da paso también a una sensación que llega para quedarse. Malena, madre muy trabajadora, refiere nostalgia de un México al que describe como una tierra injusta: *Al entrar a San Diego vi los cerros llenos de flores, yo decía: ¿por qué mi país no es así?, ¿por qué, si dicen que México puede tenerlo todo, una viene a otro lado a buscar lo que no hay allá?* Cabe agregar que a la sazón del balance testimonial que ellas realizan, despunta una perspectiva. Esta se observa como una enormidad insospechada. La nueva situación no alcanza a revelar en sus primeras facetas las carencias y problemas que le habrán de caracterizar, y que, ineludibles, irán apareciendo con los días.

Dimensionar el espacio receptor

Para la mujer sin documentos de trabajo, ser y permanecer como inmigrante le descubre una impronta de la nueva tierra: la incertidumbre. Así, da comienzo su asimilación cultural desde tal desarreglo. La migra puede aparecer en cualquier momento. Quien la piensa a la vuelta de la esquina o la supone como un fantasma que acecha en el tiempo de su permanencia, no se equivoca, aunque especule sobre un temor permanente, este es fundado.⁷²

⁷² Para los recién llegados, toda patrulla es un vehículo de inmigración que les recuerda el riesgo de ser deportados. De hecho, durante la recopilación de historias en East New Hall, era del dominio popular que, en Lancaster, a una hora de distancia, circulaba una Suburban del Instituto Nacional de Migración cada día (INS), que pasaba recogiendo gente indocumentada para bajarla hacia Los Ángeles, pasando por New Hall.

Migración en red e inmigrantes pioneras

Si la inmigrante llega teniendo contactos, el desempeño de la red facilitará su adaptación y le dispensará sus mayores bondades al recibirla o recogerla, al proveerle de dinero con el que termina de pagar el traslado, y al proporcionarle ciertos bienes y servicios tales como comida, un techo provisional, información, etcétera. Las informantes refieren que, sobre la marcha de los días, se percatan que la renta y servicios de las viviendas son excesivamente caros, y que su sola habitación implica un desembolso estrictamente regulado. En el mismo tenor, si la red orienta la adaptación, amoldarse involucra una actitud personal: *Nos trajeron al centro de Los Ángeles, que era donde vivía mi hermana. Las calles eran feas, había mucho moreno. Parecía una vecindad donde vive mucha gente que no limpia... pensaba en mi país, que donde yo vivía era pobre, pero limpio, aunque no tuviéramos comida* (Inés).

Como puede apreciarse, las primeras impresiones se detienen en la distribución espacial, edificios, calles, servicios. Las recién llegadas también gustan de evaluar el nuevo ambiente a partir de curiosear tiendas que, emulando ambientes mexicanos, acaparan a los clientes hispanohablantes, por lo que la comparación cae directamente sobre productos culturalmente conocidos. Al respecto, la reflexión de Juana subraya, prístina, la desigualdad social tan familiar en el contexto rural mexicano: *Aquí pues ¡esta la flor de la tortilla!... bonita, delgadita, el frijol se cuece rápido, fue lo que más me gustó, eso y que no había zancudos. En México hacen unas tortillas bien feas, hasta con suciedad de gallina, lo mejor se viene para acá, todo el maíz... se deja uno el más podrido. ¡Uno que lo trabaja! ¡Que lo cosecha! ¿Por qué? ¿Por qué tiene una necesidad de vender el mejor frijol, el maíz, y si son semillas... las mejores?... ¡Con tal de vender!*

Expectante de las rutinas ajenas, la recién llegada percibe el *modus vivendi* local: otro clima, ritmo, jornada. Quedarse en el departamento de parientes o amistades pasa por observar que el monto indispensable de recursos para el pago de servicios cotidianos, basado en trabajos irregulares, es tan alto como difícil de lograr. La prisa, el trabajo y la necesidad del ahorro son paradigmas que obligadamente harán aparecer nuevas carencias: el empleo, la licencia de conducir y otros permisos o el manejo del idioma inglés. Asimismo, el transcurrir de

los días conlleva a la necesidad de aportar recursos en los gastos diarios, con tal contundencia que la situación se va haciendo incómoda: ...estábamos muy amontonados, y mi esposo ya no soportaba. Duramos tres meses sin trabajar. Por fin, él consiguió trabajo... pudimos empezar a cooperar con los gastos en la casa donde nos asistieron, porque ya nos daba pena (Inés).

Para la inmigrante pionera o que llega sin contactos y por primera vez, otra es la suerte. Conseguir un techo y emplearse son emergencias que acentúan el desamparo. María emigró embarazada. A fin de eludir la confrontación materna, se lanzó a la aventura sin tener referencias del contexto en el que habría de subsistir. Sus circunstancias de llegada ejemplifican esta soledad que, común a los inmigrantes, busca alternativas:

Vivíamos como siete personas en la sala, yo en una esquinita...la mayoría, hombres, trabajaban en la noche. Yo me quedaba con la muchacha que hacía comentarios, así como chale, chale. Ya va a nacer tu niño. Me decía, chale ya no nos va a dejar dormir... ¡Tú no te agüites... vete a rezar a la iglesia cristiana! ¡Te van a dar tu cajota de verduras! Y yo ¡la verdad si iba!... y pues soy católica, pero iba con los hermanos para que me dieran mis rábanos, zanahorias y unas bolsotas de arroz. Y pues se las llevaba a la muchacha para que cocináramos.

Sin referencias, documentos, ni contactos, ante el nacimiento de su bebé, María debió conseguir un trabajo y optó por emplearse en un club nocturno. *Llegué a ese lugar, en Los Ángeles, con otro nombre y otros papeles. Era un salón de baile... las personas te tocan y te tienes que dejar... No me gustó ese lugar, pero por la necesidad yo acepté.*

Soledad, a diferencia de María, emigró con un bebé y llegó a “encerrarse” para trabajar como doméstica y nana en San Diego, California. Después se hizo mesera.⁷³ *Cuando estuve trabajando en la barra, al este de Los Ángeles, el cuarto no tenía ni cerradura, solo el hueco, con peligro de que hasta alguien me robara a mi niño; pero yo quería un techo. Aunque no hubiera cama, me habría quedado.*

⁷³ A las recién llegadas que no cuentan con la red, les corresponde buscar y

Con o sin red, las informantes refieren que la nostalgia y melancolía, típicas del extrañamiento cultural a que se ven sometidas, se acentúa durante los primeros días. *Lejos de mi familia, confiesa Refugio, en casa extraña, me la pasaba llorando. Veía televisión en español y escuchaba música triste.* Isela, quien emigró muy joven, a los 16 años, recuerda: *lloraba mucho, pensaba en mamá y en mis hermanos.*

Estrategias para facilitar techo y sustento

...Llegué a vivir a la sala... mi primo me dejó el sillón y se bajó a dormir al suelo.
Refugio

La migración en red deriva del compromiso con parientes y amigos que, al haber emigrado antes, apoyan un traslado de terceros, con un entusiasmo que declina al paso de los días. Más de una informante refiere con amargura este cambio de actitudes: *Cuando ya estás aquí, al mes ya vienen quejándose de que no saben cómo soportarte.* Aunado a este trance, el proceso de familiarización, de suyo conflictivo, se realiza limitado por ausencias relevantes tales como el círculo familiar ampliado, el espacio conocido o la cotidianidad habitual. En contrapartida, el día a día obliga a lidiar con novedades culturales de importancia sistémica tales como el manejo del idioma inglés o la redistribución del espacio. En este sentido, la perspectiva de Matilde respecto de la disposición habitacional deja entrever el cambio de ambientes: *La noche que llegué tuve que pasarla en el cuarto que mi esposo compartía con un amigo... nos quedamos mi hijo, su hija, él, yo, el señor y su esposa... El segundo día, mi esposo y la esposa del amigo se fueron a trabajar, y yo me tuve que quedar en la misma recámara que el amigo de mi esposo, su niña y mi hijo.*

aceptar cualquier trabajo, circunstancia que guarda relación con el frecuente abuso de patronas latinas aprovechándose de las recién llegadas, quienes sin documentos, referencias o posibilidades de pagarse un alquiler, aceptan sueldos irrisorios. En los primeros años de este siglo, se llegó a escuchar las noticias de televisión, el caso de una niña de doce años, originaria de Veracruz, encontrada en estado de desnutrición. Después de haber sido llevada a Laredo, Texas con el fin de trabajar como *housekeeper*, se descubrió que fue la propia patrona quien la torturaba.

En el mismo tenor, Lucía Esquivel, maestra de inglés, que trabaja con mujeres recién llegadas de la comunidad latina, observa rasgos básicos de este conflicto: *...las mamás se deprimen porque no tienen vida social, porque están lejos de la familia y porque están viviendo en un cuarto la mayoría del tiempo.*

Como se observa, si la necesidad de adaptarse demanda tolerancia al cambio, también requiere de prácticas específicas. En la medida en que la red funciona sobre la relación emisor y receptor, el manejo del espacio cobra relevancia. Al principio lo hace al amparo de la solidaridad; el uso de la vivienda, tarde o temprano, recae en una negociación que consiste en rentar la sala, recámara o clóset a quien llega, generalmente con facilidades de pago. Tal estrategia permite al arrendatario mantener un domicilio de referencia, y al arrendador, controlar las inevitables pérdidas ocasionadas a partir de la ampliación de uso de los servicios a que da lugar el ingreso de nuevos habitantes.⁷⁴ Justo es reconocer que, aunque rentar resuelve aspectos económicos, también involucra hacinamiento, falta de intimidad, aislamiento, resquemores y otras fallas inherentes a una convivencia intergrupala que a la par de compartir el espacio, deberá procurar la coexistencia de hábitos diversificados en cada portador, en un entorno característico por sus monótonas y extenuantes jornadas de trabajo. En la tierra del dólar, trabajar, ahorrar y pagar son actos por realizar dentro de espacios sociales restringidos y la constricción espacial doméstica también refleja esta circunstancia. Cata, maestra rural acostumbrada a transitar grandes áreas, describe con suficiencia tales incomodidades: *...llegué a dormir a la recámara en la que vivía mi hermana, la dividieron con muebles,*

⁷⁴ En la comunidad hispanohablante, subarrendar es una práctica común y no carente de dificultades. Aun así, para el recién llegado y potencial trabajador, este trato resulta de gran utilidad, ya que le permite un enclave vital y laboralmente referencial que, de otra forma, dadas las circunstancias, carente de dinero y experiencia, resultaría imposible. Por otro lado, aunque dependiente de la disponibilidad de empleo del recién llegado, la posibilidad de recibir un aporte destinado al pago de la renta permite a las familias residentes sufragar uno de los gastos más coercitivos de la vida en el otro lado. Como lo expresa Juana, el alquiler (de una vivienda completa) obliga a las familias hacer muchos esfuerzos *...mi hija (por ejemplo) rentó la recamarita y ella se vino a la sala.*

la otra recámara la tenían cuatro muchachos, y en la sala vivían tres más, todos hombres. Hasta el clóset era utilizado como cuartito para otro de ellos. Entonces, imagínate, eran diez personas entrando a todas horas y un baño para todos. Si te querías cambiar de ropa pues tampoco era fácil.

Estratégica para el inmigrante medianamente establecido, la vía de arrendar depende de la optimización de espacios y servicios. El baño y la cocina operan conforme al dominio y administración del arrendador, de ahí que, de la nevera, por ejemplo, se reserve sus compartimentos más idóneos. Aunque no siempre, lo mismo sucede con las recámaras, la más grande la conserva el subarrendador. Lo que también sucede con el cajón de estacionamiento.

¿Intimidad? ¿Parejas? ¡Hay que arreglárselas!

Consonantes a la situación descrita, los códigos de género se despliegan en una reciprocidad forzada, influyendo sobre todo en la así llamada *privacidad femenina*. No sin razón, Cata describe como, por estar muy acotados, sus rangos de movilidad doméstica la desmoralizan, toda vez que, inscritos sobre membresías de género, también controlan su vida: *Me sentía incómoda al ver tanto muchachillo del pueblo. Encerrada en ese pedazo de cuarto sentía soledad y desesperación. Celosa, mi hermana solo me quería tener leyendo.* Sin dejar de ser poca la importancia de esta situación, Cata apunta a cuestiones nodales respecto de la operatividad socializada de las membresías genéricas. En su caso, las informantes refieren que el periodo de adaptación las llevó a vivir al lado de varones pertenecientes o ajenos a la familia, y las compelió a anteponer actitudes sexualmente codificadas, ocasionalmente llevadas al extremo, prueba de ello es el comportamiento *hacendoso* o la actitud de *recato* tan reiterativa en ellas. Al respecto, María, joven, soltera y desconfiada, describe impotente: *...a veces se quieren pasar de listos. El que les rentaba a mis hermanos me miraba de una manera muy morbosa. Ellos [sus hermanos] dijeron que mientras no me dijera o hiciera nada, yo no podría decir nada.* Por su lado y, en torno al recato, el caso de Malena resulta ilustrativo. Ella, literalmente debía esconderse: *...llegamos a donde había muchos hombres, mi esposo empezó a celarme...yo hacía de comer, pero no podía comer ahí, tenía que subir mi plato corriendo. Me le iba detrás, él comiendo y yo lavando los trastes rápido. ¡Era una cosa exagerada!*

Huelga decir que, aunque la situación de hacinamiento pesa sobre ambos sexos, en el caso de la mujer, cuando menos le duplica las incomodidades. Un hombre puede dormir en el piso o andar sin camisa; sin embargo, bajo el ejercicio codificado del género, ellas se ven obligadas u obligan a procurar una suerte de *dimensión de intimidad* (un cuarto dividido, una cortina, etc.). Aunque improvisada, es esta particularidad comúnmente irresuelta, la que incuba la proyección de sus desplazamientos futuros. En aras de ese “espacio íntimo”, la inmigrante casada o soltera, hermana y, sobre todo madre, conduce un proyecto de privacidad que principia como espacio propio, para más tarde constituirse en espacio para el *otro* cercano, el prójimo: hermanos, hijos, familia, hasta dar lugar al hogar de cuño femenino (ver capítulo VI).

Por otra parte, y respecto de la convivencia intergenérica, cabe agregar que las mujeres de este estudio señalan que su presencia no siempre se adaptó a los hábitos masculinos predominantes. Ya fuera por la mirada inquisitiva y culturalmente predispuesta a merodear su intimidad, ya por la proclividad de ellos a un elevado consumo de alcohol o, por quedar supeditada a dinámicas laborales, la convivencia no fue sencilla. Ahora bien, tal cosa no implica que, de mujer a mujer, las relaciones se dieran con mayor desenvoltura. En el horizonte de estudio, las diferencias se hicieron sentir en el manejo de la cocina, el aseo, la disposición física de alimentos, etcétera.

Mención aparte merece el aspecto sexual notablemente disfuncional en los contextos de estudio –inicialmente, debido al hacinamiento, aunque como se verá, también influido por los intensos ritmos de trabajo–. En tal sentido, si inquirir respecto de tan importante materia conmina a un estudio detallado, superficialmente puede observarse que, en el medio inmigrante, la sexualidad se apoya en ámbitos tácitos a menudo insinuantes alrededor de las mujeres solteras, como pasó con Marta, quien, al tener que vivir entre varones, manifestó haber padecido un temor permanente de ser sexualmente agredida por ellos durante el sueño, lo que afectó su desempeño diurno. En su caso y en distintas circunstancias, Guadalupe rememora cómo, por vivir cerca de departamentos de hombres solos, alguna vez, mientras intentaba salir a caminar, fue seguida por uno de ellos: *...no es que me agrediera,*

solo se me quedaba viendo ¡Con una cara de tristeza! Y ya me iba por otra calle y me lo volvía a encontrar y sucedía lo mismo. Me pasaba al otro lado, salía a una avenida y corría, pero al cabo de un rato ahí estaba él, reconocía su carrito y luego su cara. Lo sentía tan solo que más bien me daba pena.

A diferencia de Guadalupe, Sofía, hija de Juana, por vivir al lado de su cuñado, debió evitar que este, bajo el argumento de estar “hambreado”, la obligara a tener relaciones durante una mañana. Además de las referencias anteriores, la sexualidad de las parejas es quizá la que mejor refleja la alteración de los espacios de interacción más esenciales, en el contexto inicial de la vida inmigrante. En tal sentido, la buena intención de Crescencia para propiciar *un poco de privacidad* resultaba insuficiente: *Cuando llegué a California, llegué a vivir con mi hermano, dormía en el mismo cuarto, a veces me salía a la sala para que tuvieran intimidad.* De hecho, para las mujeres que tienen esposo y/o familia, la necesidad de espacios de intimidad, siendo insoslayable, crea verdaderas dificultades.⁷⁵ Sin embargo, dadas las circunstancias, ellas deben encarar el impedimento, buscando una oportunidad que se antoja remota. Además de tener que escampar los intentos incestuosos de su hermano, Evelia tiene pocas oportunidades para intimar con su pareja porque ambos carecen de tiempo: *Casi no teníamos cercanía porque yo tenía el presentimiento de que mi hermano nos estaba viendo. Así que solo teníamos relaciones cuando no había nadie. Era difícil porque ellos se iban a las siete de la mañana y pues a veces él tenía que estar en su trabajo a las 10:00 a.m.*

Aunque confrontado con las experiencias descritas, el caso de Francisca es casi una excepción, ilustra la tremenda voluntad ante-

⁷⁵ Si es la necesidad de mayor dominio sobre la crianza de los hijos y del ejercicio de la sexualidad en la pareja lo que hace más proclives a las mujeres a buscar y adaptar un espacio propio e individual, el ciclo de la falta de privacidad se reabre cuando son ellas las que arriendan parte de su espacio a nuevas familias. Debe decirse que aun sin subarrendar y, pese a su empeño, en la planeación del hogar inmigrante, la vida marital, así como otras formas de interrelación, se ven afectadas por la falta de trabajo formal y los subsecuentes esfuerzos para buscarlo y allegarse de recursos, aunado esto a la ausencia de espacios sociales y al estrés, como factores que fragmentan la vida en común, disolviendo importantes aspectos de la convivencia familiar.

puesta a las difíciles condiciones ambientales y económicas durante la fase de adaptación de las informantes: *Para tener una vida marital activa tienes que buscar los espacios, en los que la gente esté dormida o debes darte mañas. Por eso, con el tiempo, nos salimos a vivir en el garaje, lo arreglamos, hacía mucho calor, pero preferimos salirnos... le echábamos agua alrededor; regábamos en la tarde para que en la noche estuviera fresco.*

Códigos de subsistencia. Toda mujer sabe cómo limpiar una casa

Sin duda, el detonador de cambio en la vida de todo inmigrante está en función de su acceso al trabajo, encontrarlo requiere habilidades, referencias y, sobre todo, opera en función de la demanda. Para el caso de las mujeres, las redes solidarias e intergenéricas se movilizan haciendo valer su peculiar especialización, pues las mujeres establecidas orientan a las que llegan hacia las agencias y fábricas. Pero como llenar *applications* (solicitudes) lleva semanas y obtener una respuesta, meses, la recién llegada se obliga a posponer una deuda creciente sobre el día a día, muy probablemente sumada a la ya adquirida con los parientes a partir del traslado. En tal situación, una estrategia bien conocida entre tales mujeres consiste en atender el hogar al que llegan y, si los hay, a los niños e hijos de la familia. Respecto de las implicaciones socializantes de tal proceder,⁷⁶ Inés realiza una descripción impecable:

Una manera de granjearte el techo es *acomodiéndote*. A este país yo llegue a la casa de mi hermana.

Yo le cuidaba la casa y a sus tres niñas, además preparaba la comida. No me pagaban, les debíamos lo del coyote. Eso sí, antes de que llegáramos, quien cuidaba a los niños era su suegra, a ella si le pagaban unos ochenta dólares a la semana.

⁷⁶ Intervenir, hacerse cargo, tomar parte en el espacio, aunque solo sea para limpiar, supone una terapia ocupacional que refleja y desdobra el proyecto de *habitar*, desde un horizonte genéricamente culturizado, ¿impacta esta cualidad al proceso de adaptación inmigrante? Sí, en tanto inicia la manipulación de aspectos esenciales para la subsistencia, al observarse que regularmente son mujeres quienes aprovechan toda oportunidad de transformar lo inmediato, gestando en ello un habitar transterritorializado –véase capítulo v.

Pues bien, la ayuda en cuestión resulta de utilidad para el hogar receptor, especialmente si esta se ocupa de la atención infantil, pues en un contexto donde resulta frecuente que las familias establecidas den a cuidar a sus hijos pequeños, teniendo que pagar por ello, una iniciativa en tales términos, aligera las cargas económicas.⁷⁷ Al igual que Guadalupe, las mujeres de este estudio lo tienen claro, así que, además del servicio prestado al lugar que llegó le obligó a dar algo de sí, también le hizo volverse necesaria: *...aunque mi hermana no me pagara, me quedaba con los niños porque todos los que vivían en esa casa trabajaban. Ella de beibi ciri [babysitter] encerrada, ni veía a sus niños, se quedaban conmigo.* Sin embargo, debido a las necesidades de las recién emigradas y a los cambios surgidos de sus dinámicas, las medidas antes descritas se vuelven temporales. Aunado a la norma tácita del dominio de toda familia insertada en el medio, consistente en que todo servicio debe remunerarse, las informantes reconocen que, tarde o temprano, su trabajo les hizo merecer compensaciones módicas por parte de las familias de recepción. Cuando no fue así, las expositoras relatan cómo eventualmente se fueron dando situaciones de abuso hacia ellas, al explotar sus temores, su ignorancia o su necesidad de trabajar. Ellas coinciden en que fueron integradas a los oficios circundantes, pero sin pago. Así sucedió en el caso de Catalina: *Había una señora muy metiche entre las vecinas, con el pretexto de que tenía trabajo te llevaba y te ponía a limpiar su casa. ¡Según, te ayudaba a encontrar trabajo! Pero en el camino te desanimaba. A mí me dijo que no hablaba inglés, que no tenía “seguro bueno”.*

Por su parte, enteradas de que, conforme a derecho, los trabajos brindados por ellas debían pagarse, Marta y Crescencia terminaron por echar de menos la remuneración por sus desempeños, independientemente de que se tratara de la propia familia:

Junto con mi cuñada, yo tenía que salir cada día de las cinco de la tarde a las dos de la mañana a limpiar oficinas y, yo le decía: ¿Por qué estas recibiendo cheque y no me das siquiera 20 dólares? Me decía que no —porque tú tienes

⁷⁷ Para las familias inmigrantes establecidas, el cuidado de los hijos resulta un problema que medianamente se resuelve al dejarlos en manos de niñeras conocidas, a las que deben pagarles.

que pagar lo del coyote—, y yo ya tenía casi seis meses desde que había llegado ¡y trabajando! Hice mis cuentas... por semana, ya habría cubierto el pago... A veces me ponía a llorar porque mis papás me mandaron aquí para ayudarlos y pues ¿cómo? (Marta).

Las primeras dos semanas de haber llegado estuve feliz, después fue un desastre, no tenía comida y no tenía dinero. Deseaba trabajar para mandarles a mis padres, pero mi hermano nunca me dejaba salir, por la migración, me insistía que me podían agarrar. Con ese miedo decidí esperarme, me inteligía a hacer limpieza, a lavar su ropa. Pasaron dos o tres meses, no pude reunir ni cincuenta dólares ni veinte, no me pagaba por cuidar al niño (Crescencia).

Aunque para la inmigrante tener un empleo es clave para poder realizar una vida autosustentada, encontrar un trabajo constituye la fase más angustiosa durante los primeros meses de estancia. Cabe observar que, por lo mismo de hallarlo, el primer empleo permitirá la solvencia de dos necesidades inmediatas, casi siempre acumuladas por la espera que demanda encontrar un oficio: pago de renta, alimentación y, de hecho, las deudas del traslado (pago del coyote). Por lo tanto, aunque con carácter urgente, el envío de la primera remesa se relaciona con un empleo posterior.

Por el compromiso del pago de traslado, Soledad, quien directamente llegó a trabajar, debió permanecer encerrada hasta cubrir cuentas que nunca le quedaron muy claras: *Con esa gente yo tenía dónde dormir, tenía que comer, y pues me di por bien pagada con 35 dólares por semana. De ese dinero me iban a descontar para pagarle al coyote; estando yo allí pues le pagaron y pues yo nunca vi dinero.*

Hasta aquí, debe hacerse notar que la habilidad de las relatoras para percatarse de cómo funcionan los gastos, el salario y el abuso del que son objeto, indica el surgimiento de un nuevo ciclo en el proceso de adaptarse y los primeros aprendizajes experimentados sobre el medio. En su caso, fuera de lo habitual, Inés debió medir el consumo de alimentos por parte de los miembros de la familia adonde llegó a vivir: *Mi esposo no quería, pero me puse a hacer cuentas. Cuando entramos a vivir con su hermana, ella nos cobraba la recámara, dijo que como tenía dos niños y yo dos, la comida se iba a traer junta y que las dos familias pagarían. Nada más nos decía: ‘es tanto’ pero como que no era justo porque yo sacaba a mis niños con la babysitter y ella no, los dejaba en la*

casa, aparte tenía a su cuñado y a su hermana. Yo veía cómo la comida se acababa rápido.

En resumen, si se tienen buenos contactos, hay dos etapas en la circunstancia de emplearse. Una se logra al obtener el primer trabajo, el cual hay que aceptar sin chistar, aunque no reúna las mejores condiciones. La otra consiste en encontrar y conservar un empleo que permita resituar la vida en un medio más estable. Esencial para la migrante económica, este segundo paso da lugar a una verdadera saga.

SAGA DEL EMPLEO FEMENINO

Inmigrantes y enclaves laborales: el abanico informacional de California

Este trabajo reconoce que el empleo como horizonte, condiciona al inmigrante económico a una situación angustiosa y que la informalidad en que le inscribe, lo coloca en una indefensión laboral sin parangón.⁷⁸ Aquellos tiempos donde “empresa, oferta laboral y mano de obra [migrante], funcionaban de manera eficiente y coordinada” (Cobo, 2004: 16) terminaron. Por redistribuciones económicas, el neoliberalismo propicia un desbalance geográfico, cuya *desterritorialización y reterritorialización* (Ianni, 2006: 7), alteran en el inmigrante, y en general para el trabajador, la condición de *movilidad*, dependiente de una oferta de empleo, hoy extinta.⁷⁹ De acuerdo con Cobo, “El trabajo determina la

⁷⁸ Castells explica que desempleo, inmigración e *informacionalismo* se vinculan en un círculo vicioso: los inmigrantes, marginados desde sus países por la falta de empleo, se ven obligados a emigrar en busca de trabajo y a soportar políticas laborales marcadas por el *informacionalismo*, la desregulación, y una encarnizada competencia entre sí. Señala, también, que la estructura industrial se sostiene sobre una densa red de empresas subcontratistas, pequeñas y medianas, base de la competitividad, la productividad y la eficiencia de las grandes empresas, y que estas extraen su ganancia mediante el abaratamiento de costos de producción, enganchando mano de obra inmigrante (2001: 184).

⁷⁹ Chossudovsky (2002) sugiere que, a fuerza de persistir en el abaratamiento del trabajo, la estructura neoliberal termina por eliminar al trabajador de un

capacidad de movilidad social, expresada como cambio en la posición de un sistema estratificado, donde confluyen estructuras económicas, que permiten que los individuos persigan un estatus ocupacional, haciendo efectivas sus habilidades en tareas específicas, valoradas y remuneradas en el medio” (2004: 16).

Ante la disolución del *estatus ocupacional*, un número creciente de personas con distintos niveles de profesionalización se desplazan a espacios selectivos, por lo que se satura la alternativa de la inmigración económica. Aquellas que en su caso logran acceder a Estados Unidos testimonian la escasez de oportunidades, aun de aquellas que se catalogan como *informalizadas*. Para el trabajador en cuestión, el cambio de posiciones económicas se enfila hacia los linderos de la infraclase.⁸⁰ En

amplio margen del proceso de las cadenas productivas, por lo que se descolectiviza el desempleo internacional y local.

⁸⁰ En relación con el proceso de exclusión por móviles económicos, Guidens observa que, en Estados Unidos, la *infraclase* surge ligada a la raza, la etnicidad y la emigración, y que esta se reproduce condicionada a partir de las circunstancias laborales del emigrado y coloca a parte de sus miembros en situaciones de alta vulnerabilidad (2007: 321). Vienen al caso dos aspectos observados durante la fase de campo de esta investigación. El primero, en relación con la red inmigrante, cuyo contexto de vida estratifica el acceso al empleo por medio de manipular la información y los contactos. El segundo opera sobre este proceso de *intraexclusión*, complicado con el desempleo, la competencia y la insuficiencia de recursos que llevan a la calle a nuevos inmigrantes, en condiciones de vida cercanas a la indigencia, pero que distan de esta. Se intentará discernir por qué. En la globalización, el empleo, señuelo del desplazamiento inmigrante, se restringe cada vez más, aunque sin desaparecer, pues se trata de un recurso que crea riqueza. Aun así, se limita, *aligera* y concentra: “en el lugar del mayor flujo informativo y de servicios”, la ciudad global, en la que los trabajadores calificados de cuello azul y blanco viven como “ciudadanos que ocupan las posiciones de ventaja, como gerentes o supervisores en el país receptor” (Pries, 2000: 62; Castells, 2001: 411). Mientras que los inmigrantes realizan trabajos de baja retribución y mayor dificultad —que además de la rudeza que puedan implicar, resultan insuficientes para mantener el tren de vida del ciudadano promedio—. Por tanto, el dinámico aflujo encubre posiciones fijas y tal cosa se revela en la situación de las generaciones de jóvenes de ascendencia latina, hijos de inmigrantes, que transitan el “roce generacional” o desplazamiento de la carga del desempleo

este marco, la disponibilidad de trabajo constituye un recurso envidiable y, en el caso que nos ocupa, la mano de obra femenina confluye y se emplea alrededor de actividades del ramo de servicios y de un sector industrial que, estratégicamente, aprovecha la disminución en los costos de producción, al basarse en el aprovechamiento de actitudes, hábitos y demandas femeninas, derivadas de la arbitraria división sexual del trabajo, y aplicadas a modos y métodos de producción *informalizados*. De acuerdo con Castells, detrás de la preferencia de atributos femeninos “especializados” y extensibles al trabajo en general, se encuentra una construcción amañada en torno al género femenino, que suscribe como innatas la docilidad, la adaptación, la sumisión, con lo cual se solapa un modo más irracional de explotación (2001:

a los grupos de edades más jóvenes (Chossudovsky, 2002: 91). Es así como, aun cuando el inmigrante “es capaz de movilizarse en micro redes personales proyectando sus intereses en micro redes funcionales” (Castells, 2001: 450). No todos se benefician, sino solo aquellos que pertenecen a la red: familia, amigos, paisanos, etcétera. El resto se suma a una infraclase, aunada al flujo dinámico y creciente de nuevos inmigrantes que aspiran a un empleo, y a los que el propio ciclo de la economía expulsa. Todos ellos expuestos al lindero de la marginalidad extrema. Importa decir que estos migrantes *excluidos en segundo grado* transitaran una cotidianidad cercana a la acepción del término *homeless* (sin casa, sin hogar, sin techo), término que, en el discurso popular, resulta de fácil aplicación hacia los que, literalmente, pueden verse en las calles. Huelga decir que en el destierro y sin recursos económicos, resulta poco grato, pero inevitable, pernoctar a campo abierto. Por ejemplo, la presencia de trabajadores de escasos recursos que optaron por vivir en los árboles fue detectada durante un incendio forestal en el sur de California (*Canal 22*, octubre 27, 2005). Por lo dicho, la designación *homeless*, utilizada para hacer referencia a los indigentes locales, muchos de ellos incidentalmente viciosos o afectados de sus facultades mentales, aplicada a estos inmigrantes, no ayuda a caracterizarlos correctamente ni a imaginarse una perspectiva social y justa de ellos. En tal sentido, que estos no cuenten con la solvencia necesaria para mantener un *modus vivendi* que les retire de la calle, no impide su disposición para trabajar; de hecho, tales individuos al no tener un empleo regular, origen de su inestabilidad, laboran por días o semanas, para enviar ingresos magros a sus países y mantener así el contacto familiar. Estas personas, por otro lado, buscan afianzar un proyecto de vida estable, sin conseguirlo aún, pero en ciernes.

194). Esto permite a las compañías eludir con facilidad los compromisos patronales de ley, mediante la ampliación del mercado de trabajo feminizado: servicio doméstico, limpieza de oficinas, industria del vestido y ensamblado. Cabe agregar que el enclave surgido entre México y Estados Unidos resulta idóneo pues, como trabajadora, la inmigrante de ascendencia rural reúne el perfil adecuado para asumir la *flexibilidad*,⁸¹ tanto por sus entrenamientos laborales, como por su modo de configurar su propia vida. Mientras que “en los países industrializados; una gran mayoría de mujeres se consideran iguales a los hombres con sus mismos derechos, además del control sobre sus cuerpos y sus vidas” (Castells, V., II, 2001: 160), la fémina referida privilegia la atención del hogar a la del trabajo, carece de aprendizajes básicos como el idioma inglés, no cuenta con información en torno al medio, sus regulaciones, obligaciones y derechos; “al igual que en el trabajo de las áreas rurales, ellas cobran barato y no son dadas a organizarse en sindicatos” (Kahne y Giele, 1992: 74).

⁸¹ El modelo de producción flexible busca ejercer un control total sobre la mano de obra; se realiza “cuando la producción se acomoda al cambio constante sin pretender controlarlo, en un modelo de artesanía industrial o producción personalizada” (Castells, 2001: 182).

Trabajadoras inmigrantes de hábitos patriarcales. Un perfil necesario

En Los Ángeles me daban el montón de ropa para “trinnear” [cortar hilos] y yo decía, ¿Cuántas piezas tendré que hacer? Diez para un dólar. Trabajaba de siete a siete por poco de dinero, tenía ocho meses de embarazo y a nadie más.

María

Se cuente o no con la red social, el desplazamiento por trabajo hacia Estados Unidos incluye un alto porcentaje femenino.⁸² De manera gradual, ellas se desempeñaron como niñeras, trabajadoras domésticas o bailarinas exóticas,⁸³ mediante actividades que actualizan labores de género históricamente reservadas a minorías,⁸⁴ y se puede agregar que

⁸² En la década de los setenta: se intentó detener la migración de género, mediante el proyecto maquilador ubicado en la franja fronteriza, que prefería mano de obra femenina (Ruiz-Velazco, 1995: 24), medida que sin embargo resultó insuficiente, en tanto que el traslado de mexicanas también respondía al proceso cultural de la migración internacional (Durand, 1998: 21; Maecelli y Cornelius, 2001: 111), a la necesidad de mayores recursos, la diferencia de sueldos y, del otro lado, a la demanda de habilidades de género.

⁸³ La característica más prominente en la migración de ambos sexos es su situación de desamparo y emergencia; las exóticas responden a esta situación. El testimonio de María ilustra el perfil de la trabajadora que emigra fuera de la red y que, por su situación de maternidad y precariedad económica, se inserta en actividades que le garantizan mayor desahogo económico: *Ganaba 299 dólares por mes. De lo que me daban, yo le mandaba a mi mamá 100 dólares para mi otro hijo, pagaba 100 dólares de la renta ¡me quedaba con 99 dólares para pagar el envío que costaba 15 dólares, para comprar los pampers para el niño, que costaban 17, pero tenía que comprar dos, para mis pasajes que costaban 23 y, para sobrevivir y comer el resto del mes! O sea 30 dólares para un mes. Todo el tiempo andaba desesperada. Un día un amigo me dijo: pero si tú estás bonita, ¿Por qué no te metes a trabajar a un Night Club?... Así llegué a este trabajo... había muchas mujeres, como unas cien... Yo creo que todas las muchachas eran ilegales, de México, El Salvador, Ecuador, Perú... todas con hijos... Debías llevar minifalda y maquillarte mucho. La dueña era una señora muy elegante. Con las que ya tenían mucho tiempo era muy buena, las quería y las apoyaba. El apoyo consistía en llevarles clientes. Un cliente era cualquier hombre joven, gente hispana. Cuando te quieren tocar te llevan a un cuartito y entre más tiempo estés, más te lo cargan en tu tarjeta, más te pagan.*

⁸⁴ En la sociedad estadounidense del siglo XIX, en el sur, dedicado a actividades rurales, destacaban como carreras apropiadas la agricultura, el ejército,

la extensión de actividades femeninas al ramo industrial no implica mayor equidad, pues sus jornadas pueden caracterizarse como flexibles –posiciones temporales, horarios irregulares, salarios bajos, carencia creciente de garantías laborales–. En torno a estas ocupaciones, las trabajadoras cubren un perfil en el que coexiste su experiencia doméstica expresada, por ejemplo, en suscribir a sus espacios de trabajo, cualidades como la limpieza, la nitidez, el silencio y la discreción.⁸⁵ Contar con nanas, cocineras o meseras demanda un entrenamiento ideologizado que marcha al ritmo de la ciudad global.⁸⁶ En este proceso, surgen y se renuevan formas de flexibilidad que encajan con necesidades sociales que claramente exigen hábitos y conocimientos

la iglesia y el derecho, considerando que “el trabajo manual era impropio del hombre libre” (Morison, 2006: 250-253). Desde esta concepción, delegaba las tareas del hogar a mujeres afroamericanas organizadas en *gradaciones* sociales de esclavitud, dependientes de su historial migratorio. Hondagneu-Sotelo discierne que tales antecedentes siguen pesando en la connotación actual de los oficios, regularmente destinados a minorías. En torno a la extracción cultural de las trabajadoras, dice que las inmigrantes latinas han sucedido a las afroamericanas (2001: 13).

⁸⁵ Durante la investigación participante, como operadora en distintos centros de trabajo (fábricas de tornillos, envases, empaques, partes de avión), fue posible detectar la predisposición de las líderes de grupo para mantener limpia el área de trabajo, argumentando la preservación de una adecuada imagen femenina, el caso extremo se daba al procurar “discreción”, en los sanitarios, so pena de *asquear* a usuarias administrativas, al no ocultar toallas y objetos de uso femenino.

⁸⁶ Aunque Castells sostiene que el fin del patriarcado acontece a partir de la diversificación de los sistemas familiar y de poder: “inducido por la interacción entre el capitalismo informacional y los movimientos sociales feminista y de identidad sexual” (2001, II: 248), al buscar las repercusiones del desplome de la cultura patriarcal en el análisis aquí suscrito, se evidencia, a diferencia de lo que sostiene el autor citado, de que tal proceso poco afecta su situación de vida. El fomento de la desigualdad en las condiciones de trabajo es una de las características e involucra la opresión de género. Las inmigrantes engrosan el sector informal (Hondagneu-Sotelo, 1994: 151), y asumen sus condiciones flexibilizadas y una oferta laboral dirigida a ellas, sus habilidades, valores y actitudes, lo cual favorece los ciclos productivos empresariales y la atención doméstica, y con ello retroceden respecto de las conquistas históricas de la organización laboral y de la lucha feminista.

derivados de valores patriarcales. Aunque tal cosa implique la consecución de prácticas que conciben y tratan a la mujer como cuerpo para otros. En las grandes urbes, la disciplina de género se conjuga idónea con la disciplina del trabajo industrial que “como principio, expropia el cuerpo” (Lefebvre, 1983: 179).

Me crucé batallando con mi bebé. Llegué a donde iba a trabajar... me recibieron bien, ¡Cómo no! ¡Ya había llegado la criada!... (ríe)... Ni descansé, al día siguiente tuve que limpiar, la casa tenía cuatro chicos... No he sido cobarde, ir de prostituta con un hombre, eso nunca ha sido mi lema. Me metí a trabajar a una barra, veía como manoseaban a las mujeres... no tenía miedo... estaba el dueño y dijo que me daba el trabajo porque era menor de edad, no quería que su hija pasara los mismos apuros. Yo con un niño y sola, sin tener donde vivir, nomás un cuartucho. Me iba a trabajar y dejaba al niño dormido. A veces me tocaba bailar con los clientes, pero eso no me gustaba... después me fui a trabajar a los Siete Mares, yo creo que fue el primer restaurante de aquí de Los Ángeles, y ya de ahí, pues a trabajar en fábricas. He trabajado en oficinas, en hoteles... me daban 18 cuartos para limpiar, no, cuartos no, ¡suites!... eso fue en el Hilton... En la tortillería en Omaha, Nebraska, el dueño era despota, decía: ¡Ay, tenían que ser mexicanos, mira nada más, no cuidan las cosas! Yo sacaba las tortillas de la banda, sentía que me desmayaba. ¡Mucha gente no aguanta el tipo de calor! Con los hornos, te deshidratas... he estado en Utah, Nebraska, en Takoma, Washington y en Salt Lake City. En Washington trabajaba encerrada en una casa de tres recámaras. Ya mi hijo estaba grande... Las cosas se te olvidan, no puedes decirlas así como fueron, yo he conocido a mucha gente (Soledad).

Disposiciones de género y adaptación laboral

En cuestiones laborales, la perspectiva de género conforma una tecnología aplicable a la *procesualidad* técnica hasta un nivel detallado.⁸⁷

⁸⁷ Para entender cómo es que la estructura de género se aplica a los sistemas laborales; Salzinger analiza los elementos involucrados en el proceso productivo. Encuentra cómo en todo sistema flexibilizado sobre género, hay un componente de sacrificio en el que “Los trabajadores dan un poco de ellos mismos”, “...quebrar *el deber ser*, sucede durante la fase de producción, guiándose hacia otro deber ser, el del sistema de producción...” (1998: 10, 17). Por sí mismo, este fenómeno posibilita una transferencia de valores que

La empresa contemporánea se mueve sobre estereotipos vitales derivados de roles femeninos sedimentados en la cultura latinoamericana, apuntando un modo de adscripción étnica. Así, los potenciales empleadores visualizan trabajadoras involucradas en el rol de madres de familia, jefes de hogar y proveedoras que, por lo mismo, frente al compromiso laboral, se revelan responsables, eficientes, sumisas e inexpertas en la negociación de condiciones laborales, o impedidas para ejercer este poder, dada su situación migratoria.⁸⁸ Inés declara: *A nosotras nos educaron con temores, no nos enseñaron a ser independientes. Atender la casa y la cocina, eso es lo que los padres nos enseñan y que venimos a repetir a este lugar.* Es así que entre las mujeres entrevistadas, la referencia al trabajo rudo como experiencia personal es una constante, como lo expresa Soledad: *desde chiquita aprendí a lavar los pañales de mis hermanos, cocinar, limpiar...*, dejando entrever que la multiplicidad de responsabilidades adquiridas por la mujer rural, por el hecho

la empresa expropia y que domina con mayor amplitud y precisión cuando manipula identidades, siendo el género una de ellas. Imbricar la ética personal en la ética laboral, es un artilugio que genera ganancias: cuidado, concentración y atención en procesos que se convierten en aspectos morales y de honor y revelan sus frutos en la eficacia y puntualidad de los estándares de producción. De la O sostiene que hombres y mujeres obedecen a lógicas laborales distintas; encuentra que las mujeres rotan menos que los varones, que las jefas de hogar son más estables que las hijas de familia y que tales diferencias se dan por una respuesta diferenciada ante la dinámica del ciclo vital familiar (Citado por Ruiz, 1995: 25, 27, 28).

⁸⁸ Esta concepción se demuestra con hechos. Por una parte, la participación femenina en los espacios laborales se sujeta a tiempo parcial casi como norma, tan extendida que incluye a trabajadoras con documentos; por otra, la perseverancia femenina en relación con sus compromisos es evidente. Así, por ejemplo, en el estado de California, durante una prolongada huelga de la AFL-CIO en protesta por los bajos salarios y las jornadas recortadas en el año 2001, se observó una mayor participación femenina en las guardias establecidas en Santa Clarita, a tal grado que uno de los líderes que prefirió omitir su nombre, reconoció la participación de trabajadoras de origen latino, haciendo el comentario en pleno movimiento: *Estas mujeres sí que participan en serio. Son mujeres de acción; los esposos, en cambio, vienen a echar relajo y llegan a la hora que quieren. Una de las madres que tiene tres hijos ha estado aquí desde que se inició la huelga.*

de serlo, se extiende viabilizada como migración múltiple, al servicio doméstico, maquilador o industrial, en aras de una meta salarial que le permita mejorar o cuando menos sobrevivir. Las informantes hubieron de perseguirla desde México hasta California, teniendo claro que, en un país u otro, se trata de *aquello en lo que se puede trabajar cuando se es pobre y se es mujer*.⁸⁹ Así lo reconoce Refugio, con un dejo de tristeza. Por lo tanto, para ella, como para muchas otras mujeres, desempeñarse como doméstica en Estados Unidos no implica un cambio de estatus: *...ya sabes que, en México, trabajar de sirvienta es un trabajo de lo peor, pero... aquí, aquí es diferente... ¡Bueno!, ¡es diferente, pero es lo mismo!* La experiencia de Juana corrobora el trayecto de estas mujeres, arrancando magros ingresos a una vida de trabajo determinada por sus membresías de género. Hasta el punto de ya no poder trabajar porque tiene que sobrellevar una enfermedad que, según sus palabras es consecuencia de una vida de trabajo:

En La Guacamaya, Michoacán, nacieron mis 12 hijos...no sabíamos cómo ganarnos la vida, tuve que aprender a hacer ollitas de barro, anafres, comales, criaba gallinas pa' cambiar los huevos por comida. Él, trabajaba a medias

⁸⁹ Las fases migratorias de las entrevistadas demuestran que la idea de ellas no siempre fue desplazarse a otro país, pero lo hicieron por circunstancias laborales. Habiendo llegado desde los seis años al DF, Malena observa: *En la ciudad de México, lavaba los coches de la casa donde trabajaba mi hermana, me acuerdo de que estaba chiquita para ayudarle con los trastes, me tenía que subir a una silla*. Pese a una larga estancia, al contraer matrimonio, la informante reconoce que, en pareja, la vida resulta insufrible por las carencias económicas, llegando al límite cuando en el trabajo le piden documentos escolares a su esposo, no tenerlos da inicio al éxodo internacional. Para Francisca, sus ingresos provenían de un negocio de comida que no era sostenible, así como del comercio informal, ante ese panorama, no le quedó más que trasladarse a otro lado: *“En Acapulco vendía Avon, Fuller, Tupper Ware”*. Mejor establecida, Rosalba, por el contrario, se desempeñaba en una fábrica de tarjetas conmemorativas, ubicada en Ciudad de México. Destacada en su trabajo, decidió participar también en la mesa directiva, pero suscribir un pliego de peticiones con vistas a mejorar las condiciones laborales puso en riesgo su estabilidad: *En México trabajé en Hallmark... el buen tiempo que yo tuve en la compañía, fue el tiempo que duré calladita*.

en el campo. En época de secas nomás se quedaba sentado mientras yo iba a recoger majada de res para poder cocer cómales. En Cuernavaca... yo lavaba y planchaba ajeno; tenía abonados ja escondidas de él; porque él no quería que yo trabajara! Para vender jitomate, me llevaba las cajas a la carretera a rogarles a los que traiban bestias para que me las llevaran al autobús... y ya las vendía en 50, 70 pesos. En California he tenido tres trabajos, a mi hija le cuidaba a sus hijos... yo vendía alhajas, yo vendía sábila... cuando llegaba a la casa, ya había colocado 100 dólares..., vendía anillos, aretes. Con el dinerito me compraba un vestido o le mandaba dinero a mi hermano. Pero ya no salgo, ya no puedo. ¡Ya no puedo!

Las dos vertientes laborales del trabajo femenino

Entre las migrantes que trabajan en California, hay dos situaciones: la de aquellas que se desempeñan amparadas por su situación de residentes legales, y la de quienes emigraron después del periodo de amnistía IRCA (Alarcón y Mines, 2002, citado en D, Aubeterre, 2005: 56), quedando en condición indocumentada. Es probable que sean estas últimas quienes respondan a una oferta laboral relacionada con los entrenamientos de género que este trabajo sugiere, organizados en dos perspectivas:

- A) **Estructura laboral de género rural tradicional:** incluye las variantes laborales: trabajadoras domésticas, nanas y cocineras, para cuyo desempeño se presupone docilidad, proclividad hacia los cuidados maternos, actitud hacendosa y especialización en las tareas domésticas. Esta vertiente da por sentado un entrenamiento previo, histórico entre las mujeres del área rural, por cuya naturaleza las empleadas tienen práctica en tolerar jornadas de trabajo extensas, preferentemente desentendidas de las garantías laborales o dispuestas a aceptar las menos posibles, situación a la que poco favorece un estatus legalmente irregular. En este tipo de trabajos no hay una supervisión formal del Estado que vigile las condiciones laborales y, específicamente, en el caso de los empleos domésticos para encerrarse (*live in*), la consecución de actividades altera los ciclos vitales

de las trabajadoras, pues las obliga a suspender o a constreñir a días específicos sus dinámicas sociales de vida, acentuando el aislamiento y el impacto cultural del proceso de adaptación. Cabe agregar que no pocas veces, la práctica de tales oficios implica relaciones interpersonales determinadas por actitudes racistas entre patronas y trabajadoras o negociaciones privadas que, a merced de la indefensión jurídica, no siempre respetan las condiciones acordadas y que con frecuencia son alteradas por los empleadores a una circunstancia de explotación más intensa, incluidos sus días de descanso, lo que de suyo demerita la ya limitada disponibilidad de tiempo libre de las trabajadoras.

- B) Estructura laboral de género implícito, aunque este sector es favorecido cada vez más por las incipientes políticas de género y acción afirmativa: comprende actividades industriales de producción y ensamble, de atención a restaurantes, expendios de comida rápida, tiendas de autoservicio y agencias de limpieza (encargadas de higienizar hospitales, bancos y domicilios particulares, organizando el trabajo en horarios diversos, por equipos y en forma seriada). En su mayoría, tales opciones laborales requieren de mujeres jóvenes, inteligentes, resistentes a jornadas largas, experimentadas en trabajos manuales y generalmente provenientes de minorías. De entre estas, la que ofrece más ventajas es la del ramo industrial, ya que sus condiciones se dan más conforme a la ley. El resto paga salario mínimo, difícilmente garantiza 40 horas semanales, tiene horario de entrada (el de salida es muy flexible) y no siempre respeta los tiempos de descanso obligatorios. El acceso a cualquiera de tales oficios puede requerir y entrenar en manejo de equipo, preparación, empaque, etcétera. Y es necesario agregar que, aunque la experiencia de las empleadas en trabajos manuales, cocina y utilización de productos de limpieza no siempre se demanda abiertamente (de ahí que se use el término “género implícito”), al ser ofertado por las trabajadoras, mediados solicitudes y formatos, se valora y puede aplicarse a la rutina de trabajo, interpretada como cualidad de género, entrenada

en orden, asepsia y vigilancia. El mecanismo de lo implícito también ilustra la relación que las mujeres de este estudio establecieron para sobrellevar las responsabilidades laborales, de atención del hogar, incluidos el *maternaje* o las urgencias económicas a las que no necesariamente se aludió en el proceso de contratación, pero que contribuyen a que posiciones temporales, tiempos parciales, terceros turnos y espacios de trabajo precarios hayan sido aceptados por estas mujeres.⁹⁰

Estructura laboral de género manifiesto. La experiencia como condición

... en el aeropuerto, en la sala de espera, mi hermano vio una pareja con un bebito y él es muy así de hacerle caricias a los niños y yo para nada. Él ya sabía a lo que me traía. Me dijo: tienes que aprender a hacerles caricias y hacerlos que se quieran ir contigo, porque allá vas a trabajar de beibi ciri... ¡de niñera!... Tienes que cuidar a los niños. Pues yo, con una alegría que digamos, no venía. Yo solo tenía presente que iba a llegar a un lugar a trabajar, venía triste [suspiro]. No era lo que yo quería para mí.

Refugio

Cuidado infantil y empleo doméstico. La inmigrante sabe que el trabajo doméstico está entre los primeros que puede realizar, y sobre la práctica se va enterando que negociar un salario adecuado para tal rubro requiere de un domicilio fijo, la habilidad para comunicarse en inglés, una identificación oficial y las referencias –preferentemente bilingües– que respondan por su eficacia y honradez como empleada. Disponer de estos requisitos la lleva a procurarse un currículum solo posible mediante las experiencias locales. Por lo tanto, el trabajo posible es casi siempre el que obtienen en su entorno más inmediato como limpiar casas de hispanohablantes y, sobre todo, el cuidado de

⁹⁰ Los testimonios demuestran que en la decisión femenina de aceptar un trabajo se sopesan necesidades domésticas propias, tales como el cuidado de los hijos y el trabajo doméstico que, asumidas por la mujer, fomentan su participación en trabajos flexibles que las colocan como *proveedoras complementarias* en una economía doméstica, en la que regularmente predomina el aporte varonil, “haciendo coincidir intereses de supervivencia en condiciones de patriarcado” (Castells V, II, 2001: 195-99).

niños de conocidas y vecinas. Con un bebé en brazos y sin recursos para proveerse de una vivienda, María agradece haber encontrado su primer trabajo gracias a la actitud solidaria que, en relación con el cuidado infantil, se estila entre las hispanas:⁹¹ *Una señora me preguntó que si cuidaba niños. Yo le dije que mi hija tenía quince días de nacida y ella me pidió que le cuidara a la suya. ¡Yo encantada! Me preguntó si estaba sola y yo le dije: no tengo más que a mi bebé. Dijo: me caíste del cielo, yo ahorita necesito alguien que cuide a mi niño. Si aceptas, te daré 60 dólares por semana, vivirás en mi casa y vas a tener alimentos.*

De acuerdo con la etapa de desarrollo de los niños, este arreglo también depende de que quienes dan a cuidar a sus hijos tengan empleo. Por lo tanto, no garantiza una entrada fija de ingresos, ni un periodo regular de labor. Así que tarde o temprano la trabajadora llega a las *agencias domésticas*⁹² buscando desempeñarse en alguna de dos modalidades: el cuidado de niños (*babysitter*) y el mantenimiento doméstico (*housekeeping*). El salario de estos oficios se negocia con base en el número de miembros por atender y a la descripción de labores

⁹¹ Dejar a menores sin supervisión es sancionado por el estado de California, lo que condiciona a las familias con hijos a darlos a cuidar en tanto los padres trabajan. Al respecto, G. López, encargada del Centro Comunitario de Santa Clarita, reconoce que para la atención infantil *La mujer americana no hace asociación para ayudarse con la otra, como sí lo hace la mujer mexicana*. Tal pacto se realiza proveyendo una alternativa de empleo a la recién llegada, módicamente remunerada en tanto las entradas económicas de las mujeres involucradas son mínimas. Además de solidaria, esta forma constituye una de las primeras referencias laborales para la recién empleada.

⁹² Cuando la aspirante a trabajar como doméstica no logra colocarse con recomendaciones o por medio del periódico, asiste a las agencias domésticas para contactar a futuras patronas. Administradas por inmigrantes de origen latino, las agencias observadas reclutan asiduas trabajadoras, mayormente hispanohablantes, provenientes de Los Ángeles, North Hollywood, San Fernando y Van Nuys, para cubrir la demanda de sectores de clase alta: Brentwood, Beverly Hills, Bell Air, North Hollywood y Universal City. La fase de campo permitió detectar que, excepcionalmente amable con las patronas, el personal de una de estas agencias observó hostilidad hacia las potenciales empleadas, al interpelarlas con gritos y, entre risas, darles un trato denigrante. Ahí, algunas aspirantes externaron molestia, pues solicitudes de trabajo, antes gratuitas, les fueron cobradas en doce dólares.

por realizarse en departamentos, casas o mansiones.⁹³ La oferta laboral ofrece dos modalidades:⁹⁴ trabajar encerrada (*live in*) o de entrada y salida (*live out*).

La opción *live in*, que implica el traslado de la trabajadora a la casa de sus patrones, constituye una alternativa que le permite ahorrar y garantizarse un techo.⁹⁵ La modalidad de entrada y salida (*live out*) es una oferta más esporádica, dadas sus exigencias, las cuales, de igual manera, incrementan el salario. Pide a quien pretenda desempeñarse, automóvil y documentos legales, empezando por la licencia de manejo. Si consideramos que, para empezar a trabajar, las mujeres de este estudio debieron llenar requisitos que involucran permanencia, referencias y aprendizaje, se explica por qué el primer empleo de agencia fue remunerado muy bajo. A Refugio, por ejemplo, su primer empleo, recargado de trabajo, bien pudo garantizarle el monto cinco veces más alto. Aun así, ella refirió con satisfacción: *Conseguí un trabajo por 50 dólares semanales, hacía limpieza, limpiaba seis recámaras, cuidaba dos niños y cocinaba. Me trataban muy bien, no hablaban nada español, pero me daban comida. La señora me compró ropa y zapatos... En ese trabajo duré casi un año.*

⁹³ Hay, por ejemplo, casas donde solo viven adultos, otras con niños grandes y bebés, algunas con seis recámaras y cuatro baños o, aquellas donde se llega a exigir lavar el piso a rodilla, cocinar y cuidar niños.

⁹⁴ Como se ha dicho, para acceder a la oferta laboral, la agencia demanda a las aspirantes que posean conocimientos de cocina, experiencia en trabajo doméstico y habilidad en el manejo de electrodomésticos y productos de limpieza. Se les pide, además, inglés básico, un domicilio de referencia, teléfono, y recomendaciones firmadas por patrones o referencias telefónicas para comunicarse con ellos. Los motivos por los cuales las aspirantes, habiendo trabajado, no permanecen en sus anteriores empleos, son muy importantes y la falta de referencias causa que no sean aceptadas, mientras que, a menor nivel de inglés, menor salario.

⁹⁵ El trabajo que obliga a *encerrarse* es catalogado por las migrantes como pesado, tedioso y a menudo desdichado. Sus condiciones dan pie a expandir los horarios y cargas de trabajo a lo largo de las 24 horas del día en semanas de cinco y seis días, impidiendo la vida privada de las trabajadoras insertas en un medio cultural, inicialmente ajeno. Asimismo, cuando ellas no tienen a donde ir, permanecen encerradas en su tiempo libre, acomodiándose a trabajar para justificar su presencia, lo que hace interminable la jornada.

Conforme a los procedimientos de la agencia, una patrona elige a la trabajadora entrevistando a determinado número de aspirantes que reúnen las características requeridas. Seleccionada alguna, ella liquida el equivalente a un mes de sueldo. Si durante el primer mes de trabajo la empleada doméstica no cubre las expectativas, la agencia se compromete a enviar a otra persona y a reinstalar a la anterior en un nuevo empleo, o a concederle una semana de salario coloquialmente llamada *semana caída*. Sin embargo, en la medida en que este tipo de acuerdos laborales se negocian en forma privada y sin supervisión legal, las acciones derivativas, sobre todo para el caso de las *trabajadoras encerradas*, quedan a merced de la indefensión jurídica, lo que da lugar a diversas irregularidades, y son excepcionales las ocasiones en que se respeta el contrato. Los testimonios coinciden en qué una vez firmado este, los abusos, que incluyen maltrato y estigmatización de las trabajadoras, son frecuentes.⁹⁶ En relación con lo anterior, al inquirir a las informantes sobre las dificultades experimentadas durante su experiencia como domésticas, las quejas surgen en cascada: *...mi patrona era una judía que una vez me propuso comer las sobras de los platos. Me hacía que le lavara las pantaletas a mano* (Marina); *Una vez escuché decir a mis patrones que yo era como una rata comiendo a escondidas. La mujer siempre estaba espiándome con desconfianza* (Refugio); *Se ve que a la señora le daba como asco pensar que yo tuviera un esposo* (Crescencia); *Pues aquí para que te contraten, tienes que parecer una ignorante, casi como analfabeta* (Soledad).

De lo anterior, resulta que vivir *encerrada* es uno de los oficios que implica mayores incomodidades, de ahí que Refugio decidió renunciar. Además de que el trabajo desempeñado eventualmente se prestó al abuso, también le propiciaba un aislamiento marcado sobre la diferencia lingüística: *Ellos no hablaban español, así que eran días y días en*

⁹⁶ Para la trabajadora recién llegada, negociar las condiciones de empleo es casi imposible. A su circunstancia le afecta la abundante disposición de mano de obra, la inexistencia de documentos migratorios, la improvisación de diálogos por no hablar inglés o el desconocimiento de la ley. Como se verá, a estos inconvenientes se agrega la desvalorización de oficios y los estigmas hacia el migrante expresados en la relación laboral.

que no hablaba yo con nadie, además, la señora tenía mal genio y se peleaba mucho con su marido. Para mí todo era tristeza, tampoco me gustaba estar encerrada... me deprimía. A las tres semanas no me había pagado.

Con la obligación de dedicar la totalidad de las horas al oficio y a veces sin poder asomarse a la calle, son las madres migrantes quienes más resienten el cambio, separadas de sus hijos, ya sea por la distancia entre países o porque ellos viven en una ciudad alejada o distinta de aquella en la que se trabaja.⁹⁷ Ahora bien, las informantes también aluden a problemas con la alimentación, además de señalar la explotación mediante horarios abusivos y trabajos en los que no se dan abasto. Así, ellas reparten el tiempo entre el cuidado de niños⁹⁸ que las obliga a poner toda la atención, y la limpieza de residencias tan grandes que duplican sus jornadas; Guadalupe y Marina nos refieren este tipo de situaciones, respectivamente:

Dijeron que nada más iba yo a cuidar al niño, pero llegando a la casa tuve que lavar, limpiar, cocinar y planchar. Me levantaba a las seis y media porque el niño empezaba a llorar temprano. Cuando más me presionaban para cuidarlo era en la noche... me iba desocupando como a las diez u once. No sabía inglés y la patrona se enojaba por eso... Tenía que llevar mi comida, su comida era con puro enlatado. Dijo en la entrevista que saldría en sábado regresando el lunes, y no fue así: salía el sábado en la tarde y entraba el domingo en la tarde... También, dejó dicho en la agencia que ganaría yo 150 a la quincena y, a la mera hora, salió con menos. De hecho, ni me pagó la quincena sino hasta el mes.

⁹⁷ Lo que no impide el esfuerzo que ellas hacen para involucrarse en la atención de los niños que cuidan, en hogares que como ellas observan, se caracterizan por padres ausentes o distantes de sus hijos. Al respecto, Hondagneu (2001) observa que sobre el empleo que implica emotividad se ha escrito poco, lo que ha instado a la elaboración de una perspectiva que valore la afiliación, el afecto e interpersonalidad desarrollada en él mismo, requiriendo "...el reconocimiento del empleado como una persona. Este reconocimiento social es una necesidad humana y las trabajadoras domésticas sienten profundamente la ausencia de la misma en sus trabajos" (Hondagneu, 2001: 219).

⁹⁸ Hondagneu-Sotelo llama la atención respecto de que las nanas se enfrentan a medios de comunicación que acicatean la duda sobre su capacidad de trabajo, mediante imágenes de miedo: niñeras violadoras, asesinas, o golpeadoras de niños (2001: 141).

...me querían levantada desde las seis de la mañana y todo el día querían verme trabajando, hasta las nueve de la noche. Ni me preguntaban si había comido o si quería descansar. Por 160 dólares semanales tenía que limpiar una casa de 5 recamaras con cuatro baños y cuidar a tres niños. Mi horario de trabajo era de más de 12 horas diarias, terminaba a las nueve de la noche, pero me volvían a llamar.

Una dificultad que por su importancia merece destacarse por separado es la falta de pago que, como lo refiere Helen Mouje, asistente del Centro Comunitario, junto con la ausencia de información legal y la permanente amenaza de deportación, conforman un chantaje frecuente entre patronas y trabajadoras, lo que refleja la vulnerabilidad de la inmigrante: *...muchas veces la misma patrona viene, las recoge y a la semana les dice: la próxima semana te doy, o les dan algo y ahí como la trampa al ratón y la mujer porque algún día le van a dar todo, sigue trabajando y sigue perjudicándose ella misma.* En el caso de las agencias, algunas contratantes actúan mediante pretextos, bajo la discrecionalidad de estos lugares para alargar semanas inicialmente pactadas por cinco días o seis días o, para luego despedir a las empleadas sin remuneración alguna. En este sentido, cabe destacar lo señalado por Hondagneu-Sotelo respecto de que no ha existido un intento efectivo por parte del Gobierno o de los medios de comunicación para educar a las trabajadoras y empleadas domésticas acerca de las leyes, y que la *Federal Labor Standard Act* (FLSA), documento en el que se inscriben los derechos de estas trabajadoras, no tiene difusión alguna entre ellas (2001: 211). A la fecha, si se difunden los derechos de las trabajadoras en distintas organizaciones que se ocupan de ello. Por ejemplo, se está promoviendo una carta de derechos por parte de la Asociación Nacional de Trabajadoras del Hogar (NDWA, por sus siglas en inglés) en todos los estados de la Unión, en la que se convoca a las agremiadas de las organizaciones a anteponer contratos escritos de trabajo a sus patrones, por los que pueda defender sus derechos. Por otro lado, en el estado de California, la Coalición de Trabajadoras Domésticas impulsa una ley actualmente denominada SB1250, que busca que el trabajo doméstico sea incluido dentro del espectro considerado por la Administración de Seguridad y Salud Ocupacional (OSHA, por sus

siglas en inglés), que se ocupa del área de servicios pero que no reconoce las labores que estas trabajadoras brindan. Se trata de un esfuerzo organizado que, pese a todo, abarca una cantidad muy menor en relación con el número de trabajadoras domésticas ocupadas en brindar este servicio; así, las condiciones siguen siendo difíciles, especialmente para las trabajadoras encerradas. respecto la vivencia de Refugio resulta familiar a la mayoría de las trabajadoras domésticas experimentadas. En un ambiente carente de información que pudiera orientarla sobre cómo enfrentar los abusos, ella debió cansarse de pagar pasajes y gastar su tiempo con la esperanza de que, conforme a lo estipulado, la agencia le devolvería algo del sueldo que la patrona le quedó a deber: *Ni ella me pagó, ni tampoco la agencia me dio lo de la semana caída*. En un sentido semejante, aunque ampliado por la humillación y la manipulación de género, Marina recuerda la ascendencia de sus patrones. Según sus palabras, típicamente proclive a la explotación:

Ella es de Guadalajara y su esposo de Israel. Al jardinero mexicano le obligaron a hacer el jardín y al final no le pagaron ni lo que invirtió. ¡El pobre hombre realmente lloraba, yo creo que sería de rabia! Pero, ni así. Yo no duré ni una semana, ni tampoco me pagaron. Ella me corrió. Eso sí, cuando mi hermano fue a recogerme, le dijo que yo no había trabajado bien, que ni limpiaba. Mi hermano solo escuchó y dijo: ¡Vámonos! Bueno, ¡pues tampoco me dejó ir así nomás! Antes de atravesar la puerta, me dijo que sacara mis cosas para revisar que no le hubiera robado algo.

La estructura laboral de género implícito. Una extensión flexibilizada
 Agencias de limpieza. Indispensables a la dinámica urbana, los servicios de mantenimiento deben prodigarse a un amplio escenario: el de una ciudad conformada por rascacielos, bancos, unidades hospitalarias, departamentos, casas y complejos habitacionales para venta, se deben cubrir colosales dimensiones en horas poco habituales, madrugadas o noches. Encargadas de tal encomienda, las agencias de limpieza exigen al trabajador, de preferencia mujer, ritmos extraordinariamente intensos que, cuando no se tienen documentos, se aceptan sin chistar. Funcional, la labor de estas personas conforma un bastión de flexibilidad, característico por sus escasas garantías y por un salario considerado entre los menos remunerados. Si como en 1998 observa-

ra Escobar: “En Los Ángeles las agencias de limpieza pagan a sus trabajadores inmigrantes la tercera parte de lo que recibiría un trabajador sindicalizado” (1998: 209), en el año 2006, con salarios que equivalen al mínimo más un dólar, según los establecido por las agencias de empleo locales, en las calles y avenidas comerciales de Santa Clarita, es normal observar el dinamismo con que trabajadores hombres y mujeres de ascendencia latina, muchos de ellos provenientes de East New Hall, lavan los patios, los pisos, las hornillas metálicas de las tiendas de comida rápida, o limpian las marquesinas del cine, todo ello en plena madrugada. Aspecto en torno al que se pueden aducir ventajas: se habla de labores ágiles que, por sus condiciones, espacios vacíos y horarios facilitan el anonimato,⁹⁹ lo que permite sobre todo a las mujeres y, dada la parcialidad de la jornada, intentos mejor logrados de tener una vida familiar. En específico, la experiencia de Marina refleja la preferencia de algunas de estas agencias del trabajo femenino, con el consabido abuso que cometen: *Iba a ser una tienda departamental... entrábamos a las cinco de la mañana y salíamos a las diez de la noche... fue muy difícil, era grandísimo, teníamos que limpiar de esquina a esquina. ¡Y bien! Cuatro hombres y seis mujeres. Al final, no me pagaron.*

Además de lo antes dicho, cabe agregar que el trabajo necesario a la ciudad, desdoblado sobre lo doméstico, a la medida de los tiempos, se encamina sobre los cauces del *outsourcing*, con lo que se impone a la compleja sistematicidad de la limpieza doméstica, la guillotina de la prisa. Tal dinámica aprovecha la experiencia de la inmigrante en el trabajo y, dada su vulnerabilidad, también saca partido de la posibilidad de abusar de su energía física. La experiencia de Marina permite sopesar esta situación: *... limpiando casas, iba y regresaba, nos pagaban a ocho dólares la hora, había que estar movida. Yo sí era rápida. En la compañía éramos ocho mujeres y dos hombres, nos pasaban a recoger en una camioneta, nos llevaban a una casa para limpiarla, salíamos, pasábamos a otra, a mí me tocaban los baños y sacudir... Salía bien cansada, trabajaba*

⁹⁹ En 2003, se realizó una redada de inmigración durante un tercer turno, y de cuyo resultado Walmart fue acusada de contratar mano de obra indocumentada (*La Jornada*, 2003). Se informó que los empleados de limpieza fueron detectados mediante el espionaje de sus conversaciones en los baños.

desde las seis o siete de la mañana hasta las seis o siete de la noche y pues me preguntaba ¿Qué hago aquí?

En una compañía grande, la comunicación se acota a una red burocrática interesada solo en la firma, por lo que una persona con estatus legal, más una red de clientes y un vehículo puede liderar a un grupo de inmigrantes y condicionarlos a trabajar fuerte, a cambio de salarios mínimos, horarios irregulares y ningún control administrativo sobre el oficio. En el caso del trabajo doméstico, esta propuesta organizativa no solo se flexibiliza al máximo, sino que se ensaña con la falta de experiencia de la trabajadora, como lo describe Cata:

... la que estaba de encargada de la agencia de limpieza era muy mañosa, porque el trabajo de una casa consiste en limpiarla toda, y si tiene cuatro baños y siete recamaras, hay que distribuirlas entre las mujeres que trabajamos, pero ella, la encargada, se quedaba en la cocina y de ahí no salía. Nos hacía terminar hasta el patio y las ventanas, y después ayudarle a limpiar la cocina. Si algo salía mal nos echaba la culpa, aprovechando que ella sí hablaba inglés. Pagaba a seis dólares la hora, pero tampoco era bueno el trabajo porque solo nos empleaba tres días a la semana y, además, siempre nos traía a la carrera. Mis compañeras con tal de no perder el trabajo no decían nada. Esa mujer tenía muchos años de estar aquí.

Cabe acotar que, como ocupación flexible, el oficio depende de una demanda repentina y cambiante que influye en la contratación; asimismo, al ser menor la participación de los varones, esta surge genéricamente circunscrita: como choferes con más experiencia en localizar domicilios y, a partir de su mayor fuerza, para movilizar pulidoras de piso o lavaalfombras.

Restaurantes y lenguajes. También desplegado por residentes de la zona este (East) de New Hall, el eficiente desempeño laboral rendido por los inmigrantes constituye una presencia cotidiana en Santa Clarita. Sin inmutarse por el salario, Francisca logró posicionarse en su trabajo en un tiempo récord: *En el Kentucky Fried Chicken iban a contratar una afanadora, me dieron primero tres días, luego una semana, después me pusieron a cargo del buffet.* Puede observarse que la tan usual

invitación a llenar solicitudes de trabajo, anunciada en la mayoría de los negocios, es solo formal.

Encontrar un oficio no es cosa simple, por lo que, cuando hay disponibilidad, tácitamente se infiere condicionada a la red de parientes y amigos subrepticia a la de identificaciones y permisos. Asimismo, con base en las actividades locales dispuestas en el ramo de servicios y manufactura, los trabajos implican, además de experiencia en los oficios típicamente realizados por latinos, herramientas elementales como el bilingüismo y la capacidad de respuesta bajo presión. Cuando eventualmente se requiere disponer de un vehículo, esto representa un problema por resolver para las mujeres que pocas veces manejan o poseen uno. Como puede derivarse, los negocios: tiendas de autoservicio, restaurantes, en especial los expendios de comida rápida difícilmente garantizan cuarenta horas semanales de trabajo, por lo que se requieren fuentes de ingreso adicionales. En tal caso, las informantes alían la escasez de recursos alternando sus tiempos con el cuidado de hogares regularmente bajo su responsabilidad. Algunas se aplican diligentes para ganar más horas y confianza, y muchas de ellas buscan entradas extras. Al aceptar que no hay suficiente empleo para todos, Guadalupe considera que por lo habilidoso y por lo *sufrido*, su oficio vale más de lo que le pagaban en el restaurante. Hábil y experimentada para soportar el calor del comal durante las horas pico, hizo lo posible por rendir como trabajadora, hasta constatar que ya no se podía subsistir con tales horarios y que, al final, por cuestiones de transporte, invertía en tiempo el equivalente a jornadas regulares: *Duré tres años en el restaurante Don Venancio, era tortillera, pagaban barato y solo nos daban seis horas al día...* Así estructuradas y conforme a lo observado en el giro de la *fast food*, las dinámicas que involucran interacciones de género emulan estafetas culturales. Pese a que las políticas laborales vigentes lo sancionan, la distribución de tareas entre hispanohablantes reproduce cotos de poder,¹⁰⁰ lo que, incluso, llega a condicionar la participación mediante tratos sexualizados abierta o veladamente, tales como el acoso sexual o la prostitución. A fuerza de permanecer laborando en una cadena de alimentos, Marta fue deduciendo: *En el*

¹⁰⁰ Como resultado de la investigación participativa, fue posible detectar los

ambiente se consecuentaban cosas... el *mánager* andaba con la *manejadora* y hasta se burlaba del esposo de ella. Todos sabíamos que él la había hecho su asistente por eso. Otra fue la situación de Francisca, quien, para poder mantener su trabajo, debió tolerar chanzas y acosos directos de un *manejador* que por lo regular se tomaba atribuciones con las empleadas del restaurante: *Era un latino, creo que de Zacatecas. Ese nos tocaba los senos, me llegó a tocar la vagina.* Signados por el desconocimiento de la ley, pues tales comportamientos constituyen delitos sancionados por el Estado, entre las trabajadoras carentes de información o copartícipes de los lenguajes culturales del abuso y el chantaje, este trabajo detecta una proclividad a que varias migrantes suscriban, toleren o padezcan este tipo de situaciones. En el caso de Francisca, ella, a partir de probar su desinterés por una relación con su jefe inmediato, tuvo que soportar otro tipo de agravios: *...como vio que yo no le hacía caso, me hacía enojar amenazándome con que se iba a llevar a mi marido al Kinkis, que era donde bailaban mujeres.*

Aunque tales situaciones se modifican conforme a la experiencia, pues, según lo constata María, es sobre la familiaridad con los procesos de contratación que la perspectiva en relación con los códigos del lenguaje sexual cambia: *Yo trabajaba en bandas...había un señor de Guatemala que me molestaba mucho y me invitaba a tener relaciones con él. En ese entonces, yo no sabía que me estaba acosando sexualmente.* Por eso, tarde o temprano, mujeres y hombres se percatan de la posibilidad de denunciar las conductas ilícitas, aunque la competencia, el miedo, la falta de una cultura de la legalidad y, sobre todo, la interpretación personal de la ley, influida por los roles sexuales atenúa su aplicación. Como lo reflejan los testimonios, entre la población latina, la idea de la mujer como *cuerpo para otros* aún predomina con fuerza, lo que deriva en los tratos regulados e irregulares. Emma, una alumna de la escuela de adultos, en respuesta de la sobrepoblación masculina, todo

acomodos raciales. Por ejemplo, cuando en conocida cadena de pizzas se suspendía la preparación de alimentos, era acuerdo tácito que el meticoloso aseo de hornillas, paredes, y maquinaria tendría que realizarse por los trabajadores latinos, en tanto que a los anglosajones les correspondía barrer o contestar el teléfono.

el tiempo en actitud de galantería, lo simplifica de la siguiente manera: *Tú aquí debes fijarte muy bien, porque en el momento en que te dejes bajar los calzones... Ya te chingaste.* En conclusión, en el contexto de estudio, donde las relaciones se inscriben en un sistema legal distinto, la creencia entre la población hispanohablante, de que en el diálogo codificado de lo sexual: el hombre *insiste* y la mujer *acepta* o *rechaza*, campea en el universo femenino examinado. Ante el acoso laboral, Francisca terminó por considerar la alternativa de denunciar a su patrón, no sin antes consultar a quien la recomendó. Inscritos en el entorno, los argumentos surgen predecibles: *Yo no conocía las leyes, así que le platicué a mi primo. Me preguntó que si era yo la que le daba motivos al mánager para acosarme; después me dijo que ese hombre era así y que si yo quería, podía poner una demanda, estaba en mi derecho. Yo no me atreví ni a pensarlo porque a mí me preocupaban mis hijas y que me corrieran. Además, temía que, si yo me quejaba, podrían decir que yo estaba dando lugar, ¡que yo lo provocaba!...*

Líneas de producción y manufactura. Códigos al interior. Una de las perspectivas laborales de Santa Clarita surge al alba, mientras las trabajadoras abarrotan de vehículos las calles, perfilando arterias que tiñen todavía oscuro, la ruta al *freeway*. El tráfico lento se transforma en nudo, surtiendo de sangre fuerza y mano de obra el camino al parque industrial. Es cambio de turno, el predominio femenino se evidencia en el estacionamiento. Diez minutos antes de la hora, líneas de producción y jerarquías se fraguan durante el café gratuito. En la cafetería, las *lead ladies* se sientan aparte, las obreras se desentienden, se ponen lentes de seguridad; todas portan bata. Un llamado del supervisor para reconvenir la calidad concluye apenas se escucha la alarma, y se dirigen, cual enjambre, al reloj checador.

Sostenido por inmigrantes, algunas provenientes de New Hall, el abasto mundial de cosméticos, discos, microchips, aviones de guerra, vitaminas, bici partes y otros productos, se planifica en las factorías del parque industrial local, parcialmente liderado por hispanohablantes. Por lo tanto, para poder estar a tiempo, dejar a sus hijos en la escuela y arreglarse lo más presentable que pueda, Adriana se levanta un poco antes de las cuatro de la mañana. En *piso*, es la *lead lady* a cargo de una

de las seis líneas de producción.¹⁰¹ Ella destaca la importancia de su liderazgo: *Nosotras colocábamos los microchips y los libritos de garantía de computadoras, que serían enviadas a India, Francia, Inglaterra y algunos estados de este país*. En posiciones inferiores, un buen número de operarias también dejaron hijos al cuidado de hermanas o abuelas, o listos para asistir a las escuelas, tarea que les ocupa dos o tres horas menos de sueño, lo que no les impide presentarse pulcras en tiempo y presencia, como corresponde a la *familia empresarial*, así reconocida durante la reunión previa al silbido que las envía “a piso”, para etiquetar, empacar o ensamblar productos, según las indicaciones de la *jefe de grupo*, también nombrada *capataza*, *mayordoma* o *lead (lid)*.

Seleccionadas por su dedicación, antigüedad o inteligencia, las jefas de grupo, depositarias de las presiones de la demanda mercantil, figuran por su capacidad de exigir y lograr la producción diaria. Como lo comprueba la experiencia *in situ*, bajo la supervisión de tareas conjuntas, es mejor no fallar, pues, cada error es observado por todos los ojos para reasignarse: al *lead*, línea, y apellido específico, en “un control vertical desde la gerencia” (Salzinger). Esto explica, sin justificar, por qué ser jefe de grupo genera actitudes de diferenciación (por ejemplo, sentarse a la mesa, solo entre supervisoras), pues, en un ambiente multicultural donde las líneas de producción se caracterizan por la asiduidad latina, el estatus se diluye en el fenotipo, el idioma, el género y hasta en las viandas. Lejos de eso, el doblez actitudinal cumple una función: convoca al trabajo en línea y en español echando mano de significados e identidades, “mediante un control sobreentendido, silente y enfocado hacia la habilidad femenina de crear relaciones de escrutinio” (1998:16). Si la latina reconoce las jerarquías porque ha vivido en ellas, por ser mujer, la supervisora posee un código íntimo que, externado a las operadoras, es manipulable: *A mí me parece que*

¹⁰¹ Sobre la organización empresarial, Salzinger (1998) detecta una diferencia de salarios cuando esta se asigna a trabajadores hispanohablantes. En el caso que nos ocupa, las actividades gerenciales se distribuyen espacialmente. Durante la fase de campo, en *piso* es menos frecuente observar anglosajones y, por oposición, es difícil encontrar personal latino laborando en el área de oficinas.

el espacio de trabajo de cada una revela al grupo, así que, ¡al igual que el baño que usamos!... ¡debe permanecer bien limpiecito! ... Ya de por sí se piensa que las mujeres somos cochinas, que no lo diga también el patrón (Adriana).

Conforme a la práctica, la asignación de autoridad no solo asume la exigencia sino deriva en actitudes que llegan a dificultar el ambiente laboral. Irene, habilidosa en un oficio bajo supervisión constante, agudamente analiza cómo la jerarquía de su *lead* es mental: *Ella experimenta las mieles del mando, aunque no sea real. De arriba hacia abajo, la política consiste en convencerte de que vas escalando. Yo creo que ella se lo creyó, es muy apurona, aunque trabajemos paradas todo el día.*

La advertencia de Inés resulta certera en tanto, distinguidas por la empresa, las jefas igual conocen si la *birria* del almuerzo llevaba los dos tipos de chilito, que comprenden el código cultural convencional de la trabajadora: temporal, intercambiable, migrante y que habla español.

En el feudo de red laboral el filtro se padece de paisano a paisano

Fuera de la red lo que queda es la itinerancia

Como elemento de la globalidad, la red es la unidad fundamental de operación (Castells, 2001: 194), y así parece funcionar en el caso de las agencias de empleo, boyantes durante el largo periodo de restricciones migratorias.

Al abrogarse el manejo administrativo a cambio de la subcontratación del trabajador, la agencia libera a la empresa de los trámites de contrato, enlazando la oferta laboral entre trabajadores y compañías. Pero, si poder trabajar en una factoría obliga a pasar a la agencia, colocarse como *operadora*, nombre que se le da a la obrera *asociada* (*partner*) es cuestión de permisos y también de redes. El acceso a la ubicación de los parques industriales, en cuyo entorno se sitúan las unidades en cuestión, el llenado de formularios y solicitudes en inglés (*applications*), la forma de estructurar el currículum o las referencias, y hasta el modo de presentar los permisos de trabajo se facilitan mediante los contactos. La lista es larga. Gracias al esposo de su prima, Malena fue llevada a que llenara una aplicación. A Marta la contactó su tía, en

tanto que María llevó a Jesús, compañero de trabajo, y le ayudó a llenar formatos en inglés que de otra forma no habría podido interpretar. Al asumir el control del personal de nuevo ingreso,¹⁰² ocasionalmente favorecido por las buenas relaciones con empleadas de ascendencia latina, la agencia se permite prácticas que devienen en un monopolio. Rosalba, trabajadora eficiente, no sabía por qué a pesar de *aplicar* en una u otra agencia, al paso de los meses nunca fue llamada. Después de haber recorrido todas, se dirigió a la fábrica a pedir trabajo, cara a cara, a un *mánager* conocido. A la mañana siguiente, la agencia llamó para pedir que se presentara a laborar.

Habida cuenta de que la demanda rebasa la oferta, lo que da lugar a la exclusividad y a la exclusión, encontrar un trabajo dentro de la red es una oportunidad y, fuera de ella, es más que solo cuestión de suerte. Implica sobrellevar un ambiente laboral que depende de un sistema de tolerancias de las que difícilmente se habla. La especulación de posiciones laborales libera las más ingratas a quien no goza de contactos o documentos. María, hermana de Rosalba, observa que su patrón fungía como tal por obra de favoritismos: *Trabajé en una fábrica donde hacen cintas para casetes, se me hizo pesado. Eran como doce horas de trabajo sin moverte, entre puros latinos, muchas mujeres. El encargado era un déspota. No tenía mucho conocimiento, no sé ni por qué le dieron ese cargo... tal vez lo que tenía era antigüedad, pero no lo veía capaz de mandar... uno se da cuenta... era un latino.*

¹⁰² Las agencias de empleo constituyen un escalón burocrático que organiza el currículum del trabajador al verificar sus permisos laborales, hacerle exámenes de habilidad y asignarle una calificación que permita ubicarlo conforme a la demanda empresarial de cuadros. Además de tramitar las nóminas, las agencias se encargan de asignar un salario a las operadoras, que será liquidado por las compañías en las que ellas van a laborar, pero el salario que efectivamente reciben es menor al desembolsado por las compañías, diferencia que constituye la ganancia de la agencia. Que el personal que envían no sea formalmente contratado, permite toda clase de reacomodos tanto para los centros de trabajo como para las agencias. De hecho, rotar el personal es parte de un funcionamiento que también incluye periodos laborales que pueden llegar a ser mucho menores de seis meses, no deben exceder este lapso, lo que además de garantizarle mano de obra a la agencia, libera a las compañías de tener que contratar a estos trabajadores (*permanent workers*).

Pese a que en un escenario de escasez, las trabajadoras agradecen las oportunidades de trabajo mediante la disposición a sobrellevar las condiciones que les sean dadas; el ambiente, tarde o temprano, se ve sobrecargado por el acoso. Francisca recuerda haber dejado uno de sus trabajos porque se cansó del maltrato recibido por ser mexicana: *No fue fácil encontrar trabajo, así que ahora había que tener mucha paciencia. ... porque “la capataz” era chicana. ¡Hacia lo que quería!... los patrones sajones, casi nunca estaban.*

Otro aspecto usual en este contexto es que la red actúe bajo un mecanismo aquí denominado *feudo de red laboral* que, a manera de filtro, acapara las posiciones vacantes, bajo la circunstancia de que gozan aquellos trabajadores que ya han sido contratados en la empresa (*permanent workers*), para distribuir las entre familiares y amistades, y ejercer desde el privilegio el monopolio de oportunidades, revitalizado por la información privilegiada, desde el sistema de red: *redes entre empresas, redes dentro de las empresas, redes personales* (Francisca). Estos *feudos*, encabezados por trabajadores estratégicamente posicionados en el momento de la demanda de nuevos cuadros, controlan la información sobre las necesidades de personal y restringen el acceso para destinarlo a una misma familia, compadres, amigos o miembros del pueblo. Lo que parece un acto de solidaridad encubre este tipo de prácticas. Así lo registra la estancia de campo en Kansas City, donde Jacinto, uno de los compañeros de las cuadrillas de trabajadores jardineros comenta: *En esta compañía todos venimos de un mismo pueblo en Veracruz. ¡Al jefe de grupo le dicen el jarocho!* En la situación inversa, Martín, otro trabajador, reconoce: *Lo que pasa es que el jefe de grupo era chicano, tenía mucha familia trabajando en la compañía y prefería seguirles dando trabajo a sus demás familiares, por eso descansaban a tanta gente...*

A partir de que el *feudo de red laboral* compite con la agencia de empleo, el personal que ingresa por parte de esta, de haber entrado conforme a las reglas, se ve sometido al vaivén de poderes, teniendo que responder con una actitud de sumisión proclive al servilismo que persigue la aceptación.¹⁰³ De no ser así, debe sortear un clima de hostilidades. El feudo, la agencia o la flexibilidad, agilizarán su salida:

¹⁰³ Agencias, privilegios y tercer turno. Conseguir un empleo pasa por un pro-

...el pago de no llevarles la corriente durante el trabajo es la vigilancia, las enemistades, la burla porque no hablas inglés como ellos, la traición, los despidos injustificados, el despotismo o la violencia psicológica (Irene).

Esta mecánica llega a circular entre capataces y trabajadores o entre capataces y agencias,¹⁰⁴ y se acentúa más a nivel de piso. Para poder adaptarse a su segundo empleo, Francisca optó por llevar cervezas al trabajo: ...la manejadora metía a su familia y a sus amistades. Le gustaba

ceso cada vez más selectivo, así que las operadoras intentan acoplarse a lo que les sea ofrecido; sin embargo, entre ellas se sabe que las aplicantes enviadas por la agencia a cubrir el tercer turno, con frecuencia mujeres mayores o madres recién paridas, tendrán por tarea el empaque de periódicos, discos, botellas y artículos ligeros, en compañías donde se labora de pie, en ambientes fríos o sucios, realizando prácticas monótonas, por ejemplo, de las 10:00 de la noche a 6:00 de la mañana y que, en circunstancias donde la demanda de trabajo se realiza sujeta a los pedidos, esta puede concluir de madrugada, sin servicio de transporte (sin consideración alguna para una población femenina que pocas veces dispone de medios propios) y sin cubrir ocho horas de trabajo. Con su bebé pequeño, María conoció el ambiente del tercer turno, del que relata: ...tenías que aguantarte si se acababa la producción, porque te mandaban a tu casa a la hora que fuera, aun en mitad de la noche...tenías que revisar tu cheque porque a veces no llegaba completo. Ahí había una lesbiana que era la capataza. Se juntaba con una que era su favorita, creo que era de Guanajuato. Las dos se dedicaban a vigilar, trataban de hacer sentir mal a las trabajadoras. Eran muy vulgares... ¡muy groseras para llamarte la atención! Había trabajadoras que les seguían el juego, yo creo que por quedar bien. Otras preferíamos ni verlas. En cada línea había unas dos o tres que, como a mí, también se les escurría la leche en la blusa, tenían sus bebitos, preferían atenderlos de día y trabajar de noche.

¹⁰⁴ Los trabajadores que llegaron en décadas anteriores han podido establecerse contratados como mánagers, capataces o trabajadores de base en líneas de producción. Esta investigación recuperó testimonios y observó situaciones en que las posiciones vacantes fueron formalmente cubiertas por la agencia de empleo, e incluso se detectaron casos en los que trabajadores permanentes y bien relacionados con el área gerencial manipularon la comunicación con estas oficinas, a fin de convocar selectivamente al personal. Otra modalidad tuvo que ver con *correr la voz* entre familiares y amigos para que solicitaran trabajo en determinada agencia en un tiempo dado o, que, recomendados, directamente se presentaran en las compañías. Asimismo, el ejercicio del poder se da cotidianamente en la rutina laboral. Funciona con base en el escrutinio de la receptividad o el rechazo de quien recién arribe.

mucho echarse sus cervezas y pues a quien se las llevara, le garantizaba la semana de trabajo.

El racismo de los pequeños blancos revivido: chicanos y mexicanos

Aunque observar la relación intergeneracional en la población de ascendencia latina radicada en Estados Unidos es un tema amplio, cabe observar que, desde la perspectiva social, por parte de las informantes surge el señalamiento de la inadecuada relación entre capataces de origen mexicano y de trabajadores eventuales. Helen Mouje, asistente del Centro Comunitario de Santa Clarita, observa que entre la minoría latina existe una proclividad a competir: *En las fábricas a veces se busca que los jefes, que son los que están a cargo de las bandas y de los grupos de obreros y que, como ellos, hablan español y tienen origen latino, hagan la vida imposible a sus trabajadores. Ellos y no otros, saben cómo hablarles, cómo humillarlos y tienen poder para perjudicarlos.*

En tanto que Francisca ha tenido experiencias memorablemente ingratas con jefes de ascendencia mexicana: *...lo que no me gustaba era que la manejadora era pocha, y nos trataba muy mal, se llamaba Etelvina. Nos decía pinches mexicanos, pinches indocumentados, espaldas mojadas, váyanse a la chingada. Cuando llegábamos nos decía: ¿Ya mojados, ya llegaron a esperar que los meta al trabajo? Y pues... ¡en ese tiempo estábamos muy necesitados!, ¡nunca se me olvida ni su cara ni sus palabras!... A mí la persona que me maltrata no se me olvida.*

En las fábricas, quien tiene más antigüedad, domina mejor el ambiente que quien recién llega (y cada día llega alguien). Sobre esta alineación, siempre hay alguien arriba, hasta llegar al capataz o máanager. Entre las operadoras, la competencia se sobreentiende, es callada, sumisa y observadora, y como se promueve la disposición a *granjearse* la estabilidad, el grupo fabril funciona sobre al lenguaje de las miradas (escrutinio), y sus minucias llegan a derivar hasta el despido solapado, a veces solo por seguir el juego del líder.¹⁰⁵ En tanto que Rosalba lo observa con ironía, María, su hermana terminó por ser despedida:

¹⁰⁵ A lo largo de la estancia en una fábrica ensambladora de artículos electrónicos fue posible detectar métodos correctivos, no tipificados en el reglamento y sin registro en los procedimientos usuales. Uno de estos implicó

*En el almuerzo, todas juntan sus comidas, las calientan en el mismo horno, acaparan las mesas... ¡como si también fueran a morirse juntas!*¹⁰⁶ *Me despidieron, no fue decisión de la capataza, sino de su amiga, una anciana*

poner a una de las trabajadoras a repetir un paso de la secuencia del trabajo de banda. Aun cuando ella sabía que se trataba de un paso erróneo, por el que previamente se le llamó la atención delante de las demás, la capataza la obligó a repetir el error por dos horas, al cabo de las cuales, en un intento de llamar la atención, le vociferó: *¡para que aprendas!*. Todo ello entre miradas de anuencia y actitudes de silencio del resto de las compañeras que, en tanto, escuchan a la *Banda el Recodo*.

¹⁰⁶ Al referirse a la transición del contexto patriarcal para el siglo XXI, Castells sostiene que “cuando los cambios son tan amplios como para reflejarse en las estadísticas, cabe asumir con certeza su profundidad y rapidez” (2001:6). Sin embargo, en determinados ambientes, tales cambios acusan un ritmo lento, por ejemplo, la frecuencia de conflictos: separaciones entre las parejas, violencia doméstica, historias de agresión intergenérica y una cotidianidad que reproduce pautas machistas, aunada a la dificultad de acceso a recursos materiales todavía se encuentran arraigadas en la comunidad latina. Según la investigación participante realizada, durante el inicio de turno en una compañía conocida, una noticia estremeció a todo el personal, y circularon de mano en mano y por medio del periódico local (que además de esta, publicó dos casos semejantes. En el área, el día anterior se registraron dos feminicidios y el asesinato de un esposo por su mujer). Uno de estos casos involucró directamente al personal de la compañía. Por celos, una de las jefas de grupo había sido victimada delante de su hija de nueve años, por su esposo, quien después de propinarle varios tiros, se suicidó, la noticia impactó al personal de piso. Por ser referido como un crimen, el personal administrativo no hizo la menor alusión a un feminicidio, menos aún se planteó política alguna, habida cuenta de las multicitadas referencias respecto de la violencia intrafamiliar como escenario cotidiano en la vida de las trabajadoras de la compañía. La víctima en cuestión, destacada jefa de grupo, hija de una de las trabajadoras, que también dejó su vida en esa empresa, no mereció ni la más mínima reflexión de índole genérica. La respuesta de la compañía fue que el día del sepelio se toleró la asistencia voluntaria al trabajo, pero el sábado siguiente, con el fin de recuperar los montos de producción, todo el personal fue obligado a laborar. Durante algunas semanas, un despliegue de voluntarias se desplazaba por las líneas pidiendo cooperación voluntaria para asistir a cuatro huérfanos, y en uno de los pasillos fue colocada una caja de madera para coleccionar donativos. Suplementariamente, en la cafetería fue colocada una foto de la fallecida, que duró allí lo que tardó un pequeño cirio en arder.

lambiscona. Cada día de la semana le llevaba de comer porque era la jefa. No le caí bien, yo creo que por joven. Después supe que fue de ella de quien salió el plan para correrme.

Además de que la agencia procura enviar a sus elementos por periodos que no abarquen más de seis meses, el ambiente de trabajo revela estrategias de control por las cuales las trabajadoras se ven orilladas a asumir determinados roles o ser despedidas.¹⁰⁷ No gozar de contrato, es paladear que cada día se acercan a los seis meses finitos a los que, para evitar el riesgo de contratación se restringe el pacto, que puede reducirse a menos si la demanda de pedidos disminuye. Lo usual es que el despido llegue por causas inverosímiles, lo cual crea una tensión cotidiana expresada en los comentarios del día entre trabajadoras que igual pueden durar una tarde que tres o seis meses, aunque conforme a lo explicitado, las primeras en irse son las personas de mayor edad, por lo que tienden a permanecer las trabajadoras más jóvenes o que sean ágiles o atentas:

...cada día, estábamos nada más esperando. La que fuera llamada por el manager, no regresaría al día siguiente; ... a mi amiga la despidieron porque hizo un comentario sobre el microondas, la jefe de grupo volteó y la hizo repetirlo, ¡al día siguiente ya no vino!; ...le dije a la lid que si podía poner a alguno de

¹⁰⁷ Durante la fase de campo en líneas de producción electrónica, se presentó la oportunidad de contratación permanente dirigida a las trabajadoras más destacadas. La sugerencia de selección correría de la *mayordoma* hacia el *manager*. Una de las candidatas, experimentada e inteligente, pero además muy atractiva, pasó un día de tensión por hacer notar su destreza. A mitad de la jornada, durante el almuerzo, la *mayordoma* le preguntó en voz alta y frente a todo el personal, si ya era una mujer abandonada con tres hijos, pues se había enterado de que el día anterior su esposo la había *botado*. Aparte de un quiebre emocional en su rostro, ese día la joven no sería contratada. Orillada a dejar la empresa, ella misma tuvo que desempeñarse en un tercer turno, en una fábrica de empaque de botellas de cloro, donde fue vista delgada hasta los huesos, pálida, con los ojos hundidos y parcial alopecia. Cambiar de trabajo es una salida, pues si un trabajador tiene una queja, tendrá que externarla en la agencia y no en la fábrica, pero como esta monopoliza la distribución laboral, se arriesga a quedar rezagada en un contexto en el que compite un sinnúmero de solicitudes.

los muchachos a cargar las cajas. A mis 66 años me resultaba pesado. Ni me contestó, pero yo supe que por eso me iba a despedir; ... Una de las nuevas dejó sus lentes de protección en la cafetería ¡pero si recién veníamos entrando del almuerzo! pues luego la vinieron a traer, no la volví a ver.

Aunque tenga la piel trigueña, no hablo ni entiendo español

Aseverar que la trabajadora o trabajador de origen latino, al negar su idioma reniega de sí es para un buen número de connacionales una conclusión axiomática derivada de experimentar las familias de inmigrantes de origen mexicano son, en gran medida, hispanohablantes, lo cual promueve el aprendizaje de la lengua castiza. Pese a ello, la actitud contraria tendiente a la autonegación del origen, a partir de negar la lengua materna, campea en algunos espacios de encuentro entre latinos: al encarar a agentes de migración de tez mestiza, notables por sus actitudes de desprecio hacia el migrante latinoamericano, como lo refieren los testimonios recogidos, al subir a los autobuses e interactuar con un conductor de rasgos indígenas que no capta o que no desea enterarse de las preguntas en español, si bien, en California esta situación ha disminuido notablemente, llega a suceder en los espacios laborales,¹⁰⁸ en donde si toda traba que algunas operadoras puedan oponer a las recién llegadas cobra importancia, indicativa de superioridad, la del idioma es crucial. Al igual que Inés, otras obreras han experimentado el desprecio por no ser bilingües, actitud que aun cuando pudiera provenir de quien sí habla correctamente el idioma inglés, también se deriva de quien apenas lo balbucea y solo hace

¹⁰⁸ Tras seis meses de estancia en una empresa, aquí se acota una observación que viene al caso. Todas mexicanas, las jefes de grupo operan bajo el mando de una *mánager* o *supervisora* de rasgos caucásicos. Se sabe que ella habla español, pero no lo acepta, que nació en Zacatecas, que tiene nombre castizo y que se tiñe el cabello de rubio. Además de que le caracterizaban actitudes marcadamente hostiles, evita compartir la mesa hasta con las jefes de grupo. Jamás se le vio brindar una sonrisa, y cuando alguien le habló en español, endureciendo aún más el rostro, le obligó a hablar en inglés o a guardar silencio. Ella tiene un colaborador, Nick, de tez blanca y similares actitudes, aunque a este eventualmente se le vio sonreír. Se apellida Martínez, y la gente sabe que se llama Nicandro.

alarde de este. Así parece funcionar, sobre todo entre latinos que han vivido un poco más de tiempo en Estados Unidos, que el inmigrante de recién arribo y, quienes parecen querer olvidar como llegaron, a base de mal ver a quien se los recuerde: *En las fábricas hay mucha gente que habla español, cuando aprenden inglés, entonces hablan solo inglés y se sienten arriba de ti. ¡Vaya!... Sienten que las ofendes cuando les hablas en español. ¡Te lo hacen sentir! Hacen como que no te escucharan, como si no existieras* (Inés).

Finalmente, respecto del entorno laboral de la inmigrante de recién arribo, hay que decir que, aunque la competencia es un fardo, no logra frenar su empeño que, determinada a ampliar sus métodos, con los años alcanza niveles muy calificados. Gracias a su dedicación en el aprendizaje, amplía el espacio de sus capacidades, al grado de moldear una percepción que asume que su mano de obra garantiza un trabajo de calidad. Esta percepción omite un rasgo encomiable, arduo y, para ella, insufrible: sobrellevar el hogar. Al amparo de la experiencia de las mujeres que han nutrido este trabajo, los siguientes testimonios individuales resultan genéricos:

...trabajaba de seis de la mañana a las dos de la tarde, tenía el horario perfecto para cuidar a mis hijos. No entendía bien inglés, no tenía licencia, pero llegar muy temprano a la oficina me permitía hacer el papeleo para bienes raíces. Me tocaba abrir las órdenes, el servicio a clientes, la descripción de la parcela. Éramos el jefe, la secretaria y yo, que tenía que buscar la información en muchos gabinetes. Agarraba mensajes por teléfono, guiándome con las palabras...a veces te delectaban mal...era de adivinarle (Isela).

Ya soy empleada permanente, es poco a poco, tuve que aprender todo el proceso. Me dedico al tejido de tapetes. Cuando no hay mucho trabajo en los textiles, me voy a la planta de abajo, mezclo e igualo los colores y pinto muebles finos. Trabajo sola... (Inés).

CAPÍTULO V

Construir el hogar ante el destierro es sostener la vida sobre la voluntad: *el rizoma*

Podríamos hablar de algunas orquídeas que, sin dejar de tener sus raíces directamente ancladas al suelo, utilizan como soporte a otra planta, para subir, para ascender, para buscar la luz que les permita sobrevivir. La vainilla normalmente se apoya en un árbol que se conoce como chalahuite. Desarrolla raíces secundarias con las que abraza al arbolito hasta llegar a producir sus flores y frutos, a una gran distancia de donde dejó sus nutrientes y raíces que, al menos en el caso de la variedad mexicana, sigue tomando del suelo. [Esta orquídea se compara con las emigrantes que no abandonan sus raíces] (Cuevas, 2013).

MIGRACIÓN POSMODERNA Y MERCANTILIZACIÓN DE TRÁNSITOS. LOS NUEVOS DESTIERROS

Inmigrantes para especular. Asumir el sistema de riesgo es transitar el vacío

En el siglo XXI la presencia que el pueblo mexicano ha conformado en Estados Unidos es muy relevante, al momento de la publicación del libro apunta a constituir la minoría de mayor número, por encima del grupo afrodescendiente, desde una cultura de emigración distinta de la establecida entre este país y la Europa emigrante, conformada por familias o individuos alemanes, rusos, italianos, etcétera, incorporados a la Unión Americana como mineros u obreros, pero recibidos como ciudadanos (Adams, 2005). A los mexicanos, en primera instancia, les fue asignada su condición como *trabajadores*, desde la frialdad de la relación laboral. De ahí que su diversificación de estrategias migratorias

constituiría una respuesta histórica signada por el trato económico y patronal, dinámica. Convertida en tendencia, esta dinámica hoy encara una nueva etapa económica mundial: la desaparición de trabajo.¹⁰⁹

Como secuela neoliberal, la emigración económica se amplía en un proceso que Estados Unidos previene mediante el control fronterizo. Pero los límites de la empresa global, expandibles por su propia naturaleza, trasminan lo geopolítico (Ianni, 2006: 15). Extendidos a tráfico ilícitos y *capitales grises*,¹¹⁰ incluyen el redituable negocio del tráfico humano, al absorber la histórica movilidad intrafronteriza de México a Estados Unidos. En tanto que “la funcionalidad mercantil avasalla las formas sociales creando el escenario de las decisiones indi-

¹⁰⁹ Beck subraya la importante relación entre movimiento migratorio mundial y globalización, que repercute con base en la rentabilidad y la competitividad (2008: 69). Después del sudeste asiático, México funge como proveedor de trabajadores, junto con China y Europa oriental. La migración mundial global de índole económica responde a la circulación estratégica de reservas de mano de obra barata, orilladas por la descomposición de economías (sujetas a un mercado de exportación libre). (Chossudovsky, 2003: 83, 88).

¹¹⁰ Entre marzo y abril del 2011, se publicaron los resultados de una investigación efectuada por la agencia antidrogas DEA, los cuales revelaron que la economía criminal se conecta al mercado formal mediante operaciones bancarias que hacen circular capitales que se blanquean en distintos puntos del planeta. Dependiente del West Fargo Bank, el Wachovia resulta involucrado en el lavado de cientos de millones de dólares provenientes del cártel de Sinaloa (*Proceso*, mayo de 2011). Bajo la consigna liberal del *laissez-faire*, *laissez-passer*, la economía criminal atraviesa toda frontera sobre la lógica de mercado: la libre competencia, los monopolios, la flexibilidad, la solvencia y la circulación de capital. Sus giros abarcan la distribución y venta de drogas, armas y el mercado humano –pornografía, prostitución, trata de blancas y tráfico de indocumentados hacia Estados Unidos– altamente ganancioso no solo para tal economía, sino para el comercio legal, turístico y bancario. Por su diversidad de rutas, utiliza líneas aéreas, de autobuses, hoteles, telefonía, servicios marítimos, casas de seguridad y otros insumos, con lo que revitalizan las economías locales. Pueblos como Sásabe (entrada al desierto a donde no viajan turistas sino migrantes desesperados que pretenden colocarse en horarios y lugares estratégicos en su ruta a Estados Unidos), han visto surgir hoteles, fondas y tiendas, en una sistematicidad donde la economía regulada y criminal se enlazan.

viduales” (Bauman, 2008: 45), la inmigración ilegal será castigada en doble vertiente: por alterar el control de espacios estadounidenses y por confluir bajo la estafeta de organizaciones criminales agresivamente empresariales: “la economía del crimen es global” (Castells, 2001). Si algo caracteriza al nuevo siglo, es la propensión al aislamiento, y marca como una de sus improntas la indiferencia respecto del dolor humano. Los avatares de la inmigración clandestina titilan en red sus escenarios, transitan en silencio.

Por trabajo, pero sin documentos. Un proceso contemporáneo de *bastardía social*

Cuando entre para llevarle comida, a esa pobre gente, no puedo expresar lo que sentí. Olía a todo en ese cuarto. Solo se me llenaron los ojos de lágrimas...

Elena (secuestrada por narcotraficantes, para servirles como cocinera)

Es la progresión de la globalidad capitalista la que produce al emigrante económico mundializado, y encubre en su individuación el costo social de la acumulación de riquezas. Colocar la necesidad de empleo donde sea que lo halla, como un problema privado, es estratégico, persuade al sujeto a conquistar y a costear su desplazamiento y retroalimenta la operación de las redes mercantiles. ¿A qué obliga emigrar por trabajo? En principio, al tránsito hacia una realidad que bien puede estar al otro lado del océano, solo realizable bajo la égida de una *circulación mercantilizada* del propio cuerpo, del cuerpo despersonalizado, donde el propio sujeto persigue su *distribución* instrumental.¹¹¹ En este trance, cada emigrante es orillado a facturar un proceso de sacrificio

¹¹¹ Referido por Marcuse, el término instrumentalizar alude al “tratamiento técnico” de sí mismo o desde fuera: “Cuando los individuos se identifican a sí mismos con la existencia que les es impuesta...la realidad constituye una etapa más avanzada de la alienación”. (1968: 33, 173). ¿Cuál es su relación con el proceso migratorio? En la expectativa de poderse instrumentalizar (mercancía/fuerza de trabajo), el emigrante se compromete a cumplir las disposiciones que demanda la flexibilidad laboral itinerante. No hay opción, la meta del trabajo es una urgencia y, en términos dinámicos, agrega energía al sistema de una economía fluida, que ha desbocado la complejidad, de suyo espuria, del *oikos* (casa) económico. Cabe destacar que, al prescindir de la

inmerso en el riesgo, en un contexto de desamparo, deshumanización a incivildad, donde la tierra yerma del desierto es solo un espejo.¹¹²

La condición *transterritorializada*, logro inconcluso que precisa un *nomos* y un *ethos*

...mi padre, mi tío y el señor que ahora es mi suegro se vinieron a trabajar de braceros, pero sin papeles nadie les daba trabajo. No se podían regresar. Sin dinero para el pasaje, el tren no los quiso levantar. Se regresaron a pie a México... duraron siete meses caminando, se estaban muriendo de hambre. ¡Hasta los frijoles que se caían en los puestos de las plazas los levantaban y se los comían! Un día mi padre pidió un caldo y se desmayó cuando empezó a comer. Mi tío se estaba volviendo loco. Corría y gritaba cuando veía un cerro, pensando que ya era el cerro de nuestro rancho... Así me platicaba mi padre.

Malena

Como *transterritorialización*, el arribo inmigrante activa otros procesos. El primero o más volitivo persigue encontrar trabajo al recapitular sobre sus representaciones históricas. El mexicano ha justificado su presencia conforme a ser necesario, por lo tanto, surge personificándolo al *hacedor* del trabajo, de *ciertos* trabajos. Según las circunstancias, traspasa unas reglas para portar otras. La tragedia consiste en que la posmodernidad cancela el trabajo: en los centros globales de la Norte-

territorialidad el itinerante abandona su enraizamiento y su condición social, personalizando un proceso externo que le domina. Bajo la consigna de la libertad de empresa, “libertad para trabajar o para morir de hambre” (1964: 25), el *oikos* global propicia que la oferta de trabajo se concentre quebrando sus propias estructuras. Obligado a probarse a sí mismo en el mercado, el sujeto económico libre abandona también su investidura cívica. El trayecto internacional coloca al sujeto en la banda de la circulación hasta degradar su estatus humano sin responder por ello. Asaltos, abusos, secuestro o extorsión son simple y llanamente riesgos para la mercancía. Literalmente, la disposición del proceso se evidencia como pérdida intencional de identidad —quemarse las yemas de los dedos, negar el nombre, aparecer clandestinamente, inventarse un apodo—. La pérdida del origen constituye a la *bastardía*.

¹¹² Aquí la palabra *riesgo* es categórica como atributo de la modernidad globalizada. Una multiplicidad de fenómenos en interacción hacen depender las decisiones individuales sobre el riesgo o “auto atribución de los daños” (Beriain, 2007).

américa contemporánea se castiga la contratación de indocumentados. Esta dicotomía provoca una reelaboración del estigma que, en relación con el trabajo, se cierne sobre el emigrante de origen latino. Su presencia, sobre todo si es recién llegado, se elabora bajo acepciones sin fama (*infames*):¹¹³ *wetback*, *inmigrante indocumentado*, *transgresor*, *frijolero* o *terrorista*. Por otro lado, aun gozando de la *familiaridad* de las redes, quien inmigra debe transitar etapas. La primera, derivada de traspasar la frontera, se desenvuelve afectada por el contacto con la tierra ajena (intromisión que se castiga con cárcel y constituye al infractor), como una transformación de estatus: ilegalidad *de facto* y anonimato circunstancial. La falta de identidad cívica involucra falta de documentos “buenos” o verídicos y esta ausencia es en sí misma una denuncia de la no-pertenencia. A partir de desvirtuar al origen mismo, esta *bastardía* social (ilegítima, sin *nomos*), afecta a la autopercepción y, de manera inevitable, a la disposición psicológica.¹¹⁴ El *ethos* originario se afecta en el destierro –el origen está en la territorialidad– y este *ethos*

¹¹³ Goffman sostiene que el estigma “designa al mal en sí mismo” portado por una persona o un grupo, agrega que se trata de una imputación social, *virtual* (irreal) entre atributo y estereotipo y que su finalidad inherente es el control social. Cita el caso de los inmigrantes, sobre quienes se ejercita para erradicar su competencia (2008: 13, 16, 84). Para Bordieu, el papel del estigma alude al tratamiento estratégico que los sistemas de la dominación simbólica aplican a los dominados para invisibilizar su presencia pública (2010: 143). Así, la estigmatización determina un escenario hostil, recurrente en las relaciones interétnicas derivadas de la inmigración clandestina de ciudadanos pobres a países ricos, como sucede a los europeos servidos por migrantes africanos, o entre inmigrantes pobres que viven en Estados Unidos. Apodosos despectivos tales como *mexican grease*, e incluso *alien*, ejemplifican denominaciones que verbalizan su distribución y carga ideológica, y surge con virulencia durante las crisis económicas que exacerban la competencia por trabajo.

¹¹⁴ Goffman destaca la importancia del documento de identidad como símbolo que estructura al individuo. Alterar esta relación implica una fractura con su mundo anterior. En sentido similar, negar, cambiar u ocultar el nombre (un recurso bien conocido entre los inmigrantes) es un encubrimiento y, por lo tanto, ... *plantea siempre el problema del estado psíquico del que se encubre. En primer lugar, supone que al llevar una vida que se puede derrumbar en cualquier momento, debe pagar necesariamente un precio psicológico elevado: un enorme nivel de ansiedad.* (2008: 80, 113).

(*moros, morada, moral, costumbre*), al perder sus dimensiones, genera su carencia fundamental. La vida como *incertidumbre* deberá procesar su adaptación en cada instante. Angustiada y sin asidero. Por tal motivo, el arribo en cuestión simboliza una consumación parcial de la *in-migración desmembrada*, y deja inconcluso el *por-venir* abierto, en riesgo (simbolizado por el fantasma de la migra, de la redada). Para sobrevivir, el inmigrante precisa *arraigar* un *nomos*: *nombre, razón –origen–* y un *ethos*: *moros, morada, moral, costumbre*. A reelaborar en un territorio prohibitivo, que no es el suyo *propio*, del que desconoce lo que es práctico (geografía, horarios), y lo que es forma (lengua, leyes). Es decir, el recién llegado no solo se reconoce, será percibido como ajeno en un país que, familiarizado con inmigrantes, maneja su propia representación de ajenidad: el otro o *alien*.¹¹⁵ El inmigrante es *el otro* en un país extraño, que debe reanimarse, buscar un *modus vivendi* y resolver su estancia inmediata mediante un trabajo.

Un existir que carece de sostén. La vida invertebrada

La condición de *transterritorialidad* exige un esfuerzo enorme. El *quid* del proceso estriba en colocarse, en hallar un empleo, circunstancia que, de lograrse, añade solo una parte a las implicaciones del traslado de vida, y que, sin embargo, aportan un orden y equilibrio básicos: yo inmigrante me traslado a vivir cerca del trabajo, entonces puedo costear mi subsistencia, ahorrar para enviar dinero, distribuir mi tiem-

¹¹⁵ Alien: término que en inglés coloquial designa al *extraterrestre*, jurídicamente refiere al extranjero o no ciudadano. *Extranjero, forastero, extraño* (Gold, 2002: 306). Sabido analiza la *extrañidad* como un proceso actitudinal que, sin ser reciente, se acentúa en la era individualizante. De naturaleza xenofóbica, la *extrañidad interanea* confina hacia lo que es no entrañable o no tiene que ver con las entrañas “¿qué es la náusea?”, “lo no familiar que sensible (la entraña), lo que deviene activante”, “no hay extraños para sí, sino extraños para alguien”. Sobre el forastero, la autora subraya su circunstancia de “no arraigado a la pertenencia”, “el lejano que esta próximo” porque, “...se niega a permanecer confinado en tierras lejanas o a abandonar las nuestras, de ahí que desafía, *a priori*, la simple estrategia espacial y temporal” (2009: 25-57).

po, ocupar mi vivir inmediato en algo, todo ello para dar sentido a mi vida. En el escenario contemporáneo y ante un sistema de escasas posiciones, acaparado por generaciones anteriores de emigrantes hoy mejor colocados, el empleo se convierte en un privilegio flexibilizado: salarios bajos, nulas garantías, deficientes condiciones. Además, tanto quien tiene trabajo, como quien lo persigue, precisan disponer de espacios para resolver sus necesidades vitales que,¹¹⁶ de ser proveídos por la red social, solo pueden sostenerse transitoriamente. Si en las circunstancias del que viaja por placer, estos bienes podrían ser abastecidos por fondas, hoteles, posadas, aquí la historia es otra. Ya sea la falta de contactos y, sobre todo, la de recursos constituyen verdaderos retos. Mujeres y hombres que arriban sin contactos optan por vivir “encerradas” las unas, o “amontonados en un cuarto”, los otros,¹¹⁷ lo que evidencia por qué el desempleo converge a estadios caóticos de marginalidad, angustia, indefinición y en última instancia, de locura, lenguaje urbano, conocido pero agravado en el destierro. Un hombre conocido como El Tigre, quizá tenga menos años de los que aparenta, los trabajadores que frecuentan la esquina siempre lo saludan. Descuidado, parece pernoctar al lado de la tienda AMPM en Oxnard. Alguno de sus conocidos, quien dice tener año y medio de verlo rondar, refiere que este hombre es de Michoacán, sin parientes en California, que, según la suerte, días trabaja, días no. Enviando lo que puede a su familia y que en tanto sobrevive en calles y parques.

Teresa es originaria de Veracruz, soltera, recién llegada y sin contactos. Trabajó encerrada 60 días y piensa demandar a su patrona,

¹¹⁶ Necesidades que perfilan el *segundo aspecto de la vida material*, incluidas las actividades relacionadas con los *espacios* del bien-estar humano desde los cuales cada individuo puede proyectar su horizonte vital: disposición de intimidad, techo y sustento, observados como plausibles, como horizonte amparado por la disposición espacial, afectiva, humana, con dignidad y, en comunidad.

¹¹⁷ La renta de un lugar donde vivir ejemplifica el nodo más importante de los servicios, pero en un periodo de desempleo, ante el hacinamiento, estos se saturan. La incapacidad de pagar un alquiler se multiplica y da lugar a la aglomeración u obliga a prescindir de un dormitorio, para quedar a merced de la intemperie y de la indiferencia social.

quien no le ha pagado. Fue despedida y lleva dos noches durmiendo escondida bajo el alerón de una escuela, cerca de la playa de Redondo Beach.

En 2011, la comunidad mexicana fue el grupo de latinos más numeroso. La oficina del censo informó sobre la existencia de casi 50 millones de latinos; 29.3 millones de ellos nacidos en México o de ascendencia mexicana (Tellez, 2011), de los que muchos de ellos viven en forma indocumentada, sin derechos y expuestos al abuso laboral y al desempleo. De cierto, el sector industrial, agrícola y de servicios emplea mano de obra foránea y, en tal sentido, el hecho de que esta sea indocumentada activa el riesgo de sanciones a quienes la contratan, facilita la profusión de condiciones laborales caracterizadas por la desregulación y la flexibilidad, lo que, por otra parte, resulta imposible de negociar. Agravado por el excedente de mano de obra y las crisis nacionales cíclicas, el escenario es inquietante.¹¹⁸ El incremento de deportaciones y la diaria angustia, tanto para los recién llegados como para las familias establecidas sin papeles representan un permanente riesgo de perderlo todo. Sin una reforma migratoria, el universo del indocumentado al ser *quebradizo*, sobrevive de hora en hora la llegada de los hijos y el transcurrir de los años.¹¹⁹

¹¹⁸ Según *CBS News 60 Minutes*, el alto índice de desempleo en 2011 repercutió como pérdida de viviendas en Estados Unidos, donde más de 16 millones de menores de edad, provenientes de familias sin techo, se encontraron viviendo en la pobreza y, con ello, se registró el mayor desplome de la clase media del último medio siglo. A esta situación se agrega que, durante tales desplomes cíclicos, se exacerbaron las políticas antiinmigrantes, seguidas por deportaciones masivas. En este mismo año, el número de remitidos a México alcanzó en el mes de abril la cifra de un millón de mexicanos (*La Jornada*, 4 de abril del 2011).

¹¹⁹ Durante la fase de campo de este trabajo, se tuvo noticia de diversas violaciones a los derechos de los inmigrantes: redadas a edificios habitados por latinos, utilización de gas lacrimógeno para arrestarlos y repatriaciones que ocasionan rompimientos donde se va el padre o la madre y se quedan los hijos. (*El Universal*, 2011, *Notimex*, 2011, *Excélsior*, 2011).

EN TIERRA DESOLADA, LA VOLUNTAD COMO OPORTUNIDAD

Habida cuenta de que, para el indocumentado, el traslado intrafronterizo, con mínimas expectativas de retorno, es un *traslado de vida*, la necesidad de proyectarlo desde la integridad de la socialización plena, además de ineludible, comienza a partir de la proyección del *espacio vital*: “Comprendiendo este, la representación de la estructura social, el lugar que se ocupa en ella y, la relación de sentido y sensibilidad, inscrita en el cuerpo, “vehículo de ser en el mundo”. Así, el *espacio vital* se recrea, atendiendo todo un conjunto de disposiciones, aprendizajes y percepciones que moldean y promueven en los individuos un modo específico que transita del estar al *habitar*” (Merleau-Ponty, 1957, citado en Sabido 2009, 39).

Por eso, la actitud del inmigrante pasa de sortear la irregularidad hacia el aprovechamiento de toda posibilidad de aprovisionarse de espacios.¹²⁰ A la sazón de los *requerimientos fundamentales del bienestar humano*, la disponibilidad de empleo asienta una piedra angular, aunque esta solo le asiste parcialmente.¹²¹ Pero si la actividad económica no abarca las *disposiciones sociales* que quedan pendientes, la proyección de tal espacio las perfila porque persigue la socialización auxiliada en las similitudes, condiciones de posibilidad y relaciones, para retroalimentarse con el medio –muy por encima de la acepción mecánicamente simplista del traslado del emigrante como “circulación de mano de obra”–. Incluso desde lo individual, este proceso porta e importa la conciencia colectiva o *sociedad dentro de sí* (Durkheim, 2006: 16), latente en el aislamiento, pero que emerge representada ante la

¹²⁰ Los inmigrantes hacen del tiempo su coartada. Para soportar los periodos de desempleo, realizan toda suerte de oficios, llegado el caso, alternando intensas temporadas laborales: destajo, dos turnos, tiempo extra (*overtime*), tiempos parciales (*part-time*) y trabajos adicionales que consisten en el cuidado infantil, las mudanzas, la limpieza doméstica de fin de semana, la venta de objetos o la jardinería. Aunque tales condiciones merman los periodos de descanso, les permiten ahorrar.

¹²¹ De ahí la tan popular referencia a la *jaula de oro* a que conlleva un destierro que, de resolverse conforme al principio laboral, soluciona la parte directamente material de una vida transterrada característica por otro tipo de deficiencias: sociales, humanas, políticas.

oportunidad que brinda la relación social. Así, el intento de reestructurar el mundo por medio del espacio inmediato persuade y transforma gradualmente la *extrañidad*. A donde vaya quien inmigra, en tanto ser social, buscará vincularse al adaptar su identidad a los rituales de la vida social que encuentre, para desde allí derivar sus espacios (*morus*, morada, moral, costumbre). *Estar en relación* con personas o grupos mediante la iglesia, la escuela o el trabajo aproxima a modos de integración, cuyos alcances complementan o precarizan las expectativas de satisfacción vital, lo cual deviene en un sentimiento de aislamiento o de pertenencia. En resumen, en las posibilidades prácticas y simbólicas de este punto: la interrelación humana (como encuentro con *el otro* o con *lo otro*), el inmigrante porta un sistema cultural plausible de *abatir su extrañidad*,¹²² potencialmente dignificante.¹²³ ¿Cómo opera el encuentro?, a partir de la conciencia de sí mismo sobre el entorno. La respuesta es histórica y, respecto de la fase actual, resulta necesario reconocer un acontecimiento transformador del *espacio vital inmigrante*. En el arribo femenino y la carga de entropía conferida a la estructu-

¹²² Los condicionamientos asociados a una clase particular de modos de existencia producen *habitus*, sistemas de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y de representaciones, que pueden ser objetivamente adaptadas a su meta sin suponer el propósito consciente de ciertos fines ni el dominio expreso de las operaciones para alcanzarlos, objetivamente “reguladas” y “regulares” sin que para nada sean el producto de la obediencia a determinadas reglas y, por todo ello, colectivamente orquestadas sin que sean el producto de la acción organizadora de un director de orquesta (Bourdieu, 2009: 86).

¹²³ Como *principio de la dignidad humana* se entiende la exigencia kantiana: “Obra de manera de tratar a la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de otro, siempre como un fin y nunca como un medio” (*Grundlegung Zur Met. Der Sitten*, II, en Abbagnano, 1974: 329). Este imperativo propone al ser humano como fin en sí mismo, cuyo valor, superior a todo precio, no permite equivalencia alguna, en vez de un precio, el ser humano tiene una dignidad. La *actitud* del emigrante y su circunscripción a la esfera de la cultura intervienen y ayudan a construir el contexto de dignidad, restañando su condición humana, afectada por los procesos *mercantilizados* que erosionan su sentido de pertenencia y de libertad para vivir sin temor.

ración genérica que le acompaña, la mexicana cuidadora, constructora y artífice de lo vital, a la par de sus roles tradicionales, retomará en sus manos el proyecto del espacio vital como hogar, imbricado sobre un constructo cultural complejo y trascendente: el modelo familiar.

Mire señito, me dijo Don Ubaldo: Nosotros quisiéramos saber si nos haría el favor de rentarnos su garaje. No puedo rentar, no tiene servicio (baño) ¡Tendrían que bañarse nomás con agua fría, de veras no les puedo dar agua caliente! Ahí verán ustedes si nada más para dormir. Dijeron: Sí, está bien ansina. ¡Lo que no queremos es ir a dormir al campo o la barranca, a que nos pique un animal, o nos maten! Les presté el garaje y allí se iban bien temprano. Ellos compraban su arrocito, su acedito y allí lo dejaban. Y de allí se iban a trabajar. Pero yo me metía al garage y les agarraba arroz y lo cocinaba en la estufa y les hacía su cazuelota de arroz. Y ya cuando llegaban les decía: Aquí les tengo un galón bien frío de agua y aquí les hice estos frijolititos y este arrocito. Ellos pensaban: ¿Con qué le iremos a pagar? Venían bien cansados, ¡qué iban a andar guisando ¡Yo ya les había guisado! Ya luego me dijeron que si no tenía agua calientita, me daban el bote y yo se los llenaba, ya la mediaban, y se bañaban con agua tibia. ¡Porque se bañaban con agua fría en el invierno! ...Así viví en la Tijuanita. Allí donde está la casa amarilla, donde está el garaje. Allí hice todas esas cosas (Juana).

Construir un hogar

Uno de los recursos de interrelación social más completos al alcance del emigrante y, por las implicaciones de su inscripción en el medio, quizá el más ambicioso, es la conformación de un hogar. Como otras formas de unidad doméstica,¹²⁴ este recrea la *familiaridad*, proceso dependiente de la captación sensible y de su representación de realidad, favorecida por la satisfacción de necesidades de techo y alimen-

¹²⁴ La unidad doméstica se conforma por “un grupo de personas que viven bajo un mismo techo con fines de reproducción privada, sin estar necesariamente emparentados” (Zonabed, 1988; Lagarde, 1991), puede constituir relaciones como amistad, trabajo o servidumbre, pero sin incluir filialidad ni conyugalidad. (Rodríguez, 1994: 26). Es el caso de las casas de hombres solos o *conglomerados masculinos* (D’Aubeterre, 2005: 183) o, de grupos mixtos que comparten residencias cercanas a centros de trabajo.

tación.¹²⁵ Por sus connotaciones simbólicas, actuantes sobre el espacio físico, la subjetividad de sus miembros y la forma de relacionarse con el exterior, la construcción de un hogar trasciende a la unidad doméstica y la supera. Sugerir que tal arreglo opone al *exilio* valiosas herramientas implica un detallado análisis.¹²⁶

El hogar inmigrante: vital. El hogar familiar: reeditor de marcos patriarcales

Hacer un *hogar* es, en primer lugar, un *acto de voluntad* sustentado en un *orden sentimental*,¹²⁷ sistema que ejerce un poderoso dominio conformado de símbolos en respaldo de las prácticas encaminadas a conseguirlo. En su construcción, el inmigrante recrea sus valores más apreciados, incardinando a la presencia de los miembros del grupo el principio del cuidado recíproco (hogar por afinidad) y, cuando existe, la protección de un parentesco cuya reunificación de lazos de sangre *los coetáneos que se reconocen* (Sabido, 2009: 110), liga pasado y presente o, en un sentido práctico, orienta no solo la atención inmediata sino todo un contexto de cuidados que buscan garantizar el futuro de los involucrados y de los nuevos nacimientos (hogar familiar). El pro-

¹²⁵ El proceso de *familiaridad*, contrario al de *extrañeza*, es interpretativo, hace al mundo *accesible, confiable y disponible*, mediante el cuerpo y sus cinco sentidos, cuya asimilación de realidad opera cuando y donde esté, moldeado por afectos, emociones y sentimientos: “conocemos por el cuerpo y si bien el cuerpo no está en la sociedad, la sociedad está en él” (Sabido, 2009: 40). En su capacidad de proveer techo y sustento, el hogar no solo permite las satisfacciones elementales, sino que informa al cuerpo y su percepción subjetiva de una realidad saludable, valiosa en un destierro, no pocas veces caracterizado por el dolor, la falta de alimento, de descanso o de techo.

¹²⁶ Como se irá argumentando, el hogar enraíza la vida, desde una disposición que difiere de la *oquedad*, presente siempre inmediato, “sin raíces respecto del pasado y el futuro”, típico de la trashumancia (Carretero, 2009: 110).

¹²⁷ En tanto que Pareto sostiene que los sentimientos son el motor primario de los actos humanos (Aron, II, 1987: 119), Scheler abstrae el papel social del *sentir*, como un proceso cognitivo-evaluativo sustentado en valores. El *ordo amoris*, “manera especial de organización de actos de amor y de odio” que domina al corazón y se expresa en sus movimientos subjetivados (Scheler, en Sabido, 2009: 39).

yecto de hogar recrea la normativa cultural al reinscribir *valores*, e impulsar la calidad de vida, las relaciones afectivas y la permanencia.¹²⁸ Pero la voluntad de conformar un hogar encamina el *orden sentimental* sobre el orden social, lo reglamenta y reproduce lo instituido. ¿Qué persigue la noción idealizada del hogar inmigrante de ascendencia mexicana? En general, un proyecto “de origen cristiano que pretende un arreglo de la sexualidad de acuerdo con las leyes del matrimonio” (DÁubeterre, 2005: 190) y¹²⁹ que, complementado por el lado jurídico mediante el *contrato*, similarmente posibilita “...la vivienda independiente y el bienestar familiar de esposos e hijos, cifrado en la armonía conyugal.” (Mummert, 1991: 47). Establecido desde el catolicismo, este yugo familiar, heterosexual y patriarcal sustenta un principio y modelo del orden social como de orden moral, sobrellevado por *tres*: los cónyuges y Dios. También involucra un enlace histórico:¹³⁰ Iglesia, Estado y capital, organizando la conyugalidad sobre una división sexual del trabajo estereotípica que “se consolida en las sociedades occidentales hacia finales del siglo XIX, cuando la Iglesia, el Estado,

¹²⁸ El sentir está unido con un tipo de objetos, a saber, los valores. El sentir es así un acontecer con sentido. (Scheler, en Sabido, 2009: 38). Con base en el cuidado socializado y activante, ¿qué implica cuidar? Al aplicarse a la costumbre que habita como habitar, este rompe el destierro quebrando su monopolio.

¹²⁹ Matrimonio: unión de un hombre con una mujer, realizada por casamiento, [...] establece que cada cónyuge amplía obligaciones respecto del otro, que abarcan los aspectos económico, afectivo, erótico, jurídico, etcétera (Rodríguez, 1994: 27).

¹³⁰ Rodríguez señala que la disposición de la familia latinoamericana surge como una política de la contrarreforma ilustrando el concepto trinitario, la cual fue implementada por la Iglesia del siglo XVI, “para mostrar la imagen de la Virgen, el Santo Niño y San José, reflejo en la tierra de la Divina Trinidad” (1994: 35). Esta imagen familiar, icónica, sustenta una estructura simbólica moral, profamiliar y cosmológica “para justificar la monarquía de derecho divino, basada en la autoridad del padre, y para imponer una visión del mundo y del lugar que en el corresponde a la mujer” (Bordieu, 2010: 108). Al respecto, la Primera Carta a los Corintios de San Pablo reza: “la cabeza de todo varón es Cristo y la cabeza de toda mujer es el varón”, “la mujer debe llevar sobre la cabeza el signo de su dependencia; de lo contrario, ¿Qué pensarían los Ángeles?” (1995: I Corintios 11.3, 7, 9, 10). *Biblia Latinoamericana*, Editorial Verbo Divino, España.

el empresariado y las sociedades de beneficencia impulsan los modos de vida obreros, en torno a un modelo de vida familiar conforme a las normas procedentes de la clase burguesa, insistiendo especialmente en un reparto sexual de las tareas, además de una mayor atención a los hijos y al hogar doméstico” (Rodríguez, 1994: 33).

Por lo tanto, el hogar reproduce los *principios de dominación androcéntrica* a partir del matrimonio instituido e instituidor de la familia, Estado, Iglesia y escuela. (Bourdieu 2010:15). A partir de la inserción del hogar inmigrante en la ciudad global, se entrevé que la posmodernidad se apoya en reductos subyacentes de tradición. Estructurado en grupos integrados por afinidad y en torno al círculo familiar conyugal-nuclear o extenso. La familia inmigrante, sobre todo la de primera generación, persigue su subsistencia mediante una reconstitución tradicional supeditada en “creencias y prácticas culturales católicas” (Hondangneu-Sotelo, 1991: 4; Avila, 1997: 551) lo cual coincide con esa importante diferencia sociocultural de las minorías étnicas que podría ser la conservación de un patriarcado (Castells, II, 2001: 181). En el caso que nos ocupa, el grupo “guiado por identidades conyugales” de normativa judeocristiana (Mummert, 1991: 452), persiste imbricado a los vestigios de una tradición rural severa y conservadora, retroalimentada por generaciones de campesinos inmigrantes, “trayendo consigo su cultura” (Massey, 1991; Hondangneu-Sotelo, 1994; Durand, 2007). Por razones históricas, este tipo de hogar es el que moldea con predominio la específica *topología* del barrio latino.¹³¹

¹³¹ Bourdieu (1990) define el concepto de *topología* como un modo de acantonamiento, una posición o una clase precisa de posiciones, referida al mundo social en forma de espacio (de varias dimensiones), construido sobre la base de principios de diferenciación o distribución constituidos por el conjunto de las propiedades que actúan en el universo social en cuestión, es decir, las propiedades capaces de conferir a quien las posea con fuerza, poder en ese universo. En tal sentido, en el proceso histórico de la inmigración de mexicanos a Estados Unidos, tales propiedades y posiciones han sido originariamente conferidas desde el universo rural, marcando la dimensión relevante –que vincula lo social con lo espacial geográfico– (Newby, 1983: 21). El universo de fuerza y presencia de lo mexicano en Estados Unidos se asentó sobre la experiencia de habitar la nueva tierra, con los moldes antiguos, también in-

En tal sentido, sin la pretensión de generalizar en torno a una moral específica del hogar mexicano, aquí se resalta el predominio de una visión judeocristiana, semirrural,¹³² donde lo patriarcal, “basado en la preeminencia de hombres respecto de las mujeres, de adultos respecto de niños, y de la identificación de la moralidad con la fuerza, con la valentía y con el dominio del cuerpo” (Bordieu, 2010: 109) se inserta de facto en el contexto multicultural en aparente contradicción con otros ritmos derivados de discursos, como pueden ser las políticas de género localmente suscritas,¹³³ las cuales, o no abarcan, o no logran

fluida por la cultura agrícola de los pueblos de mexicanos anexados a este país y complementado por las migraciones. A fuerza de su persistencia y al sobreponerse al choque cultural, este proceso ha logrado asentar su impronta mediante representaciones vernáculas expresadas en su lenguaje, organización social, cosmovisión, sus valores, hábitos y costumbres, etcétera (Massey, 1991: 11), lo que permea la organización del barrio latino (representado en filmes como *Zoot Suit*, *Blood to Blood* o *La familia*), modelo *mexicano*, distintivo del interior de una Unión Americana multiculturalizada.

¹³² En tal sentido, resulta necesario aclarar que el hogar patriarcal y, por ende, *falonarcicista*, no es privativo de determinados grupos, sino que “predomina en occidente”. Aunque se pretende modificar con acciones políticas, es necesario considerar dos aspectos: que los cambios culturales son lentos y graduales y que la cultura patriarcal opera en función de una *cosmología sexualizada* (Bordieu, 2010: 18), por lo que al imbricarse esta en el inconsciente cultural, su desestructuración se complejiza. ¿Cómo funciona la cosmología sexual? De acuerdo con Bordieu, como una metáfora de origen arbitrario, que diferencia los sexos biológicos “de acuerdo con los principios de una visión mítica del mundo arraigada en la relación arbitraria de dominación de los hombres sobre las mujeres”, visión que hunde sus raíces en la topología sexual del cuerpo, y afecta la significación del universo de cosas y actividades, artificiosamente sexualizadas por esta, mediante un *programa de percepción* inconsciente e inscrito en el orden social, interpretativo de lo masculino y lo femenino como sistema de oposiciones homólogas, alto/bajo, arriba/abajo, delante/detrás, derecha/izquierda, recto/curvo, etcétera (Bordieu, 2010: 18, 20, 24).

¹³³ El objetivo de la no discriminación basada en el género es suscrito por Estados Unidos, quien firma la Convención *Belém Do Pará*. Cuyo Artículo 6º suscribe:

El derecho de la mujer a ser libre de toda forma de discriminación.

El derecho de la mujer a ser educada y libre de patrones estereotipados de

refuncionar el *modus vivendi* en esos barrios, como se reflejará en los testimonios.¹³⁴ Reflexionar sobre la aparente contrariedad entre el contexto desarrollado en las ciudades altamente tecnificadas, sus políticas de equidad intragenérica y la funcionalidad práctica de estos hogares, conlleva a observar una estructuración que surge relacionada con las esferas socioeconómicas para y en las que se desenvuelve.

Un hogar inmigrante como subsistema de subordinación social

Como se ha visto, la Iglesia, el Estado y el sistema económico se intercalan por tradición para reproducir los *principios de dominación androcéntrica*. En la ciudad global, el nexo no se rompe. Aun frente a sus políticas de acción afirmativa, formalmente abocadas a procurar la equidad social y de género, este solo se redistribuye en un mapa estratificado en grados y matices. El sistema global utiliza (contrata) al *subsistema de subordinación, informado*, genérico y flexible, al distribuir sus posiciones de salario básico entre la población de escasos recursos (inmigrantes recientes), alejados de la información y escolaridad, espacio que podría transformar su perspectiva (Bordieu, 2010: 108). Los cuadros que surten a este sistema emergen del barrio latino.

En el hogar mexicano e inmigrante, de acuerdo con la circunstancia migratoria, la dominación masculina readapta las condiciones de su ejercicio (*Cfr. Infra*). La desigualdad se promueve desde el arreglo básico: la familia como asociación principal en la reproducción de la dominación, filtro de las políticas del Estado, Iglesia, escuela, economía (Bordieu, 2010: 105, 109). ¿Cómo pensar lo instituido en una unidad-hogar transterritorializada? El *corte* de relaciones con las instituciones de origen, a partir del contacto con una sociedad desarrollada podría suponer la terminación de la desigualdad genérica. Pero no es así, y se puede observar que el cambio solo motiva un preámbulo

comportamiento y prácticas sociales y culturales basadas en conceptos de inferioridad o subordinación.

¹³⁴ Si en el siglo XXI se argumenta que tanto los procesos de transformación del trabajo, como la conciencia y la capacidad de movilización femenina, rebeldes a su condición subordinada, desafían a la familia patriarcal (Castells, 2001: 157), pero los testimonios refieren otra realidad sustentada sobre un ritmo de vida, condiciones laborales, carencias sistémicas, etcétera.

emancipatorio que termina por confluír sobre una dinámica tradicional que hace aún más complejas las responsabilidades femeninas. El modelo *familiar* se traslada sobre el desplazamiento, y se limita conforme a lo que desconoce del nuevo entorno y por la informalidad legal. Como estrategia de amparo ante el destierro, el modelo familiar se afirma sobre sí para reproducir sus esquemas de acción y pensamiento, esto es, reinsertando sus jerarquías sexuales. A este molde se añaden las estructuras circundantes con sus cargas de desigualdad, *transferibles* a los individuos en el proceso de interrelación, sobre todo laboral, que *funcionaliza* estereotipos (Cfr. *Supra*, capítulo IV).

Un rol económico en la ciudad global: el patriarcado útil

Castells señala que, entre las minorías étnicas de Estados Unidos, la conservación del patriarcado “podría ser una de las diferencias socio-culturales más importantes” (2001: 181), y así sitúa un punto de aproximación entre tales minorías: la desigualdad genérica. De ser cierto lo sugerido, si las minorías étnicas se diferencian por su patriarcado, inquirir por los grupos mayoritarios permite suponer, conforme a la lectura, que su condición social no observa la jerarquía sexual como rasgo sobresaliente. Aplicable a un universo socialmente estratificado habría que preguntarse si el sistema patriarcal juega un rol. Sin duda, las minorías en cuestión destacan por su papel histórico y económico. Al hacerse presentes para trabajar, renovadas por recientes oleadas, perciben salarios básicos inscritos en el sector de manufactura y servicios. Asimismo, desempeñan trabajos que, de forma explícita o no, incluyen labores que involucran el despliegue de los roles genéricos a que da lugar la división sexual patriarcal. Bajo esta mirada, la relación función socioeconómica-capacidad adquisitiva también revela el enlace práctico entre la flexibilidad laboral y el evidente predominio por la mano de obra femenina sumisa, entrenada en actividades tradicionales. Por tanto, el sistema patriarcal resulta útil a la ciudad global al garantizar los valores en que se sostienen determinados entrenamientos necesarios para el desarrollo de oficios vigentes que tienen demanda. En tales arreglos, aparentemente circunstancial, el binomio hogar/empleo que pende como responsabilidad de la mujer propicia su disposición a la flexibilidad laboral y permite la circulación de oficios. Aquellos soste-

nidos sobre una división sexual y arbitraria del trabajo, pese a su baja remuneración, constituyen la esperanza laboral de la inmigrante, toda vez que involucran la replicación de un sistema jerarquizado e injusto para ella. Así analizado, lo que Castells señala como un cariz sociocultural de las minorías revela un móvil de estratificación instrumental. El contexto de la ciudad global y sus transformaciones tecnológicas “factor de desafío al patriarcado” (Castells, 2001: 157) se benefician y recrean sobre la reproducción selectiva de este mismo patrón de dominio, en tanto que el escenario urbano confirma tal aserto. Por ejemplo, mientras que en un hogar de cuello blanco, la pareja se conforma por profesionales, probablemente caucásicos que sustentan puestos gerenciales, el mantenimiento de la casa que habitan se distribuirá entre el jardinero, hombre pobre e inmigrante, y la empleada doméstica, mujer en iguales condiciones. Casi fotográfica, esta probabilidad es global, sin ser novedosa. La inmigrante latina sustituye a la afroamericana desempeñando un oficio antes realizado por esta, que preserva tintes discriminatorios.¹³⁵ Y tal circunstancia desdice el discurso de una equidad universal de género suscrita por la sociedad estadounidense, por lo que el plan económico concentrador de privilegios es el beneficiario de tal *virtualización*, en tanto en la práctica, propicia márgenes diferenciales y particularizados de consumo e ingreso “una vez que los conceptos universales que militan contra la funcionalización son disueltos en referencias particulares, el caso se convierte en un accidente tratable y de fácil solución” (Marcuse, 1964: 131). Sustentado en las minorías útiles y pobres, el patriarcado *perdurable* resulta sistémicamente complementario, de manera tal que la presencia costumbrista y rural de las familias inmigrantes de ascendencia mexicana, recién llegadas, necesitadas de empleo, temerosas, desinformadas y aferradas al predominio androcéntrico, se insertan y dan juego al sistema:

¹³⁵ En la penúltima semana de mayo de 2011, un escándalo ocupó las primeras planas de los periódicos. La relación extramarital del ex gobernador del estado de California, Arnold Schwarzeneger, con su ama de llaves, de origen guatemalteco, con quien concibió un hijo ilegítimo, ya de trece años. El tratamiento de la noticia se hizo relevante, sobre todo, porque rompe los moldes de estatus en tal forma que el morbo exacerba el origen social de la centroamericana.

- a) Viabilizan el tipo de servicios que sus miembros, hombres y mujeres, como trabajadores, brindan a la economía del país de recepción.
- b) Refuncionalizan y flexibilizan la economía al sostener oficios bajamente remunerados, rudos y, por ello, mal aceptados, eventualmente a costa de la transferencia de sus identidades tradicionales a identidades demeritadas.
- c) Permiten la circularidad de oficios.

Un aspecto particular es que, al no perseguir la emancipación de la inmigrante, no en el grado en que la sociedad de inserción discursivamente demandaría, provee trabajadoras dóciles.

El patriarcado, portador de la opresión de género, se readapta a una ciudad global enganchado sobre una demanda de oficios que esta *expropia* y flexibiliza, y dinamiza el denostado círculo de la inmigración.

LOS PROCESOS DE EPÍFISIS Y RIZOMAS (RAIGAMBRE), METÁFORAS DEL HOGAR TRANSTERRADO

Hubo un día en que tuvimos que dejar el apartamento. Sin un solo dólar para la renta. Con todas nuestras cosas en la calle dije a mis hijos: –Vamos, hijitos, busquemos un hotel y pasemos la noche. ¡Fue muy triste! Ya fuera mi marido o yo, trabajando cada mañana íbamos pagando al día. Duramos como dos semanas. Pero fue esa noche que juré desde el fondo de mi alma que esto no volvería a suceder, nunca más, que un día tendríamos una casa... La estamos acabando de pagar.

Elba

Migrantes esenciales, un proyecto de hogar y reterritorialización de la vida

Bauman sostiene que “ante las circunstancias de la modernidad, la condición humana exige repensar los viejos conceptos” (2009: 14). En la soledad del destierro inmigrante, el modelo familiar tradicional, antiguo instituidor de valores, además de portar algunos, asienta la vida en un sentido tan excepcional que mueve a reconsideración. Las implicaciones de su *cimentación* caen por su peso.

Pasar de las barracas y *trailas* de hombres solos (braceros) en espera de concluir sus periodos laborales para retornar al país, al pueblo, y, más propiamente dicho, al hogar, es una circunstancia que permite calibrar la dimensión de los cambios recientes. Con la llegada de las mujeres al otro lado, el proyecto familiar y la construcción de hogar como unidad en sí, alcanzan al inmigrante porque emigran con ella.¹³⁶ Característico de un espacio de cuidados recíprocos, este proyecto trastoca el espacio que rodea la vida transterrada, y tiende a lo habitable en un sentido minucioso que adeuda a la voluntad femenina este florecer. Aquí se habla de la evolución de un dispositivo cultural experiencial y sobradamente conocido. Entrenada para forjar el vínculo mediado el género y, a la zaga del hábito, el proyecto o la reproducción del hogar hará despuntar en las féminas diversas nociones del espacio subjetivo hasta procurar el espacio multidimensional y habitable. A esto se agrega que reproducir el ambiente familiar es declarar la batalla al contexto vacilante del destierro: pone en marcha acciones que trazan el porvenir, empezando con la procuración de un hogar como casa, lo que, en forma tangible y materializada, moldea un arreglo que es providencial y que es político: “En lugar de proteger contra el frío o contra el calor, la casa revela la fuerza necesaria para soportarlos, y en lugar de aislar a cada quien de su vecino, ella enseña cómo tolerarlo o cómo compartir con él el sentimiento de pertenencia a una misma colectividad” (Pezeu-Masabau, 1988: 212).

¹³⁶ Carretero observa que el trabajo femenino replantea el orden de existencia desde la subjetividad. En la trashumancia el hogar o su posibilidad representó, y sigue representando, una alternativa y *un re-encuentro* que rompe la locura del destierro –pérdida del espacio y de tiempo–, donde “para muchos el tiempo se detiene en el momento en que salieron de su tierra, de su casa, de su morada.” (2009: 114). Al respecto, cabe observar que, con la inmigración de mujeres, indocumentadas o legales –periodo de amnistía Simpson-Rodino–, la permanencia observa un cambio transformador: “la mujer funda el territorio de la mujer, su territorio compite con la tierra que no posee” (Lagarde, 1991, citada por Rodríguez, 1994: 67, 29), al habitar con el trabajo, la tierra que la sostiene, mediados los roles, la crianza y el cuidado, arrancando cordura al destierro.

Llevado al contexto transnacional, el hogar/vivienda familiar merece el reconocimiento historizante, pues procura la vida inmediata, la humaniza en tanto rompe la dinámica *mercantilista* (Cfr. *Supra*, c III). Vale decir que le opone los *requerimientos humanos fundamentales* aquí suscritos como enmarcados en el contexto del bienestar humano fundamental y colectivo, por medio de la constitución de hogar, cual espacio propiciatorio del bienestar como un “estar bien”, gracias al cuidado y la satisfacción fisiológica, material y espiritual (afectiva, religiosa, intelectual) que este provee mediante relaciones de familiaridad, en condiciones de igualdad, semejanza y consanguinidad para propiciar un reencuentro y un autorreconocimiento de lo humano como tal. Por encima del destierro, los hogares en cuestión responden tanto como les es posible a necesidades que, de ser satisfechas, redundan como forma de autoconsciencia y dignidad. Con base en estrategias elementales, sus bondades amparan del estigma, el pesar o el aislamiento, en virtud de las relaciones y los bienes que procuran (el pan, el techo, el rincón de descanso, las disposiciones para el aseo).

A diferencia del maltrato *mercantilista*, el hogar revitaliza y provee al trabajador inmigrante, rebasando esta línea utilitaria, desde su acantonamiento cultural como intento holístico.¹³⁷ En la incorporación al nuevo orden social, aun en el contexto del aislamiento, el hogar resitúa a sus miembros como personas y reafirma su identidad a partir de reiterar creencias y prácticas: el idioma, la dieta, las fiestas familiares, etcétera, aportando las ventajas de un refugio (hogar/refugio). Se puede agregar que este modo de subsistencia ha probado sobrevivir a las rendiciones históricas, acreditado por el México profundo o mestizo, el emigrante nacional y el transterrado.¹³⁸ Cuando en el itinerante existe la voluntad

¹³⁷ *Hacer un hogar* es proyectar “el más privado de los universos” (Bordieu, 2010: 15), es recuperar todo un sistema de recursos inmediatos y simbólicos para procurar la recreación de la existencia en comunidad y amparar la integridad de sus miembros.

¹³⁸ Aun en las ciudades, bastiones históricos del poder colonizador, es posible hallar la presencia de la cultura india, que se manifiesta en diversas formas, unas que provienen de procesos antiguos –la existencia de barrios indios–, y otras que resultan de fenómenos sociales más recientes –la inmigración del campo a la ciudad– (Bonfil, 2006: 13).

de preservarse en su cultura, esta se refleja en un universo minimalista: el hogar, “orientado a los lugares del que se procede” (Andersen, 1997: 9), recuperando un *logos* (orden) que sortea los problemas de su integración cultural, unitariamente, o como suma de particulares: “La recreación del modo de vida mexicano permite el surgimiento del barrio latino, explicitando una elección voluntaria proclive a las tradiciones y diferenciada de otras etnias por su dificultad para integrarse completamente al país. Esta situación, se refleja entre miembros de tercera y cuarta generaciones, que hablan inglés, pero que no terminan la universidad y prefieren mantenerse en el barrio latino” (Tellez, 2008). Arrancada a la inmediatez, la batalla intracultural de la familia inmigrante, sin el complemento –por circunstancias legales– de una vinculación social adecuada, demanda una laboriosidad que para alcanzar su equilibrio e integración requiere de “contactos perdurables, aprendizaje del idioma inglés, vivienda mejor, y una comprensión general de la sociedad en la cual está tratando de sobrevivir” (Andersen, 1997: 2).

La importancia de la vivienda y la designación culturizada sobre quién hace el hogar

Materialmente supeditado a la inestabilidad informacionalista, el hogar/vivienda familiar constituye un hecho portentoso, ampara la subsistencia inmediata y un marco civilizatorio que aminora el estigma de la no pertenencia:

Como lo explica la proxémica (concepto etológico), la vivienda expresa una forma de aplicar los conocimientos de una civilización específica a un bien común, a modo de significantes, en gran medida inconscientes, derivados del modelado del comportamiento histórico y colectivo. En sentido práctico, la vivienda se perpetúa bajo formas reflexivas de protección contra los excesos del medio natural o los congéneres considerados nocivos, apropiándose de una porción de espacio donde las funciones vitales puedan efectuarse. (Guiraud, 1980, citado por Pezeu-Masabau, 1988: 11).

Al no haber garantía de continuidad económica, la estadía del itinerante deviene imprevisible, siempre puede transformarse en materialmen-

te violenta –la pobreza es un modo de violencia que arrastra otros–, de ahí que su devenir es en sí mismo una lidia, una continua disposición a la supervivencia, como actitud aferrada en permanecer.¹³⁹

Por tanto, si consciente de su vulnerabilidad, el inmigrante aprovecha cualquier oportunidad para *hacerse útil* (aprender y laborar sin reparos, obedecer y cumplir toda regla indicada). Ante el advenimiento de la organización familiar,¹⁴⁰ enfatizada por el nacimiento de hijos en territorio estadounidense o por la obligatoria educación de estos independiente de su estatus, el hogar/vivienda afianza etapas de interculturalidad desconocidas pero ineludibles, para insertarse al medio, ahora desde la formalidad y estatutos que el modelo familiar porta en sí. Bajo tal constitución, la presencia inmigrante precisa trascender su razón flexibilizada para pactar con el medio. Así lo intenta. Al no contar con los dispositivos que desde la ciudadanía pudiera tener, sus acciones apuntan a las dimensiones socioestructurantes esencialmente constitutivas del entorno (escolarización para aprender idioma o habilidades, registros civiles, religiosos, recaudatorios, etcétera), incluso alcanzar algunas de ellas con insuficiencia, atraso, inseguridad y desinformación. A pesar de todo, son estas relaciones las que habrán de conferirle mayor visibilidad revelando su inserción enconada y creativa. Como responsable de familia, él o ella desconocen fragmentos de las tramas de lo social, por

¹³⁹ Velasco sugiere que la supervivencia inmigrante se realiza entrenada en la habituación como una respuesta cultural que denomina: “sobrevivencia como habilidad”, “un hábito de sobrevivir que consiste en un ajuste externo y de adaptación interna que la gente desarrolla como respuesta a una condición de explotación económica y opresión relacionada con cierta condición de raza-genero” (1995: 73). Sin embargo, al tomar en cuenta los sufrimientos, las dificultades y las secuelas que la vida de las familias inmigrantes transita, este trabajo difiere en suponer *habituación* a las variaciones de la adversidad a que la trashumancia remite. Aunque la propuesta de la autora es sugerente, en vez de habituación –*práctica*–, aquí se propone una actitud –*variable*–, un esfuerzo o voluntad que en la vida inmigrante un día se tiene, se añora o tribula, pero que resulta indispensable y demanda un estado de alerta permanente y sin parangón. La *disposición* a la supervivencia.

¹⁴⁰ La familia constituye una institución en la que entran en juego la normativa sociocultural y la reproducción de un sistema en todas sus dimensiones (Rodríguez, 1994: 1).

lo que recurren a la cultura de origen o a la intuición de forma tal que, aunque el tiempo les devuelve información y experiencia, el principio de su socialización se fragua con la vivienda, básicamente en aras de los usos humanitarios: “gobernado por el espacio corporal inherente a todo ser viviente y que se reglamenta tanto por el aislamiento donde edifica su morada, como en ésta, por el que mantiene entre su propio cuerpo y el de sus semejantes” (Pezeu-Masabau, 1988: 12).

Montada en el hecho mismo de la subsistencia, mediante la muy paulatina conquista del orden espacial, la vivienda permite el desenvolvimiento espacio/temporal de la familia hacia lo social estructurado y acota su trashumancia desde una simbólica: el arraigo,¹⁴¹ preámbulo de una larga conquista que, si bien inició precarizada, transitará generaciones afianzándose.

Si la vivienda/hogar constituye un intento de proveer una dimensión cívica de habitar, el inmigrante económico libra su conquista desde la individuación, por propia naturaleza fragmentaria, demandando un costo socioeconómico tan alto, como fuerte es la determinación para establecerla. Responsabilizada por la tradición del cuidado familiar, supeditado a la organización, habilitación y administración de la unidad doméstica, es la mujer, sobre todo, quien asume con mayor enjundia el proyecto de establecer la habitación familiar,¹⁴² recopila-

¹⁴¹ Carretero (2009) sostiene que el arraigo significa una fuente de sentido o una consumación, la del trashumante económico cuya “trashumancia detractora de los referentes de identidad” es un malestar existencial carente de lugar, “...el *dasein* o ser ahí, como un estar o ser arrojado en el mundo concreto, se disuelve en el deambular incierto y hostil del desterrado... un no ser ahí o, ser sin lugar, sin morada [...] que vive y actúa en el aislamiento” (García, 1981; Restrepo, 2001, citado por Carretero 2009: 103, 105).

¹⁴² Como lo demuestra el proceso histórico migratorio, hacer hogar es una consigna de género. Por ejemplo, el trabajador bracero sorteaba su domesticidad privilegiando sobre esta sus compromisos laborales (Mummert, 1991: 452) y estableciendo lugares provisionales en periodos cortos: casas de hombres, improvisadas y funcionales, departamentos, sótanos, barracas, *trailas* o campamentos, donde la expectativa de una posterior reunificación familiar en los lugares de origen abatía intentos de mayor comodidad y privacidad. Sobre la continuidad de esta tendencia, la experiencia de una cuadrilla de jardineros temporales de una conocida compañía en Lenexa, Kansas, todos

das en este estudio, expresiones como *unir a la familia*, *hacer un hogar*, *aunque sea rentada*, *tener una casa*, *vivir detalladamente* dan cuenta de una consigna reforzada como especialización genérica, de tal manera que el contexto de extrema precariedad, involucrado en la errancia, no arredra la voluntad de la inmigrante. Al recuperar su experiencia para encarar la pobreza desde una cotidianidad aprendida, la rural, lucha como nadie por fomentar la vida desde la carestía de servicios, dinero o herramientas, recurso eminente cuando se habita el destierro:

¡Trabajamos mucho! Cuando llegamos a ese lugar estaban los nopales, una nopalera, todo seco y una pedreguera bien grande. Y a puro pulmón limpiamos aquí, hicimos las casas como Dios nos dio licencia y allí fue donde yo me acabé mis riñones. Porque no había agua íbamos a traerla lejos como de aquí a “Tijuanita” –aproximadamente 20 cuadras– ¡pero de subida! Una cubeta de 20 litros me traía yo y ahí fue donde sé que acabaron mis pulmones... ¡Para cocinar, para todo teníamos que ir a traer el agua! (Juana).

Ya desde México, la itinerante femenina ha sido la encargada de habilitar la orilla del río, el solar, la ciudad perdida o el barrio; sujeta a los *cautiverios* de la ignorancia o la pobreza impuestos por el sistema nacional, de ahí la particular repercusión de su presencia en la condición migratoria transterrada. Inminente en un sentido social, la reunificación familiar, traslado de hijos, o maternidades y matrimonio *in situ* llevan a la mujer en cuestión a propiciar el surgimiento de “el último elemento constituyente de la familia: la territorialidad” (Castells, 2001: 444). Si el espacio es la expresión de la sociedad, son mujeres

varones, resulta ilustrativa. Emigraron en grupo en 2001, rentaron un pequeño edificio. Para solucionar sus necesidades de aseo y alimentación, ajustadas a jornadas de más de ocho horas, debieron organizarse en roles que economizaran y organizaran los gastos domésticos. Como lo describe uno de sus miembros, la representación del orden deriva de una típica división sexual del trabajo, emulando roles provisionales y de género: *Aquí vivimos ocho, cada semana le toca a alguien hacerla de “mi vieja”, así que los sábados barre y en la semana prepara el lonch, y la cena para todos. Ahora es el turno de Roberto, que nos puso burritos de machaca. Cuando me toque a mí, ¡ya lo estoy pensando! Les voy a hacer unos de huevo con frijoles y cocinaré salsa de chicharrón y sopa de fideos... (Joaquín).*

inmigrantes predispuestas por habituación¹⁴³ quienes *donarán espacio al destierro*, asignando una función, un significado y una forma social al circundante, reterritorializando sobre lo desconocido.¹⁴⁴ Invaluable dentro del espectro del desplazamiento, el logro surgido de la relación mujer-espacio no inicia ni se origina allí. Itinerante o no, por disposiciones genéricas, es la mujer quien *germina el hábitat*.

Construir el espacio: petición-concesión de intimidad femenina

Al analizar las implicaciones históricas de la presencia femenina destaca cómo son sus habilidades en torno al mantenimiento doméstico y la recreación de las condiciones del cuidado en un sentido metódico, las que *trazarían el espacio* (Schlissel, 198: 315), hasta llegar a la vivienda como conquista propia, para donar perennidad al proceso, con base en protocolos genéricamente significantes: materiales, consanguíneos, morales, etcétera, y aquí se debe señalar que el rol contemporáneo que las migrantes juegan en la conquista de espacios vitales, detonadores de procesos socializantes más amplios, se inicia con su desplazamiento. Este hecho involucra la percepción y autopercepción íntima, pero culturizada, del movimiento corporal femenino, antes de la activación de disposiciones socializadas sobre el espacio, recurrentes en sus testimonios siempre alusivos a la diada: mujer/intimidad. La verbalización de Inés, quien debió esperar cambios de guardia del puente internacional durante una de las fases de tránsito hacia la frontera, circunscribe la relación de estos dos elementos: *Aquí no hay intimidad, si te quieres cambiar, pues te tienes que ir al baño, al cuarto o, de plano, aguantarte*. La acepción de que el cuerpo femenino *impone, in-*

¹⁴³ Toda actividad humana está sujeta a la habituación. Todo acto que se repite con frecuencia crea una pauta que luego puede reproducirse con economía de esfuerzos y que *ipso facto* es aprendida como pauta por el que la ejecuta. Además, la habituación implica que la acción de que se trata puede volver a ejecutarse en el futuro de la misma manera y con idéntica economía de esfuerzos (Berger, 1968: 74).

¹⁴⁴ De acuerdo con Castells, todo soporte material conlleva siempre un significado simbólico... el espacio reúne aquellas prácticas que son concomitantes en el tiempo. Es la articulación material de esta simultaneidad la que otorga sentido al espacio frente a la sociedad (2001: 445).

fluye, merece, demanda o determina un modo particular y más acentuado de privacidad, connota una disposición sobre el espacio –*petición de intimidad*–, en una diferencia que varía en grado respecto de los varones, derivada de un acuerdo social que, por ende, y en reciprocidad, *concede, suprime, impone, acata*, etcétera, la recreación de lo femenino desde una acepción espacial, esto es, físicamente referida –*concesión de intimidad*–, ontológicamente atribuible al ser mujer. Esta disposición retorna a lo testimonial, por ejemplo, como *la falta de intimidad* durante traslados y estancias, lo que significa no solo la estrechez *per se*, sino la ausencia de una adecuada dimensión para realizar actos que las mujeres consideran particularmente privados –*cambiarse, dormir, etcétera*–. De hecho, puede sostenerse que el desplazamiento femenino ruralizado prefigura un aspecto *sui generis*: la *petición de privacidad* como condición necesaria del tratamiento, sobre todo, de lo *femenino*, por lo que hace viable una interrogante. ¿Acaso esta perspectiva no contiene entre otros un potencial de dominio sobre un espacio genéricamente propicio o *propiciatorio* en una acepción territorializante? En tanto la dimensión de intimidad sea asentada sobre cotas (el punto topográfico) y distancias (su extensión) como elementos del espacio real, esta hipótesis en su relación causa-efecto opera sobre el corazón mismo de la migración como búsqueda y conquista de espacios. Las mujeres de este estudio portan estafetas que, al ser socialmente válidas, urden sobre dimensiones físicas reales, efecto de las estafetas culturales con que se les provee, auspiciadas bajo la égida de la normativa corporal. Una vez atravesada la frontera, Marta describe con ingenuidad su adscripción a este acuerdo social: *Llegué a dormir a una sala... la señora me puso una cortina. Cuando el señor está allá afuera yo no salgo. Ella es muy buena onda por que comprende que su esposo es morbosito*. Lo notable en relación con el fenómeno migratorio es que la ocurrencia de los acuerdos sobre la corporalidad se desdobra sobre la marcha para devenir en un *traslado de vida* gestionado por las mujeres hacia la sociedad receptora. Aun en condiciones socialmente yermas o precarias, la presencia de ella se imbrica directamente al espacio, retroalimentada por la consigna del hogar como meta. Así, la *petición/concesión de intimidad* es uno de los rasgos de un sistema de género que afecta diferencialmente el proceso de desterritorialización y reterritorialización, y confiere a la

mujer un potencial y una estrategia de arraigo. Aunque tal mecanismo tiende a perderse en la posmodernidad, se conserva en los procesos migratorios de este estudio, todavía sustentados en valores rurales. Los referentes perseveran. Así se comprende cómo es que aperecidas e identificadas con sus condicionamientos, las migrantes de este estudio enfatizan carencia de privacidad respecto de los hombres, por el hecho de ser mujeres, aun en la situación extraordinaria del cruce fronterizo: *...los hombres empezaron a llenar unos toneles para que nos bañáramos las mujeres, entonces con el miedo nos metíamos de a dos...* (Matilde). Sean constrictivos o hacinados, los espacios a los que la mujer accede se *re-funcionalizan*, concomitantes a su ser social, un ser culturalmente elaborado para otros –presupuesto pertinaz en la práctica migratoria femenina–, sobre todo, ante la maternidad que involucra a terceros y funda la familia consanguínea: *...tenía cinco meses de embarazo, era el momento de buscar otro espacio*. Como ningún otro, este hecho transfiere toda su fuerza a la demanda del espacio que permite la privacidad de las fases iniciales del cuidado y la crianza de madres a hijos, etapa subalterna del proyecto cultural de hogar como destino femenino. Es en la plenitud de estos manejos que se desenvuelve la *cuidadora*, y su esfuerzo que es testimonio por resolver la vida, lo que habla de un hogar inmigrante que libra una lucha colmada de necesidades. Pese a todo, el hogar familiar aquí analizado, por sus implicaciones, constituye un logro, una arquitectura evolutiva. En este sentido, baste sugerir como analogía de su tenacidad en flor y en fruto, el proceso vegetal de las estructuras del rizoma y del comportamiento epífito, cuya descripción técnica refleja semejanzas con el modo en que se estructura la vida familiar en el contexto de la desterritorialización. Como habrán de revelar los testimonios, los impresionantes e ingeniosos esfuerzos para construirlo conforman un *rizoma* y, feminizados, perfilan actitudes que, detalladas, remiten al proceso evolutivo de la epífisis, aquí reconocido como esperanza de organización humana, creativa en la desposesión, capaz de escalar obstáculos a partir de cualquier punto de apoyo, por mínimo que sea.

CAPÍTULO VI

El hogar transterrado. El despliegue del comportamiento epífita. Enraizar sin suelo y crecer en ello

Uno entra en un cuarto, pero había que fatigar los recursos del idioma inglés y bandadas enteras e ilegítimas de palabras tendrían que nacer a la vida antes que una mujer pueda decir lo que sucede cuando entra en un cuarto. Londres 1929.

Virginia Woolf

¡El primer departamento fue un paso que dimos, porque iba a nacer nuestra hija!...

Aquí hay una cosa que sucede y esta es: que creo que los hombres siempre dependen de que una ande detrás de ellos. Cuando yo llegué, él solo tenía un cuarto, ahora, vive de otra manera. ¡Pero es una la que debe estar diciéndoles hay que hacer esto o lo otro! ¡Eso sí! Viene la gente y dice: ¡Qué bonito apartamento el de don Arcadio, pero no se preguntan quién compró la sala o por qué está el comedor! Dicen ¡Esta casa! ¡Pero no dicen de mí! ¡Dicen él! Piensan: “la casa de fulanita”, pero no piensan que la casa la arregló y la instaló la esposa. Pero eso sí, ¡siempre que nos peleamos con ellos, dicen que el departamento es suyo!, ¡hasta te corren! No quieren reconocer que la mayor parte de la casa la llenamos nosotras, ¡las mujeres y los hijos!...

Matilde

ACONDICIONAR UNA VIVIENDA. ENTRE EL RIZOMA (RAIGAMBRE) Y LA ACTITUD EPÍFITA

Cuando habitar como mujer es habilitar para todos

En el intento de focalizar a las migrantes rurales insertas en la ciudad global, para recuperar su labor sobre situaciones, de hecho, se concluye que, pese al destierro, ellas viabilizan la reterritorialización de la vida en un sentido humanizante que es radical, en un mundo desterritorializador, ellas, las cuidadoras, lidian una conquista. Este logro funciona imbricado a la constitución de sus hogares, sobre un transcurso cuyos pasos encaminan la integración social de la familia

inmigrante. Pero tan encomiable resultado implica una coexistencia. Como el resto del grupo, ellas deben asumir el ingrediente social de su *flexibilización económica* y, en particular, sobrellevar la reconstitución de aspectos de inequidad derivados de los roles tradicionales sobre los que se apoya el constructo familiar socioculturalmente asentado. Estos dos aspectos fungen como puntos principales de una complejidad a librar, testimonialmente asequible en esta investigación.

La inmigrante prototípica soporta una pesada carga –literalmente verbalizada como cansancio o dolor de huesos. De los varios testimonios, es representativo el de Soledad: *Yo desde chica aprendí a trabajar... es quizá por eso que estoy cansada de mis huesos, de trabajar, me duelen mucho...* Lo anterior obedece a que, sobre las nuevas condiciones, la adaptación tradicional del destino femenino opera sujeta a un cambio de roles, que incrementa sus responsabilidades en detrimento de toda esperanza de equidad. En respuesta de las condiciones globales, ellas devienen proveedoras, realizan todo el trabajo que demanda el hogar flexibilizado y participan como enlaces sociales; todo esto sin conocer el sistema, sin recursos de movilidad y, en muchos casos, sin ser ciudadanas. Analíticamente perfilados, los testimonios confirman tales dificultades y revelan que, en la práctica, las proveedoras, madres, esposas y abuelas de East New Hall, por voluntad o imposición, fincan hogares *in situ* a partir de contactos marginales y escasos pero valiosos conocimientos (carentes de raíces principales: epífitos). En el área, la vida se construye cada día. Desde muy temprano, la gente se desplaza en camionetas, bicicletas y a pie para hacer jardines, limpiar casas o trabajar en el parque industrial. Encargadas de vigilar a los niños, las madres y abuelas permanecen en la casa pacientes, sin remedio ante los ecos del televisor, el radio o las anécdotas de los trabajadores de la esquina *Race* y *San Fernando Road*, desde donde dan cuenta de esporádicos cateos, de redadas aquí o acullá. Sin lugar a duda, la marcha del hogar se dispone sobre la voluntad, y es aquí que destaca la perseverancia femenina. Para contactar a Francisca hubo que salir a las cinco de la tarde, radiante aún, el sol quemaba la piel y enceguecía los ojos. Con su falda medio larga, trenza a la cintura, calza sandalias, de piel oscura de andar esas calles, Francisca ofrece agüita a quien la visita. Tiene dos hijas y un varón, valora la necesidad de conocer la ley y aprender in-

glés, se reconoce como trabajadora tenaz, “decidida a lograr algo en la vida”, al enfatizar sus palabras al amparo de un san Judas, rodeado de flores frescas, localizado en la esquina de un jardín amplio que rodea una casa pequeña. Ella se precia de haberla comprado, de deber varios pagos, a pesar, en un primer término, de la renuencia y, después, de la incredulidad de su actual pareja: *... porque en una pareja, una es la que pone más ganas y más dinero. Siempre que discutimos por alguna cosa, él dice que se va... un día llegué al grado de decirle, ¡vete! ¡No importa! yo me quedo con mi casa, yo me quedo con mis hijos... fui yo la que le he echado más ganas para poder tener esta casa.*

A una cuadra de ahí, se ubican unos departamentos donde se asienta la vida de parejas jóvenes y familias de latinos. Para ver a Olga, hay que esperar hasta después de las siete; trabajadora destacada, a veces realiza *overtime* y maneja su propio auto. No siempre fue así. Fueron los golpes de su marido y la desesperación por tener un espacio mejor acondicionado donde vivir lo que la obligó a trabajar: *Aunque aparentemente una nunca hace nada, una es la que anda pendiente. ¡Mi esposo tenía doce años de estar acá y no tenía ni una cama! He sido yo la que ha insistido en levantar este hogar y, cuando me he ido, él dice que lo dejó vacío. ¡Somos las mujeres las que les llenamos sus casas! Él me lo dijo. Si no hago por hacer de comer, la cocina está sola. Cuando no está una mujer, se nota esa ausencia. Cuando falta un hombre, la casa no lo resiente, tampoco los hijos.*

Al constatar lo analizado en New Hall, la mujer manipula el espacio desde su llegada y busca insertarse como pariente, amiga, mucama, siempre con el intento de vivir bajo un techo, actitud que contrasta con la mayor dificultad que tienen los hombres para allegarse de espacios. En tal caso, la disposición varonil para resistir el espacio exterior es una de las diferencias asentada en el género. Los hombres de las mujeres de East New Hall viven circunstancias que, forzadas o no, sus mujeres difícilmente aceptarían. Así, la referencia de Olga parece repetirse en el caso de Matilde: *Mi esposo rentaba un cuarto con cucarachas, sucio, horrible y desagradable, en una casa feíta ¡No me gustó! ... Yo ya traía la idea de hacer mi casa, de tener mi propia casa...*

Al ganar un techo o conseguir trabajo, la inmigrante se afianza y socializa, en una interrelación de espacios, *ella puede vivir donde tra-*

baja, porque se desempeña por la vida al cuidado de otros, y viabiliza la satisfacción de necesidades vitales básicas, encaminando (y esto tiene gran importancia), moldes ineludibles para el bien-estar, como estar bien o estabilidad, aun en la migración. Así, a partir de su *familiaridad* sobre lo doméstico, las mujeres gestionan un hábitat, esto es, un punto de partida: No habitar, no tener habitación, es no poder quedarse, “vivir en”. Pero también es no poder cuidar libremente del terruño como rasgo primordial de todo acto de morar, alojarse y anidar. Aunque temporal, este primer paso emerge como *habitus* de la supervivencia femenina incubando la vivienda, determinante de la dimensión socializada del arraigo: “Toda vivienda cobija una doble existencia (una orientada hacia la familia y la otra hacia la colectividad) que siempre tiende a colonizar áreas distintas y complementarias de su espacio”. Que las inmigrantes ordenen una casa, dispongan la alimentación del grupo, se alleguen de una despensa u organicen un botiquín y que, con el paso del tiempo, proyecten la vida de los hijos. La urgencia de un terreno o la necesidad de ahorrar para invertir en educar convoca un proceso que repercute en el destino de la inmigración, “...al anhelo fundamental de protegerse de las miradas del prójimo se superpone una necesidad natural de sociabilidad, nacida de la costumbre y del uso cotidiano de espacios colectivos” (Carretero, 1988: 104-105). Y todo esto despunta a partir del *modo genérico* de habitar. Quizá, complementariamente, los hombres cristalizan sus concepciones del espacio en proyectos de menor alcance. De esto da cuenta la experiencia de las vidas *solitarias* del migrante varón, congregado en casas donde el fin de semana, en vez de comprar cortinas, *se mata el tiempo bebiendo cerveza*. Sostener que la habitación masculina persigue la vida al día y resolver sus necesidades personales desde un mobiliario básicamente delimitado en la recámara, se documenta de hecho como memoria nacional, trascendiendo el caso de la migración.¹⁴⁵ Así, en tanto que la inmigrante construye la habitación y la asume como su casa u hogar, coloca la primera piedra en torno a un acto trascendente:

¹⁴⁵ Por lo que resulta difícil tasar como característica exclusiva del inmigrante varón su falta de interés en el espacio circundante, reflejado en la selección de sus alimentos: rápidos, enlatados y de menor valor nutricional.

Cualquiera que sea la civilización a la que pertenezca, el hombre vive, ante todo, en una casa, en un departamento; antes de ir a la calle o a la plaza pública se refugia en un alojamiento y es allí donde pasa la mayor parte de su existencia. Así pues, comenzar por planificarlo, parece ser el primer paso que se impone antes de extender los valores retenidos a las unidades superiores sometiendo su aplicación a las necesidades específicas, del inmueble, del conjunto del barrio o de la ciudad. Ahora bien, estos valores y esos principios son precisamente aquellos que, en todas las épocas, la vivienda tradicional ha tenido por misión concentrar, expresar y enseñar. (Pezeu-Massabau, 1988: 167-168).

¿Cómo habitaría el espacio su cónyuge? La respuesta es abierta en el caso de él. En el caso de ella parece confluir hacia el comportamiento de Olga, cuando recién casada, llegó a California para conocer el lugar de residencia de su esposo: *¡Apenas llegué, ya me quería regresar! ¡Él vivía en un departamento horrible! Era un cuarto, el baño y la cocina. Había una moto adentro, ¡no tenía camas sino unos colchones viejos! ¿La cocina? ¡No tenía trastes! ¡No tenía nada!... ¡Feo, aunque lo limpiara! ... Allí nació mi niña. Empecé a cuidar a otro niño por veinticinco dólares a la semana y con eso compré las primeras cortinas. El departamento lo pinté yo misma y entre él y yo le pusimos piso...*

La migrante construye el hábitat y da lugar a un cambio radical. Si la sedentarización, como preámbulo de la *civitas*, surge de la manipulación del espacio integral, desde su particular situación, la mujer de este estudio busca erradicar la necesidad, a partir de ir la colmando hasta acondicionar satisfacciones que fraguan la vivienda. Por mínimo que sea el intento de ella, perfila un plan de estabilidad dinámica que se somete a la inestabilidad, pero que apuesta a trascenderla. Por tanto, si la vivienda tiene género, en el contexto de la transterritorialidad propia de la itinerancia, este es, sin duda, femenino.

AUN CUANDO SUBTERRÁNEA, GERMINAR LA VINCULACIÓN ES TAREA DE ELLA

Cuando me vine de mi pueblo, al Grullo, Jalisco, mi mamá se opuso: Tu papá no está, me decía. ¡Pero si fue él quien se olvidó de nosotros! –le contestaba yo. Sabía que a donde llegué no me iba a quedar, que la única manera de ayudarla era llegar hasta Estados Unidos. Años después, conseguí papeles, pagué cartas a Sacramento, abogados y un viaje a Guadalajara. ¡Yo con mi dinero, estaba costearo mis cosas! ¡Nadie me había ayudado!... Me traje a mis hermanos, convencí a mi hermana de pasarla por la línea. ¿Mi padre? ¡Se venía también! Yo le tenía coraje, pero pensé que era mi padre. Rentamos un departamento, él mis hermanos y yo, dejé de trabajar tiempo completo para hacerles de comer, para atender la casa. Lavaba, trabajaba part-time en una lavandería, iba a la escuela. Salía cansada como siempre. ¡Me andaba durmiendo! Quería aprender más inglés, pero ¡tan cansada... ni entendía nada!

Isela

El rol sacrificial (modificarse de tallo a raíz). Hogares y división sexual del trabajo

En las condiciones del destierro, la *representación* del hogar en su dimensión espacial y moral pone sobre la balanza su valía y motiva la expectativa de reacondicionar la vida, de valorar el presente, de luchar por lo que se quiere, de perseguir la reunificación con el terruño, la costumbre o el recuerdo; pero tal expectativa difiere con el género. A donde llegue, sobre todo si tiene hijos, la mujer visualiza todo lo anterior sobre una posibilidad objetiva. Tener un hogar funciona en relación con construir el habitar, a acondicionar o poseer un espacio propio, de ser posible, una casa. Si de suyo los entrenamientos genéricos le incorporan la proclividad a *establecerse*, en las extenuantes circunstancias inmigratorias, ella aprovechará lo que tenga al alcance para delimitar y delimitarse un espacio habitable, si no propiamente instalado, simbólicamente capaz de “proponer un anclaje global de la existencia, rodeándolo, en los momentos en que se encuentra más predispuesto a ella, de una representación vigilante de todos los valores de su grupo: de trabajo, de descanso, interacción [...] e incluso soledad”. (Pezeu-Massabau, 1988: 181). East New Hall ha experimen-

tado este impulso de género como factor de cambio, e incrementado sus hogares por una presencia femenina que ha enriquecido sus núcleos socializados. Como lo registra Guadalupe López, antropóloga y directora del Centro Comunitario de Santa Clarita, al que se adscribe el barrio de estudio: *La constitución sociológica de la mujer mexicana en migración clandestina o migración legal, es inicio de algo que tiene que ver con derechos humanos, con servicios sociales.*

Determinante de un nodo de actividades específicas, la maternidad constituye el acontecimiento de mayor impacto en el hogar de estudio, demanda acciones que vinculan a la descendencia (educación, atención, médica, trámites legales), las que, suscritas alrededor del ejercicio de tal acontecimiento, fomentan un liderazgo en un entorno particularmente limitado y, por ende, favorecido por los entrenamientos femeninos. Por tratarse de una situación coyuntural —el destierro—, el hacer femenino no alude a un simple despliegue de roles, —por los cuales un día se lleva a los niños al doctor, o se les enseña el camino a la escuela—, sino a una verdadera batalla por ejercitarlos, que debe adaptarse y adoptar una espacialidad y un sistema político y cultural distinto (medidas, lengua, concepciones) que necesariamente quiebra los sistemas de *familiaridad* cultural, que ella, sobre la solución de responsabilidades genéricamente adscritas, debe reconstruir. Es quizá esta la diferencia entre hacer un hogar y hacer un hogar en el destierro, al resaltar la carga y el nodo específico y particular en la problemática de género de la inmigrante a Estados Unidos, que la mujer de estudio en particular, con base en su género, debe asumir. La capacidad de permanecer, de sobrevivir y de criar implica *voluntad* y *tenacidad* que, como complemento sistemático e indispensable, demanda, por otra parte, aprendizajes *in situ* urgentes. Las acciones encaminadas a adquirirlos, al involucrar la necesidad de redistribuir las responsabilidades de la atención familiar, cuestionan en lo inmediato la estructuración de los roles típicos y delimitan un conflicto en expansión. La deficiencia femenina de aprendizajes locales limita la capacidad de adaptación del grupo, lo cual deviene en malestares —incluidos serios procesos de estigmatización—. Sin embargo, encararlos obliga a desestructurar deficiencias largamente atribuidas a la pareja patriarcal. La actitud que se opone a este proceso de transformación inherente a la necesidad de

crecer y adaptarse en tierra ajena es poco objetiva, tradicional, deriva del cónyuge, de la iglesia y, a veces, hasta de la propia mujer.

De acuerdo con los testimonios, la primera limitante para la recreación de un hogar en New Hall consiste en enfrentar las condiciones materiales, sobre una oferta de trabajo irregular detentora de salarios informales. Proveedora de obreros, domésticas o albañiles, la vida del barrio se resuelve sobre hogares que deben solventar sus necesidades con mínimos e insuficientes recursos, factor que se agudiza por problemas sociales típicos de la época: violencias, hacinamiento, vicios. No obstante, al asumir la flexibilización laboral, los bajos salarios y las caídas de la economía estadounidense, las mujeres de New Hall, desde sus roles como madres, esposas y abuelas, intentan el equilibrio de la unidad doméstica mediante una administración que puede signarse feminizada.¹⁴⁶ Al trabajar horarios reducidos, ellas hacen malabares para dispensar ya en el *cuidado familiar*,¹⁴⁷ ya en la procuración de relaciones básicas con la sociedad a la que arriban, comunicación, acceso a la educación, observancia de la ley, etcétera. A partir de la administración doméstica y de su papel de trabajadoras, las responsabilidades se multiplican: ...*Los hombres andan más preocupados manteniendo techos y las mujeres andan haciendo cosas de mujer: ir a hablar con las maestras, ir a las escuelas... las cosas de la escuela, de los niños, son cosas de la mujer más que del hombre* (G. López).

¹⁴⁶ Dinámica frecuente en la comunidad latina en la que “Los hombres siguen sosteniendo la expectativa de que sus esposas estarán esperándolos en casa y tomarán la responsabilidad de la cocina y la limpieza” (Hondagneu-Sotelo, 1994:106-108).

¹⁴⁷ La determinación biográfica de *la cuidadora* –desarrollada en el capítulo 1– refiere el cuidado familiar, asignado como empresa de rol de género que ha funcionado como detonante cultural en múltiples esferas de la movilidad femenina: la cultura proyecta en la mujer un “estar atenta” permanente, tanto desde el punto de vista biológico –mujer como cuidadora de vida y, no solo donadora de esta– y, culturalmente, portadora del cuidado y el vínculo familiar a saber: la morada, la moral, el ethos vital –morada de vida en cuanto generadora y protectora de la vida– y morada social en cuanto atención de lo humano socialmente en desarrollo.

Aquí resulta importante aclarar que dadas las condiciones locales, inscritas en la prisa, la eficiencia y la necesidad de recursos, sobrepone dos papeles que por sí mismos requerirían tiempo completo cada uno, lleva a estas mujeres a realizarlos con deficiencias, y subraya que la disfuncionalidad resultante es diferencialmente experimentada por el clan familiar.¹⁴⁸ A lo anterior se agrega que, aunque estos hogares se establecen bajo la observancia del cumplimiento de dinámicas externas específicas como el pago de impuestos, los registros vehiculares o la cobertura de seguros, su intimidad persiste reproduciendo estereotipos conocidos que derivan de la religión y la costumbre. Así, su división del trabajo es sexual, inequitativa y complejizada por las circunstancias, de las cuales, como lo advierte Cata, la inserción femenina al trabajo es una de las más pesadas: *Mi esposo me dice: yo me voy a trabajar y tú encárgate de lo demás... ¡Aunque yo también trabaje! ¿Cómo opera esta sobrecarga?* Aunque las mujeres de este estudio pudieran conceder mayor importancia al empleo, estas asumen con mayor compromiso las necesidades de atención familiar, actitud testimonialmente confirmada. Se encuentra que son ellas quienes promueven la relación familia-entorno,¹⁴⁹ al ocuparse de establecer contacto con grupos sociales, inscribirse en programas, llevar a los hijos a estos e, incluso, recibir despensas durante los periodos de crisis económica familiar. Al respecto, la observación de López (del Centro Comunitario), transparente cómo la emulación de los roles tradicionales adscritos al nuevo contexto solo puede lograrse duplicando esfuerzos femeninos: *Cuando les tramitamos la despensa, son ellas las que tienen que poner la cara. ¡Ellos no! No viene un hombre con su mujer pidiendo apoyo.... Él la manda y tenemos que decirle: ¡bueno, póngase los pantalones y al menos venga a sacar las bolsas! Porque ahí ves a las mujeres sacando todas las cajas de latas y pues ellos están por ahí sentados ¡Escondidos para que no se vean! Y yo creo*

¹⁴⁸ Maier señala cómo en el siglo XXI, la globalización y la desigualdad colocan al rol femenino como su catalizador social: “intentando resolver con menores ingresos y mayor creatividad y trabajo los desafíos de la reposición diaria de la unidad familiar” (1998: 54).

¹⁴⁹ Coincidiendo con Hondagneu-Sotelo (1994: 172), este trabajo encuentra que alertadas en las posibilidades de subsistir, son las mujeres quienes observan mayor disposición a contactar grupos de apoyo.

que esto también ocurre en México, esto lo hacen para que los hombres no se vean menos machos.

Cabe destacar que en el área de estudio tales estereotipos no siempre son asumidos voluntariamente por la mujer, y aunque su frecuencia confirma que son ellas, sobre todo en el papel de madres, las que soportan el vínculo social como un *deber ser* —fomentado por instituciones locales como la Iglesia, uno de los pocos espacios externos asequibles—, es a partir de la inserción laboral que ellas cuestionan la carga de trabajo doméstica, conyugal y maternal, y evalúan sus implicaciones emocionales y físicas. Conforme a sus propias reflexiones, sostener el hogar implica, además de lo anterior, adicionar el aporte económico de ellas, logrado con grandes esfuerzos y esto poco influye en un potencial equilibrio de actividades. De haber una queja esencial, esta gira en torno a la falta de sensibilidad de sus cónyuges para transigir una división de tareas que para ellas es muy pesada.

Pareja conyugal y tradición como amparo: las pequeñas raíces adventicias

El pacto conyugal dona un *logos* reglamentario a las circunstancias irregulares propias del destierro. En New Hall, los arreglos comprenden uniones libres, formalizadas sin la religión, pero bajo la ley, solo mediando los votos religiosos, ya se hayan contraído en el exilio o desde México. Frente a la heterogeneidad (parejas interraciales), las establecidas entre connacionales comparten la experiencia de la soledad surgida de la pérdida —de territorio, de formalidad, de escenarios habituales—, conminando su relación a sobreponerse al medio. Esas parejas forman dúos empeñosos, trabajadores, esforzados, sobrevivientes. Es el caso de Rosalba y Malena, quienes contraen nupcias desde México, con hombres en circunstancias similares a las suyas, alejadas de sus familias, experimentan:

En una vecindad en la que había un cuarto rentado solo por hombres, allí vivía el hombre que ahora es mi esposo, él era de Toluca y estaba más o menos en mi misma situación. Él trabajaba en una fábrica de cartón y enviaba dinero a su casa... como nos queríamos casar, veíamos difícil la situación... mi mamá en el pueblo, él aquí. ¿Qué palabra le podía dar? (Rosalba)

Cuando yo me casé, él ya trabajaba, tenía ya un cuarto de renta en el DF, después compramos un terrenito e hicimos una casa... era cuando nos las pasamos más difícil, les dábamos de comer a los niños y nos quedábamos con hambre. Logramos fincar... pero le pidieron los papeles en su trabajo (certificados de estudio) y pues el decidió sacar su visa. (Malena)

Conformadas en el área de estudio, las parejas locales entre inmigrantes reflejan en su constitución la influencia del cotidiano aislamiento, por tanto, eventualmente confluyen desde distintos lugares de procedencia, estableciendo relaciones fortuitas, acotadas a un tiempo libre restringido, pues la vida diaria exige ocuparse laboralmente, y esta situación les impide conocerse entre sí.¹⁵⁰ Aun así, en la condición transterrada, responder a la necesidad de resolver la vida resulta más llevadero en compañía, y tal objetivo encuentra un aliciente sobre la expectativa de hallar una pareja, lo que facilita la consecución de uniones. Por razones semejantes, *ritualizar* la unión bajo votos matrimoniales, para encaminar el proyecto tradicional de hogar, permite un modo de inserción social: sentar cabeza, hacerse reconocer en la iglesia, organizar una celebración o un viaje, son actos culturales que, por otra parte, garantizan uniones estratégicas, solidarias, capaces de romper una monotonía donde el horizonte personal, germinando apenas, solo tiene como consigna vivir para trabajar. Aunque en menor grado, esto también sucede entre las parejas conformadas a partir del intento de enfrentar embarazos no planeados. Como en los casos anteriores, en estos, los moldes tradicionales toman el lugar simbólico que la errancia no provee, dinámica que tiene un costo: el predominio de controles instituidos portadores de la tradición. Cata llegó a East New Hall soltera y con un buen nivel de educación. Colmada de in-

¹⁵⁰ Isela emigró en una época en la que predominaba la población masculina, y se percató de su rutina, caracterizada por el trabajo, la soledad, el esfuerzo y por la permanente expectativa de conocer otras mujeres, y refiere que, en 1989, ella asistía a la escuela para adultos. ... ellos llegaban con todas las ganas de aprender inglés, ni les importaba cómo lucieran, sus camisas manchadas de pintura, ¡de grasa!, sus rostros salpicados de cal. Había muchas parejas, pretendientes siempre había ¿ves? Dondequiera hombres solos cortejándote: en la calle, en la tienda, hasta cuando marcabas teléfono equivocado, seguro salía un pretendiente...

quietudes, pero encerrada y conviviendo con varios hombres, habría de encontrar entre ellos al padre de sus dos hijos. Una vez embarazada, su hermana la obligó a casarse: ... *al que ahora es mi marido, yo lo veía como un chamaco y pues no hacía caso... dejaba que me acompañara donde quiera —rie. Pues él me acompañaba a todas partes, mi hermana ni decía nada, creo que también lo veía niño, un niño en su forma de pensar... Yo, ¡pues me creía madura y me confié! ¡Hasta que metimos la pata! Bueno, yo creo que me tuve que ir con él porque ya estaba más desesperada que enamorada, necesitaba un apoyo.*

En concordancia con lo observado en capítulos anteriores, el barrio latino de East New Hall refleja la idea de que la mujer que no está relacionada con un hombre es susceptible de estarlo. Esta es la razón del discreto asedio que rodea a las inmigrantes locales, solteras o solas, y a las recién llegadas a espacios donde todavía se observa el predominio masculino: *Todos los muchachos donde viví al llegar querían hacer plática conmigo.*¹⁵¹ Así planteada, la relación con los varones propone una laxitud que dista del plan reservado a la sexualidad femenina. Al respecto, las actitudes socializadas se aseguran de responder conforme a los códigos establecidos que, abrevando de la tradición, transfieren escenarios conocidos a los lugares de adopción. Guadalupe reconoce que en su vida las cosas marchan bien: *yo iba y venía, pero nunca le salté a mi padre con un embarazo. Aquí me casé y le di gusto a él y a mis hermanos.* A diferencia de ella, Olga sostiene que la causa de sus problemas matrimoniales se debe a su *fracaso como mujer*:¹⁵² *Así le llaman en Mé-*

¹⁵¹ En términos estereotipados, el género confiere un destino recreable en el espacio social. Asumido desde una reciprocidad intergenérica y semirural, este acuerdo se refleja, por ejemplo, en la determinación de cotos de movilidad femenina, conferidos por los padres, los esposos y los pretendientes de la inmigrante. Malena reconoce este contexto al narrar su experiencia de mujer sola, antes de reunificarse con su marido en el otro lado: ... *había hombres que se me acercaban, no porque me vieran activa sino porque me veían sola, y pues una se siente como un animal...yo le decía a mi viejo que nunca le di lugar a nadie.*

¹⁵² No uniformizada bajo los dispositivos tradicionales, la lectura de comportamiento de las informantes sobre sí mismas refiere al término *fracaso*. En este sentido, el testimonio de Olga, zacatecana de origen (arriba citada) coincide con el de María, originaria de Puebla y madre de tres hijos, quien guarda la

xico: ¡Un fracaso!... Me fui con otro hombre antes que él, pero él lo supo, yo se lo dije. ¡Era mi deber! Dijo que la virginidad no le importaba, pero nunca lo olvidó. ¡Porque es machista, aunque viva en este país! Me decía que me acostaba con cualquiera, que lo traía de herencia. Llevo diecinueve años a puro pelear... me ha golpeado muchas veces.

Desplazados al lugar de arribo, los aspectos anteriores parecen retroceder sobre la novedosa experiencia vivida por las informantes durante el cruce interfronterizo, como capacidad de dominio para desplazarse con fortaleza y valentía –suma de actitudes fuera de su adscripción genérica, además de ser catalogadas como masculinas–.¹⁵³ Al contrastar el recuerdo, la evocación de sí mismas no parece inquietar su identidad genérica, sino que esta se reinstala sobre modelos habituales (el *hábito* como amparo en el destierro), desechando el potencial inédito experimentado durante el cruce. Si algo habrá de cambiar sus roles, tal cosa surgirá en tanto ella confronte sus jornadas cotidianas en el exilio. Inés, cuya experiencia de cruce fue dramática, determinada a obtener su licencia de cosmetóloga y de conductora, constituye una excepción y así es como su suegro la reconoce: ... *ahora que vino, él mismo me dijo que cuando me casé con su hijo, yo no iba a saber hacer nada, en cambio, ahora que la encuentro... ¡la encuentro manejando! Ahora que la veo manejando, sé que la gente se destaca más acá. ¡Usted es una gran persona!*

esperanza de que su tercera pareja un día pueda irse a casar con ella por la Iglesia y, en México, restañar así su *infidelidad* del destino de género: *En el bar conocí al papá de mi último niño... me dijo que pensaba algo serio conmigo, le dije que ya había tenido un fracaso, que no quería otro... pensando en mi mamá, que quiso que yo me casara bien, le dije que si quería, nos fueran a casar a México.*

¹⁵³ En Occidente, la virilidad, incluso en su aspecto ético, es decir, en cuanto esencia del *vir*, *virtus*, *pundonor*, sigue siendo indisociable de la virilidad física mediante las demostraciones de fuerza atribuidas al “hombre que es verdaderamente hombre” como poseedor *natural* del falo “siempre presente metafóricamente”, determinando sus atributos masculinos: valor físico y moral (Bordieu, 2010: 23).

*Epifisis: afianzarse floreciendo. Tener hijos asienta la vida
y da sentido al futuro*

Cuando estaba en el hospital, a punto mi hijo de nacer, me preguntaron por el papá. Yo les dije ¡Ni lo conozco!... De ahí salí con mi porta bebé, ya no me sentía sola, ya tenía con quien platicar, tenía a alguien cerca de mí.

María

Sobreponerse al individualismo urbano obliga al inmigrante a *soportar* como única alternativa a seguir un patrón, a *sostener* el transcurrir del tiempo, sobrellevando la vida al día. Si algo puede transformar esta marcha, es la realización de la paternidad. En East New Hall, la presencia de menores y recién nacidos, además de reforzar al clan familiar consanguíneo, bajo presión, inaugura nuevos modos de intimidad y el arrojio hacia la permanencia. Al encauzar el vínculo social, las rutinas derivadas fundan y cimientan el arraigo e implican la reunificación: mandar a traer parientes cuidadores o a otros hijos, casarse, sostener embarazos subsecuentes, asumir familias monoparentales, etcétera.¹⁵⁴ La fuerza con que se realizan los cambios, a juzgar por los testimonios, se sopesa ante el siguiente parámetro. Ante el arribo de un bebé, los límites materiales no constituyen un obstáculo insalvable, de hecho, la condición del desarraigo acicatea la voluntad para sostener el cambio. Ser madre, por ejemplo, reposiciona la fuerza de la mujer para negociar con el medio: atención médica, educación, servicios, lo que conduce a una especificidad importante. Al planificar la relación con los hijos, la pareja dirime sus cuidados en esferas diferenciadas, y es la madre quien, generalmente más preocupada que el padre por el destino de los hijos, llega a asumir importantes decisiones. Si se trata de niños nacidos en México, es ella quien elige dejarlos o trasladarlos,¹⁵⁵

¹⁵⁴ El abanico de posibilidades desde las cuales se estructura la familia consanguínea e inmigrante es múltiple en sus causas, trasciende la crítica formulada a aquellas mujeres, de las que se dice, manipulan su maternidad para asegurarse un estatus legal.

¹⁵⁵ Decisión sopesada sobre argumentos que regularmente suponen que el ambiente más adecuado para ellos es aquel que les garantiza una mejor alimentación y oportunidad de estudio, lo que inclina la balanza hacia Estados Unidos.

mientras que los padres dan por sentada la atención, al reafirmarla con el desempeño de una jornada laboral de tiempo completo. De lo anterior se desprenden las varias responsabilidades que cada progenitor brinda a sus hijos. El mayor espectro recae en madres que no dejan sus empleos, sino que los constriñen aunándolos a la atención doméstica y a la crianza de los hijos. Llevada al extremo, la difícil experiencia de Soledad, como trabajadora doméstica, confirma la dificultad para sobrellevar el cuidado infantil a la par del empleo: *... por 150 dólares lavaba, limpiaba y cocinaba en una casa grande con cuatro niños. Atendía a mi niño a escondidas, pero querían bien el quehacer, lo descuidaba. Muchas veces se me cayó de la cama... tenía granitos, lo tuvieron que internar... tenían miedo de contagiarse. ¡Me botaron! De todos modos, donde yo anduviera, el bebé andaba conmigo.*

Conforme a las experiencias, las madres, excepcionalmente, se dedican solo a lo doméstico, y combinar labores entre el cuidado de los hijos, el hogar y el empleo, lo que implica abarrotar las posiciones del tercer turno, acortar sus horarios de trabajo, cambiar de empleo o aceptar tiempos parciales, entre otras medidas. A diferencia de ellas, los padres se muestran empeñosos en realizar tiempo extra, observando ausencias domésticas más prolongadas que limitan su participación en el cuidado de sus hijos, sin menoscabo de su paternidad representada. Esta coordinación acontece con facilidad. Si a las mujeres las estresa y sobrecarga, a los hombres los expone a la vulnerabilidad de empleos flexibilizados en condiciones de rudeza y cansancio extremo, que comparten con la mujer. Más adelante se analiza cómo, pese a los esfuerzos, la atención prodigada a los hijos resulta insuficiente.

¿MATERNIDAD, MATERNAZGO, O AMBOS?

Ya se ha observado cómo el acontecimiento de la maternidad o los cambios a que da lugar generan distintas facetas en el espectro social migratorio, relacionadas con el desplazamiento, el empleo y la relación que los padres establecen con sus hijos en el lugar de llegada. Es la necesidad de la atención que tal acontecimiento genera, la que muchas veces determina la relación laboral feminizada y flexible que la ma-

dre inmigrante establece con sus centros de trabajo. También influida por la necesidad de atención infantil, la demanda de niñeras afecta el *continuum* entre tal oficio y la disponibilidad de empleos en que se desenvuelve. Desde sus primeras experiencias laborales, la inmigrante se ocupa en atender hijos ajenos y, con el tiempo, dará a cuidar los propios. Por otra parte, es el estímulo de la responsabilidad materna el que detona traslados interfronterizos realizados por mujeres decididas a conseguir el sustento para sus hijos en otro país, al dejar a estos en el propio. Desde esta dolorosa experiencia, muchas madres intentan sobreponerse a la lejanía, al mantener un contacto con los hijos, basado en envíos económicos o materiales y en la atención a distancia mediante llamadas telefónicas, lo que de alguna forma se denomina *maternidad trasnacional*. De entre las situaciones aludidas, esta última destaca porque permite dimensionar el cuidado prodigado por mujeres que directamente se ocupan de la atención de sus hijos, lo que contrasta con el de aquellas cuyos cuidados, por razones diversas, demandan la atención de terceros. Para empezar, resulta útil establecer la diferencia entre el proceso de *maternidad*, que implica gestar, parir y amamantar y, el de *maternazgo* como “proceso social del cuidado y crianza de los hijos” (Lamas, en Maier, 1998: 88). Así, mientras que la *maternidad* solo puede ser realizada por la madre, el *maternazgo*, por ser posterior, puede prescindir de ella, como sucede en el caso de los hijos que viven distanciados por encontrarse en otro país y a cargo de familiares. Entre las madres que tienen posibilidades de atender el desarrollo de sus hijos, el *maternazgo*, como cuidado y crianza, se realiza directamente por ellas. Otro es el caso de las madres que trabajan *encerradas*, del que se habló anteriormente, o que se encuentran temporalmente separadas de sus hijos. En esta investigación se sostiene que, en la sociedad receptora, entre las mujeres que por trabajar deben dar a cuidar a sus hijos, se realiza la maternidad y el *maternazgo*, aun si estas solo pueden verlos algunos días, como suele pasar entre quienes laboran encerradas, donde eventualmente el cuidado llega a equilibrarse entre niñeras y madres hasta abrirse a una separación prolongada y generalmente indeseable para las madres. En contrapartida, este trabajo difiere con la acepción de *maternidad trasnacional*. En tanto que la maternidad se realiza *al gestar, parir y amamantar*, que, involucrada con el contacto

directo, se deslinda de la trasposición de distancia, por lo que el proceso de separación, en este caso a nivel intrafronterizo, solo puede dar lugar al así llamado *maternazgo*, regularmente delegado a familiares y donde las madres, como tales, encomiendan la atención a la madre de ellas, como sucedió en el caso de más de una informante: *Yo me vine para trabajar... Mientras que mi madre me dijo que me iba a ayudar con mis hijas allá en el pueblo*" (Francisca), ... *mi mamá se quedó en el pueblo, cuidando de mi hijo* (Matilde). *Mi hija se vino antes y yo me quedé allá con su hijo, porque ya estaba en la secundaria* (Juana). En tales circunstancias y ante la distancia, la maternidad no puede suscribir el cuidado detallado de los hijos, no así el despliegue del *maternaje* que, llegado el caso, resulta de vital importancia. De tal situación, se puede derivar un cambio importante, sin menoscabo de los sufrimientos o de los esfuerzos que la madre alejada de los hijos haga por establecer contacto con ellos, en la separación transnacional, la distancia inevitablemente fractura y moldea la interrelación familiar, y se puede agregar una observación. Aludir este tipo de separación como *maternidad* o *paternidad transnacional*, verbalmente realiza un intento infructuoso: el cuidado directo, lo que a la vez limita la posibilidad de reconocer y denunciar la existencia de un malestar socioeconómico. La emigrante abandona a sus hijos porque no encuentra en su país suficientes oportunidades para trabajar y permanecer con ellos. De acuerdo con los testimonios, la distancia no permite la realización plena de la maternidad, sino que da lugar a una desgarradora separación que debe ser nombrada como tal porque implica una trasposición de distancia y experiencias que las informantes de este estudio reconocen como insufrible: *Yo cuando todavía no me traía a mis niños, lloraba mucho antes de comer, porque siempre me pensaba comiendo lo que quizás en ese momento ellos estaban deseando, ...yo todos los días estaba llorando por mis niños y mi esposo me quería mandar de regreso a México* (Inés). *Aquí, desde el primer día lloraba de tristeza, porque me había alejado y separado de mi primer hijo* (María). La dificultad de los inmigrantes con hijos nacidos en su país de origen para realizar procesos tan humanos como la crianza no puede darse solo con voluntad. A menos de gestionar en pleno riesgo el traslado de la progenie, únicamente puede limitarse a observar, casi siempre con gran sufrimiento, la imposibilidad de sus etapas. Aun si la

atención a distancia alcanzara su mayor eficacia –poder solventar económicamente la atención y cuidado de los hijos–, esta surge limitada en su experiencia y contacto, y constriñe el rol de los padres biológicos al de proveedores materiales, por lo que se puede agregar que la difícil prueba de la separación familiar, afectada por políticas migratorias que restringen la posibilidad de retorno de las madres ausentes, propicia una mayor afluencia de menores hacia Estados Unidos.

Mamá: ¡Si usted me ayudara con mis niños!

... como que una se hace débil cuando está embarazada... supongo que fue ese miedo el que la hizo que me estuviera insistiendo que me fuera con ella. Que arreglara mis papeles y me fuera para allá.

Cata

Cuando mi hermana se enteró de que yo ya estaba en Estados Unidos, pero que iba embarazada, se molestó... Creo que pensó más en mi embarazo que en lo difícil que había sido cruzar.

María

Entre las familias mexicanas, tanto la maternidad como el *maternazgo* se extienden como participación ampliada entre las mujeres del grupo, realizado bajo expresiones de solidaridad, apoyos económicos, desplazamientos. Cata nunca se pensó en Estados Unidos y habría permanecido en la frontera, de no ser por el temor de su hermana a ser embrujada por una suegra suspicaz. Aunque con suficiente información como para no temer, Cata deseaba vigilar las comidas de su hermana porque *en México se acostumbra que cuando vas a tener un bebé, la familia te cuide*. En un plano distinto, Juana, con gran experiencia después de haber criado una docena de hijos, decidida a apoyar a su hija en el cuidado de su nieto mientras esta emigraba, enfrentó a su segundo marido: *te pese o no te pese, yo he de ayudar a mi hija con su niño, a ti no te duele porque no la pariste*.

Eventualmente el ejercicio solidario del *maternazgo* de parte de familiares llega a extenderse por años. Los testimonios refieren que esta situación se da basada en la confiabilidad del parentesco, en la falta de opciones y en la disposición de abuelas o tías, para probar un vivaz compromiso en la atención a los menores, en un sentido en

el que educarlos, alimentarlos y velar por su salud conlleva a desarrollar esfuerzos metódicos, a empeñar recursos y a establecer fuertes vínculos afectivos sostenidos en el tiempo. Aunque con altibajos, un maternazgo así, paulatinamente debilita la relación materna, y podría devenir en una transferencia de representaciones respecto de la figura materna. Este proceso se ejemplifica con el caso de Juana, solidariamente comprometida con su hija, quien, gracias a tal apoyo, pudo realizar su salida a Estados Unidos: ... *me dijo: ¡Mamá si usted me ayuda con mi hijo a que se le quede con usted, yo me voy pa' los Estados Unidos! Y luego que me acomode le mando dinero pa' que me compre un terreno y haga yo una casita para venirme...* La respuesta de la abuela fue solidaria: *Yo le dije a ella: déjame lo y vete con tranquilidad.* Bajo la promesa de mandar dinero, y dejar la inmediata manutención de su hijo a Juana, Balbina se trasladó a la Unión Americana, y tardó años en restablecer la comunicación, periodo durante el que Juana, literalmente, adoptó a su nieto y resolvió todas las necesidades que surgieron durante el distanciamiento: ... *en tres años me mandó 70 dólares para cuidarlo, después me mandaba de cuando en cuando.* En el caso aludido, los llamados telefónicos y los envíos resultaron insuficientes, no así los esfuerzos de Juana ante su nieto: *Él me fue queriendo mucho, yo también. Le compraba lo que me pedía, su refresquito no le faltaba...y ya se crió, era muy enfermizo, siempre estaba en el IMSS, y yo cuidándolo.* Aunque la atención prodigada por familiares o conocidos a cargo de los hijos de la madre itinerante son imprevisibles, el testimonio de Juana refleja la dimensión humana establecida cuando el cuidado se prodiga directamente y la inestabilidad que los tratamientos a distancia generan en los niños:

Cuando él tenía cinco años, ella empezó a necearme que se lo mandara. Hubo la oportunidad de que se vino mi yerno, el esposo de mi otra hija. Con el dolor de mi corazón, me separé de mi nieto. Pensé: bueno, si ella me lo está pidiendo, yo no le puedo dar la vida que ella le puede dar allá, buenas comidas y un estudio en inglés para que él aprenda todo. Yo aquí no puedo. Después me enteré de que ella lo daba a cuidar y que no lo iba a ver ni un día y pues me dolió mucho. Y pensé: ni modo, ya se lo mandé. Después empezó con cartitas a México y llamadas de teléfono. Que se lo volviera yo a cuidar. Le dijo a mi compadre y él me dijo. Bueno pues a mí me hizo enojar y pues le mande a decir: Compadre dígale a Balbina, porque se llama Balbina, pero aquí se cambió a María:

¡Dígale que, si ya no quiere al niño, que yo sí lo quiero, que me lo mande por avión! Ni floja ni perezosa me lo mando por avión, y ya lo vine a recoger yo al aeropuerto. ¡El niño no me quería ni ver!, ya no me conocía, tardó por allá un año. El duró conmigo casi 11 años... hasta la fecha dice que soy yo su mamá. Ya no está aquí, él ya cumplió 18 años, ya se fue pa' México a arreglar sus papeles, yo creo que quiere vivir por allá.

¡No te devuelvo al niño porque yo sí lo sé querer!

Relacional, el empeño familiar no materno involucrado en el cuidado de la progenie ejercita sus demandas. Las mujeres aquí entrevistadas sugieren que las consecuencias por dejar a los hijos al cuidado de familiares son inesperadas, y subrayan, además, que casi siempre es la madre y no el padre quien toma conciencia de tales implicaciones. De entre las posibles situaciones, ellas coinciden en señalar como frecuente la pugna en torno a la posesión de los hijos que dejan en México, sobre todo cuando estos quedan bajo el resguardo de sus abuelos. Inés rememora: *... aunque les mandábamos dinero a mis papás... yo me tuve que traer a los niños porque de repente ellos me decían que me los iban a quitar.* Sutil, la insinuación de los abuelos, en el caso de Inés tiene tan graves implicaciones que la empujan a tomar una decisión, exponer a sus niños al riesgo del cruce. Esta situación se refrenda en otros casos, y se revela el poder del ejercicio de los roles, así, los terceros a cargo, sobre todo las abuelas, llegan a proyectarse y a proyectar autoridad, amparadas por la seguridad que surge del cuidado prodigado. Esta interpretación maneja un acuerdo cultural cuyos valores operan bajo una lógica: que los hijos no pueden vivir sin sus padres y, sobre todo, que el cuidado solo puede *sostenerse* sobre una práctica continua, implicando simultáneamente el ejercicio del *maternazgo*. Aquí resulta necesario no perder de vista que este tipo de argumentos, las más de las veces, se apoya en los esfuerzos realizados a que conlleva una crianza prolongada y plena de dificultades, sostenida por quienes no son los padres.¹⁵⁶ Por lo tanto, bajo esta complejidad, se ordena el *maternazgo* gestando su potencial po-

¹⁵⁶ Atención que se hace más difícil cuando plantea la necesidad de solución

der que, a juzgar por los testimonios, se orienta a que la progenitora pierda la maternidad. María tiene tres hijos, uno de ellos nació en México y vive bajo el cuidado de la abuela. Independientemente de que, por las condiciones actuales de restricción migratoria, el regreso de ella a México es casi imposible, asume que, al haber dejado a su hijo, puede perderlo. Su relato permite observar la transferencia de roles bajo el ejercicio del cuidado directo: *Cuando hablé con mi mamá por teléfono, me dijo: ¿Ahora qué vas a hacer tú, con un hijo acá y otros por allá? Porque el otro, el que dejaste acá, ¡ya no te lo voy a dar! Este es mío, tú me lo dejaste.*

Aun si te cuidan a tus hijos... La dualidad maternidad-maternazgo in situ

Si la distancia entre ambos países fractura la relación entre madres distantes e hijos que se quedan, ¿qué semejanza guarda esto, en relación con las trabajadoras locales semanalmente separadas de sus hijos, de una ciudad a otra? La comparación lleva a analizar el caso de la trabajadora doméstica *encerrada*, cuyo rol de madre solo puede realizarse al procurar el cuidado de sus hijos mediante terceros. Más adelante se volverá a este caso.

Ya sea viviendo con hijos nacidos en el exilio o con menores trasladados a Estados Unidos, los padres que residen en East New Hall asumen que la necesidad de techo, cuidado familiar y provisiones obliga a realizar pagos indispensables, por lo que se recargan de obligaciones cada día. Abigarrada, la urgencia de recursos lleva a todo adulto a laborar o a rastrear el empleo, por tanto, buscar ayuda para la vigilancia de los hijos, si se dispone de recursos para pagarla, funciona como una condición que además es legalmente vigilada: *A la babysitter había que pagarle por cada niño, por semana.*

de problemas urgentes como puede ser una enfermedad o la provisión material cuando no se tienen recursos. Esto último es común. Cuando quien emigra se enfila, tarda en restablecer el contacto con México; a veces se pierde y, si logra establecerse, sus remesas dependerán de un trabajo que difícilmente observa regularidad.

Aunque cuidar niños es uno de los oficios más socorridos dentro de la comunidad hispanohablante, encontrar ayuda, algo que parece fácil, tiene su propia complejidad. En principio, la tarea de localización y de contratar a alguien demanda tomar el control de diversos aspectos tácitamente asignados como responsabilidad materna, formando así parte del *maternazgo*. Compleja, esta *vigilancia* se organiza de acuerdo con las distintas modalidades de la jornada asalariada materna: y funciona al día, semana o doble turno, y se suma a las labores de administración del hogar, también bajo la responsabilidad femenina. Son ellas quienes deben prever los detalles involucrados en el cuidado infantil prodigado por terceros. En este punto, se vuelve al caso de la empleada doméstica *encerrada*, representativo de la madre ausente *in situ*. Su dinámica laboral cierra un círculo de relaciones: ella da a cuidar a sus hijos durante días seguidos para poder cuidar a otros, por tener que vivir en hogares ajenos de cinco o seis días a la semana. Al repasar sus memorias, Guadalupe relata cómo en una entrevista de trabajo como *baby sitter*, todavía soltera y sin hijos, visualizó lo difícil que resulta ser madre y niñera, al interpretar el mensaje amable y sincero de quien no pudo ser su patrona:

Yo te agradezco que hayas venido hasta Brentwood a la entrevista, pero... eres muy joven. Un día vas a tener hijos y dejarás a los míos, así que yo prefiero contratar a alguien de mayor edad. Yo tuve una trabajadora que fue hermosa, era de El Salvador. Lucía fue como una madre para mi hijo mayor, vivió dieciséis años conmigo, murió en nuestra casa, en su cama. Yendo a su sepelio supe que existía Palmdale y que ella tenía familia. Ya estamos arreglando el cuarto para la nueva niñera, ojalá encontremos a alguien como ella.

Condicionada por la economía, la niñera *encerrada* manifiesta melancolía y muchas veces frustración, pues sus condiciones de trabajo le impiden la cercanía familiar, por lo que se ve imposibilitada a interactuar afectivamente, conocer y resolver los pormenores de alimentación, educación o desarrollo de sus hijos. No es poca cosa observar que, por sobrellevar un cuidado ajeno, a estas mujeres las transcurren periodos perdidos junto a la infancia de sus descendientes, y se lamentan por no haber convivido a plenitud con ellos. Esta

experiencia, parcialmente las acerca a la de las madres separadas por países. Si sus semanas laborales son de seis días, en un mes de veintiocho, tendrán solo cuatro para ver a sus hijos, por lo que sobra agregar que un día a la semana es poco para intimar con ellos, después de seis días de no haberlos visto. Que la doméstica asuma su trabajo con angustia y culpa, como suele suceder, no exime a los hijos de experimentar la distancia de ella cuando más la necesitan, y se da por sentado que tal situación impide el pleno arbitrio de ella sobre la progenie. Por tanto, prestada por familiares, amistades y terceros, la atención y cuidado de menores puede resultar invaluable o aparatosamente deficiente.

Sea como domésticas, operadoras o niñeras a tiempo parcial, las madres de este estudio distribuyen su sueldo hacia el pago de otras niñeras, subcontratación que limita sus márgenes de movilidad laboral y ahorro. Pese a ello, solo algunas prefieren cuidar a sus hijos en vez de trabajar, pues cada dólar extra se ocupa. Si observamos las finanzas de Carmen e Inés durante el tiempo que dieron a cuidar a sus hijos para trabajar, se demuestra lo mínimo de sus entradas: *...por cuidar a cada uno de mis dos niños, la vecina me cobraba 50 dólares a la semana y yo ganaba 150, lo que yo sacaba era para pura beiby ciry y para la comida* (Carmen). *Yo trabajaba de seis a seis con salario mínimo de 6.25 y la niñera me cobraba hasta cinco dólares la hora* (Inés). ¿Cómo transcurre el cuidado entre las mujeres que trabajan por día? Mediante el ejercicio del *maternazgo*, el cual las obliga a resolver distintos aspectos, antes de dar a cuidar a sus hijos por horas, durante mañanas, tardes o noches, lo que marca la diferencia con las *madres distantes*. En principio, la madre que así trabaja, solo se separa de los menores por horas, asumiendo para sí la reposición de tareas que tienen que ver con la dieta, el aseo, la educación y recreación de los infantes. Las hijas de Olga han crecido, y ella recuerda cuando las *encargaba*: *... yo daba a cuidar a las niñas ... las levantaba temprano, había que cambiarlas y prepararles comida para que les diera la niñera y pues era distribuir la mañana para cambiarme, prepararlas y tener listo el almuerzo del día para mi trabajo en la fábrica. Al salir las recogía, llegaba a la casa, cocinaba, me bañaba y alistaba las pañaleras para otro día.*

Para la madre que trabaja, el tiempo parcial o la jornada matutina resulta idónea, de ahí que sea la más competitiva.¹⁵⁷ En general, si corresponde a la niñera vigilar y alimentar a los niños, es la madre quien se encarga de preparar y disponer dieta y enseres, lo que no dejó de sorprender a Juana, madre educada en la tradición: *En este país, quien cuida no tiene que cocinar, aquí hay que llevarle a la beibi ciri lo que uno quiere que coman los niños y ya nomás ella lo calienta. Si la que cuida no quiere ni mandar los trastes lavados, nomás así te los devuelve.*

Si la madre pierde el trabajo, la niñera se hace innecesaria; si el trabajo surge, la atención pagada es ineludible, este rejuogo es inevitable como sus eventuales dificultades, ya que no siempre es posible una adecuada atención por parte de las niñeras. El ejemplo de Olga no es excepcional, más de una vez descubrió que sus hijos estaban desatendidos por las encargadas de cuidarlos. Cansada de buscar a alguien confiable, prefirió abandonar su empleo: *Cuando yo estaba presente, la niñera los trataba bien, pero nada más me iba y pues o no les daba de comer o no les cambiaba de pañal y se rozaban.* Inés, con niños de más edad, observó maltrato: *no decían nada porque no sabían, pero yo me di cuenta porque un día encontré a la más grandecita con las mejillas irritadas y los ojos llorosos.* Por su parte, Soledad perdió la patria potestad de su hija, a causa de la mala atención de la niñera encargada: *Nos separamos. La niña iba a estar un tiempo conmigo y un tiempo con él, como trabajaba, tuve que darla a cuidar y se me llenó de piojos... Cuando él la vio, me la quitó; la mujer con la que vivía le ayudó. Yo estaba enferma de tristeza.*

Los anteriores ejemplos refrendan cómo involucrar a miembros de la familia en el cuidado de los más pequeños, generalmente resulta más confiable y económico. Aquí, las abuelas juegan un papel estratégico: *Una de mis hijas me dijo que me fuera con ella, que la persona que les cuidaba a sus hijos se los cuidaba nada más ocho horas y que les cobraba caro, hasta eso. ¡Era mi hija la que tenía que llevar la comida hecha pa' darles a los niños!...*

¹⁵⁷ Circunstancia muy útil para las empresas que, al utilizar a su favor la estructura de los modelos de uso del tiempo femenino, disponen de mano de obra altamente flexibilizada.

Juana emigró a California a los 65 años para ayudar a su hija con la progenie, labor muy frecuente entre las madres de New Hall, donde abuelas o tías brindan, modestamente retribuida, una atención que con mucho rebasa las expectativas fincadas en una relación meramente laboral: *Aquí en New Hall, le dije a mi hija: yo no te voy a cobrar todo ese dinero que te cobran aquí. Yo te voy a cobrar 50 dólares y voy a cuidar a tus hijos, mis nietos. Si se puede, día y noche. Voy a cocinar, voy a hacer todo, los voy a bañar. Cuando nazca la niña o niño, lo que sea, me voy a hacer cargo de él... Así fue.*

A más de dar cuenta de la atención de la *nana-abuela*, el testimonio de Juana ilustra cómo evoluciona la relación de cuidado cuando es intrafamiliar. La experiencia participante permitió constatar que, en más de un caso, generalmente más esforzado y pródigo en detalles, el cuidado de las abuelas puede derivar en abuso o ingratitud hacia ellas, pese a que su ayuda evita correr riesgos: *Aquí si no está la abuela, se lo dejan a cualquier persona.* En la familia inmigrante y, sobre todo, entre niñeras hispanas y abuelas, el cuadro a continuación referido llega a replicarse:

Cuando mi hija se iba a trabajar, me levantaba a las seis de la mañana a ver a los niños a cocinarles y a bañarlos y andarles poniendo el calzón... Luego el chiquito entro al kinder y la niña a la escuela... Yo también cuidaba a otra niña, se llamaba Brenda. Echaba yo a las dos niñas en la carriola y por delante al niño y tenía que estar allá a las 10:40, que entraban a la escuela. ¡Camina-ba hartito! Unos seis blocks (12 cuadras) y de vuelta en el calorón.¹⁵⁸ Al niño se lo traían ellos, en tanto yo me ponía a hacer de comer. Cuando llegaba mi yerno ya estaba la comida, la niña bien bañadita, yo tendía camas, tendía la ropa, la lavaba ¡No terminaba en todo el día! Les daba de cenar a los niños. A las ocho ya les estaba diciendo – ándenle a dormir –y los ponía en su cama. Ella se iba a trabajar con confianza. ¡Eso sí! Me daba sentimiento, a veces me contestaban mal, eran niños, pero ellos hacían burlas, luego me hacían sentir como que fuera su criada.

¹⁵⁸ Las temperaturas más altas en los veranos de New Hall. Cercano al desierto Antelope Valley, durante la fase de campo alcanzaban hasta 105 grados Fahrenheit. Fuente: Santa Clarita City Profile, City Hall.

A todo lo anterior, finalmente, se puede agregar que la calidad del cuidado infantil es un asunto que amerita atención por parte de los padres y las madres, en tanto que no solo repercute en los menores, sino que llega a darse en ambientes improvisados u hogares adictos a los monitores del televisor, donde *las que cuidan no piensan que la educación debe de tener un lugar*; no promueve hábitos de orden o convivencia en los menores, ni estimula su aprendizaje. A largo plazo, tales deficiencias remarcan condiciones generacionales de aislamiento. Por ejemplo, para contextualizar mejor el ambiente en el que viven, los menores deben aprender inglés. Al crecer apartados del medio, solo aprenden español, así que al arribar a los espacios escolarizados y convivir como alumnos con otros niños anglosajones y un sistema escolarizado angloparlante, se integran con retraso en el aprendizaje del idioma oficial. Sin aclarar el panorama, algunas madres hispanas optan por no dejar que los hijos hablen español, creando a su vez una limitante hacia su cultura de origen. En esta disfuncionalidad ¿cuál es la posición paterna?

Él nunca sabe si los niños comen, cómo están, quién los cuida, ni lo que yo pago

Un punto y aparte respecto del cuidado infantil pasa por enfocar una atención que nace genéricamente designada. Desde el *maternazgo*, se explicita cómo, tanto la ayuda prestada por las familiares, como la determinación sobre quién, cómo y cuándo dispensar el cuidado de los hijos, son decisiones generalmente asumidas por la madre y consensadas por el cónyuge, operando al hilo de una división sexual del trabajo caracterizada por involucrar solo a las madres y por una esporádica participación de los padres. En el entorno de estudio, la queja común entre las mujeres gira en torno al desinterés de los padres en lo que concierne a la planificación del cuidado infantil. Aunque Isela ha vivido una relación de pareja estable —durante las entrevistas no observó molestia alguna hacia su esposo—, la forma en que describe el cuidado hacia sus hijos confirma una típica división de responsabilidades: *Mi esposo me empezó a ayudar en el cuidado de mis hijos hasta que mi niña tenía ya unos cuatro años, antes ni siquiera los cuidaba; bueno, hubo un tiempo en que mi mamá los estuvo cuidando*. Muy distinta es la posición de

Olga, quien reconoce que la atención infantil fue siempre tarea suya, externa una crítica fundamental a una división de tareas inequitativa e injusta para la madre migrante: *...él no me ayudó nunca, nos peleábamos, porque yo le decía: tú no me ayudas ¡Y tú ni te enteras! Hasta la fecha, él se va siempre a trabajar y nunca sabe si los niños comen y cómo están, quién los cuida, ni lo que yo pago.*

En una sociedad donde la inserción económica de ambos cónyuges resulta indispensable, que sea la madre quien asume la atención de los hijos, marca un desequilibrio de tareas que este trabajo reconoce incólume, al menos entre la población femenina entrevistada. La tendencia se repite en cada testimonio, por lo que no resulta difícil que, tanto en el caso de Evelia como en el de Cata, resalte similar la idea de que, con ocuparse de la provisión, en la que también participa la mujer, el cónyuge puede desligarse de importantes responsabilidades de la administración familiar; sostiene: *Para atender a mis hijos he sido yo. Mi esposo solo me da dinero para ir cubriendo lo que se necesite, es él quien mayor tiempo pasa fuera de la casa.* Cata también expresa una inconformidad: Él dice: *¡yo trabajo, así que encárgate tú! ...Y pues yo tengo que trabajar menos horas.* En conclusión, de haber una modificación en los roles sexuales en el nuevo contexto, esta consiste en el ejercicio de una mayor presión sobre el rol materno, que amplía su jornada y que exige a la mujer grandes compromisos. De conformidad con las normas locales, el niño debe asistir a la escuela, recibir educación, su salud debe estar vigilada y, además, requiere de espacios de actividad lúdica. Casi de forma exclusiva, de acuerdo con los testimonios, estas tareas son planificadas, vigiladas y desarrolladas por la madre, lo que la lleva a establecer contacto con las instituciones externas. A mediano plazo, su intento resulta invaluable, e incide en la asimilación cultural más lograda. Sin embargo, como habrá de verse, tales pasos definen el modo y la calidad de inserción social, lo cual repercute en la autoestima de la familia, caracterizados por una tímida y deficiente inserción necesitada de equiparar las tareas entre cónyuges y de fomentar la instrucción femenina. Al respecto, Esquivel, maestra de inglés, al observar el interés de las madres por aprender, comenta: *no se ha logrado que el padre se quede mirando (cuidando) a los niños, mientras que la mami sale por las noches a tomar clases.*

CAPÍTULO VII

Disposiciones epífitas y espacios simbolizados. Lo doméstico se construye

Ellas desde la trastienda, empujaban la vida hacia delante. Remendando los agujeros para que la vida no se derramara, ejercían la vida como el quehacer de cada día. Los hombres [...] vivían el exilio como si los aquejara una grave invalidez

Ugresic Dubravka

Matilde se levanta hora y media antes que su esposo a hacerle el desayuno. Desde la noche anterior prepara lonche para trece abonados y, al siguiente día, dos comidas regulares para el mismo número. Manda hijos a la escuela, hace la limpieza. Por la tarde organiza tandas, vende joyería y trastes; así obtiene ingresos propios. A esas mismas horas se da maña para atender las juntas de la comunidad o de la escuela de sus hijos, que eventualmente lleva a la biblioteca o a los talleres de los que llegue a enterarse. Con esfuerzo, porque no sabe inglés, diariamente les ayuda en las tareas. El sábado va al mandado, hace limpieza general y lava ropa. Cada día se acuesta a las diez y media de la noche. Trabaja dieciséis horas diarias. La rutina de su esposo es distinta, obrero de una compañía en horario regular de lunes a viernes transporta a sus hijos a la escuela, para irse después a su trabajo. El sábado lleva a Matilde al supermercado. Al preguntar a Matilde qué hace su esposo al llegar de trabajar, ella responde: Aquí a la casa llega entre cinco y veinte o cinco y media (en este punto la niña pequeña interrumpe para decir que cuando su papá sale de trabajar trae cerveza) y llega buscando de comer, así que la comida tiene que estar lista, termina de comer y se va a acostar a aquel sillón (señala un asiento y ríe) se acuesta ahí una media hora o una hora. ¡Puede tardarse ahí las horas que sean! De ahí se aburre y se sube y le pregunta a la niña que qué trabajos tiene, o platica conmigo, o se sube a encerrar arriba a ver televisión, y de ahí vuelve a bajar, da vueltas, come otra cosa, y se vuelve a sentar a ver tele y a las ocho se sube, porque ve una novela, a las nueve se acuesta... ¡Ya él a las nueve tiene que estar durmiendo!, ese es su día de él, ¡muy agitado! (risas).

Diario de Campo.

EL SUSTENTO FAMILIAR, LAS COPARTÍCIPES Y EL MITO DEL PROVEEDOR

Este trabajo observa que, en los hogares de East New Hall, el aporte femenino en la provisión material no incide en la división sexual del trabajo,¹⁵⁹ y se diluye sin lograr involucrar a los cónyuges en las tareas domésticas, sin modificar la subyacente representación del varón como proveedor. Aparte de manifestar insatisfacción, la madre asume su responsabilidad como tal, al atender, asimismo, la vinculación familiar, lo doméstico y sus compromisos laborales. El padre se emplea en los trabajos que le sean posibles y el espacio externo funciona como *continuum* de esta dinámica. Mientras que los hijos asisten a la escuela, la pareja se inserta en el modo de reproducción social a gran escala y su *división cultural del trabajo* (Hetchers, en Bach, 1985: 13), con lo que se retroalimenta el ramo de los servicios. Los tiempos estructurados del patriarcado tradicional, emulados por Juana, han cambiado para mantener su vigencia: *Mi primer marido era celoso y flojo. Yo andaba en las casas pidiendo comida pa' poderles dar de comer a mis hijos... El segundo fue muy trabajador... me quería mucho y me daba el dinero... con la diferencia de que ahora ellas están comprometidas en la cobertura de gastos con los que se mantiene el hogar. Si afirmar lo anterior no sobresalta por su novedad, sí conmina a exponer sus detalles. Se ha dicho que la mujer estructura a la familia sobre el sistema por medio del hogar, y tal aserto se desdobra en este esquema de responsabilidades, cuyo funcionamiento denuncia una labor en despoblado, sus deficiencias e inequidades, lo que puede resolverse, y lo que no.*

Inevitablemente compartida por la mujer, la provisión material suma angustia y obligaciones, lo cual genera conflictos cotidianos en la pareja. Aunque con el tiempo su participación gesta modificaciones, estas tienden a ser lentas (no necesariamente emancipatorias). Por ejemplo, ellas tienen claro que su ingreso económico, disposición al

¹⁵⁹ Perspectiva que difiere de la de Castells, quien señala que la desaparición del patriarcado característica del siglo XXI es ocasionada en parte por la participación de la mujer como proveedora, lo que pone fuera de contexto a una actividad tradicionalmente masculina (2001: 260).

aprendizaje y habilidades de manejo doméstico inciden en el contexto desajustando las jerarquías sexuales. Este razonamiento deriva, no de cuestionar al género, sino del fragor que implica sobrellevar la vida y emular roles en un territorio que exige su modificación urgente. Aun así, el dominio cultural asienta sus reales sobre el conflicto de pareja, motivo por el que la contradicción femenina antes suscrita deviene en contrariedad latente. Expresada o no, la protesta afecta el estado de ánimo de la informante, pero no la reiteración de roles. El ejemplo más acabado del *dominio masculino* se revela espacialmente, su anecdotario redonda en el testimonio de Cata, Matilde, Olga, Inés y Evelia. Pese a que la habilitación doméstica adeuda su existencia al tesón femenino, la titularidad del departamento o la casa tiende a adjudicarse al cónyuge varón por él mismo, y se le destaca a él por cualquier motivo, lo que ocasiona desavenencias que desestructuran el propio corazón de la inserción familiar, como con toda justicia lo reclama Olga: *El todo el tiempo dice que el departamento es suyo... ¡Pero yo se lo hice habitable!* De hecho, sin menoscabo de la participación femenina, ampliada por la carga de la subsistencia propia de la vida transterrada, la facultad para decidir quién se queda o se va, se ejerce como amenaza frecuente y como reiteración de prerrogativas que, excluyentes, resimbolizan el dominio tradicional por encima de circunstancias desde las que bien podría renegociarse una mayor equidad de pareja. Además de trabajar, Cata atiende la casa y a su hijo pequeño. Al sumar los gastos que realiza en la manutención de la familia, deriva que invierte más que su esposo, sin que tal hecho cambie una percepción, que él socializa: *Mi esposo me ha corrido mucho. Me corrió cuando estaban mis cuñados...*¹⁶⁰

¹⁶⁰ En este estudio resalta la inseguridad y temor con que las informantes consideran la posibilidad de separación conyugal. Aun si median amenazas, celos, maltratos o golpes, en general ellas tienden solo a indignarse, actitud que obedece a razones prácticas. Para la inmigrante, sobre todo en su papel de madre, suponerse sin hogar, o como madre sola, la expone a la vulnerabilidad socioeconómica, que afecta sobre todo a sus hijos, optando por valorar más la presencia y oportunidad de orientación paterno/materna para la progenie. Quizá el aspecto material de mayor peso para ellas, mismo que refrenda tal comportamiento, funciona en relación con las rentas. Conseguir una habitación o un departamento, es casi un golpe de suerte que, como se

Esta situación también indigna a Matilde, quien, a fuerza de ahorrar con la venta de comida y accesorios de cocina, acondicionó su departamento: *¡Eso sí, cada que nos peleamos, lo primero que dice es que el departamento es suyo!*

Proveedoras. Participación doméstica tradicional, pero ampliada

En el lugar de estudio, las madres ingresan a su hogar recursos económicos provenientes de oficios manuales basados en entrenamientos que, domésticos, se extienden de la atención del hogar al entorno. ¿Doble jornada? Múltiple, pues el contexto las lleva a suscribir agresivas dinámicas que sobrepasan las ejercidas en su lugar de procedencia. Estas mujeres siempre están cansadas y así lo reconocen.

Que ellas aparezcan como *capacitadas*, mediada la *división sexual y arbitraria del trabajo*, las coloca en oficios genéricamente designados, en retroalimentación con lo doméstico, por lo que se debe observar que los cambios graduales en el desempeño de los roles no redundan en mayor equidad. En la sociedad que el inmigrante asume y adopta, los patrones varoniles se transforman de una práctica que pasa de la intervención económica y social femenina, la cual, de hecho, podría desmontar el dominio del varón hacia una *representación* simbolizada de este, ritualizada sobre reiteraciones estratégicas (como las que en torno al espacio se han descrito). En otras palabras, ellos abandonan roles que transfieren a ellas, y no por eso pierden poder. Al respecto, la observación de López (del Centro Comunitario), alusiva a una

ha visto, aun compartido, resulta difícil de sobrellevar. A lo anterior poco le ayuda el desamparo migratorio, el desconocimiento de una ley que sanciona la violencia doméstica (del que con el tiempo echan mano), ni el discurso eclesial que promueve en la inmigrante una actitud dócil, conminándola al orden, “haciendo evidentes, naturales y obvias unas prescripciones y unas proscipciones”, que además de someter a estas mujeres, “son de naturaleza arbitraria”. (Bordieu, 2010: 75). Estos elementos explican la decisión de Cata para permanecer en su casa, aun al ser echada de ella por su cónyuge: *Cuando he tenido problemas, me detiene la iglesia, no puedo fallarle, fallarle sería...yo quiero dar testimonio de que Dios es amor, de que Dios es perdón y si me fuera de la casa, destruiría una casa, destruiría la ilusión de ver a mi hijo crecer en un hogar.*

deconstrucción contemporánea del hombre latino que, sin reconocer sus propios cambios, se aferra sobre su endeblez, resulta inquietante: *el hombre mexicano aquí asentado, o el nacido aquí, de ascendiente latino, no está aprendiendo qué quiere decir ser hombre y, al mismo tiempo, no hay ya hombres viejos de los que había antes, los tipos que tenían integridad, aunque eran medios cabrones*. En suma, en el hogar inmigrante de estudio, la disposición tradicional de roles se reproduce sobre la ampliación de responsabilidades femeninas, deglutiendo los cambios que esta pudiera sugerir. Que los dos sufragan los gastos propicia una laxitud de desempeños del lado masculino. Si tomamos como ejemplo la provisión del vestido para sí mismas o para los hijos, sufragado por las informantes, se observa el desdibujarse de aspectos típicos de la división sexual ruralizada que el varón pretende sustentar. El testimonio de Cata refleja cambios graduales: *...antes le peleaba yo por la ropa a mi esposo, o tenía que usar de segunda, porque él es muy agarrado... ahora si quiero una blusa, pues, la compro, aunque a veces no alcanza*. Como proveedoras, las mujeres tienden a percibir salarios más bajos que los varones por dos razones: sus oficios genéricos de baja remuneración y, sobre todo, por atender el hogar. Ellas se obligan a disminuir sus horas trabajadas o, de otra manera, a trabajar sin tregua. Aun así, cubren gastos que antes no hacían: *Él ahora ya se compra su ropa, antes yo se la compraba y decía: pues le llevo un pantalón, una playera, pero llegó un momento en que dije: ¡no es posible que hasta eso le esté llevando y cuando yo le pido, él no me da!* (Matilde).

Así, las mujeres de este estudio realizan una participación tradicional, pero de mayores exigencias, ya que se observa que ellas tienen que atender el hogar, a los hijos, el trabajo, y proveer junto a los esposos, que de igual manera trabajan. Así, desde acciones proyectadas/realizadas en periodos de 24 horas y que, trascendiendo la simple enunciación, no pueden llevarse a cabo como secuencia práctica, sino como disfuncionalidad, se alteran códigos interpersonales basados en una resistencia a asumir las dinámicas realistas a que el entorno conlleva, como se observa entre los varones empeñados en mantener sus roles típicos. Riñendo con sus hermanos, Marta expresa su renuencia a trabajar el doble turno que ellos le piden, a vivir para trabajar o a rendirse a la indolencia respecto del mantenimiento doméstico:

No me gustaba que mis dos hermanos me dejaran todo el cargo a mí. Uno de ellos, aunque agresivo, era trabajador... Cuando yo tenía la oportunidad de verlo cansado y darle de buena manera una comida, no lo hacía. ¡Yo les peleaba mucho, porque como mujer que era, tenía que limpiarles! No me lo pedían, pero yo sentía feo vivir en un lugar sucio. Ellos, como hombres, son desordenados...entonces ¡yo, como mujer, tenía que limpiar a ley! Si dejaba de hacerlo, a ellos, como hombres, ¡no les importaba!

Es a partir de la dinámica organizacional del hogar, que el disgusto femenino se contextualiza y enfoca el desinterés varonil, pues, aun cuando ellos podrían asumir una verdadera colectivización de lo doméstico, en general, el desinterés masculino diluye las coyunturas que el sistema laboral ofrece o exige, acción a la que también contribuye la revitalización sistémica de los roles tradicionales, necesaria a la globalidad. Si el caso de Marta no es único, el de Francisca es excepcional; subraya cómo el rol laboral asalariado puede, a partir de dinámicas conyugales, auspiciar una transformación: *Siempre he tenido dos trabajos, y me ha gustado trabajar y tener dinero. Es él quien se ha encargado de todo el quehacer, aun estando pequeños los niños.*

En torno al testimonio antes citado, se puede observar que, pese a la circulación/reproducción de las posiciones laborales que el sistema asigna a la pareja inmigrante latina, cambios estructurales, empezando desde la intimidad del hogar, serían posibles. La alteración de patrones domésticos, debidos a la irrupción del trabajo asalariado, circunstanciales, se registran durante las primeras semanas de inmigración: *...en los primeros días, el primer trabajo lo conseguí yo, entonces él cuidaba a los niños, los bañaba, lavaba la ropa y pues la comida, él la hacía... lo más fácil, unos frijoles; algo más complicado, lo hacía mi hermana... Después ya no, entró a trabajar a una fábrica y ya no se preocupaba por los niños, nada más trabajaba en la fábrica y ya. Yo, a diferencia suya, regresando del trabajo, tenía que atender a los niños (Inés).*

¿Ofrece la experiencia inicial un momento propicio para implementar cambios? Sobreviniendo el reacomodo, la experiencia demuestra que no, y tal cosa, como se verá, ocurre también respecto de otros raseros, el movimiento femenino o la disposición de ella a los aprendizajes. Pasado el periodo de habituación, el incremento de tra-

bajo para la mujer y la carga masculina de trabajo, ruda e inclemente, se reflejan en la rutina cotidiana aquí focalizada, en lo que Inés resume en relación con las actividades que realiza durante un día ordinario:

...me levanto a las cinco y media de la mañana, cocino, preparo desayuno y lonche, y les doy de comer a mis hijos. Mi esposo (a quien despierta casi tres horas después) los lleva a las clases. De ahí, entro a las ocho al trabajo para salir a las cinco... me voy corriendo a la escuela de cosmetología y voy saliendo como a las diez y media de la noche... Llego de la escuela, viendo si mis niños comieron, saco algo de comida para cocinar temprano, me baño, y echo la ropa a la lavadora. ¡El cansancio es fuerte! Me voy directo a la cama, me siento irritada y no quiero que nadie me moleste.¹⁶¹ Los sábados es lo mismo, no me dan ganas de hacer nada, pero mis niños quieren salir. Yo los entiendo, los llevo a la tienda o con su tía. Pero siempre trato de descansar.

De hecho, hay que reconocer que si la participación económica en pareja no promueve la emancipación femenina, aprovechando la lección y coyuntura de los primeros días, la habilidad y recursos sobre el medio sí determinará que la reterritorialización de la vida se normalice hacia la tipicidad de los géneros que ambos cónyuges emulan. Una vez que aprenda como comprar, Matilde cocinará para otros, y dejará ir los cambios que prometía su arribo: *Cuando llegué, las primeras veces él me llevaba a comprar, él compraba todo, decía qué comprar y qué no... yo no sabía cuánto era una libra y pues yo sabía pedir de a kilo.* Sobre esto hay que observar que la reproducción de moldes tendrá que sortear nuevos factores: un clima inhóspito, otro idioma, regulaciones desconocidas, distancias largas, y que tales circunstancias, eventualmente, se suman a la desigualdad con que la pareja se mueve. Que el cónyuge haya emigrado antes, lo que, de acuerdo con Esquivel, maestra de la escuela de adultos, es frecuente, es solo una de las varias diferencias de esta naturaleza:

El esposo que tiene más tiempo aquí sabe inglés, gana más. He tenido solo un caso en el que ella ganaba más. Esa pareja sencillamente se disolvió... ahora

¹⁶¹ Aquí la informante refiere un problema. Ella se niega a tener relaciones sexuales, la respuesta de su cónyuge es violenta.

estamos afuera, pero haciendo lo mismo de adentro... en California, al igual que en el pueblo, las mujeres se levantan antes que sus esposos a hacerles el itacate. ¡Siendo que ellas también trabajan!... La triple jornada es un proceso, una fase de adaptación, las condiciones propician este fenómeno. Varias de ellas se rebelan y tratan de hablar con los maridos... algunas ya han logrado que ellos laven los trastes; eso no se veía antes. Que los padres lleven al niño a las clases o al dentista. Pero lo que no se ha logrado mucho es que él se quede mirando a los niños y ella pueda estudiar.

El malestar femenino

Al dar por sentado que lo doméstico es responsabilidad de la mujer y que tal cosa incluye las distintas facetas de la administración del hogar, incluido el cuidado de los hijos, si los hay, en East New Hall, los hombres le dedican más horas al trabajo asalariado, disposición que ellas, por imposición o voluntad, aceptan.

De este acomodo importa observar que, en términos de la estructuración cotidiana, el cónyuge traslapa sobre el tiempo laborado, la acepción de *tiempo donado al hogar* en su calidad de proveedor. Desde esta interpretación, su jornada laboral, por sí y en sí misma, además de constituir la expresión fehaciente de la atención que él, como varón, puede brindar por día, acota un horario definido, equivalente al que invierte en su trabajo. Implícita pero efectiva, esta lógica se desprende de los comentarios realizados por Inés y Matilde, la cual resulta aleccionadora, en los cálculos que, sobre las horas trabajadas, diferenciadas en la pareja, estima Olga: ... *él se va a trabajar y regresa a las seis... y él ya con eso, ¡cumplió su día de trabajar!, ... él tiene pagadas todas las horas que trabaja, mientras que yo limpio casas y eso me permite tener un horario menor de trabajo. Salgo de mi casa a las ocho de la mañana y regreso a las dos de la tarde para poder cocinar... ¿Él? No tiene horario, llega a las dos, cinco, o siete de la noche.*

Los dos trabajan, pero ellas se levantan antes. Isela, cuyos hijos asisten a la *high school* y al *college*, pues han crecido, recuerda la organización matutina con la que dio inicio su escolaridad: *Él llevaba a clases a las hijas, entraba más tarde al trabajo que yo y se levantaba a desayunar lo que había preparado. A ellas y a él, les dejaba preparados sus lonches, me levantaba antes para hacerles el desayuno, darles de comer a las niñas,*

arreglarme y arreglarlas. Me iba al trabajo. Regresando hacia de comer. Si iba a clases, tenía que dejar cocinado.

Si los hijos aún no van a la escuela, las mamás los llevan con la niñera, no sin antes equipar una maleta con pañales, talco, crema y hasta juguetes y, de acuerdo con las edades, los alimentos especiales de bebé. Así, sobre la práctica, las demandas reales del hogar hacen insuficientes los intentos femeninos que enlazan madrugar, trabajar fuera, cocinar, levantar la cocina, disponer pañaleras o preparar a los hijos, hacer la tarea con ellos... Habida cuenta, este ritmo de trabajo somete a la inmigrante a una prisa incesante desde la que observa su vida como un transcurso fugaz. Percepción extensiva al modo de vida estadounidense que, sin embargo, con base en la división sexual aquí ejemplificada, se exagera en los roles femeninos. Con toda esta suma de detalles expuestos, se perfila el trazo del hogar y a sus autoras, y hace comprensible el cansancio y la animosidad con la que un día reaccionan. Víctima de abuso infantil, Cata acude a la iglesia, intentando sensibilizar a los padres. Su rutina apenas se lo permite. De esto, lo que más le molesta es la actitud cerrada de su esposo: *Una vez fui a la escuela de padres y llevé al niño con el doctor. Vine a cocinar, no me quedó tiempo para lavar... ¡Se me armó un pleito! Él dijo que lo primero lavar... pero ¡yo no estoy de acuerdo!...* La referencia de Cata no solo engloba la duplicidad de tareas a que se somete la rutina de la inmigrante que quiere sacar adelante al hogar familiar; también permite leer entre líneas que, abigarrada, esta debe prescindir de aspectos necesarios, menguando la calidad de vida familiar y la estabilidad emocional de la *responsable*. Por otra parte, sobre la mirada del cónyuge en cuestión, se exhibe el cartabón de una distribución de cargas tradicional, que, mecanizada, no alcanza a recapacitar en la complejidad que la inmigrante enfrenta. Conforme a otros testimonios, tampoco parece interesarse en ello. Aproximada en sus contenidos, la referencia de Inés, quien cada día estudia, trabaja, atiende hijos y hogar, parece corroborar esta dinámica: *A mi esposo hasta la ropa se la tengo que arreglar yo, él no me ayuda ni a lavar, para él su día termina cuando acaba el turno de la fábrica. Intenté pedirle que me ayudara ¿y qué pasó? Terminamos peleando. Me llamó güevona. ¡Hasta cuando se baña, grita que los niños o yo, le llevemos sus calzoncillos!... o el jabón.*

Los conflictos suscritos revelan un resultado: si la inmigración ha traído la posibilidad de insertar a las mujeres a un empleo de mejor salario, esta no redundo como emancipación sino como apremio, lo cual relega el potencial de cambios al futuro. En lo inmediato, los argumentos prácticos ejercen su fuerza para que la pareja se mantenga unida, más por interés que por armonía. Al inquirir a las informantes sobre la decisión de continuar su relación, las respuestas coinciden en un abanico: conservar el departamento, mantener la relación de pareja para que los hijos tengan un hogar, ocuparse de que sean ellos (siguientes generaciones), quienes puedan realizar cambios, hacer rendir los magros salarios, asumir la tradición porque preserva valores que en otras circunstancias se pierden, estudiar un oficio para obtener un mejor sueldo, lo que por estrategia demanda evadir enfrentamientos conyugales (originados no por la alteración de roles cuando ellas estudian, sino por la de rutinas, pues ellas no están en casa). Estas y otras razones obligan a decisiones de pareja en el siguiente sentido: Los hombres se abocan al trabajo externo y ellas, orientadas alrededor del cuidado, abrazan roles conocidos y contribuyen con el aporte económico. Conforme a la práctica, los conflictos citados apenas dan cuenta del nivel de cansancio emocional y físico de estas mujeres, conscientes de que el cambio solo sobrevendrá *cuando sus hijos crezcan y formen nuevas familias*. Así, ellas deciden continuar las dinámicas. Apercebidas de que sus estrategias domésticas: *funcionalizan* el hogar, *su economía* (ahorro, abasto, ingreso) y su *continuidad*, más por estrategia que por convicción, sobrellevan los roles, *al hacer* el hogar como suele esperarse que *debían*, y posponer cambios eventualmente deseables, pero circunstancialmente improcedentes. No sin cuestionarlo, así es que se constituye el horizonte femenino en el destierro, a la sazón, instantáneo e inabarcable.

TECNOLOGÍA DOMÉSTICA Y NODOS SISTÉMICOS

Mediante tareas indispensables para abastecer las necesidades de aseo, alimentación y descanso de los miembros de la familia (que como trabajadores son: puntuales, limpios y laboriosos), actividades como cocinar, surtir víveres y realizar el aseo habitacional resultan de una especialización genéricamente designada. Realizadas por las inmigrantes, estas actividades cierran el círculo de la reproducción económica. De lo anterior, resalta la desigual relación que guardan los miembros económicamente activos del clan familiar, ya se trate de hombres o de mujeres. Si ambos deben rendir como trabajadores, la mujer está obligada a promover, organizar y mantener los servicios que el hogar dona para el rendimiento laboral de ambos. Ella debe abarcar dos universos de labor: asalariado y doméstico, dos complejidades que podrían compartir ambos pero que, testimonialmente, resultan indiferentes para el varón.

Estafetas de género

Tanto a partir de experiencias ampliamente referidas por la literatura de género, como por las testimoniales y participativas, este trabajo puede sugerir una metáfora en torno al manejo de la unidad doméstica. Su manejo se estructura en forma de *nodos de responsabilidad doméstica*, articulando *subsistemas* de disposiciones específicas de complejidad variable, como pueden ser la limpieza del espacio, preparación de alimentos o adquisición de víveres.¹⁶² Si de suyo la

¹⁶² Con fines didácticos, estos quehaceres aquí se denominan *nodos de responsabilidad doméstica* e incorporan las tareas básicas para el funcionamiento del hogar familiar. *Cocinar*, por ejemplo, involucra todo un subsistema que descuello en ramificaciones: planificación y preparación de alimentos tres veces al día, diversificando menús por sabor y aporte nutrimental y según las necesidades de cada miembro de la familia, abasto y disposición de ingredientes, así como de accesorios especializados: servilletas, salsas, condimentos. Como *nodo de responsabilidad*, cocinar para la familia está entre las actividades que más estresan a las mujeres, y en el caso de las inmigrantes, hace la diferencia respecto de las horas trabajadas. Para cumplir los horarios de alimentación,

necesidad de disponer de las ventajas que estos *nodos* brindan, resulta deseable, en el hogar de estudio, la habilidad de implementarlos permite la retroalimentación de sus relaciones socioeconómicas con el medio, al hacer eficientes los limitados recursos con que cuenta (por ejemplo, la familia prescinde de comer fuera, en tanto que quien cocina se ajusta al presupuesto o busca economizar); tal característica les hace indispensables, por lo que se debe agregar que estos *nodos* deben funcionar con pulcritud y en tiempos acotados, pues los intensos ritmos de trabajo imponen una agenda inapelable, que, de no realizarse resulta en mayores gastos y desorganiza el funcionamiento doméstico y su eficiencia socializada. En tal sentido, no es casualidad que, en fin de semana, los supermercados que surten a los barrios latinos estén abarrotados, pues este mecanismo refleja la sistemática disposición de un orden conforme al cual, sábado y domingo permiten el abasto de los víveres de unidades que trabajan días hábiles y que así responden a dinámicas económicas más amplias. Al surtir los víveres, las familias se insertan al engranaje económico cual consumidoras, al proveer satisfactores materiales a sus miembros desde una reciprocidad solo aparentemente familiar, enlazada a los roles asalariados sistémicos que estos desempeñan y, a las labores, en este caso femeninas, de ama de casa, madre y esposa, en tanto *ella responde a la sociedad por el hogar*. En East New Hall, donde los viernes por la tarde se siente el ambiente festivo, y en tanto se celebra la conclusión laboral de la semana, caen las horas, se oyen corridos, rap, cumbia o banda, las entradas de los hogares se van poblando de grupitos de hombres que departen bebidas, con mayor tranquilidad. El sábado amanece. Se sabe que antes de mediodía, el supermercado estará abarrotado. Ese día se limpian y barren las casas y se abastece la despensa. Para Inés, madre que estudia y trabaja tiempo extra, el domingo, su único día libre, tiene dos alternativas: descansar o hacer la limpieza general de su hogar; opta por lo segundo: *El sábado trabajo, salgo a las dos de la tarde, hay que ir al mandado, así que el domingo, le pido a mi niña que me ayude, limpia su*

ellas deben trabajar más rápido o menos horas. Por otro lado, delegar a las mujeres las tareas nutricionales, las responsabiliza de los hábitos alimenticios y niveles de salud familiar, entre otros aspectos.

*recámara, y quizá el baño. Yo lavo y acomodo la ropa. Pero en su caso, como en otros, este proceder no da cuenta de una elección sino de un acotamiento. Si ella decidiera descansar en domingo, además de retraso, tendría que realizar las tareas aludidas en lunes. Sin tener tiempo, constata que guardar la expectativa en torno a que su esposo la pudiera ayudar resulta inútil, pues en lo actitudinal, él refrenda por todos los medios *que solo ella sabe cómo hacerlo: ...a veces cuando llega alguna visita el fin de semana, nos quedamos sin mandado. Cuando eso pasa, hay que andar corriendo a la tiendita, donde nos sale más caro, y él pues manda a los niños, pero si es tarde me dice que vayamos, que yo vaya también para que le diga que traer... ¡Es capaz de esperarme hasta que llegue de la escuela a las once de la noche!**

Como Inés lo corrobora, mientras que su esposo no atina *qué traer*, ella sí sabe *qué comprar*; de hecho, su discurso declaratorio ordena los dispositivos del conocimiento y del desconocimiento *genéricamente especializado*. En este caso, respecto del desabasto de víveres, *ergo*, al nodo *abasto de víveres* (que abarca cálculos financieros, comparación de precios, lugares, proveedores, marcas de selección, etcétera). En este ejemplo, como en otros, las informantes suponen lógico que frente a las múltiples actividades que ellas realizan, su pareja podría desarrollar una comprensión y, por ende, una actitud que redundara en el interés por aprender el funcionamiento de dichos *nodos*, hasta saber *cómo* compartir las responsabilidades que estos involucran. Tal actitud, además de que permitiría a los varones saber *cómo lavar el baño, surtir una pañalera, cocinar algo más complejo que un huevo*, modificaría las cargas de género, pero no es así; en general, la falta de interés de los cónyuges o hermanos empuja a la reestructuración típica del quehacer doméstico. De acuerdo con los testimonios, ellos no solo no se interesan, sino que eluden aprender, dando cuenta de un cómodo artificio que contrarresta el potencial irruptor del trabajo asalariado como responsabilidad de pareja. A Matilde le resulta excepcional que algún domingo el padre de sus hijos llegue a *hacer el desayuno para los niños*, en tanto que Inés destaca la importancia que tendría para ella que su esposo se interesara en las tareas familiares o *nodos*, y en su lenguaje marcan cómo es el despliegue de estos lo que *arraiga* la construcción de la domesticidad familiar. Aun con el deseo de delegar a su

cónyuge, al menos la tarea del abasto,¹⁶³ Inés no logra involucrarlo; *metódicamente*, él no aprende *qué* comprar: ...*él no se hace responsable de una familia, no sabe qué comprar, solo si yo le digo que tenemos que ir al mercado, vamos... ¡Hasta nos hemos quedado sin mandado! Porque él siempre me dice “como tú quieras” y siempre lo repite.*

Si seguimos con el ejemplo del abasto, ligado a una planificación presupuestal más bien precaria, la mujer surge estricta en su empeño por el ahorro, otra responsabilidad que como administradora doméstica asume. Matilde, que atiende abonados, para poder mantener sus entradas, debe planificar muy bien sus menús: ...*a veces me aburre cocinar todos los días, el estar pensando qué les voy a dar, qué sale más barato, qué es lo que rinde.* Si abastecerse involucra hacer rendir el salario básico del inmigrante, lavar involucra soportar *el peso de la ropa, la temperatura inclemente y los caminos largos.* ¿Comparte la pareja estas minucias que forman parte del peso específico de la habilitación de la

¹⁶³El *nodo* “abasto de víveres” es uno de los subsistemas domésticos más completos; implementarlo debe considerar requerimientos alimenticios y materiales: gustos, presupuestos, cualidades. Su proceso demanda previsión para adquirir insumos por marca, cantidad, precio, rendimiento y caducidad, en la cantidad adecuada para satisfacer el gasto material semanal o mensual. Una vez que se pagan en las cajas registradoras los víveres comprados, se deben disponer en bolsas para ser transportadas de la tienda a los domicilios, lo cual requiere de fuerza muscular para transportarlos. En un hábitat de calles largas, de temperaturas en ocasiones muy altas, y en otras muy bajas, donde pocas mujeres conducen y el transporte público resulta escaso, que ellos las acompañen y ayuden ocasiona discusiones eventuales con parejas no siempre bien armadas de paciencia o dispuestas en primera instancia a llevarlas al supermercado, a hacer filas, a elegir carnes, a recordar que se olvida el detergente. Ya en casa, se requiere que los alimentos sean lavados, los enseres distribuidos y ordenados conforme a caducidades y uso. Si lo aquí dicho resulta monótono, es que siempre ha estado ahí, con pocas credenciales como para asumirlo en su naturaleza metódica, no con la pasión con que, generalmente, los varones asumen la sistematicidad involucrada en el manejo de sus automóviles. Aunque el fin de semana en New Hall, el supermercado mexicano se abarrota de familias, curiosos, parejas y hombres que apoyan en la compra de los víveres, el seno del hogar y el discurso femenino da cuenta de otra historia. A final de cuentas, una mejor distribución de tareas, más equilibrada, sería invaluable.

unidad doméstica? No, sea porque ellos trabajan fuera o porque no quieren aprender, y no se interesan en el particular, como sucede en el caso de Inés: *¡Siempre era lo mismo! Lavar era mucha pérdida de tiempo y ahora que entré a la escuela, le dije: una amiga está vendiendo lavadora y secadora y me las da más baratas... y otra vez volvió decirme: como tu quieras ¡es que siempre me deja que sea yo la que decida!*

Al respecto, uno de los mecanismos que dificulta el abasto tiene que ver con el transporte, más accesible para los hombres que para las mujeres. Cata ilustra este problema y el origen de escozores conyugales de solución práctica. Que la mujer pueda conducir es tan urgente como que ellos entiendan la importancia de las rutinas familiares: *A veces le digo a él que hay que ir por el jabón y pues él no quiere darme raitte, o no quiere ir por el jabón y pues... yo tengo que comprar las cosas u obligarlo.* De todo lo anterior, se deduce que la participación del cónyuge en las labores domésticas demanda, además de voluntad, la necesidad de extender hacia ellos una visión integral del manejo de un hogar basado en subsistemas cuyo desempeño debiera ser compartido a nivel familiar,¹⁶⁴ ya que estos hogares, a su vez, revisten una importancia estratégica que sostiene múltiples relaciones y forman parte de un sistema económico que trasciende el ámbito familiar, el manejo doméstico es un problema de responsabilidad colectiva y de repercusiones políticas.

En conclusión, si las informantes deciden qué hacer para sobrellevar el hogar, es porque conocen y operan sus nodos, y se quedan

¹⁶⁴ Aquí, debe agregarse que no es suficiente la intención masculina de participar, sino de hacerlo aprendiendo. Por ejemplo, para cambiar un pañal al bebé, o preparar un arroz para que coman los niños, lo adecuado es hacerlo cada vez mejor. Huelga decir que no se trata de un aprendizaje que emerge de su complejidad desde un principio, sino que se aprende de manera paulatina, pero, sobre todo, se basa en *querer aprender* como totalidad. Esto demuestra una diferencia de actitudes de género; las mujeres asumen el aprendizaje técnico en los centros de trabajo industrial hasta desarrollar aprendizajes encadenados, intentan aprender inglés, tarde o temprano conducen un auto o cambian una llanta, todo esto sin menoscabo de sus habilidades domésticas. Y tal cosa implica querer aprender ampliando los roles, algo que el cónyuge puede intentar, lo que lo haría más copartícipe de la construcción doméstica.

solas en ello. La visión del hogar/sistema no es algo compartido por sus parejas. En el asomo de lo eventual, la participación masculina, al reiterar una división genérica disfuncional, sobrepone el peso de la construcción doméstica a la mujer, en tal sentido, discernir el papel de ella en su conquista no refiere un acto de heroísmo sino una situación que urge de equilibrio. Si él no sabe cuántas libras de qué tipo de carne se consumen por quincena, ¿qué lleva un almuerzo infantil? o ¿dónde están las cartillas de vacunación?, y necesita lavar, curar al hijo o cocinarse, el orden de las dependencias y los dominios de hogar, junto con los niveles de estrés, caen por su propio peso.

ELLA COMO PROVEEDORA, UNA TRANSFORMACIÓN LATENTE

Con las ganancias que obtengo de los abonados pago algunos envíos de dinero a México, me compro ropa, y hemos pagado la sala y el comedor. También vendo Tupperware y manejo una tanda de dinero; la ventaja del tupper es que me hago de trastes para la cocina, o para regalar. Al principio con lo de las tandas empezamos a pagar dinero que debíamos, pero ahora es más bien porque ya me acostumbré a la gente.

Matilde

Se ha analizado cómo al interior de la unidad doméstica familiar se reproduce una división del trabajo inequitativa que, sostenida por la madre, constituye y realiza la consecución de hogar, sobre todo gracias a su esfuerzo, lo que implica una tremenda carga para ella. Pues bien, otro aspecto de esta complejidad atañe al exterior. Obtener ingresos propios y contar con dinero para la renta, los servicios y víveres es la mayor premura de estos hogares, y se puede añadir que, inapelable, su imponderabilidad alerta la disposición femenina para contribuir con el pago de gastos desde un compromiso tal que habrá de descollar. Dicha actitud inicia como un rompimiento de los esquemas rurales tradicionales, al principio, se le observa poco entrenada en la práctica del pago de servicios y, eventualmente, sorprendida de tener que cubrirlos siendo mujer, todavía acostumbrada a la provisión masculina. Anecdóticamente, Refugio formula este sobresalto: *Me dijeron que ya tenía que pagar renta, aunque no tenía trabajo... ¡entonces yo tenía que pagar lo mismo que un hombre, aunque*

no estuviera trabajando y me cayeron mal!, ¡aunque fueran de mi mismo pueblo!

Una vez consciente de que para librar el riesgo de vivir en las calles, en el otro lado y a como dé lugar, hombres y mujeres deben obtener recursos mediante la disposición de empleo. La inmigrante detona su movilidad (laboral), revalora el tiempo en horas y, a la par de su trabajo, busca la oportunidad de lograr ascensos, de especializarse y aprender, de ahorrar. Esta forma de asumir el medio se refleja en los testimonios que, en retrospectiva, parecen sorprender a las propias informantes, de la capacidad que estas muestran y de los logros obtenidos. Sin que tal cosa justifique la sobrecarga que enfrentan, este trabajo observa su fortaleza para sobreponerse a las nuevas condiciones. En el barrio de estudio y desde la jornada múltiple, la inmigrante sabe trabajar, da prueba de iniciativa y muestra tenacidad, cualidades que parecen abreviar de las enseñanzas maternas por ellas aprendidas.¹⁶⁵ Rosalba enuncia este proceso, cuando al emigrar, retransfiere sobre sí misma la fortaleza observada en su madre: *Pensé que debía de ser yo la que saliera de la casa porque mi papá tomaba mucho, trabajaba cuando quería y la que llevaba allí la rienda era mi mamá, que lavaba ajeno y vendía tortillas y con eso nos sostenía.*

Generacional, el rasgo industrioso despunta de la falta de apoyo conyugal o de la precariedad material, y muestra la fuerza e iniciativa maternas como sostén del hogar:

Mi papá hacía mole de guajolote y barbacoa para vender. Ella vendía en la casa. Se peleaban porque ella decía que mi papá no quería trabajar. Pero mi papá nació en 1910, yo creo que él estaba enfermo, no tenía fortaleza. Ella sentía que era la única que ha trabajado. Decía: me he rajado la madre para que mis hijos puedan comer. Mi papá le ayudaba en Todos los Santos a ha-

¹⁶⁵ La especificidad de estos entrenamientos se refleja en el fraseo de las informantes: “limpiar con nitidez”, “ser hacendosa”, “trabajar como sedita”, reflejan una correlación de herramientas basadas en disposiciones genéricas, donadas por el patrón y la conducta materna, como lo sugieren los testimonios de Isela y Matilde: *Ella me enseñó hacer tortillas. Yo llegué hasta la preparatoria; para terminarla, mi mamá me ayudaba bordando y yo le ayudaba a planchar y lavar.*

cer pan, ella vendía tablillas de chocolate, vendía café que molía. Lo vendía en bolsitas para el café de las tardes que se acostumbra tomar en el pueblo.
(Francisca)

Frente a los embates económicos, una vez instalada, la inmigrante empleará esta *arduidad* aprendida de origen, como un currículo laboral que deriva de la inequidad o la pobreza. La relación establecida irá de la domesticidad al trabajo como herramienta y a esta como oficio remunerable; se trata de un modo idóneo al ámbito local de servicios y a la flexibilidad que *expropia* y pone en circulación una experiencia derivada de la situación cultural. La impronta de disciplina de la trabajadora inmigrante guarda relación con un compromiso familiar culturalmente aprendido, acentuado en el compromiso materno. Los hijos empujan en todas partes, como lo observa G. López respecto de otras empleadas californianas: *Yo trabajé durante trece años en los programas de empleo federal en el condado de Los Ángeles y pude ver en los programas de empleo que la mujer era más cumplidora, tenía más palabra.* La importancia de lo anterior se relaciona con el empeño femenino hacia un concepto holístico que incluye al hogar, la familia y la vivienda, aspectos que fortalecen la hipótesis de su autoría como constructora de hogar, que en más de un sentido se proyecta hacia tal fin. Complementaria, Marrujo (1995: 26), observa los comportamientos laborales diferenciados por género, señalando el caso de las trabajadoras maquiladoras, responsables y eficientes “en función de la necesidad de conservar un puesto de trabajo remunerado esencialmente para mantenimiento de la unidad familiar”. Pero si el empleo asalariado formal o informal desempeñado por las entrevistadas no hace mella en la división sexual del trabajo doméstico en sus hogares, tampoco surge exclusivo de la urgencia de recursos. Debe conquistarse transformando nociones arbitrarias, observando además que plantear un cambio tendría que sustituir la premisa *del quién debe hacerlo, porque debe hacerse cuando hay tiempo y por quién lo tiene*, lo que no sucede.

¿Cómo percibe la informante su desempeño como trabajadora? Reconoce que su contribución económica es inapelable, *desluciendo* frente a las exigencias domésticas. Ella no trabaja lo que pudiera y este *desestimar* revela su inquietud de cambio, y abre un proceso lento,

aparejado al ascenso laboral o la capacitación que eventualmente ella perseguirá y que empieza reclamando una transformación de mentalidad genérica, la suya propia. Aquí, la investigación ubica una resistencia al cambio desde sí misma y, más tarde, desde la ostentación del sistema regulatorio. Matilde subraya uno de los tabúes. El movimiento femenino es un riesgo para el esposo; por tanto, *salir* a trabajar se presta a susceptibilidades: *...era de pensarse que las mujeres somos iguales ¿verdad?, pero hay mujeres que si se van a trabajar engañan a sus maridos y por eso él no me dejaba trabajar.*

Olga, es otro caso. Trabajó desde muy joven: *En mi pueblo trabajé en las caleras dando de comer a la gente.* Logró un ahorro importante, al casarse decidió que no lo necesitaba: *se lo dejé a mi mamá... Pensaba que al casarme iba a depender de mi marido.* Pero su perspectiva cambió, pues para modificar la relación dependiente hacia su marido, volvió a emplearse en California, no sin conflictos: *...como que le daban celos porque supo que había hombres ahí... pero no, nunca paré de trabajar.* Esta oposición es corroborada por otras informantes. Para Evelia, la negativa fue absoluta: *él no me dejó ir a una fábrica o a limpiar casas, me dijo que solo que le faltara un pie...* Isela asumió trabajar asalariadamente porque su hijo le dio fuerzas para sobreponerse a la voluntad de su esposo: *...él no quería que yo trabajara... no me iba a quedar en la casa comiéndome lo que él traía, quería un futuro para mi hijo... entonces decidí irme a trabajar.* Matilde negoció la constricción de movimiento trabajando en casa, asistiendo a abonados: *En México él no me dejaba trabajar, lo veía como una burla. Aquí no tuve problema, le daba de comer a mi hermano y él me dijo: ¿Por qué no nos das de comer? ...Venía un tío, los muchachos que rentan, otros dos más y ellos me traían otras personas.*

Aunque el trabajo a domicilio facilita el cuidado de hogar e hijos, escampando el problema de los celos, mantiene a la mujer aislada, como sucedió con Malena, quien para evitar pleitos decidió permanecer en su casa, sin ganar mal ni aprender inglés, sin posibilidades de hacer currículo laboral local y, según sus propias palabras, sin aprender a hacer trámites: *...sacaba hasta trescientos dólares semanales cuidando niños... él me decía: Trata de vender cosas. Yo vendía ropa, oro y acostumbé a mis clientas a que vinieran aquí.* Así observado, rompiendo o no los movimientos regulatorios, el trabajo asalariado genera menos

modificaciones intergenéricas de las que podría, aun así, paulatinamente gesta el cambio, permite mayor independencia a mujeres que, por otra parte, valoran y ven valorar más su trabajo ...*aquí te alcanza un poco más, mínimo para darte un gusto...*, *se me hizo bonito que yo empezara a ganar mi propio dinero*. Además, al proveer el hogar, desmonta la dimensión de exclusividad del proveedor, no aceptada por el cónyuge, pero disputada por ella, y el cambio sigue siendo paulatino.

Las compras simbólicas reproducen jerarquías. Él paga renta, yo, marketa y ropa

Que ellas tengan capacidad de compra solo abre posibilidades graduales y lentas. En este sentido, el germen de cambio no se observa prioritario pues para ellas el objetivo central de su jornada es sostener el hogar, *manteniendo* su normativa. Aun si ganan más que ellos, se privilegia el enfoque sobre la conservación del orden jerárquico, lo que se refleja con claridad ante una diferencia de ingresos que las convierte en proveedoras principales: Isela trabajó en bienes raíces: *ganaba... unos quinientos dólares más que él. Yo nunca lo hice sentir menos*. Por su parte, Irene reconoce que ganar más, para ella significaba una oportunidad de apoyo para obtener una licencia de cosmetología y así poder ayudar a su familia. Al momento de la entrevista observó: *Yo creo que la renta la pago yo por que el dinero de él solo alcanza para la comida y para la aseguranza del carro, es que él gana muy poco*. En este sentido una forma contundente para detectar el *statu quo* se revela sobre el modo de comprar como simbolización de jerarquías: se puede gastar igual en comprar gasolina que en pagar la renta, pero no tiene la misma repercusión, ellos pagan compras consideradas importantes y ellas asumen el pago de la alimentación familiar considerada flexible. Al revisar las contribuciones de Olga, quien gana más que su esposo se percibe esta tendencia: *...yo me encargo de pagar billes (luz, agua, teléfono), marketa (mandado), la babysitter (niñera) y, de mis cosas. Él paga la renta, creo que pagamos más o menos lo mismo, y ha sido hasta últimamente que le he pedido que él también colabore con lo de la marketa...* *La razón por la que prefiero pagar los gastos que parecen fraccionarios es porque se me hace más sencillo*.

La proclividad de las informantes para ocuparse de surtir la *marketa* que incluye la alimentación de la familia, se altera en Cata. Ella sabe que en su hogar invierte lo mismo que su esposo, pero ha detectado que ocuparse de los gastos fraccionarios es más complicado y que, si su esposo se ocupara de estos, ella dependería menos de él, descansarían más y lograría que él se involucre en la atención doméstica. Él no lo acepta: *Yo creo que si juntara todos los pequeños gastos que hago, sí alcanzaría a pagar la renta del mes, pero no lo hago porque él no quiere. Yo siempre se lo he propuesto... le digo, ocúpate de esto y yo me encargo de pagar la renta, es más fácil, se hace rápido, hacer los gastos separados, planificar los detalles: ropa, comida, lavandería... es más complicado...*

La observación de Cata deslinda, a la par del esfuerzo, la carga de género implicada en la distribución de gastos. Es más complejo y laborioso ocuparse de los pagos fraccionarios –involucra *nodos*–. Cuando ella propone invertir los pagos, obtiene una negativa pues para ellos los cambios se hacen solo si preservan las jerarquías, lo que se refleja en un estilo de compras cuasi definido: ellos pagan renta, servicios, gasolina, ellas: *el cuidado del niño, la lavandería, la comida... papel, jabón de lavar, alguna falda o blusa*.

Pero los gastos considerados menores permiten una extensión de la flexibilidad femenina socializada, consistente en limpiar casas, cuidar niños, asistir abonados. Su trabajo se persigue o acepta flexible porque surge condicionado a un horario más corto, competido por la diaria obligación de atender sus hogares, que además coloca a esta mujer de extracción humilde como presta en su oficio. Junto con la oportunidad de desligarse de la presión de la renta, pagando los gastos fraccionarios, estos elementos cierran un círculo estereotipado, el de la sistémica constructora del hogar, al que solo cuestiona el descontento femenino, cuya voluntad, si persigue un cambio, deberá negociar con los convencionalismos que ella misma detenta, por el cónyuge y por las estrategias del sistema económico. Desde otra perspectiva, ocuparse de los gastos *detallados* ciertamente les exime de una carga estresante; el pago mensual de la renta en la vida inmigrante es un verdadero *látigo*. Irónicamente, ellas, artífices del hogar, no logran asumir como propio el espacio que acuna sus esfuerzos, no en la dimensión que sus cónyuges sí realizan. Pese a ello, el *artificio* del hogar consiste

en hacerlo habitable, tarea que encuentra su nexo en la *economía del detalle*, frecuentemente asumida por la inmigrante: *Los aparatos que tenemos, los hemos ido comprando entre los dos, el comedor, el estéreo, la tele... yo soy la que distribuyo porque él me entrega el cheque*. Los gastos en partes pueden involucrar fracciones peculiares. Matilde percibe al mes el equivalente al doble del pago de la renta que su esposo desembolsa, pues ella opta por invertir en su casa: *...él me dice: ¿Para qué tanto Tupperware? Pero cuando llega a haber una fiesta me pregunta: ¿No tienes un traste para la carne? ¿No tienes un traste para la ensalada? yo le digo ¡mira dónde se ocupa lo que no se necesita!*

Este modo de manejo económico recircula el funcionamiento de roles, toda vez que perfila un horizonte de familiaridad más cómodo, mejor adaptado. Particularmente inermes a la manipulación, las elecciones femeninas de consumo¹⁶⁶ detentan propuestas superlativas que van de la supervivencia al *bien-estar* o *estar bien*, como una respuesta al momento: mejores utensilios, ropa para los niños o el regalo que abre la puerta a la socialización familiar por nacimientos, bautizos, matrimonios: *Si vamos a una fiesta, el regalo yo lo compro*, dice con orgullo Cata. Al conducir y domesticar el universo cultural, la madre de familia persigue la diversión, el decorado, la educación, por medio de inversiones económicas, planificadas con la delicadeza de la restricción, dados sus escasos ingresos, lo que da lugar a *nodos* más elaborados de la domesticidad, indiferentes, ajenos u opuestos a los intereses de sus cónyuges. Matilde compra trastes, *...él dice que soy una gastaiona... aunque yo lo gaste en cosas de la casa...* Cata le compra libros a su hijo y Evelia, juguetes. Todas refieren una consabida polémica conyugal: *Pelemos porque si veo algo para la niña: ropa, zapatos, juguetes se los compro y cuando él me pregunta y le digo: lo gaste en tus hijos. ¡Discutimos!*

¹⁶⁶ En la sociedad de consumo, los compradores/consumidores asumen un acuerdo, estar en un lugar con un mismo propósito, esto los “igualada en la desigualdad” lo que les permite “...encontrar lo que vanamente han buscado afuera: el consuelo de pertenecer [...] utilizando las cosas como trampas de la identidad (Bauman, 2009: 108, 91). En los almacenes, la inmigrante es bien recibida, su dimensión de no pertenecer se nubla y la relación interpersonal encubre a la comercial.

Estos actos femeninos derivados de la distribución económica, a veces efectuados a contracorriente, en tanto celebran, los acontecimientos familiares rituales o cotidianos dejan huella y permean los mobiliarios y la experiencia: los hijos se bautizan, cumplen años, la parentela se hace presente, se casa, los niños nacen, juegan, visten, calzan, leen. ¿Qué importancia tiene esto en el destierro y su situación yerma, incierta y austera? La recreación de la vida, la procuración ordenada o grata al momento –*bienestar como estar bien*–. Detenido por la mujer, el constructo de hogar abarca lo lúdico y lo intangible, se recrea en los espacios que ella procura mediante la previsión o la inversión en lo material, algo que advierte Cata: *Cuando a mi esposo le viene un pariente, yo tengo que comprar las cosas*, lo que prueba el nivel de compromiso y de seriedad en torno a un proyecto doméstico que, ejercido por la *cuidadora*: viste, nutre, adorna y festeja al hogar, absorbe su ingreso como proveedora y desdice la perspectiva que ve en la provisión femenina la transformación del patriarcado. En East New Hall, las mujeres compran regalos y visten a los hijos. Inés adquirió máquinas de lavado, Cata manda dinero y ropa a México, Matilde envía remesas, pagó la sala y el comedor de la casa y ha liquidado deudas de la familia. Por su parte, Olga relata: *Porque a mi esposo le he insistido en ahorrar, ahora tenemos cuatro carros. Él administraba los gastos, pero el año que me ocupé de hacerlo yo ahorramos ocho mil dólares... ¡Siento que él no sabe administrar! Se le hace muy fácil gastar cien dólares. Yo no, yo gasto cien, pero ahorro cien. Con lo ahorrado ese año compramos una Van de cinco mil dólares. La van se puso a nombre de los dos y el resto del dinero nos lo dividimos. ¡Se nos hizo agua!*

CAPÍTULO VIII

Filamentos vinculatorios. El promisorio y débil abrazo al árbol sistema lo realizan ellas

SOCIALIZACIÓN: UNA PLATAFORMA LIMITADA POR SUS DEFICIENCIAS

...las mujeres latinas de este lugar no manejan auto, no hablan inglés, ¡trabajan doble y triple jornada!, han sido víctimas de agresiones sexuales y aún lo son de violencia doméstica y el alcoholismo.

L. Esquivel

Reminiscente de la división sexual del trabajo, en la posmodernidad, la mujer aún se desempeña como amanuense de la vida cotidiana y el cuidado de los otros, al protagonizar en menor medida la protesta y la lucha por demandas relacionadas con los servicios, la ecología, la desaparición de seres queridos y de víctimas de la violencia del Estado y del crimen organizado. Tras décadas de intentos a favor de la emancipación femenina, hombres y mujeres cuestionan el género y, como nunca, implementan la elección de este desde una práctica socializada. Por otra parte, la relación a nivel profesional, artístico y político se caracteriza por el dominio especializado de parte de ambos sexos, circunstancia que abarca también los órdenes prohibitivos, y la mujer juega con las estafetas del más prominente liderazgo en el narcotráfico y la corrupción. Sin embargo, aunque el curso de vida femenino parece desligarse de sus estereotipos en un sentido emancipatorio, el cambio es superficial, casi distractor. No reflejadas en la vida del grueso de la población femenina y, por tanto, selectivas, las conquistas de género se disuelven en la desigualdad social. Sin un verdadero Estado y ante la urgencia material, hombres y mujeres asumen sin alternativa las divisiones internacionales de privilegio, cultura y empleo, y con ello revitalizan una arbitraria división sexual del trabajo, necesaria allí donde el modelo de familia tradicional no ha sido arrasado por el

dominio económico, sino que este lo ha hecho utilitario. Catalogados como conquista, los cambios parciales se desvían en una desequilibrada bifurcación, vanguardista, de un lado, y persistente en sus inequidades, de otro. La experiencia de la inmigrante apunta a aferrarse a la tradición, para reproducir a pie juntillas una *división del trabajo mítica* y *androcéntrica*. Equiparable en sus minucias a la descrita por Bourdieu (como parte de la perpetuación de las diferencias que sustentan esta división), las mujeres de este estudio se ocupan de “la gestión de la imagen pública, de las apariencias sociales de los miembros de la unidad doméstica, incluida la indumentaria del esposo; también asumen el cuidado y la preocupación por el decorado de la vida cotidiana, de la casa y de la decoración interior, de la parte de gratitud y de finalidad sin fin que siempre encuentra allí un espacio...” (Bourdieu, 2010: 123-124).

Así, potencialmente representativas de otras mujeres en igualdad de circunstancias, las aquí reconocidas ¿acaso no actualizan con precisión la rutina suscrita, y agregan el peso de su participación como proveedoras transterritoriales? Tras haber analizado tal imbricación en el capítulo anterior, en adelante se revisa un aspecto adicional que densifica aún más los roles sociales de la inmigrante y que debe reflexionarse. Su capacidad y límites para gestionar una vinculación social que surge imputable a sus roles, que opera alrededor de las relaciones que, con el fin de vincular al grupo familiar, ella establece con las instituciones educativas, legales y religiosas en el lugar al que arriba y en el que inserta a su familia. En este punto debe subrayarse que dicho esfuerzo disputa al trato *mercantilista* otro distinto, el intento de su integración étnica en un contexto “cuya característica clave es el aislamiento de la sociedad general” (Andersen, 1997: 2).

DE LA ACTITUD EPÍFITA AL RIZOMA. CAPTAR EL ESPACIO SOCIAL

Para empezar, debe observarse la disposición femenina al cambio, en tanto, por mínimas que sean las tareas vinculatorias, marcan un quiebre con el medio rural del que ella proviene al sustituir el tradicional papel del varón como enlace, no sobre su ausencia —como antaño—, sino por una reelaboración de arreglos en la división del trabajo derivada de un medio que revitaliza sus convencionalismos y que, ya sea por razones laborales o por inercias de género, asigna a la mujer la gestión de los vínculos que en torno al cuidado del grupo familiar puedan surgir. Derivados de la vida diaria, aparte de la relación laboral generalmente de servicios, basada en trabajo y fuerza, estos intentos constituyen los primeros actos de relación formal con el medio. En el entorno migratorio, esta cualidad los vuelve trascendentes. ¿Qué implica que sean ellas el *agente asignado* entre el sistema social y la familia? Acreecencia sus ocupaciones, demostrando la necesidad apremiante de manejar una plataforma de habilidades imprescindibles para poder movilizarse en lo extradoméstico. Atípicos para ella, estos requisitos demandan sensibilizar un entorno privado que, poco realista, constriñe el movimiento femenino, toda vez que las obliga a decidir o a actuar sobre cuestiones que repercutirán en el destino intergeneracional del grupo. En la práctica, las características citadas se asumen en conflicto y despuntan en una gestión con carencias, en tanto que, quien en busca de trabajo emigra sin documentos, no domina el idioma oficial del país receptor, no conoce el lugar, no le resulta sencillo desplazarse y libra su movimiento con escasos recursos económicos. Tales dificultades son solo el comienzo de obstáculos más estructurales. A *la vinculadora* poco le ayuda su escasa educación escolar, sus deficientes hábitos de consumo o la inseguridad habitual, mostrada en sus iniciativas (deficiencias que no son voluntarias, sino que provienen de la cultura de la pobreza que ella lleva consigo). La zona de llegada también opone restricciones: aislamiento, falta de información, desconocimiento tecnológico y cibernético, insuficiente información sobre por qué y cómo realizar trámites legales, desfase con calendarios, falta de oportunidades

sociales,¹⁶⁷ o estigmatización asociada a su adscripción étnica. Finalmente, sus acciones se ven afectadas por el modo culturizado en que ella misma aborda la complejidad real. Influida por moldes rurales que la caracterizan como temerosa, distraída, poco disciplinada o supeditada al varón y a Dios, como lo observa Matilde: *...asistí a la reunión de la comunidad, siempre me han gustado esos asuntos, pero a veces no participo porque mi esposo me dice: no vayas o me prohíbe ciertas cosas.*

Lo antes referido permite el balance de historias individuales que, conforme a los testimonios, tienden a confluír en indisposición para el aprendizaje, sobrecarga de trabajo, violencia doméstica o codependencia con las actitudes de cónyuges negados a involucrarse en las tareas sociofamiliares. Si la necesidad genéricamente asignada para vincular a la familia con el medio proyecta el liderazgo femenino desde acciones politizantes, esta debe sobreponerse a la complejidad antes descrita. Por tanto, sostener que para incidir en su exiguo medio, las mujeres de este estudio, además de voluntad, requieren mayor equidad de género, mejor autoestima, ingresos regulares y dominio sobre habilidades que, en general, no poseen, subraya los problemas más esenciales por resolver; asimismo, evidencia la antinomia sobre la que se erigen sus deberes: atender el hogar, proveerlo y vincularlo, y que frecuentemente están técnicamente inhabilitadas para manejar un vehículo, localizar servicios, digitalizar aparatos, interpretar en inglés, supervisar tareas escolares, etcétera.

¹⁶⁷ Por ejemplo, durante la fase de campo, la cobertura médica solo era posible para residentes y ciudadanos, en tanto que la educación de los hijos requiere tramitarse en tiempo y forma, contar con actas de nacimiento, cartillas médicas o pruebas de domicilio que el migrante no siempre posee, o que debe procesar mediante mecanismos informáticos en los que no tiene experiencia.

Hacia la integración social: actitudes, hábitos y carencias

... mi movimiento sigue siendo el mismo, claro no es igual que en mi pueblo, pero trato de participar en todo... si hay un programa en la escuela de mis hijos, me contacto...

Matilde

Desde el garbo, el temor o la audacia, la inmigrante de estudio tiene en buena estima su experiencia, la cual repercute en dos aspectos emancipadores: el desplazamiento y la movilidad o, en otras palabras, ella parte de su lugar de origen hacia un empleo. Como reinicio vital, ese trasponer de *fronteras* le ha permitido el arribo a otra sociedad, descubriéndole otros *acotamientos*, solo franqueables sobre un esfuerzo que es diario y cotidiano. Comunicarse, interpretar el entorno y asimilarlo requieren de fuerza e imaginación. Aguerrida, su implementación regatea al medio la oportunidad de conquistarlo y la necesidad de sobreponerse al temor personal, como lo expone una ciudadana observadora, ajena a East New Hall: *Aquí la gente llega a abrirse paso... con temor, así es como se desenvuelve, en la inestabilidad de un trabajo... viven fuera del plan, se cambian de nombre...* (Pauline). Las tareas encomendadas renegocian la presencia del emigrado y lo vinculan como sujeto. Tal empresa precisa reestructurar el modo de percibirse, la batalla empieza por ella, sobre sí misma, en un contexto de relaciones de poder familiar y social, asimétricas e inequitativas.

El caso Tijuana¹⁶⁸

Desde más de un ángulo, el barrio *Tijuana* (East New Hall) revitaliza en su circularidad de asentamientos, arreglos, valores y prácticas, que refuerzan la tendencia a limitar la participación femenina, aun cuando esta encabeza un alto porcentaje de hogares familiares ...*carentes de información para acoplarse y no asimilados al sistema* (López, Centro Comunitario),¹⁶⁹ disminuyendo el potencial transformador surgido del desplazamiento de sus mujeres. Olga, quien recientemente se mudó del

¹⁶⁸ Autodenominado así, presumiblemente desde el afán evocador de la tierra que quedó atrás. Tijuana es el lugar donde confluye la orilla de dos países, donde ocurren momentos de fuerte emotividad para los inmigrantes de California. Así, no resulta difícil derivar que el sobrenombre *Tijuana* rememora al México en su representación colindante, *re-territorializando*, es decir, arraigando la vida y la ubicación entre el país para el que se trabaja y el barrio en el que se mora: *quien vive aquí es como si viviera en México*. Pero esta perspectiva no siempre es conciliadora. López, del Centro Comunitario, denomina a este espacio *East New Hall* en función de su ubicación, y sugiere que el término *barrio latino* funcionaría mejor como nombre de este asentamiento: *reconocer el barrio latino es reconocer el presente pues, decir Tijuana, es adjudicarle lo negativo de la frontera repitiendo una experiencia dolorosa*, y agrega que ...*hay un autosuicidio (sic) en estar constantemente mirando atrás*. Respecto de la adjudicación de un nombre mexicano, López sugiere que los habitantes del barrio en cuestión bien podrían reelaborar su perspectiva, con un nombre alusivo de otro tipo de circunstancias: ... *esta tierra, Santa Clarita, a donde pertenece East New Hall, en sus orígenes lleva la contribución de gente latina que recibe honores... el propio nombre es latino...*

¹⁶⁹ Crucial para el lugar, el Centro Comunitario ilustra con su propia experiencia, ya la solidaridad familiar del barrio, ya sus actitudes negativas. Las fundadoras de este espacio cultural, miembros del grupo *United Mothers of Santa Clarita* debieron convencer a otros grupos étnicos y autoridades en turno para su construcción, argumentando la importancia de un proyecto formativo e informativo, capaz de brindar a los latinos apoyo material, jurídico y educativo. Dirigido a familias de bajos recursos, el proyecto debió convencer a la *comunidad objetivo*: ...*si la invitación llegaba en inglés la deseaban ...hubo que rogarles para que asistieran; ... ¡jalarlos!, informarles que las actividades que allí se organizaban devengarían importantes montos económicos y, que por pocos dólares, ellas cubrirían doce o dieciséis semanas de actividades, para sus niños*. Una vez establecido, el Centro Comunitario persigue vencer problemas sociales como el pandillaje, el alcoholismo, el deterioro ecológico, y la violencia doméstica, además de abusos laborales o desalojos (Esquivel).

barrio, reitera desde su testimonio cómo en la vida de la hispanohablante la libertad para moverse constituye un aspecto que suscita problemas de pareja: ... *para mi esposo, una mujer ideal sería que no saliera. Quiere llegar del trabajo y que yo esté en la casa... ¡Que yo no tenga amigas! ... que él pueda ir y venir a la hora que él quiera...* María revela una situación semejante: *Yo no he salido nunca a algún lugar si no he pedido permiso a mi esposo. Ahora que pasó el Memorial Day, fui a Los Ángeles con mi hermana, pero le hablé a él para ver si me dejaba.* Solo en apariencia distinto, el caso de Soledad, quien domina el inglés y estudia un oficio, debió negociar sus metas, separándose de un cónyuge posesivo: *Yo me quedaba en la casa, él era muy celoso, tomador, muy mujeriego y golpeador también.* Asimismo, Inés, quien tramita la legalización familiar, observa que su esposo no la apoya, sino que compite con ella: ... *como que él tiene miedo ¡Eso es! Tiene miedo a perder porque yo aprendí a estudiar, a manejar. A veces me reprocha que haya ascendido; a la vez, él está esperanzado a mí, me dice: estamos esperanzados a ti, porque si tú ganas más dinero, vamos a estar más seguros.*

Familiares a la cultura mexicana, las observaciones anteriores reflejan sobre la práctica la renovación de dificultades ya conocidas por la mujer de origen rural, aunque resituadas sobre nuevas dificultades. Al referirse a una de sus alumnas de inglés para adultos, Esquivel refleja la trasposición de patrones: ... *mi alumna Joaquina, de trenza larga y a la cintura, me dice que el marido no la deja trabajar... ¡Venir a la escuela! Que le dice que lo que debía de hacer es tener otro chamaco para así poder entretenerse en la casa.* Con probabilidad, extensiva a otros barrios hispanohablantes, la experiencia de Tijuana deja en claro que la tarea de vincular a la familia debería empezar por vincular a la mujer; sin embargo, en el limitado contexto del hogar inmigrante no hay una comprensión de esto, porque prima un intento de aislarle, sin considerar la importancia de las relaciones que ella establece con el medio, lo que limita su capacidad y eficacia en tal empresa.¹⁷⁰

¹⁷⁰ En New Hall se encontró a mujeres que asumen la tramitación de la residencia, que, sin embargo, al desconocer mecanismos adecuados sobre cómo solicitar los trámites o, a quien, no pocas veces terminaron poniendo su dinero y expectativas en manos de charlatanes.

El intento de la vinculación frente a los tropiezos de la autoestima

... a veces uno ve a las mujeres en San Fernando Road y van balanceando un objeto sobre su cabeza como si estuvieran atravesando sus lugares rurales.

G. López

Un inconveniente grave y bien conocido por quien emigra transcurre en torno a su estatus, circunscrito no solo en función de su presencia legítima o legalizable, sino en su *familiarización* con una *representación* estigmatizada: la de la inmigración hispanohablante, pobre, indocumentada, ignorante, morena, iletrada, ilegal, infractora, peligrosa, etcétera. Sumada a la condición migratoria real, esta circunstancia repercute en la percepción y autoestima de la inmigrante y en su papel de gestora. Sea de facto o por representación, este vivir fuera de la ley genera una actitud hacia sí y hacia el exterior. Pese a la decidida intención de relacionarse con el entorno, ella internaliza (lo que puede intimidarla), ser observada como formalmente ajena o, como descontextualizada de los marcos sociales donde efectúa la tramitación de la relación social. En oficinas escolares, citas migratorias o juntas de padres de familia, a la par del esfuerzo administrativo, la inmigrante requiere superar su percepción de ajenidad, que puede resonar también en el medio, duplicando sus esfuerzos; se podría agregar que el peso de la identidad biográfica reinscribe una subordinación histórica a este cuadro: la de su género y la del origen rural (portador de múltiples desigualdades) como, en su papel de administradora del Centro Comunitario y, respecto del grupo latino, observa López: *la autoestima de esta gente... en realidad no es tanto que baja aquí sino que ya viene de sus lugares de origen*. Si pese a las desventajas aludidas, la migrante logra remontar sus intentos de socializar, también debe asumir con firmeza nuevos e ineludibles aprendizajes. Determinante de una obvia oportunidad de inserción social, aprender inglés resulta emblemático y no pocas veces refleja los obstáculos que debe librar la latina. Como lo describe H. Mouje, su dominio implica a la vinculadora una solitaria angustia: *... cuando ellas no saben pronunciar una palabra en inglés, a sus maridos los mueve a risa. Lo mismo si quiere aprender a manejar, de antemano la considera incapaz, tonta. Esa misma formación de los hombres apaga a la mujer*.

¿QUIÉN ESTÁ FRENTE A LOS APRENDIZAJES URGENTES?

Mi hija me decía: ¡Mamá, yo le compro el carro! Yo le decía: mira hija, los que se ponen a manejar, saben leer las entradas, las calles. ¿Yo? ¿Qué cosa voy a hacer? ¡Necesito aprender a leer!

Juana

En Redondo, me moría de hambre porque la patrona no me daba de comer y yo no sabía cómo comprar comida. Un día cogí una manzana en una tienda... llevaba un dólar. Escuché a alguien que decía ¡Jau Mach?, lo repetí. Entonces la cajera y las de la fila voltearon a verme ¡Y se sonrieron! Ahí entendí la importancia y la posibilidad que tenía yo de hablar inglés.

Guadalupe

El análisis de la relación entre el aprendizaje y los roles de género empieza por reconocer una necesidad básica. Saber leer, escribir, hablar y escuchar en inglés. No hacerlo limita gravemente el enlace interpersonal. Si el manejo de esta lengua posibilita los contactos más básicos, vigía de lo familiar, la inmigrante de estudio solo tiene una alternativa: establecer sus medidas contingentes sobre este recurso o quedarse varada. Al respecto, Esquivel da uno de múltiples ejemplos: *si ella sabe inglés, va a entender mejor cuándo a su bebé le toca ver a un médico y va a dejar de depender de su esposo para estas emergencias*. No es de Perogrullo aseverar que, como la sal, el idioma lo toca todo, en el caso de la empleada doméstica determinar su currículo laboral básico y su desempeño (de persona a persona), lo que a final de cuentas frena su adaptación. Carmen lo señala con notable sencillez: *Yo, ¡que no entiendo el inglés, me encuentro con personas que no entienden el español! Ni para contestarles*. Tal cosa también afecta a la mujer que ha escalado en su posición laboral. Como ebanista, es Inés quien mejor domina esta habilidad en su empresa, así que pareciera insustituible. No lo es: *Cuando no hay suficiente producción me descansan. Si la patrona tiene una que habla inglés y entiende el trabajo, pues me voy, aunque tenga antigüedad, porque no hablo inglés*. Por otro lado, carecer de esta herramienta complica el desarrollo del hogar, limitando su familiaridad con los procesos formales. Involucrada con formatos en inglés, aparte de los documentos de identidad, la tramitación de una renta con frecuencia lleva a las informantes a confiar al esposo tal diligencia: *La renta para*

el primer departamento la tramitó él, porque yo no sé nada de documentos; además, él es quien tiene seguro. Aparte de salir al paso, dicha estrategia redundaba en un aspecto crucial: retransfiere al varón, a partir de su habilidad para el llenado de formatos en otro idioma, los enlaces simbólicamente más empoderados. Interpretada como prerrogativa, la actitud que refrenda el dominio masculino sobre el espacio se constata en la tendencia ya señalada de correr a la mujer de la casa, y se puede resaltar en este punto que algo similar sucede en relación con el manejo vehicular y la habilidad masculina para desplazarse en la localidad y la región. Son ellos quienes van a Los Ángeles, los que inicialmente manejan fuera del área, los que transportan a la familia al hospital durante la emergencia, o a la mujer a lavar la ropa. En un país de largas calles, no resulta eficiente, ni grato, que hasta para poder comprar un galón de leche, la inmigrante dependa de su esposo, que sabe manejar, que habla más inglés y que sí tiene auto. Como puede apreciarse, multidimensionalmente, el movimiento de adaptación de la familia al medio resitúa jerarquías contradictorias, inaugura el rol vinculatorio de la mujer como madre y esposa, da por sentado que ella tiene más tiempo y que esta consigna resulta inherente a sus roles, toda vez que reitera el encierro femenino. Esta alteración no pasa socialmente inadvertida. H. Mouje, asistente del sector de atención legal del Centro Comunitario, observa que la diferencia de habilidades, *sexualizada*, funciona como una justificación al maltrato de la migrante latina,¹⁷¹ al grado de llegar a tolerarlo en pareja. Al opinar que este problema solo puede revertirse mediante la educación, tan elocuente perspectiva toca el punto más álgido en la relación migración-adaptación femenina. El aprendizaje: ...estas mujeres no reconocen que no tienen por qué ser los satélites de los maridos. Lo que hace falta aquí es enseñarles, darles educación, decirles y hacerles creer, que pueden defenderse solas.

¹⁷¹ El patrón de violencia intrafamiliar se ve corroborado por la perspectiva de Cázares (2001), respecto del conocimiento de la regulación local, y lo remite a casos específicos registrados en la oficina del sheriff de Santa Clarita –que atiende East New Hall–, para analizar la interacción de los latinos recién llegados y destacar que, “comportamientos culturales tales como la violencia doméstica...podrían no ser permitidos en Estados Unidos”, agregando que estos crean un potencial de tensión con la ley local.

Membresía doméstica internalizada. Aprendizajes que precisan modificarla

*No fui a la escuela. Vivíamos cerca de una barranca,
allí no había escuelas. Estábamos solitos*
Juana

El anterior balance permite sopesar la urgencia e importancia de implementar políticas educacionales dirigidas a la inmigrante de primera generación, sobre todo a la recién llegada, en favor de un mejor nivel de vida. Así, esta investigación detecta que, posibilitada por el aprendizaje, la búsqueda de equidad inicia fomentando la autoestima de la inmigrante, quien, designada como hacedora de hogar, vínculo y, por ende, comunidad, irradiaría esto tanto al grupo, como al medio. Se trata de un aspecto clave del grupo familiar para con las esferas del orden. Mediato, el símil del juego de la identidad aludido por López, del Centro Comunitario, permite visualizar que una transformación como esta requiere largas jornadas y encara al propio sistema de condiciones:¹⁷² *Uno les pregunta cuál es su nombre y dicen ¡Lupe López! Pero, realmente es Lupe López de Sánchez, y cómo se cambian de nombre constantemente causan mucho caos. Aquí por ejemplo hay seis Marías Rodríguez, que es un nombre ¡tan común!*

Un acercamiento al horizonte de acción de la inmigrante de East New Hall, auspiciado por sus valores de género, resulta complementario a lo antes sugerido, pues este surge determinado por su *situación* identitaria. Frente a la necesidad de aprender, el *quién* asume su personal capacidad para asimilar.

A la sazón, la mujer de hogar medianamente establecida tiende a olvidar su experiencia como actora de inmigración transnacional (testimonialmente ubicado por ella como logro *excepcional*). Como habrá de observarse, al describir una actitud similar, ella parece reacia al

¹⁷² *Las organizaciones de migrantes insisten y han insistido siempre en tales labores. Aquí, en las sesiones, se les pide que no sean ciudadanas de segunda clase solo por ser mujeres. En los cursos de ciudadanía —obligados para arreglar documentos migratorios— a los padres les enseño poemas, los poemas son lo que más les han llegado para poder conocer lo que es una mujer y el poder que tiene (L. Esquivel).*

aprendizaje. ¿Por qué la experiencia interfronteriza, que desestructura los límites femeninos y los abre a otras esferas, no aporta seguridad al dominio de la inmigrante sobre nuevos aprendizajes? De hecho, el medio cultural que ella avala, en este caso, el hogar y su entorno de influencia, parece escatimarle el dominio de lo externo y lo reconfiere sobre un horizonte sexualizado, hacia el varón.

Con base en la hipótesis de que la constitución biográfica determina las prácticas del género, se explica que el peso de las más tradicionales y recalcitrantes difuminen la fuerte experiencia del traslado. Por tanto, *in situ*, la implementación de vida de la inmigrante no habla de una *reestructuración* sino de una *adaptación*. Las corporaciones globales, instituyentes de la reproducción de esferas de subordinación social y la Iglesia aprovechan este comportamiento e inciden en él. En general, el nuevo hogar emula la tradición. Acallados, los esfuerzos de la voluntad femenina no parecen muy resueltos a cuestionar el estado de cosas, un acicate vendrá a desperazarlos y es paradójico. Testimonial, la voluntad de aprendizaje de la mujer de estudio surge de su maternidad, reñida a su vez por los antecedentes biográficos, sus valores y membresías.

Respecto de los predomios biográficos, Maier (1998: 56) sostiene que en torno a los roles sociales femeninos y rurales prevalece la “membresía y el uso lingüístico” (involucrando al aprendizaje de otro idioma); traducido como *especialización* “en cuanto a quehaceres domésticos del hogar y la familia”, observando (y esto resulta fundamental), que tal especialización funciona como exclusiva y, por tanto, excluyente de otros aprendizajes. Exportada a la zona de recepción, esta *membresía*, sociofamiliarmente validada ¿encauza en la inmigrante su indisposición para asimilar aprendizajes? La respuesta se deduce sobre la semejanza de argumentos con que la inmigrante justifica su resistencia. Indicativa de cómo para ellas aprender implica un cambio de hábitos (domésticos). La respuesta de Matilde expone estos elementos: *Me da flojera estudiar. Aquí hay clases, pero yo misma me invento el pretexto para no ir. Si voy, soy muy distraída. No me concentro, estoy pensando en qué hacer de comer. Siento que es muy difícil que aprenda. ¡Si me dicen una palabra hoy, mañana ya se me olvidó!*

Con base en lo anterior, se comprende el mecanismo ejemplar de esta dinámica. La resistencia expresada en la tan frecuente falta de

dominio del inglés por parte de la informante, interpretado además de Matilde, por Antonia, María y Evelia, como falta de interés, de vocación y hasta como incapacidad: ...*no hablo inglés. ¡Tal vez porque no me gusta aprender!. Tengo el Inglés sin barreras que con sacrificios compró mi esposo en dos mil dólares, pero en vez de estudiar, cotorreo con mi amiga. No hablo inglés. No me propongo, tengo esa mente de que no voy a aprender, voy a una o dos clases y ya no regreso.* Sobrado es decir que oponerse a un cambio basado en aprendizajes, ejercitando la *membresía de especialización*, interfiere como límite emancipatorio extrapolando una inquietante amplitud de inercias, de otra manera, nodales para la transformación de la relación mujer inmigrante/sociedad receptora.

Constitutiva no ya de la identidad, sino de la portación activa del género, esta *membresía* se enraíza sobre la reproducción de roles. Que ellas con tanta proclividad se hagan llamar *Marías*, no es algo que Soledad comparta; sin embargo, lo refrenda con un dejo de frustración: *Mi abuela se llama María, creo que aquí todas las mujeres se llaman Marías.* Observable, esta frecuencia va más allá del simple intercambio estratégico de estereotipos culturales entre patrones anglosajones y trabajadoras mexicanas. Evoca y activa el código de un sistema consistente en la producción, circulación y predominancia de fórmulas genéricas por socializar, donde la *membresía* funciona como *modelo* y *horizonte*. Reasignados sobre el predominio cuasi inconsciente de lo doméstico como paradigma, los aprendizajes por asimilar quedan acotados. No es de tales dominios que saldrá la fuerza para aprender inglés, o para manejar un vehículo, pues tales habilidades romperían dimensiones estipuladas. De ahí la importancia de trabajar aspectos relacionados con la autoestima que puedan deconstruir la idea de sí. La metáfora se acciona desde adentro. La inmigrante se resistirá a aprender aquello que traspase un interés que le ha sido introyectado, por tanto, como *condicionamiento por membresía*, este dispositivo reincorpora la estratificación jerarquizadora, porque la sustenta en una división sexual de habilidades y, con ello, opera la desigualdad de saberes sexualmente diferenciada. Debe subrayarse que estas deficiencias no solo afectan a la mujer, habrán de sumarse a los condicionamientos del entorno, lo que afecta el proceso de adaptación familiar. Conforme a las desig-

naciones halladas, la calidad de la vinculación la determina ella, y la extrapola al grupo.¹⁷³

Cabe agregar que, a la par de lo ya analizado, la deficiente educación formal afecta el potencial y la autoestima del grupo de interés. Un caso ejemplar corresponde a Juana, quien antes de comprar una casa en California, a los diecisiete años debió sacar de la ranchería a su hermano enfermo, atender de por vida su discapacidad, salvar la vida de su madre, criar una docena de hijos y, junto a su esposo, levantar su primera vivienda en Cuernavaca; y se empleó como alfarera, abonera, comerciante y ayudante de invernadero: *...no tenía ninguna conciencia, pero gracias a Dios salí adelante, y luego se murió él, pero ya me había ayudado a criar. Mis hijos ya 'taban grandes, ya taban casados. Duró quince años conmigo, yo me quedé sola. Luego me seguí trabajando. Él me dijo: Nunca vayas a dejar tu trabajo, nunca vayas a dejar tu casa. ¡Teníamos unas casotas grandes! Dos, en un terreno de trescientos metros cuadrados.*

Pese a su trayectoria de probada capacidad para remontar los obstáculos, la lectura de Juana sobre sí misma la cataloga como incapaz. Conforme a su juicio, la falta de instrucción escolar pesa hondamente, al grado de disminuir el valor de sus actos biográficos: *Yo nunca he decidido por mí, yo soy una mujer muy miedosa, muy tonta. No sé leer, no*

¹⁷³ En el contexto de competitividad de la sociedad estadounidense, la imprevista de la membresía de género en la comunidad mexicana tiene un costo social para las familias, actualizando y aposentando como diferencia étnica y de clase, la representación histórica que distancia lo femenino de los campos del conocimiento, situación que, en menoscabo de la cultura de origen que permea la ideología de la migrante, no carece de fundamento, en tanto que esta se remonta a antecedentes rurales e intergeneracionales caracterizados por deficientes condiciones educativas. Lo que hizo difícil la educación del varón rural, entre las mujeres portadoras de la *membresía doméstica*, se convirtió en una barrera cultural. Sus consecuencias se reflejan en la semejanza que va de padres a hijos. Durante una reunión comunitaria, el concejal de Santa Clarita, Frank Ferry, hizo un comentario que a esto apunta. *...las hijas de los migrantes no tienen como aspiración estudiar, por lo que resulta necesario tomar estos valores de los libros.* Al respecto, Esquivel complementa: *se trata de gente muy pobre, desarrollan lo que traen de allá y no consideran que la educación debe tener un lugar. Necesitan lidiar con esa mentalidad.*

se escribir, soy una tonta a donde quiera que llegue, una tonta nada más y no he decidido por mí nada.

La influencia del origen social: otro factor de condición subalterna

Complementando la perspectiva de Maier, viene al caso referir la determinación de dos indicadores: “disposición cultivada” y “competencia cultural”. Propuestos por Bordieu (2012), estos dos elementos son aprehendidos mediante “la naturaleza de los bienes consumidos” y “la manera de consumirlos”. La variación de estos resulta de categorías de agentes y de campos (legítimos: *pintura, música, etcétera*, determinados por la escolaridad, o, libres: *vestido, mobiliario o cocina*). Bordieu observa dos hechos: la fuerte relación que une las prácticas culturales con el capital escolar o con el origen social (estimado por la profesión del padre) y que, “a capital escolar equivalente, el peso del origen social en el sistema explicativo de las prácticas y de las preferencias se acrecienta a medida que nos alejamos de los campos más legítimos”. Si conforme a Bordieu, las personas o agentes se ven fuertemente influidos por el origen social aun si este compite en dimensión con la escolaridad; conforme a la biografía genérica de la inmigrante rural, más bien alejada de la escolaridad y fuertemente influida por la madre, se dimensiona la proclividad, ahora por parte de una informante, detentora de su propia formación biográfica, para abrazar los oficios maternos, además de aquello que interpreten como constitutivo de su origen social. Sobre lo primero destaca su magro capital escolar, metódicamente privado de educación formal desde la infancia: *Mi abuela... me decía que para qué iba a la escuela si al cabo no iba yo a aprender...* (Soledad). *Mi mamá decía que para las mujeres no era el estudio...* (Inés). Así es que se complementa la herencia de relaciones madre/hija como *membresía doméstica*, abrevando su fortaleza como sistema práctico y preferente, lo cual se revela en la conducta de estas mujeres para quienes, en ocasiones, como lo observa la maestra Esquivel: *es más importante hacer la cama o ir a lavar la ropa, o ir al mercado en lugar de venir a estudiar el inglés.*

Los obstáculos aquí analizados en realidad encuentran su origen mucho antes e influyen primero por encima de las aspiraciones de las informantes, lo que empezó en la infancia y, después, ya como dispo-

sitivos internalizados. Al respecto, resulta de interés complementar lo hasta aquí dicho, con un sucinto recorrido biográfico que descubre la disposición de las itinerantes para el estudio, algo que a California llegó trunco. Conforme a los testimonios, todas ellas mostraron interés en los estudios, mas no encuentran la oportunidad de realizarlos: Matilde quería estudiar administración pública, ...*salía caro; pasajes, renta, libros, ropa, llegué hasta la preparatoria. Mi mamá me ayudaba bordando, yo le ayudaba a lavar y planchar.* Cata quería estudiar computación, su hermana ciencias exactas e Isela idiomas. Ninguna logró su objetivo, pues en el medio rural de su infancia y adolescencia predominaba la pobreza, el trabajo y la *membresía femenina doméstica y familiar*:

A mí siempre me nació el deseo de estudiar... El pretexto de mi papá para no llevarme a hacer el examen de secundaria era que veía novelas. Es que él no quería que me fuera, quería que me quedara a cuidarlo por ser la menor y por ser mujer. Teníamos que salir para Puebla, pero se fue al campo, regresó tarde y dijo que no me iba a llevar. Llorando me escondí debajo de la mesa. Mi hermana lo convenció. Me sacó caminando a la una de la mañana: ¡te advierto, no voy a estar pasando todo esto para que me dejes en vergüenza, si tú no pasas, no vas a estudiar ni siquiera la secundaria de aquí de San Juan! De mil aspirantes, eligieron 300, hubo solo dos más altos que yo. Saqué 9.6. ¡Mi papá todavía se acuerda! (Cata).

Mi mamá se tenía que ir a lavar y quería que yo me quedara a preparar el lonch. Tenía que moler el maíz, yo iba a sembrar porque todas mis amigas iban, traían el tiro o levantaban la milpa... Porque ella no estudió, no creía en la escuela ¡Pero si yo sí quería ir! Me encantaba... Ideé salirme a la hora del recreo para ayudarla y corriendo regresarme. Estudié hasta sexto y quería estudiar idiomas. Ella me decía: Vas a ir a noviar y vas a terminar limpiándole el rabo a algún muchacho. No me dejó estudiar... ¡Me truncó mis sueños! (Isela).

Igual le sucedió, aunque como imposición, a Soledad: *Hasta los nueve años entré a la escuela y me daba vergüenza, me sentía mayor que los demás... y, desde la habituación intergeneracional, en la vida de Malena: Yo solo llegué a segundo año de primaria porque trabajaba limpiando.* Aunque en el caso de Refugio, las cosas parecen cambiar, pues el padre ha tenido a bien que sus hijas estudien, ante la disyuntiva ocasionada

por un accidente que obliga a sufragar el cuidado del padre, el criterio porta sus vestigios: responsabilizar a la menor de las mujeres: *Mi sueño era seguir la universidad, terminaba la prepa en junio, pero mi papá se accidentó cuando iba a repartir los pollos... hasta hoy no sé por qué fui yo, tengo tres hermanas mayores una en la universidad, otra en el Conalep, una en Comercio ¡No fueron ellas las que se vinieron! ¡Como supuestamente yo acababa de estudiar y estaba muy chica!*

GLOBALIDAD Y SUBSISTENCIA ¿QUÉ SE OPONE CUANDO ELLAS DECIDEN APRENDER?

Limpiaba la casa y cuidaba a la nena, los patrones me pagaban poco, pero me permitían estudiar. La escuela de adultos me quedaba a dos "bases". No me daba tiempo, no iba con sus horarios... ¡Aquí los transportes pasan puntuales! Tenía que caminar como cuarenta minutos ¡Lo bueno es que era joven, tenía fuerza y ganas de aprender! La clase terminaba a las 9.30, a esa hora ya casi no pasaban los autobuses... tenía que regresarme a pie, por la Sepúlveda, por si había uno. ¡Era la calle de las prostitutas! Un día un auto me siguió un largo rato hasta cerrarme el paso. Con hartito miedo me fui al otro lado de la calle ¡rogando a Dios que pasara cualquier bus! ¡A donde fuera me hubiera ido! ...Pues no. Me quedé enfriando en la banquita, desde un auto me aventaron unos huevos, recuerdo cómo se me llenó la ropa de claritas ¡Me sentí tan sola! Pensé: si algo malo me pasa. ¿Quién podrá saber que fui yo? Mi familia tan lejos no se va a enterar nunca. Mis patrones, son buenos, les podrían avisar, pero no saben mi verdadero nombre... me sentí sola y con miedo, recordé que, en esos días, en Van Nuys, encontraron unas piernas en un bote de basura, las noticias dijeron que eran morenas... de mujer latina.

Guadalupe

Recapitular sobre el hecho de que, por su condición social, la inmigrante recién llegada se ubica en situaciones más difíciles que la población nativa, no solo justifica la importancia de promover una sensibilización dirigida a actores estratégicos y a la sociedad en general, sino que permite destacar dos problemas estructurales. De carácter socioeconómico, el primero la inscribe como perteneciente a una minoría enmarcada en los ritmos y dinámicas del hispanohablante, y recrea su disposición competitiva y laboralmente útil. Inserto en la economía, el barrio latino provee y, por ende, determina un horizonte de habilidades que conminan a la reproducción de ambientes específicos. El segundo aspecto, atribuible a conductas individuales, se inscribe en

la consecución de lo familiar, relacionado con los roles propiciatorios de tal funcionamiento. En uno y otro caso, los panoramas aludidos obligadamente se enlazan al *modus vivendi* económico del que depende la subsistencia material circundante, por lo que se debe acotar que, dentro de este, el desplazamiento transnacional refleja la relación ciudad global-periferia, particularidad valiosa para la inmigrante, en un escenario de desempleo y escasas alternativas. Proveniente de México, Cata ejemplifica este trayecto. Su historia resalta la incapacidad del país natal para sostener una vocación llamada al intelecto. Ella hizo lo posible por quedarse en México y sostener una carrera, pero ni siquiera logró ser instructora del Consejo Nacional de Fomento Educativo (Conafe), ni tampoco pudo trabajar en una tienda departamental. En ambos casos, los ingresos no pudieron sostener a una sola y misma persona con ganas de estudiar,¹⁷⁴ intención que tampoco alcanzó la comprensión de sus padres:

Nunca me sentí apoyada. En Veracruz estudié el bachillerato sola con mi beca, en Tijuana hice examen y me inscribí en Computación, trabajaba en Soriana. Intenté ahorrar, aunque no podía porque pagaba renta. ¡Pagaba tantas cosas y

¹⁷⁴ La impresionante historia de Cata ejemplifica a la mulimigrante transnacional de aspiraciones profesionales. Estudiante pese a la voluntad del padre, becada en Puebla y Veracruz, pero no en Tijuana, donde su salario de cajera de Soriana, —que le exigía *vestir formal*—, fue insuficiente para costear una profesión de *lo que fuera con tal de estudiar*, e involucrarse más tarde en el Conafe para, como instructora rural, asistir a un pueblo abandonado en el desierto, a ocho horas de Tijuana:

...En el Gato Negro no había transporte, tenías que pedir raid a los trailers que van hacia La Paz, cargando el material de construcción para levantar las casas de los americanos. Te llevaban hasta un camino que parecía que no quisiera que llegaras de tan horrible. ¡Había tantas carencias que llegué a pensar que no se comparaba con mi sufrimiento! Me costó trabajo ser aceptada, nadie te valoraba. Como maestra daba lo mismo que estuvieras o no, eras una boca más. Los padres me hacían la vida imposible y el sol era tan fuerte, que los niños se quedaban dormidos de hambre, nadie les exigía bañarse, había muchas moscas. Empecé a recoger lo de la beca y a comprar despensa para ellos, no para mí. Eso era otra calamidad; pesaba y no había transporte, entraba yo caminando con mis cosas en medio del desierto, de sus tolvaderas. Con el tiempo me dio orgullo ver que los niños aprendían, de ahí sacaba mi fuerza. Anduve con unos tenis, hasta que se les cayó la parte de abajo, en vez de comprarme otros zapatos compraba víveres...

pues, ellos no pagaban más que el mínimo! De cajera se me hizo difícil, había que vestir formal ¡Tú sabes! De medias y falda o de mezclilla y zapatillas A veces tenía para renta, pero no para pasaje. Necesitaba libros, que eran de matemáticas o de español, me gustaban mucho, pero, o los compraba o compraba mi despensa. Era mucho gasto vivir en la ciudad, andaba juntando las moneditas... pedía a uno de los compañeros para pagar a otra. Solo alcanzaba para comer, a veces ni para eso. ¡Cuando me acuerdo me da risa! No tenía ni para el pasaje y andaba buscando las tortillas que estaban duras para comer... Cuando llegué aquí ¡Yo venía con muchos planes! El embarazo fue el final en cuanto al sueño de seguir estudiando.

Por tanto, si formar parte de la reserva laboral, se observa que hay una mayor ventaja tanto más cerca se esté de los centros económicos, al grado de, como refiere Cecilia, sentirse privilegiada: *¡Vine a los Estados Unidos, pero no me arrepiento, porque a donde piso, no cualquiera!* Esto, a su vez, conlleva un traslado que, pese a las mejorías en salario y capacidad de consumo, tenderá a una circularidad que recicla las membresías a escala transnacional, repitiendo sus inercias. Algo de esto refleja la observación de Guadalupe López del Centro Comunitario, al referirse a la poca disposición de algunas inmigrantes para empeñarse en aprendizajes distintos de los que conocen: *Algo que he visto en la inmigrante es su comodidad... si tienen un marido que las cuida no les importa, no aprenden nuevas habilidades.* Si por salir muy cansada del trabajo Martha dejó de ir a la escuela, Malena opta por laborar encerrada, eludiendo el contacto social que la televisión reconstruye, falsificado: *yo no salgo, ni me gusta... me entero de que pasan cosas porque veo un canal en español, estación de radio, pues ni escucho.*¹⁷⁵

Naturalmente reconocidas por la inmigrante, las alternativas laborales aparecen frente a aquella que deseé estudiar, como insuficientes a su potencial, en un sentido tan desalentador como el aludido por Refugio al recordarse rumbo a California y, ya establecida, al sopesar sus circunstancias laborales: *Cuando me vi a mí misma por el cerro me*

¹⁷⁵ En el encierro inicial de las recién llegadas de este estudio, medios de comunicación, como la televisión, fueron su alternativa distractora, como lo recuerda Olga: *encerrada todo el día... veía novelas... ¡me aburría!*, gozando de tan amplia convocatoria que su programación en español es digna de es-

sentí triste, pensaba ¡Ya no se me hizo ser alguien! ...Eso no cambió con el tiempo, no me sentía auténtica trabajando para las patronas, no estaba acostumbrada a limpiar casas, sentía como que ese no era mi mundo.

Al reconocerse que, en el destierro, las inercias cotidianas responden a una superposición de dinámicas que limitan la participación femenina, debe subrayarse que toda propuesta de cambio amerita *quebrarlas*. Un principio que exacerba esa voluntad surge involucrado con el aprendizaje, descollando sobre las desventajas laborales como lo observa Cata: ...*la encargada de la agencia de limpieza era muy mañosa... abusaba de mis compañeras que no decían nada, pues no habían aprendido inglés*. Sin embargo, no queda allí. A juzgar por los testimonios, la inmigrante evidencia voluntad por el aprendizaje, desde una triangulación. Mayor capacidad equivale a mejor trabajo, lo que facilita el bienestar de sus hijos. Esto último constituye una de las mayores motivaciones. Por otra parte, una vez que ellas deciden aprender, agregan a la deficiencia la fuerza del propósito para superarla, de encontrar un modo, el resultado dignifica la visión que la inmigrante tiene ante sí, cerrando un círculo en el que la autoestima y el rol materno resultan centrales. Como maestra, L. Esquivel intenta promover entre estas mujeres la idea de superarse, a fin de que logren tener cambios: ...*Una de mis alumnas, una poblana salidora me comentó: empecé a hablarle bajito a mi esposo y él me contestó con muchas groserías. Dijo que seguramente yo andaba con alguien porque le hablaba muy mansita. Entonces le dije: ¡demuéstrame que tienes educación y que vas a poder hablar sin decir malas palabras!*

Esquivel sostiene que es desde la valoración del aprendizaje que se pueden romper dañinas inercias en la vida inmigrante. En esta perspectiva, coincide la experiencia de las observadoras sociales del Centro Comunitario:

tudio, pues aquello que podría fungir como medio educativo, entretiene al televidente con base en programas chatarra y telenovelas, a fin de abatir el tedio, la verdadera información y los intentos formales de estudio. Entre las informantes las referencias se repiten en el tenor que Evelia indica: *Yo prefiero ver televisión en español, las novelas. Ahora está Carita de ángel.*

Ya el hecho de que vengan busca mejorar la vida. Ellas traen la tradición, no la han quebrado. Pero cuando llegan acá y esa tradición no las puede hacer fuertes, es cuando tienen que buscar qué hacer y cómo para allegarse de esa fuerza. En el caso del dinero, es cuando deciden, por ejemplo, limpiar una casa, es la única forma en la que pueden emplearse y saben que es lo que tienen que hacer primero, eso es por lo que empiezan. No creo que eso pueda ser calificado como bueno o malo, sino que es la forma por la que opta mucha gente que está llegando cada día y sigue viviendo como sabe. Pero sí que llega un momento en que saben cómo no quieren vivir y entonces deciden romper el capullo. Creo que mucha gente viene y así es como le hace, después va pensando que necesita más libertad, mejor inglés (V. Macías).

Pero hasta aquí, que este trabajo resalte las ventajas que trae a la inmigrante vencer las inercias, hasta superarlas con nuevos aprendizajes, tiene como finalidad un contraste y este es: en la medida en que el microcosmos social de la vida familiar reproduce al sistema *per se*, los intentos de aprendizaje de ellas libran sus batallas más fuertes al interior con la pareja, y al exterior con las condiciones sociales. Más aún, en la migrante, la decisión de aprender se enfrenta a la complejidad de una desposesión histórica imbricada sobre la reproducción de moldes genéricos subordinantes, que encubren situaciones graves que repercuten sobre la formación de los hijos, los entornos cotidianos, la salud emocional de la familia –sobre todo de ella–. Su decisión de estudiar tiene un costo, por ende, ya que en los hogares de estudio imperan las deficiencias sistémicas, las pérdidas solo cambian de lugar operando irremediabilmente sobre sí mismas.

¿UN HOGAR FUNCIONAL O DESHACER MEMBRESÍA? CUANDO ESTUDIO, LA CASA SE CAE DE SUCIA

Una característica de la intimidad familiar es que, desde esta, el intercambio de roles se realiza, vertical u horizontal, mediante rutinas, horarios, prioridades o demandas entre madre e hijos, entre padres, de hijo a madre, etcétera. Respecto del aprendizaje, cuando la constructora de hogar asume el compromiso aprender inglés, o a manejar, deberá contextualizar su decisión considerando los detalles del entramado inicialmente referido, todo ello sobre un elemento precioso: horas de atención. Además de tensar los tiempos, esta observancia de horarios disminuye el margen de aplicación a cada tarea, hecho que demanda fuerte voluntad a la mujer para poder desligarse de la rigidez de sus *deberes*, resultado de una membresía que reclama sus inercias. Decidida, ella se inventa estrategias, animada por sus intentos de aprender. Cata realiza más tareas en menos tiempo, utilizando los intervalos del autobús para poder estudiar: *...hago almuerzo, limpio, trabajo. Siempre traigo libros, en el bus, voy leyendo ¡Cuando más trabajo, más ánimo me da para ir a estudiar!...* Uno de los inconvenientes más seriamente nombrado es la escasa o nula voluntad de los cónyuges ante el interés de sus mujeres en el aprendizaje, conducta en la que destaca el peso de autoridad varonil como un *status quo*, reflejo, por ejemplo, en el temor de Cata, mientras realiza pláticas colectivas dirigidas a las esposas: *Yo tengo inquietudes intelectuales, a veces logro comunicárselas a mi marido, pero otras, es como si le hablara a la pared, incluso me reflejo en las mujeres que asisten a las pláticas. Casi puedo verlas cuando regresan a sus casas, llegan con miedo de los reproches del esposo. ... Pero pues ellos son los que deciden.*

Se sobreponga o no a la negativa masculina, la experiencia demuestra que si la mujer abraza su decisión, debe reacomodar sus obligaciones domésticas, pues no parece haber posibilidades de ganar un apoyo sistemático de su pareja. Esta carencia es conocida en East New Hall, donde destaca la necesidad de una participación equitativa y real. Punto en el que cualquier discurso de comprensión resulta insuficiente. El ejemplo lo da Inés: *Mi esposo me insistía: ¡Aprende!, ¡tienes que estudiar! Así que intenté aprender inglés y le pedí que me ayudara a tener la casa limpia ¡Pero la comida la hacía yo! Porque a él no le gustaba cocinar ni hacer nada. La casa*

se caía de sucia, mis hijos se acostaban tarde, a veces no comían y mi marido, ¡no levantaba ni un plato!... Me desesperé y me salí de la escuela.

Sin alternativa práctica, la decisión o la urgencia de aprendizaje, cuando resulta condicionado para obtener un trabajo o para cambiar de este, hace que la mujer de estudio pase por alto determinados inconvenientes, como valerse de estrategias tales como cocinar de madrugada o sobrecargar el fin de semana con la limpieza general. Así sucede con Inés y Soledad, quienes se han convencido de una capacidad que quizá solo ellas valoren: *Estudio cosmetología porque siempre había yo querido hacer algo. Mi esposo dijo que no teníamos dinero para pagarme una escuela. Saqué cita para un examen. Vamos, acompáñame, le dije. ¡Ni vino! Fui sola y fui aceptada.*

Así, tanto la observación como los testimonios demuestran que, en el hogar de la inmigrante, especialmente supeditado al dominio masculino, el plan de estudio femenino solo puede marchar a contracorriente de la demanda de atención a la familia y de la jornada de trabajo, aparte de propiciar un escozor conyugal o su indiferencia: *Mi esposo es de esa idea de que la mujer debe estar en la casa. A lo intelectual o espiritual que me llena a mí, él no le da importancia* (Cata). En la práctica, la mujer que sostiene su decisión, sin poder renegociar en pareja el cuidado doméstico, abarrotada de actividades su jornada y comprime el tiempo de atención a sí misma. Sirva de ejemplo el caso de María y Rosario, hermanas que organizaron su plan de estudio desde una coparticipación genérica, al que le agregaron inquietantes detalles: *si va una a la escuela, otra se tiene que quedar con los niños. El atraso de una implica el avance de la otra*. Isela, por su parte, ya adaptada a la rutina, a catorce años de haber llegado, sabía que, para estudiar y aprender, debía esforzarse:

A él y a las niñas, les dejaba preparados sus lonches, entraba a trabajar a las seis de la mañana, me levantaba a las tres a bañarme. Les hacía avena, o huevo o quesadillas. Hoy ya mi hijo está en la high y mi hija en la elemental y pues la chiquita en el kínder. Me arreglaba porque teníamos que ir formales al trabajo. Iba y las peinaba a ellas que tenían el pelo largo; las sentaba dormidas y las dejaba que siguieran durmiendo, poniéndoles una media en la cabeza para que no se despeñaran. Como me decidí a aprender a escribir a máquina, después de limpiar la casa le decía a mi cuñada que si me cuidaba a los niños.

Y ya me iba yo a aprender a la high. Cuando salieron las computadoras estudiaba en la hora del lunch, con un cartoncito al que le dibujé las letras.

Aparte de la atención del hogar, el aspecto más álgido se desarrolla en torno al cuidado de los hijos, teniendo graves consecuencias de no realizarse como es debido, ya que el Estado norteamericano penaliza el descuido de los padres, y les quita a los hijos. Este aspecto abre un problema nodal. Conforme a la rutina de los hogares de estudio, responsabilizada de la atención familiar y de la provisión parcial de recursos, la mujer se obliga a buscar el bienestar económico de la progenie, siendo este el que la compele hacia su capacitación. Decisión librada con culpa y tensión, pues al estudiar y trabajar, los reacomodos pueden tener consecuencias irreversibles: *Aunque aquí es ilegal dejar a un niño menor abandonado, a veces, al supervisar a los que no asisten a clases, me he encontrado a niños de seis años cuidando hermanitos de dos años. ¡Solitos, hasta con una vela en la cocina!* (L. Esquivel).

CONTEXTOS PARA LA EDUCACIÓN DE LA MADRE Y LOS HIJOS: DISYUNTIVAS E INTERDEPENDENCIAS

... él, por ejemplo, cuando llega de trabajar por la noche, ve que estamos haciendo la tarea, matemáticas, alguna maqueta o trabajo manual. ¿Pregunta o se interesa? ¡No! Él, nada más se pasa derecho... ¡Ni una vez en los años que lleva de estudiar mi niño!... Yo a veces puedo ayudar a mi hijo, a veces no. Por ejemplo, de Historia pues ni sé, a veces ni siquiera puedo entender lo que le piden, y si ni el propio niño que estuvo en sus clases no le entiende, pues menos yo... Entonces me desespero, lo regaño, le digo: ¡hijo, aprende!, ¡ponle ganas o te vas a ir a lavar baños como tu madre!, entonces se oye por ahí una voz, la de su padre que solo sabe gritarle: ¡Chamaco, escucha a tu madre o te voy a...!

Guadalupe

Aquí hay un problema adicional en las mujeres. Ellas son las que tienen que hacer las tareas con los niños, algo complicado porque el sistema de educación de los Estados Unidos exige la participación de los padres. Es obligado estudiar con los hijos y hacer las tareas con ellos, y la cultura mexicana confiere a la madre el papel de asumir la educación escolarizada de los hijos. Pero ellas no les ayudan en las tareas porque no entienden inglés. ¡A veces no saben ni leer! Hay mamás con solo segundo año de primaria. No están preparadas para valorar las tareas. No saben.

Esquivel

Cuando López, del Centro Comunitario señala: *En la junta de Líderes Latinos asisten más mujeres que hombres, porque los hombres andan cansados*, ubica una situación de hecho, portadora del orden que la división culturizada y sexual del trabajo ejerce en la distribución de horas/salario básico en el hogar inmigrante. Él desempeña trabajos usualmente rudos. Aunque no en todos los casos, el cansancio añejo, la ropa manchada, la piel bronceada apenas reflejan los visos de las intensas jornadas que el varón llega a soportar. Es a partir de esto y, mediado el argumento de su mayor dedicación al tiempo de trabajo asalariado, que los maridos de las entrevistadas de New Hall justifican su ausencia en el hogar, circunstancia que, aunada al ritmo de trabajo de las madres, deja a la zaga la atención de la prole. A diferencia del resto de las informantes, Evelia no trabaja, dedica su tiempo a las labores domésticas. Ella reflexiona en torno a las pesadas jornadas de su cónyuge: *Yo quisiera trabajar para ayudarlo, para que se dedique un poco más a sus hijos porque no le da tiempo de compartir con ellos. Antes él trabajaba día y noche y los niños ni lo veían porque llegaba hasta las diez pa' levantarse a las seis y media de la mañana.*

En una situación distinta, Cata limpia casas y participa como voluntaria en la iglesia. Ella observa el desinterés de su esposo como padre y jefe de familia: *Es a regañadientes que se hacen las cosas. Él llega por la tarde, se pone a ver cualquier película tonta y pues a esperar el otro día para irse a trabajar, no asume ni siquiera la diversión de los hijos, no se hace responsable de una familia y pues si encuentra con quién echar relajo, pues él está bien. Y pues soy yo la que va con mi hijo a la biblioteca. ¡Me amontona libros para que le lea! También vamos juntos a la iglesia.*

Si en East New Hall, los horarios de trabajo limitan la presencia masculina, con la mujer reubicada como encargada del cuidado infantil, conforme a los testimonios, sea por regularidad de turnos, conmemoración de días festivos o durante el fin de semana, puede apreciarse que, si los cónyuges tienen tiempo, no siempre muestran voluntad para asumir una paternidad activa. Matilde, de quien se recupera la voz, esperaría un mayor interés de su esposo:

Los fines de semana ¡es de estar acostado y ya! Sale con los niños, pero me cuesta mucho, tengo que estar ahí, detrás de él ¡jarreándolo! Me gustaría quizá,

que él se interesara más en llevar a los niños, aunque sea a la biblioteca y se lo digo, pero me dice: ¡Tengo flojera! Le platico lo que va a haber donde vamos y pues él simplemente me dice: ¡pues vete tú, yo estoy cansado! Así que las actividades extras como el hecho de mandar a los niños a un curso de lectura o asistencia al Centro Comunitario son actividades de las que yo me ocupo.

Al reconocer la disposición de la hispanohablante para participar en actividades sociales, el Centro Comunitario observa una perspectiva semejante: *Ellas han considerado la necesidad de participar en actividades comunitarias gracias a que les cuidamos a los niños, pero señalan que necesitan que los padres se involucren, porque siempre son ellas las que participan más.* De lo ya dicho, resulta una situación: la demanda de atención hacia los descendientes ocurre paralela a la del aprendizaje materno, compitiendo en sus posibilidades de desarrollo. Al respecto, ella tiende a conceder más importancia al aprendizaje infantil. Cata ha renunciado a estudiar: *...yo, pues voy a cursos, pero así que yo diga, ¡voy a hacer una carrera!, pues no, ahora mi sueño es... ¡que mi niño alcance algo!* Pero la superposición de demandas aparece una consecuencia. Ella necesita un contexto de información para tramitar la educación de sus hijos en un sentido operativo e intelectual, respecto de qué escuelas corresponden, alternativas de aprendizaje o supervisión sobre su aprovechamiento. Desarrollada a duras penas, tal perspectiva, cuando no atrasa a los hijos, tiene pocas posibilidades de incidir en la calidad educativa de la nueva generación, subrayando que no se trata de una contingencia, sino de una herencia que arrastra deficiencias provenientes de la escueta preparación de muchas de las madres. Esto se refleja en una opinión sobre la cultura de la pobreza que la inmigrante porta consigo. La ácida perspectiva de la antropóloga G. López, enriquecida por su experiencia como directora del Centro Comunitario, no carece de argumentos:

Aquí tenemos un problema: las madres por falta de conocimiento, por falta de ejemplos, por falta de patrones, desconocen las etapas de desarrollo de los niños y no les dan cosas para que aprendan a desarrollar sus habilidades. Ellas educan a sus hijos sin conocer cómo, los niños van entrando a la escuela y no saben hablar; de hecho, algunas de ellas son sumamente ignorantes porque no tuvieron estimulación ellas mismas. En su comportamiento dañan a sus

propios hijos. Los niños son preverbales; ya tienen cuatro o cinco años y andan pidiendo cosas a puros gritos.

Sobre el balance de testimonios, el anterior punto de vista se antoja válido, aunque parcial, refleja el papel preponderante de la educadora y la ausencia práctica del rol paterno. El cuadro desemboca en un problema grave. Insuficiente, la atención de aquellas madres que, como en forma coloquial observa Esquivel: *... voluntariamente o no, se encargan de la educación de los hijos, vienen cansadas de trabajar, tienen que hacer la comida, ¡darle bien de comer al marido!, llevar la ropa a lavar caminando bajo el solazo. A algunas de estas madres no se les ocurre que el niño alguna vez tiene o podría elegir una carrera universitaria...*

Ellas están a la par de progenitores varones que trabajan jornadas de más de doce horas y que escasamente se ocupan de la progenie. En el lugar de estudio, desde temprana edad, a los hijos de los inmigrantes se les abandona mucho.¹⁷⁶ A partir de lo ya expresado y de forma casi inevitable, el entorno inmigrante carece de estímulos, información, perspectivas y recursos, para la educación de la generación siguiente. En el ámbito cotidiano, los modos de inserción social, la precariedad socioeconómica, el desequilibrio de tareas y la extracción rural de origen, marcada por deficiencias sistémicas, se conjuga en la ausencia de perspectivas, recursos y criterios para una adecuada educación de su descendencia, en un sentido tal que, como observa Esquivel: *no les procura los elementos que les hagan apoyarles en sus trabajos escolares, o que los haga interesarse en ayudarlos y supervisar su desempeño.* De experiencia directa, el balance de Antonia expresa este conflicto en primera persona: *Si mis hijos hubieran querido estudiar, pues dependía de ellos. Yo todo pagaba: la renta, la comida; ellos siempre se la pasaron como niños. Pero yo fui el golpe, todo, fue mi vida muy mal, pues... porque mis hijos se fueron a la perdición. Tomaban mucho.*

¹⁷⁶ Lo que involucra un conflicto de diversas dimensiones, sirva el ejemplo de una homilía en la parroquia de East New Hall, en la que se conminó a padres y madres a *dejar de trabajar por lo menos el fin de semana* para atender a sus hijos, ya que eventualmente podrían relacionarse con las drogas, en un contexto donde el aspecto económico imponderable obliga a tales ritmos de trabajo.

La desestructurada asimilación del grupo desplaza sus privaciones hacia los jóvenes, como a este trabajo confía Esquivel: *a veces la mamá está trabajando mucho y los niños no están supervisados en la casa, o el papá está borracho y está pegándole a la mamá frente a ellos*. En consecuencia, saturada de dificultades, la autopercepción del clan familiar tiende a autodevaluarse, como lo detecta V. Macías, encargada de la guardería del Centro Comunitario: *...cuando, por ejemplo, la pareja va con sus niños a la clínica, va con la cabeza agachada, tímida, todo eso se lo transmiten a sus hijos*. Posicionadas sobre un orden cultural basado en una repetición de convencionalismos, las decisiones maternas determinan aspectos cruciales para el futuro familiar, más por sanciones oficiales que por una verdadera comprensión, dan por suficiente la conclusión de estudios preparatorios de menores que, en tal momento deberían perfilar su vocación y así elegir una carrera.¹⁷⁷ De ahí que este clima afecta la motivación juvenil para asumir una meta universitaria y propicia un rendimiento escolar mediocre y étnicamente diferenciable como, en su calidad de maestra de nivel medio, observa Esquivel: *esos jóvenes andan mal en la escuela, se les invita a asesorías y no asisten por pena. Un dato que permite darse una idea de esto es que, hace cinco años en una escuela preparatoria, de 400 latinos, 17 se graduaron*.¹⁷⁸ Una vez sopesado el contexto a grandes rasgos, se puede entender que la madre, responsabilizada y responsable de la implementación práctica de la educación generacional, no sepa, no prevea, ni tenga muchas posibilidades de ahorrar para una educación que regularmente debe financiarse. De hecho, frecuentemente desvía recursos que conducen a una integración social basada

¹⁷⁷ Desde su perspectiva como trabajador, básicamente asalariado, el padre inmigrante tampoco, aquilata el valor de la educación de sus hijos. De tal forma que enviarlos a la escuela funciona sobre todo como un requisito. Alusivo a la resignación de los trabajadores a sus condiciones, Esquivel observa: *llegada la edad en que los educandos ya tienen la condición física para resistir el trabajo, ya el papá les está diciendo: Es usted un condenado, ya está grandote, mira qué cuerpo tiene. ¡Yo a su edad ya debería de estar trabajando!* Este modo de interpretar la realidad, de identificar lo familiar con la existencia impuesta por las condiciones sociales recuerda un texto de Marcuse, en el que se señala como el impacto del progreso marca una misión alienada, una “falsa conciencia” (1968: 33).

¹⁷⁸ Aquí cabe observar cómo los condicionamientos culturales y estigmas en

en el consumo, en vez de conformar un fondo de ahorro orientado al estudio de la progenie que solo un programa social sistémicamente promovido podría orientar pues, como observa Esquivel:

Dado que el rendimiento de los alumnos de origen latino es bajo, resulta un poco difícil que las universidades les acepten, pero de ser así, se presenta un inconveniente. Aquí a lo que le llaman clase tiene tres unidades. El niño que no es residente legal o ciudadano americano tiene que pagar por cada unidad 120 dólares, entonces una clase, para ser estudiante completo del college que son los primeros dos años de la universidad, son dos de cuatro a seis clases, así que el semestre les va a salir en 1440 dólares... Las familias de estos alumnos deben tener en cuenta esta necesidad y buscar la manera de planificarla.

Sin pretender agotar lo complejo del tema, lo antes expuesto contextualiza otra fase del clima de inestabilidad e indisposición del entorno inmigrante para asumir con seriedad los procesos de aprendizaje y de profesionalización de su descendencia. A pesar de la inteligencia o habilidades que sus hijos puedan mostrar, sin pasar inadvertida a la sensibilidad de las instituciones y los profesores socialmente comprometidos, como es el caso de la maestra Esquivel: *Yo he estado trabajando con niños y era precioso ver la chispa que tenían... hay latinos que terminan sus estudios con altas calificaciones. Pocos, pero los hay, que se gradúan con honores, como les llaman aquí.* Finalmente, si tal empresa resulta difícil para los hijos nacidos en Estados Unidos, explicitado el ambiente, no resulta descabellado suponer sus mayores dificultades en el caso de los menores nacidos en México, pues como observa L. López: *un niño que ha nacido aquí dentro del sistema sabe cómo poner las cosas dentro de un rompecabezas y ese otro niño no tiene idea de cómo hacerlo.* Pese a todo, al emigrar con la madre, estos niños serán inscritos a un sistema

torno al inmigrante pueden condicionar una respuesta social que afecta también a estos jóvenes, cuya actitud refleja, sobre todo, temor. Al respecto, la mirada de Esquivel profundiza en el problema: *Hay jóvenes que, por ser latinos, son más frecuentemente increpados por una patrulla de oficiales racistas... motivo por el que se podrían suscitar problemas con la ley, quedando fichados en su récord. Como personas que faltan al orden, llevarán ese sesgo de "estar fuera de la ley", incluso con el simple hecho de manejar sin papeles, por solo no tenerlos.*

escolar que habla un idioma desconocido, lo que implica dificultades que de manera gradual se van haciendo más complejas como aquellas observadas por María: *Mi hermana no puede ir a las clases de inglés pues trabaja. Su hijo tampoco sabe hablarlo. Él entró a pri-scul (pre-school, prescolar) y no sabe leer, así que ella se la pasa difícil para entender qué es lo que le dejaron de tarea, y luego enseñárselo...*

CUANDO ELLA SE OCUPA DE EDUCAR A SUS HIJOS. BATALLAS TESTIMONIALES

Apercibido de que la prisa y el cansancio como características de las sociedades desarrolladas repercuten en los altos niveles de desamparo infantil, Castells observa un problema de graves repercusiones que coloca a la mujer en la disyuntiva de elegir entre la atención de los niños, las mejores condiciones materiales, o su propia autonomía, al sugerir que la “subversión del género mediante la revolución de la paternidad” eventualmente podría revertir esta situación (2001: 262). ¿Esta perspectiva guarda relación con el escenario de decisiones de la inmigrante que vive en la sociedad referida por el autor? Se ha dicho que por factores sistémicos (regulatorios) o culturales, a ella no le resultará sencillo reunir las cartas de su autonomía. Por otra parte, por vivir al día, tampoco tiene opción para desdeñar o elegir el aspecto material. Práctica, su elección consiste en atender a la progenie con los recursos que tiene, y se puede observar que, en tal espectro, la convicción de que sus hijos estudien surge más de su intuición que del limitado medio que ha rodeado su historia biográfica. Con gran experiencia y contacto con la madre latina, Esquivel, observa que: *...carecer de estudios resta visión a estas mujeres para comprender que lo que pasa en la escuela es bueno para sus hijos,*¹⁷⁹ y enfatiza que, aun así, influida por la referencia a una cultura mexicana proclive a recrear el ideal de abnegación materna: *cuando ella visualiza la importancia de que los menores estudien*

¹⁷⁹ Dilucidar estrategias que permitan que los hijos de inmigrantes puedan tener una vida mejor resulta en mucho, gracias al trabajo colectivo, educativo, formativo e informativo realizado por líderes latinos y grupos sociales.

hará todo lo que pueda por lograrlo. Los testimonios coinciden con la perspectiva antes suscrita, en un sentido tal que el esfuerzo de la madre reta sus condiciones de aislamiento, subordinación o dificultades materiales, pero sin librar obstáculos tales como el idioma, aspecto en el que los intentos fallan. Considérense los siguientes ejemplos: Evelia no habla inglés ni tiene tiempo para salir a aprenderlo, así que para ayudar a su hijo en las tareas debe interpretar las indicaciones contando para ello con lo que de este idioma le pueda enseñar un pequeño que asiste al nivel preescolar: *A veces mi niño me ha estado enseñando poco a poquito, pero... necesita algunas palabras y no sabe muchas. Es una quien tiene que ayudarlos, pero él es quien me enseña a mí.* Cata peleó fuerte por una carrera que las condiciones económicas le impidieron, hasta quedarle clara la importancia de que su hijo de seis años estudie, agregando que el pequeño Manuel *...debe aprovechar la experiencia de su padre y madre inmigrantes y su situación de ciudadano.* Ella reconoce que para tal fin necesita convencer a su esposo, pues por la diferencia de perspectivas y gasto sostiene con él frecuentes riñas:

...tal vez él espera ver que nuestro hijo este ahí parado en la Liquor, pidiendo trabajo. ¡Pues yo no! Le digo que tenemos que luchar, que nosotros andamos aguantando trabajos mal pagados, discriminaciones... ¡Pero mi niño no! Tengo una meta para él, porque es horita su desarrollo, es el momento de no hacerlo miedoso, temeroso... debe tener bases. Así que si veo unos libros que me gustan, no me pesa gastar si veo unos libros para mi niño que yo sé que le sirven; pero mi esposo sí se desespera. Eso es un gran pleito, dice que me gasto el dinero en cosas que no valen. Para él nada del estudio vale.

Isela, cuya inteligencia, aun en calidad de inmigrante, le abrió paso para colocarse en una oficina, tampoco pudo estudiar, pero sí maduró una convicción: *Siempre pensé que cuando tuviera mis hijos haría todo lo que pudiera para que estudiaran.* En similitud con Cata, ella debió convencer a su esposo para sostener la carrera de sus hijos mediante una planificación económica e institucionalmente selectiva. Plena de esfuerzos, esta iniciativa logró que el mayor de ellos fuera becado por el Congreso de Estados Unidos, gracias a una instrucción académica, de la que ella recuerda el inicio:

Mi esposo dijo que era una escuela para ricos, pero el día se llegó y yo me levante temprano a pasar la prueba. El niño sacó el primer lugar. Pagábamos 250 por esa escuela en 1996 ¡Pero me descansaron! 500 mensuales por mi hija en la preparatoria, casi mil por mi hijo... Cuando vimos lo que tocaba pagar, mi hijo se puso a llorar. Entonces yo dije ¡Tú vas a ir al colegio y yo no sé qué voy a hacer, pero mañana nos vamos! ¡Lo único que no puedo es vender droga o andar de prostituta! ¡Mi madrina me prestó, eché mano de las tarjetas, nos cambiamos de casa! ¡Hoy no puedo creer cómo lo hicimos!

En resumen, las perspectivas analizadas indican que las deficiencias que limitan los intentos de educación de la inmigrante, sus condiciones y obstáculos, también influyen con fuerza para restringir la experiencia escolarizada de la progenie. Por otro lado, la perspectiva testimonial descubre el ejercicio de la voluntad de pareja, sobre todo de la madre, a favor de la preparación escolar de la descendencia. Se puede subrayar que uno de los criterios femeninos para mantener la unidad del hogar en pareja, tolerando diferencias conyugales y hasta eventuales maltratos, persigue un mejor control en la educación de los hijos y un ambiente más adecuado para su formación.

NECESIDADES URGENTES: SABER Y PODER TRANSPORTARSE

En este país, lo más difícil de quedarse sola (sin pareja, cónyuge) es la transportación. Cuando te peleas con los esposos, se llevan el auto y a veces las distancias entre un lugar y otro son muy retiradas.

Marta

A la ya destacada importancia de aprender inglés, se agrega como urgente la necesidad de que la mujer disponga de los medios para desplazarse con facilidad, lo que incluye dos aspectos complementarios: saber manejar y contar con un vehículo.¹⁸⁰ Así, aunque la inmigrante

¹⁸⁰ Al momento de recuperar la información de campo, la transportación del barrio latino de East New Hall dependía, en buena medida, del transporte público y del ciclismo. La estación del *Metrolink*, que comunica a San Fernando y Los Ángeles, así como la base de autobuses que recorre la zona, se ubican en la entrada de este espacio habitacional, entre las calles Market y San Fer-

rural pocas veces tiene experiencia en el manejo, son las grandes distancias, aunadas a la necesidad de trasladar a los niños a la escuela, inscribirlos a cursos, atender sus citas con el doctor o surtir el hogar de víveres, en fin, es el papel de la hacedora del hogar, trabajadora, y vinculadora, lo que vuelve imponderable la necesidad de un medio personal de transporte. Sin auto, sin saber manejar y sin tener experiencia en utilizar el transporte público, Francisca y Guadalupe comparten un problema ambas tienen hijos que nacieron con la *columna bífida*. Por eso, deben llevarlos a tratamientos médicos desde New Hall a Los Ángeles, a una hora de distancia más el traslado a la dirección local. Si se considera que en tales circunstancias resulta obligado cargar hijos, maletas, alimentos y medicinas, lo cual implica, también, asumir los riesgos relacionados con el transporte, que son propios de la urbe, que ellas logren cubrir los años requeridos por el tratamiento médico, no solo da cuenta de su fortaleza, sino que ilustra al extremo la urgencia de un automóvil para ellas. Olga prefiere no utilizar autobuses pues... *en el bus de Los Angeles ¡hay tanto negrito y guainito (ebrio), que ando con miedo de los asaltos*. Inés, quien vivió en un barrio de Los Ángeles, sabe que: *Cuando voy, solo cargo el puro pasaje, aun así, un día, me salió un afro con un estilete, iba yo caminando sobre la Olímpic. Me quedé helada, por eso es que si puedo, mejor ni voy*. Pero en el caso de Francisca, parece no haber alternativa: *Por el bien de mi hijo, pues yo tuve que buscar la manera. Me vi orillada, quedaba cerca el Metrolink y pues, con mucho miedo, me vine en ese tren por primera vez*.

Como necesidad específica, la del transporte se resuelve en la práctica a partir del cumplimiento de tres condiciones:¹⁸¹ saber ma-

nando, circunstancia que no es casual. De acuerdo con L. Esquivel, esto fue el resultado de verdaderos esfuerzos realizados por grupos sociales como el de las Madres Unidas de Santa Clarita, para instar a los planificadores urbanos a que asumieran la importancia del trabajo y transportación de los trabajadores del barrio latino. La consideración en torno al desempeño de las trabajadoras, madres de familia y amas de casa, quienes debían asistir al trabajo, a hacer compras o a las escuelas de sus hijos, fue otra de las razones específicas de esta pugna basada en una certeza: en general, las mujeres de este lugar ni manejaban, ni contaban con vehículo propio.

¹⁸¹ Aquí se habla de una perspectiva práctica, en tanto durante la investiga-

nejar o querer aprender, poder hacerlo, y tener los recursos necesarios para adquirir un vehículo propio (lo que en cierta medida debe incluir el apoyo moral y práctico del cónyuge u otro varón cercano, generalmente más avezado en estas lides del manejo y mantenimiento vehicular). Conforme a las referencias relacionadas con prolongadas e irregulares jornadas laborales, en East New Hall, los varones son quienes manejan su propio automóvil, lo que en menor medida ocurre con las mujeres, quienes se ven limitadas en el cumplimiento de tareas esenciales, como sucede a Malena: *No sé agarrar el autobús, no sé manejar, simplemente no podría ir a hacer el pago de los biles (servicios), de lo que se puede observar que, lejos de mostrar una complementariedad, esta deficiencia promueve malestares en la pareja: ...cuando se acaban las cosas del mandado, no tengo transporte para ir a comprarlas, le pido a él que me lleve pero me riñe: ¡Está el día! ¿Por qué no vas? ...Me dice que estoy de floja.* (Evelia).

Aunque tarde o temprano ellas podrán manejar, como se ha explicitado, lograrlo involucra un aprendizaje signado por membresías genéricas, en el caso del dominio sobre el transporte, a esta perspectiva le refrenda un hecho: la obligada negociación interconyugal aludida por las informantes que aprendieron a conducir un automóvil contrasta con el desinterés que, en torno a esta habilidad, mostraron aquellas que no saben conducir. La respuesta de Evelia pareció sucederse en otras informantes: *...no sé manejar, a veces me pasa como con el inglés, siento que no voy a poder*, como fue el caso de Malena: *Siento que no voy a aprender, yo no sé manejar por miedo*. Así las cosas, lo usual es que aun aquellas mujeres con mayores rasgos de autonomía dependan del auxilio de los cónyuges: *Lo más lejos a que he llegado ha sido a Los Ángeles, cuando he manejado hasta Tijuana, él ha ido conmigo, pero sola, sola, no...* (Olga), lo cual reitera una división sexual del trabajo que, al confiar al varón el dominio territorial, debilita el incipiente rol vinculatorio entre las mujeres: *...sin auto, siempre hay que andar detrás de los esposos*.

ción de campo, el otorgamiento de licencias de conducir representaba un problema grave para la gente indocumentada, pese al papel laboral por ellos desempeñado, en todo tiempo dependiente de una transportación eficaz.

Saber manejar y tener un auto. Apropiarse del reto

Mi hermana me empezó a dar trabajo de limpiar casas, dijo que mandara a la fregada a mi marido, que ni me daba raid siquiera. Así junté para mi carrito... él me ayudó a buscar en el periódico, porque ¡como habla bien inglés! Cuando lo compré no lo podía creer, no creía que iba a poder manejar, me metía en el camino y era un silbadero de carros, pero... ¡yo quería moverme! lo que yo quería era eso. Mi hermana iba rezando.

María

Una noche se acabó el trabajo en la madrugada. A esa hora nos sacaron. ¿Cuál bus? Una mujer más joven, y más humilde que yo, aceptó darme raite. En plena montaña, en las barranquitas, íbamos dando tumbos bajo una luna enorme. Noté que ella no sabía manejar. Me llevó hasta mi casa, me dio una lección... ¡Yo habría de aprender!

Rosalba

Resulta comprensible ubicar que, por lo disfuncional que resulta simplemente replicar los roles sexuales, aprender a manejar surge principalmente a partir de las diferencias o las disfuncionalidades en la distribución conyugal de las tareas. Durante una larga ausencia de su esposo, Inés aprendió a manejar: *¡Batallé, tenía que ir a todas partes! siempre dependiendo de lo que él dijera, no sabía manejar, aprendí cuando se fue un año a Texas.* En un tenor semejante, Olga decidió comprar un auto y aprender porque: *Al trabajo primero me iba en raite, después mi esposo me iba a dejar y a recoger. ¡Pero empezó a pegarme! Entonces decidí aprender a manejar. Como durante tres meses, me levantaba a las cinco de la mañana y tomaba el bus. Él iba y me decía: ¡Súbete! y yo le decía: ¡No! Hay buses que me llevan. ¡No te necesito! Un día, cuando llegó el dinero de los taxes, decidí que sería para un auto.*

Por tanto, sobre el aprendizaje de ellas es que se fragua un quiebre de roles socialmente ameritado, lo que confirma un precepto: un cambio a favor de los aprendizajes de la inmigrante también resulta adecuado a los factores sistémicos que le circundan. Aleccionador, el caso de Olga revela su tesón para hacerse de un auto, y evitar así la dependencia y la violencia conyugal. Lograrlo le hizo ganar autoestima y el respeto de su pareja: *Le dije a él que iba a comprar un carro, y sí, lo compré. En la mañana le dije: vete conmigo al trabajo para yo traerlo. Me dijo: ¡sabes manejar, así que te lo voy a soltar! ¡Me lo traje*

yo sola! Que las dinámicas de cambio se proyecten en las unidades domésticas expresa un problema que requiere atención institucional, pues la envidia con que, tarde o temprano la inmigrante asume el cambio, no constituye sino un ejemplo de fortaleza personal que requiere de apoyo. Conforme a lo observado en East New Hall, son pocos los hombres que impulsan a las mujeres a aprender a manejar, como lo expresa Inés, en general por falta de tiempo: ... *con él no tenía un apoyo, le decía que quería manejar, le pedía que me enseñara y me decía: estoy cansado*, en un contexto que demanda hacerlas sentir seguridad en el aprendizaje:

Él quiere que yo aprenda. Y yo hasta muevo el carro, pero siento que si voy en carretera no voy a saber qué hacer, me da mucho miedo. Él ha tenido cada vez más buenos carros... si les pasa algo temo su reacción, que me diga que me lo advirtió, pero no me da seguridad, nunca me ha enseñado... dice: busca quién te enseñe. No es que me diga: ten las llaves, agarra el carro, no importa lo que pase, yo te apoyo. ... Además, no tengo licencia y eso me da más miedo, encontrarme con la patrulla. ¡Y yo sin papeles! ¡Aquí las cosas nada más te pasan una vez! (Matilde).

Pese a las limitantes, fueron urgencias cotidianas las que llevaron a Ise-la a adquirir un carro. *Mi primer carro yo lo financié, era grande. Pensé: aquí cabe mi papá, mi mamá, mi hermano y yo;* en tanto que María, a partir de tener que llevar a su niña a tratamientos médicos periódicos, terminó obligando a su padre a enseñarle a manejar:

Mi niña me nació con el pie torcido y sus dedos pegados, tuvo dos operaciones, la tuvieron un año enyesándola para que se le enderezara el pie. Yo no podía trabajar, tenía que llevarla a Los Angeles a su tratamiento. Él me dejaba en el Metrolink, trabajaba de jardinero. Ya no teníamos comunicación, pero le decía que si él no me ayudaba, lo iba a mandar a la Corte... todavía alcanzó a enseñarme a manejar porque lo obligué. Él afuera dando raids: que ya a cierta persona la llevó a la marketa, ¡A mí me daba coraje! y le decía: ¡Me vas a enseñar a manejar, no me importa si llegas cansado! Me llevó dos días, con eso alcancé a mover mi carro y limpiando casas me metí a una escuela de manejo y así fue como yo aprendí.

Al verse sola, pues su esposo se fue a otro estado a trabajar, Inés no solo aprendió a manejar; valoró este aprendizaje. Así, al regreso del cónyuge y ante la negativa de que ella siguiera utilizando su vehículo, ella se compró un auto, lo que como se verá, implicó pasos que demuestran los inconvenientes por remontar cuando ellas deciden aprender:

Cuando mi esposo se fue, dejó su camioneta estándar. Dijo que yo no la manejaría nunca, pero yo necesitaba hacer las compras. Mi amiga y un cuñado me andaban enseñando y cuando él llegó todo se acabó, dijo que a donde tuviera que ir, él me llevaba. Un día me desesperé, me decidí, fui a pasar el test (examen), lo aprobé así que logré la licencia. En la tarde fui al diler (vendedor de agencia) a sacar un auto nuevo. Estaba contenta... mi esposo decía que no estaba bien que anduviera sola...

En el anecdotario respecto del aprendizaje de la adquisición vehicular o su manejo, se refleja el papel del hogar como unidad estratégica receptora de cambios paulatinos hacia una vida más cómoda que, tarde o temprano, incorpora a la mujer en las dinámicas sociales. Es desde este observatorio que se registran asimétricas luchas, entre el orden convencional y tales cambios, de ahí que este trabajo subraye la importancia del aprendizaje femenino y de un apoyo conyugal que termine la desazón generada por la negativa o la agresión que acompaña a los intentos de aprendizaje: *Cuando es el esposo el que te enseña, lo hace de muy mala gana, por todo se molesta y desespera, te hace sentir que nunca aprenderás* (María). *De por sí, no quería que yo tuviera carro, se enojó, me dijo: ¡Ese auto te lo van a robar, no vayas a la escuela! Así fue, me lo robaron en el parqueadero. Al día siguiente no tenía ganas ni de salir, pero la escuela cuesta cien dólares por semana, y soy yo la tengo que pagar. Yo me sentí muy triste porque nunca me había decidido a hacer nada sola más que sacar mi carro y entrar a la escuela. ¡La única vez que decidí tener mi carro, me lo robaron!...* (Inés).

En el contexto de la sociedad del riesgo, de la mercantilización, y del aislamiento que acompaña la supervivencia de las familias de estudio, el aprendizaje femenino resulta sano, valioso y urgente: *... yo siento que, a partir de manejar, estoy más independiente de él, hago mis gastos y voy a donde quiero.*

Conclusiones

Al tomar como metáfora el comportamiento epífita, característico de las orquídeas y otras plantas emigrantes, en este trabajo se analizó el papel de la inmigrante en la supervivencia de un grupo de familias de origen mexicano que viven en Estados Unidos. Al acudir al análisis de la construcción del hogar transterrado, se encontró que tal hacer facilitó la vida por medio del cuidado, y lo opuso a la experiencia de la transterritorialidad neoliberal e indocumentada. De hecho, la configuración general de las historias de vida apuntó a que la construcción detallada, material e intangible del hogar transnacional adeuda a la voluntad femenina sus logros principales, y un ejemplo de esto es que ellas son quienes acondicionan la mejor vivienda posible para sus familias, lo cual enriquece así la vida del barrio y su asimilación social. En contacto con ciudades altamente tecnificadas, cuyo funcionamiento inicialmente desconocían, las protagonistas demostraron que el *hogar refugio* propicia un proceso de arraigo dignificante, y que tal construcción, basada en condicionamientos de género, resultaría ineficaz de no asumir estas mujeres un rol de liderazgo y una fuerte disposición al trabajo y al esfuerzo. Ante la irregularidad legal, la integración mostró múltiples deficiencias, aun así, optimizadas por el intento femenino. Se observó, sin embargo, que el sistema laboral receptor inscribe la participación del latino recién llegado desde una inestabilidad desinformada, vulnerable y muy competida, mediante oficios genéricamente designados: jardinería, albañilería o mudanzas, para los hombres; empleo doméstico, cuidado infantil y cocina, para las mujeres. Esto reviste importancia, en tanto relacionadas con dinámicas culturales, tales ocupaciones se retroalimentan con base en el sistema familiar aludido, el cual recircula oficios flexibilizados. Por ejemplo, a ellas corresponde aceptar tiempos parciales y cortos de trabajo y vigilar una administración económica basada en ingresos deficientes. Pero si el trabajador idóneo se reproduce desde la intimidad

del hogar inmigrante, esto deriva de una división sexual del trabajo, además de tradicional, proactiva de un patriarcado útil que se amplía en el contexto social. Garante de un modo de brindar servicios (rudos, hacendosos, arriesgados, dóciles, etcétera), esta imbricación agudiza un desequilibrio. La inequidad sexual, de suyo reinscrita por la tradición, se ahonda con el destierro. Aunque a la condición irregular del indocumentado, el papel desempeñado por las mujeres forja un bastión de supervivencia para las unidades familiares, son las madres y esposas, encargadas de sistematizar la relación entre estos hogares y su función económica, quienes deberán resolver las tareas estratégicas, a costa de un alto grado de trabajo y angustia. Se trata de una desproporción de notable inequidad perceptible en la reasignación de tareas. Contribución económica, mantenimiento doméstico, cuidado intergeneracional, supervisión de la educación de la progenie y negociación de un vínculo social precarizado por el anonimato, fueron los aspectos observados como responsabilidad femenina; en tanto que los varones —en sus roles de padres y esposos— en general, solo se ocuparon del primer aspecto de la lista, y lo compartieron además con la mujer. Por tanto, si tal emulación descubre la autoría femenina del hogar, también revela un grave desequilibrio sistémico. El patriarcado no es casual, sino funcional y étnicamente acotado, lo que impide la emancipación de la mujer latina, afecta la asimilación de la progenie y suscita un estigma de atraso en la representación social de esta minoría. Huelga decir que los condicionamientos que de manera tradicional y genérica han sido designados, limitan la apropiación femenina de aprendizajes ineludibles para su asimilación social y para la gestión vinculatoria a ella asignada. Esta carencia de información y de saberes tan básicos, como el idioma inglés, frenaron el aprendizaje intergeneracional, y perfilan un problema que demanda investigarse.

Conclusiones capitulares

1. **Procesos migratorios e inmigración.** Estados Unidos, país que se precia de valorar la inmigración sobre el contraste de su propia historia, hoy, bajo una vida con riesgos, privaciones y soledad, la presencia mexicana se actualiza sumada al flujo mundial de desempleados, pero continuadora de la histórica relación laboral entre México-Estados Unidos. Desde principios del siglo pasado, distintivo por integrarse sin las prerrogativas del inmigrante europeo, el trabajador mexicano trascendió la desigualdad y la corrupción de un México de privilegios, y se integró al éxodo varonil participante de las vías ferroviarias estadounidenses. El flujo continuo varonil y la estadía acotada a periodos de retorno fue parte del oficio agrícola durante el Programa Bracero. Más tarde, conforme a las banderas políticas de un gobierno neoliberal interesado en la modernización del campo y el adelgazamiento del Estado, la movilidad intrafronteriza cambió de rostro. Expoliada la agricultura de subsistencia y quebrada la empresa nacional, la migración femenina se agregó al desplazamiento, afianzada sobre una red cultural entrenada en subsistir sin documentos o favorecida por el ingreso legal (Immigration Reform And Control Act, IRCA). Siguiendo la ruta del capital, la agroempresa reorienta la actividad agrícola, aglutina la movilidad femenina, para ampliar sus rentas sobre el trabajo flexibilizado y la vía del género. Sobre el discurso de una habilidad manual intrínseca e idónea para el empaque, se emplea a mujeres y se deteriora el espectro de las condiciones laborales en que ellas se desempeñan. El flujo migratorio responde a una tendencia internacional: el periodo maquilador. Al principio orientada a las zonas urbanas, la presencia femenina se ampliará hacia Estados Unidos, para desempeñarse en el ramo de servicios. En este contexto opera la reunificación familiar entre migrantes varones y sus familias, y se concluye la migración de retorno. Pero, en esta fase, otro cambio se avecinaba: el ataque de las Torres Gemelas del 2001 posicionó al inmigrante como potencial terrorista. Criminalizada, la vía migratoria se vuelve intransitable: rutas mortales, secuestros,

peligros. Para 2009, las condiciones de violencia extrema victimizaron a los centroamericanos en su tránsito a Estados Unidos, con el encubrimiento oficial mexicano a lo largo del país.

2. **Desplazamiento internacional femenino, motivos y razones.**

Inmerso en el proceso de circulación de bienes y capital, el tránsito humano pierde sus cualidades, reificado bajo la concepción del flujo aquí denominado proceso *mercancialista*, un concepto derivado de la perspectiva marxista en torno al deterioro del trabajo genérico, en aras de la una acumulación despersonalizada e inhumana. En este contexto se adhiere la migración femenina, al encontrar que las mujeres de este estudio no consideran regresar a México, mucho menos para trabajar en el campo, y expresan su decepción por la falta de apoyo del Estado mexicano. Múltiple, su emigración fue influida por razones económicas imbricadas a otras afectivas, como las hijas, hermanas o madres; estas últimas se destacan porque están decididas a buscar en otras tierras una mejor alimentación para sus hijos. Su desplazamiento eventualmente buscó transformar exigencias de otras condiciones, tales como la imposición para que abandonen sus estudios, abusos de autoridad, abandono paterno, alcoholismo y violencia conyugal, así como situaciones frecuentes de abuso sexual por parte de familiares varones. Este estudio detectó un fuerte vínculo entre la emigrante y la figura materna, y se pudo observar el dominio o el abuso de la segunda. Eventual, la migración de las hijas intentó compensar una ausencia frecuente: la del padre. Durante el cruce, las entrevistadas, refirieron un acontecimiento doloroso, característico por la utilización de vestidos y zapatos de mujer, que lo dificultaron. Al involucrar una actitud escudriñadora y sumisa, ellas siempre buscaron estar cerca de algún varón como una estrategia de seguridad, y asumen que, de lo contrario, facilitarían el abuso sexual. Los coyotes les trataron como desinformadas y con menor fortaleza que los varones (quienes siempre les superaron en número). Por tanto, fueron colocadas en medio o hasta adelante de los grupos, se les ayudó a cruzar las cercas o se les acomodó en los sitios “menos rudos”: en cajuelas, junto al motor o bajo cajas y cartones. En el caso de las mujeres atractivas, aun acompaña-

das, fueron “aconsejadas”, orientadas, chantajeadas, amenazadas o abusadas por los coyotes y sus ayudantes. Se observó violencia, presunta o real, hacia esposos y hermanos, a quienes se amenazó con ser abandonados en el desierto. Respecto del traslado de menores, se reveló la experiencia más atormentada y cara. Logrado el objetivo (tras varios intentos), ellas se asumieron ilegales, cambiaron sus nombres, María o Guadalupe fueron los más frecuentes.

3. **Techo, primeras impresiones y las vicisitudes para conseguir un empleo.** Los testimonios apuntan a que el arribo significó haber salvado la vida e inició la nostalgia hacia México. La falta de documentos dio lugar a una marcada indefensión en múltiples aspectos. El paso de los días, el acelerado ritmo de vida y los ineludibles pagos de la renta, la alimentación y las deudas de traslado fueron, en suma, la fase angustiosa del *proceso de adaptación*. De acuerdo con los contactos, la concesión o renta de los espacios derivó en hacinamiento, celos de otras mujeres o acoso sexual de los varones parientes y arrendatarios. A diferencia del traslado varonil, las mujeres se movilizaron sobre redes de solidaridad de género para desplegar habilidades domésticas hacia los lugares de recepción, o para encontrar espacios. Y aunque, conforme a la ley, todo servicio debe remunerarse, aquí se observaron eventuales ausencias de pago después de periodos prolongados de trabajo. Percatarse del funcionamiento de los gastos, los salarios y de tales abusos, indicó un subsiguiente ciclo del proceso de adaptación. La gestión de mayor intimidad personal o el inicio de la vida conyugal y familiar de la recién llegada dio lugar a esta nueva fase, solo posible mediante un ingreso laboral de mayor solvencia. Aun en los hogares establecidos, aquí se detecta que la relación familiar se ve afectada por la falta de empleo, sobrecarga de actividades y ausencia de espacios de recreación.
4. Respecto del **empleo** y pese a que las informantes debieron sobreponerse a otra cultura e idioma, ellas fueron percibidas como trabajadoras ejemplares; en sus ramos, algunas de ellas destacaron por su especialización como ebanistas, auxiliares de alta costura, soldadoras, oficinistas y como jefas de personal. La participación de campo demostró que operadoras industriales, trabajadoras

domésticas y operadoras conforman un sector competido, dada la amplia oferta laboral. En tal sentido, las aptitudes ineludibles para el ramo son de género. La vigilancia, habilidad manual, impecabilidad (en un sentido hacendoso), o la experiencia en el cuidado doméstico, fueron muy valoradas. Asimismo, la disposición a tolerar distintos turnos, jornadas ampliadas u horarios cortos, así como contratos flexibles (socorridos en las agencias de trabajo) fueron condiciones que las indocumentadas tuvieron que aceptar. El cuidado infantil y el servicio doméstico fueron los empleos más factibles entre las recién llegadas. De estos trabajos, el desempeñado por la doméstica *encerrada* se caracteriza como el más vulnerable a la indefensión jurídica. Conforme a los casos, se reveló maltrato, estigmatización, aislamiento y suspensión de contacto social, incluido el de las madres con sus hijos. De hecho, una dificultad típica expresada por las informantes así empleadas derivó en la falta de pago –solapada por las agencias domésticas, y patronalmente ejercida–, algo difícil de defender en un contexto donde la amenaza de deportación funcionó cual chantaje frecuente y eficaz. De similares condiciones, la limpieza de edificios constituyó un trabajo arduo, pero con horarios que permitieron a estas mujeres, como indocumentadas, pasar inadvertidas. Tanto por las condiciones de competencia, como por las responsabilidades domésticas, la inmigrante de este estudio debió aceptar remuneraciones y tiempos parciales típicos de restaurantes y expendios de comida rápida, en los que se daba una convivencia interétnica que reprodujo manipulación, discriminación y, eventualmente, acoso sexual. Estos malestares fueron tolerados por desconocimiento de la ley o para sortear el nepotismo, práctica creciente y agudizada por la competencia laboral. Restringida la oportunidad de empleo solo a familiares y amistades, el ambiente relacional se pudo captar como proclive al servilismo o, en su defecto, a la hostilidad. En un tenor similar, las fricciones entre capataces de origen mexicano (chicanos) y connacionales, eventualmente fueron observadas a partir de pretextos tales como el dominio del inglés o la reiteración (estigma) de la irregularidad migratoria. En tal sentido, se observó que tales dificultades fueron registradas interétnicamente. Por úl-

timo, se advirtió que el tercer turno constituyó un recurso para las mujeres con hijos recién nacidos, pues les permitió atenderlos de día y trabajar de noche.

5. **Destierro y hogar rizoma.** Dado que el proceso de inmigrar hacia Estados Unidos, una de las más caras alternativas de empleo, incluye etapas de inestabilidad cercanas a la *trashumancia*: un presente siempre inmediato, sin raíces respecto del pasado y el futuro, que deriva en indigencia u obliga a sobrevivir un desamparo extraordinario —eventualmente observado entre hombres capaces de vivir en las playas o en los árboles—, neoliberal y *en riesgo*. El carácter genérico de la migración femenina denominado *epífita* por su capacidad para sobreponerse a las carencias y perseguir el hábitat en el destierro, reveló su potencialidad humanitaria. Si la mujer arribó a la ciudad global sobre toda para proveer *servicios*, algunos solo personalmente realizables (trabajos de piel), atención doméstica, etcétera. Reproductores en sí de una división sexual del trabajo, patriarcal, detonarían marcos de acción distintos de los desplegados por la inmigración varonil. Encaminada alrededor de una empresa, hacer el hogar, la presencia femenina cultivaría un mundo propio alrededor de un principio, el cuidado de los demás, y detonaría esferas encaminadas a procurar *espacios vitales* en la familia y el grupo étnico, simbólicamente *reterritorializantes*. Este *habilitar* repercutió en una presencia contundente: el hogar familiar, positiva y participativamente perceptible. Así, en el desamparo extraterritorial desprovisto de *nomos* y *ethos*, pero necesitado de ambos, este proyecto rizomático redundaría en calidez y calidad de vida (epíffisis), tendiente a ciudadanizar la existencia emigrada.
6. **Hogar transterrado y comportamiento epífita.** Las parejas de origen mexicano establecidas *in situ*, con frecuencia resultaron de alianzas en el destierro. Compatibles o fincadas para sobrellevar la soledad, estas se *socializaron* mediante el reconocimiento de iglesias circundantes, estratégicas en tal situación. El ejercicio de la maternidad se reveló el móvil de más peso en la fundación del hogar, ya que, además de fortalecer y motivar los esfuerzos en la vida diaria, los hijos constituyeron un enclave que reposicionó

las expectativas, sobre todo maternas, hacia la permanencia y hacia una instrucción escolar de la progenie, realizable en Estados Unidos. Al optar por un amparo simbólico, el matrimonio catolizado fue determinante en el funcionamiento familiar inmigrante, y fueron las mujeres quienes insistieron en la observancia de sus celebraciones (bodas, bautizos y festividades), como una manera de configurar una cronología familiar. Respecto de la interacción con el medio, se concluye que aun limitada por circunstancias legales, la relación la tramitó la mujer ante bibliotecas, talleres o participación comunitaria y hasta en actividades recreativas. Por otro lado, los testimonios de observadores sociales y protagonistas indicaron que, en momentos críticos, fueron las madres y esposas quienes buscaron ayuda externa para instruirse ellas o sus hijos, recibir auxilio legal y para gestionar apoyo material en situación de desempleo. Una molestia testimonial y generalizada redundó en torno a la baja participación de los cónyuges, alrededor de la esfera doméstica y sobre el nulo apoyo hacia madres enfrentadas a las tareas de vinculación familiar. En cuanto a la vivienda, se observó que encontrar un lugar, habilitarlo, amueblarlo y ordenarlo, resultó del tesón femenino. Ante el desdén conyugal, fue la persistencia de género la que permitió acondicionar recámaras, departamentos o casas, al agenciarse tiempo y recursos alrededor de rutinas garantes de la consecución de hogar. A contracorriente, las mujeres ahorraron, adquirieron y pagaron estufas, lavadoras, salas, lámparas, cortinas, sábanas y trastes, con lo que procuraron ambientes que *quedarían vacíos sin la presencia de ellas y sus hijos*. La administración de actividades formativas e informativas a su cargo fue limitada por la carencia de ingresos, a la vez que compite con el cuidado de la progenie; pero además de las cargas domésticas, las madres necesitaron terceros turnos y tiempos parciales. Finalmente, en aquellas parejas obligadas a trabajar, fue la madre quien se encargó de decidir quién, cómo, dónde, con qué y por cuánto se cuidaría a los hijos menores. Involucrar a familiares fue una práctica común por ser confiable.

7. **Economía doméstica.** Realizada por ambos cónyuges, la provisión del hogar no equilibró la excesiva asignación de respon-

sabilidad femenina. Por el contrario, reiterativa de la jerarquía masculina, este estudio observó una proclividad a distribuir los ingresos como sigue, conforme a los gastos considerados fundamentales en mantenerla, como el pago de la renta, el transporte y los servicios fueron sufragados con ingresos del varón, incluso si llegó a ganar menos que la consorte. En contrapartida, el ingreso femenino se invirtió en víveres, enseres domésticos y ropa, considerados gastos *fraccionarios y menos urgentes*. Además de que un cambio de tales disposiciones hubiera obligado a las esposas a contar con una cantidad mensual y quincenal fija y en efectivo, tal condición parece incompatible con su ritmo de vida. Al involucrar la atención doméstica, la jornada femenina procuró recortar horas asalariadas y se optó por trabajos irregulares. De otra manera, cuando las consortes pudieron aceptar trabajo extraordinario, algo naturalmente procurado por los esposos, debieron rechazarlo, dado el compromiso doméstico o los celos conyugales –al respecto, resalta que la iglesia conminó a las hispanas a tolerar esta y otras inconsistencias domésticas–. Ahora bien, a partir de que la mujer asumió el pago de gastos fraccionarios, derivó ingresos propios hacia actividades lúdicas: ropa, regalos, platillos, adornos y accesorios, destinados a la convivencia. Con el tiempo, las informantes desarrollaron pericia en la administración. Sus ahorros les permitieron comprar muebles y vehículos, incluso hasta planificar el enganche de viviendas.

8. **Educación de los hijos y aprendizajes urgentes.** Dado que las normas locales vigilan que el cuidado de los hijos sea permanente, y que las escuelas monitorean la asistencia de los educandos y planifican las tareas escolares para que se realicen entre padres e hijos, en el hogar inmigrante, tales requisitos se cumplen, planificados, supervisados y desarrollados casi exclusivamente por la madre. Con base en el análisis testimonial, la experiencia participativa y la recopilación de opiniones externas, este trabajo observó una complejidad que amerita nuevas investigaciones. Insuficiente en sus observaciones, sin que ello les reste importancia, se encontró que la educación de la progenie constituye el nudo social donde se asienta un marco multidimensional de carencias que afecta a

la familia y su integración étnica, tales como la irregularidad migratoria, la falta de recursos económicos, las ausencias paternas y maternas condicionadas a trabajos flexibles, la baja autoestima de padres a hijos y entre los jóvenes, reflejo de la reactivación de estigmas sociales y de las deficiencias paterno-maternas traídas de la cultura de origen, colocan a la mujer en un plano subordinado y que, *in situ*, le reintegran *membresías de género* y la predisponen al fracaso en la adquisición de iguales aprendizajes que su papel directivo en la educación de la progenie le exige. Se trata de un círculo vicioso. Por tanto, el aprovechamiento escolar de los hijos se realizó en un marco de deficiencias diarias, observación que se perfila hacia un pronóstico externamente señalado. El hogar inmigrante no cuenta con un proyecto que estimule o visualice la profesionalización de las nuevas generaciones; tampoco se ahorra para los estudios universitarios de los hijos, pues padres y madres carecen de visión, información y recursos que los muevan a tal objetivo. Por tanto, al menos en el tiempo en que se realizó este estudio, se observó que, especialmente las jóvenes, no tenían como objetivo realizar estudios universitarios. El costo emocional de esta complejidad, en la práctica operó sobre todo entre madres e hijos. A partir de laborar más horas, en trabajos generalmente rudos, los padres se desatendieron de sus hijos y causaron la permanente inconformidad de las madres. Al hacerlas responsables de los hijos, ellas han sido duramente criticadas. Aun así, cuando la demanda de atención de la progenie compitió con las aspiraciones de aprendizaje materno –casi siempre orientado a una promoción laboral que permitiera mejorar las condiciones de la familia–, la mujer eligió atender la educación de los hijos, alternativa que exigió el dominio del idioma inglés; sin embargo, como no lo dominan, los hijos fueron los que enseñaron a la madre el idioma, para que después ella los apoyara en sus tareas escolares, lo que ha dado lugar a la deficiente formación ya referida. En síntesis, al carecer de estímulos, información, perspectivas, recursos y aplomo, el rendimiento escolar mediocre de la generación subsiguiente a la inmigración no resulta raro. Considerado típico entre las generaciones latinas, socialmente se percibe como “abandono”,

lo cual afecta la autoestima familiar y la asimilación social. Entre las madres de este estudio, convencidas de la importancia de que sus menores se preparen, se observó que hay tenacidad y disposición para lograrlo. Esta razón, colocada entre otras de índole económico, ha llevado a las madres a tolerar maltratos conyugales. Conforme a las opiniones vertidas, el hogar facilita un control más adecuado para la educación de los hijos y un mejor ambiente para su formación ética. Sin dejar de lado que la diferencia de cargas domésticas, para unas, y la flexibilidad laboral e inestabilidad económica, para ambos, provocan angustia en ellas y proclividad al alcoholismo en ellos, lo que redundará en graves diferencias conyugales y, sobre todo, en violencia doméstica; sin embargo, no resulta sencillo desmontar el sistema económico de subsistencia, por lo que la disolución conyugal se ralentiza. Sistémico, este problema requiere soluciones que rebasan a los involucrados y obligan a pensar en políticas binacionales. Pese a la reproducción de patrones que la subordinan, en el hogar inmigrante, la madre gestiona el vínculo. Esto da lugar a una antinomia. En un contexto que constriñe su movimiento, las dinámicas que derivan de sus múltiples responsabilidades y la búsqueda de contacto social le urgen nuevos aprendizajes: el dominio del idioma inglés y la facilidad para escribirlo, la información sobre la cultura local, su funcionamiento y regulación, las estrategias y medios para la localización de servicios, la habilidad para interpretar correspondencias y para elaborar trámites, la información para supervisar y coparticipar en actividades escolares y, sobre todo, la facilidad para transportarse —lo que incluye saber conducir un vehículo y tenerlo—. De tales aprendizajes, el del idioma y el manejo destacan por su importancia. Encargada de la administración doméstica, la provisión material, la atención de los hijos y de la vinculación familiar, la carencia de transporte resulta insufrible para la inmigrante. Pese a ello, en la práctica, son los varones quienes conducen, lo que da lugar a una dependencia que podría resolverse a partir de tres condiciones: saber manejar o, *querer aprender*, poder hacerlo (adquiriendo la licencia de conducir), y tener los recursos necesarios para adquirir un vehículo propio. Aunque tarde o temprano ellas

se harán conductoras, se observa que, parecido a lo que sucede en el caso del aprendizaje del idioma inglés, ellas se resisten a saber manejar, *fieles* a sus *membresías de género* –actitud reacia a otros saberes que no sean los de adscripción—. Por lo anterior, la mujer precisa trascender con una fuerza inhabitual, la reiteración de patrones simbólicamente asentados sobre el control de su desplazamiento. Conforme a los testimonios, el acicate femenino en torno a manejar un automóvil frecuentemente se detona a partir de disputas conyugales; aun así, resalta el entusiasmo con que ellas hacen valer sus deseos de aprender. En contraparte, aun cuando saber conducir beneficia el funcionamiento doméstico, resalta el poco interés mostrado por los cónyuges ante esta necesidad o decisión, e influye en condicionamientos que tienden a caracterizar a la mujer como distraída y poco disciplinada, o que reiteran el dominio del varón. En una condición que duplica su aislamiento, toda vez que le exige la vinculación social, la mujer, además de voluntad, precisa de autoestima.

Los dos grandes problemas del entorno de vida de la inmigrante mexicana son la precariedad socioeconómica y la pervivencia de moldes patriarcales. Esta investigación detectó que, en el proceso de cambio de país, se reproducen actitudes sumisas y tradicionales que *readaptan* el encierro femenino sobre la estratificación y la división internacional y cultural del trabajo propia de la ciudad global. Al reproducir la circularidad de los oficios proveídos a la inmigrante latina, la inequidad de género se reactiva. Se trata de un encierro *unidimensional* (globalizado), que requiere de *membresías especializadas*: atención doméstica, trabajo industrial, etcétera. Al contextualizar los inconvenientes que obstaculizan la emancipación de la inmigrante, este trabajo deja evidencia del grado de desesperación que atañe a las sociedades aisladas o rizomáticas, y perfila sus fronteras y umbrales de malestar, modificables solo con la intervención institucional. Si la inmigrante de origen rural tiende a portar el maltrato derivado de la desigualdad genérica, étnica o material que recibió en su México de origen, varios rasgos de este se reinscriben en el lugar al que llegan. ¿Cómo trascenderlos? Nuevas exigencias constituyen otras fronteras. Las del

destierro en cuestión no solo reproducen los hábitos de la dependencia, los dificultan. Estos solo pueden reeditarse desde una multiplicación de esfuerzos. Sobre la inmigrante pesan muchas cargas. Aun para cumplir las exigencias en las que se inserta, necesita nuevos saberes, otras fronteras. La decisión de cruzarlas implica modificar hábitos y percepciones, tarea que ella observa desde una profunda y solitaria angustia. Establecer la relación entre el hogar y el medio de recepción cuando no se tienen patrones y herramientas, a la luz de las carencias de la transterritorialidad indocumentada, implica un alto grado de cansancio emocional y físico que afecta las relaciones familiares. La alternativa del estudio y la preparación femenina, fundamental para la transformación de la circunstancia familiar, sea el aprendizaje del idioma o algún oficio que mejore la condición laboral, demanda a la inmigrante un compromiso que afectará su cotidianidad, que tensará una relación de pareja basada en el dominio varonil y que disminuirá la atención hacia los hijos. Conforme a los testimonios, los proyectos de aprendizaje no gozan del apoyo conyugal, y se libran ante una nula posibilidad de redistribuir las tareas domésticas. Apercebida de ello, la madre-esposa se obliga a comprimir sus jornadas. Estudiar o aprender a manejar, además de recursos, le demanda un tiempo de aprendizaje realizado en tensión con lo doméstico y con su jornada laboral obligatoria. Más aún, para el conflicto de la madre, transcurre en competencia con el tiempo destinado a la supervisión educativa de los hijos, los subsiguientes afectados. El impacto de las deficiencias es transgeneracional y urge atención. Aunque la búsqueda de equilibrio demanda en primera instancia mayor participación del padre en la atención del hogar y, sobre todo, en la educación de los hijos. ¿Esto puede ser posible? Sí, pero requiere una transformación de hábitos, algo que ante una economía flexible se avizora difícil. El hombre trabaja más horas que ella, en oficios extenuantes, en un ambiente proclive a estigmatizarle. Estructural, la división sexual del trabajo también le afecta a él. Si al abrirse a las nuevas dinámicas, participar o hacer participe a la sociedad sobre sus procesos familiares, la mujer transforma la representación utilitarista del migrante como trabajador y lo vincula como sujeto, su hacer evidencia una responsabilidad que debe involucrar metas institucionales. Para vincular a la familia, se debe empezar por

vincularla a ella y apoyar sus aprendizajes sobre un programa de actividades educacionales. Las investigaciones futuras deberán considerar la situación del migrante para que esta experiencia se compatibilice, de manera legal, con los instrumentos del derecho internacional en la recuperación de prerrogativas consideradas por la ONU, OIT, convenios internacionales, etcétera, desde una perspectiva de protección y fomento de la calidad de vida del trabajador internacional, que incluya perspectiva de género. La división sexual del trabajo es internacional y determina la reproducción de patrones culturales. El Gobierno mexicano debe asumir su responsabilidad y superar la lectura fallida en torno a sus capacidades de negociación; debe gestionar y promulgar leyes encaminadas a la protección de sus ciudadanos; debe ampliar los derechos del inmigrante, difundirlos y comprometerse en un programa de reeducación social que evite el trato de *tránsfuga*, paria, indocumentado o delincuente, ampliamente difundido sobre una migración deprimida, abusada y carente de derechos. No pueden continuar las cosas como están porque niegan cualquier principio.

Epílogo

...y tan cerca de los Estados Unidos

La reflexión final en torno a la obra que aquí se ha presentado principia con una conclusión general, misma que enmarca la situación migratoria en sus porqués y cómo, dando preferencia a los tratamientos de género alrededor de las recién llegadas que resultan útiles para comprender su precarización. Para enfatizar en ello se retoman algunos puntos ya expuestos e interpretados a la luz de las consecuencias de la pandemia y finalmente abordar algunas proyecciones que se dejen como pendiente para futuras investigaciones.

La articulación soterrada e inequitativa en que la mujer migrante recién llegada o indocumentada se inserta en el gran sistema, funciona estructural y reiterativamente fincada sobre los moldes tradicionales en que se sustenta lo femenino que la migrante latinoamericana trae consigo. Tal disposición permite modos delimitados útiles a la reproducción de tareas estratégicas desde los frentes laborales del sector productivo y de servicios. Sobreviviendo a base de salarios magros, ellas proveen la atención y cuidados que permiten la disponibilidad de los trabajadores que habrán de acudir a la empresa (reproducción ampliada), ocupándose también de las tareas del cuidado familiar y extrafamiliar, así como de la administración de los sistemas de consumo y mantenimiento de los hogares propios y ajenos.

Lo anterior puede apreciarse con mayor precisión cuando nos introducimos en los espacios urbanos más íntimos, es decir, en las casas de los barrios y suburbios, que las migrantes como empleadas de lo doméstico construyen su diaria subsistencia, movilizándose y formando parte activa dentro de un entramado clasista. Los tratamientos genéricos con los que ella reproduce su vida, aparentemente autónomos,

resultan manipulables desde un régimen económico patriarcal que parece tolerarlos, pero que en realidad los explota en su propio beneficio. Desde esta perspectiva, el sistema de relaciones familiares que la migrante funda o del que se rodea, pervive sobre una división sexual de trabajo que así sobrelleva las inequidades inherentes a la vida del emigrante, incluidas las que debe soportar el varón en codependencia con ella.

Aquí debe resaltarse cómo desde tal arreglo, la complejidad atribuible no solo al reducto de los hogares sino al sistema socioeconómico, se difuminan ocultando inequidades específicas que ella maneja con grandes esfuerzos. En otras palabras, si en un giro encomiable la migrante mexicana -y en general la migrante latinoamericana- ha derribado los muchos obstáculos hasta llegar a la fundación de los llamados *hogares orquídea*, ha proveído con ello un nicho institucional e instituyente para encauzar el destino migratorio del espacio desposeído a un proyecto socialmente integrador, historizado y dignificante. Tal logro es una conquista que disputa múltiples dificultades y barreras, por lo que urge al llamado a deconstruir los modos y las formas por los cuales se genera su subsunción que se inserta desde aspectos genéricos precarizado, además de que precisa deconstruirse sobre contextos de verdadera equidad como los laborales, sociales o económicos. Tal meta es imposible en tanto no haya una comprensión precisa, visibilizatoria y socializada de su problemática. Superar tales dificultades e inscribir un modo de vida, acorde a las políticas de género que la rodean pero que parecen no alcanzarla es, sin duda, un paso ineludible.

TRAMAS DE REITERACIÓN, QUE ACTUALIZAN TRATAMIENTOS DE GÉNERO

La emblemática franja territorial México-Estados Unidos conforma el corredor migratorio más grande del mundo. Allende su constitución, su vecindad se finca sobre una desigualdad económica persistente, cuyas dinámicas se reinciden sobreponiéndose a etapas como la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), la Guerra Fría (1947-1991), el 11 de

septiembre de 2001 o la pandemia de 2020. El sur acude por la necesidad de trabajo y el norte aprovecha e incluso demanda su mano de obra flexibilizándola. En este contexto y con esta dinámica el migrante tributa la riqueza que su labor produce hacia su país de origen, pero también al de arriba.¹ Así, por ejemplo, California, Texas y Florida, no solo encabezan la lista de las fuertes economías estatales norteamericanas sino que siguen siendo el destino migratorio recurrente.² Solo en California durante el 2020 se contabilizaron 11 millones 423 mil 146 migrantes, calculando en casi una cuarta parte el número de quienes carecen de documentos legales. Asimismo, en su informe de 2022 sobre el flujo migratorio y las remesas, la Cámara de Diputados de México refrenda que las históricas asimetrías salariales entre México y la Unión Americana siguen ampliándose. En tal fenómeno, hoy destaca un éxodo migratorio hacia el norte, inusual pero creciente, desde dos polos económicamente significativos del país: la Ciudad de México y

¹ Para 2020 la población de origen mexicano viviendo en EE. UU, ascendió a 38.8 millones de personas: 13.5 millones de tercera generación, 13,8 millones de segunda generación y 11.5 millones inmigrantes, de los cuales. CONAPO-BBVA.21 calcula que para 2021, la presencia de personas nacidas en México y que han emigrado a E.U., aumenta a 12 millones y, que el 53.2% son varones y, 46.8 %, es decir 5 millones 382 mil, son mujeres. Cámara de diputados, LXV Legislatura, 2022, El flujo migratorio México-Estados Unidos y la captación interna de remesas familiares. SAE-ASS-1022 JULIO/2022. Inmujeres, año 7, boletín número 8, agosto del 2021, <http://cedoc.inmujeres.gob.mx/documentos>

² Que los estados económicamente más relevantes de la Unión Americana sean los que registran mayor afluencia migratoria no es casual, la mano de obra migrante presente en las grandes urbes posibilita la depreciación de los salarios que acepta, los más bajos, al tiempo que complementa una división del trabajo que permite al sector financiero y de negocios y en general a la clase de cuello azul, dedicar su tiempo a las transacciones comerciales y financieras, dejando a este sector labores primarias estratégicas para la economía: agricultura, minería, procesamiento industrial y, servicios, generadoras a su vez del PIB nacional y que, dicho sea de paso, inscriben la fuerza laboral migratoria allí donde los trabajos demandan mayor energía y esfuerzo físico. Consulte:

<https://www.bls.gov/cps/cpsaat11.htm>,

<https://data.census.gov>,

el Estado de México, que antes eran receptores, hoy ven emigrar a su población.³

Pero si los varios problemas socioeconómicos que México padece encuentra explicaciones razonables en la corrupción o la violencia criminal, aumentan con la dependencia económica hacia Estados Unidos, y sumada a la recesión desencadenada por la crisis sanitaria de la pandemia, ha intensificado la desigualdad no solo en México sino en todo el mundo. Como es de esperar, la población más pobre ha sido la más afectada, en contrapartida las ganancias agregadas a las arcas de los millonarios del mundo han florecido espectacularmente. Un informe de OXFAM (2023)⁴, revela que el 2020 trajo consigo una escalada de precios en alimentos y energía, operando como un incremento de riqueza a las cuentas más acaudaladas: “las pérdidas de ingresos del 40% más pobre de la población mundial duplicaron a las del 20% más rico”.

Aquí debe resaltarse que ni el impacto económico de la pandemia ni su amplio y mortal margen de contagio, lograron detener el esfuerzo y compromiso de los hombres y mujeres migrantes, pues ellos y ellas sostuvieron los gastos de las familias en dos naciones. En tal sentido, un comportamiento excepcional fue que durante la crisis sanitaria del 2021, en plena recesión, los flujos de remesas alcanzaron máximos históricos: en el 2020, fueron enviados a México 40 mil 604 millones de dólares, incrementándose para el año 2021 a 51 mil 587 millones de dólares (Cámara de Diputados, *Op. cit.* 2023: 86).⁵

³ Cámara de diputados, LXV Legislatura, 2022, El flujo migratorio México-Estados Unidos y la captación interna de remesas familiares. SAE-ASS-1022 JULIO/2022.

⁴ De acuerdo con dicho informe, resulta impostergable fiscalizar a las clases pudientes pues, de cada 100 dólares de la riqueza generada en los últimos 10 años, 54,40 dólares han ido a parar a manos del 1% de la población, mientras que el 50% más pobre solo ha percibido 0,70 dólares. Véase: La ley del más rico. Gravar la riqueza extrema para acabar con la desigualdad. Informe de OXFAM, enero 2023, <https://www.oxfam.org/en/research/la-ley-delmas-rico> elaborado en

⁵ La caída del empleo provocado por la emergencia del Covid-19, trajo consigo un desplome de recursos económicos a nivel mundial, en California, por

Por su parte, los efectos del Covid-19 golpearon fuertemente a la Unión Americana, colapsando la producción industrial, los mercados, las finanzas, “interrumpiendo más de una década de crecimiento económico”.⁶ Como una medida de emergencia su población experimentó las dificultades de un confinamiento forzoso. A pesar del desplome laboral, de los elevados índices de contagio, la pérdida de vidas o la vulnerabilidad a que sometió el contacto, los sectores productivos, comerciales y de servicios, específicamente aquellos que permitían preservar la vida y la salud, se obligaron a proveer sobre todo artículos sanitarios y alimentos. Si las cadenas de producción quedaron detenidas, la agroalimentaria debió continuar sostenida en sus tareas básicas por mano de obra migrante.

Tal circunstancia tuvo que ser reconocida al punto de que, en un hito memorable, el entonces presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, revirtiendo su notorio discurso anti inmigrante, declaró que los jornaleros agrícolas, la mitad de ellos indocumentados, eran trabajadores esenciales, llamados así por ser indispensables y por estar allí, en el “frente”, junto con especialistas de la salud de los hospitales. Por esos días cesaron las redadas migratorias internas, acotándose solo a quienes se considerarán específicamente peligrosos.⁷

ejemplo, el riesgo de perder las viviendas por falta de liquidez para saldar las rentas, fue un verdadero reto, múltiples organizaciones se movilizaron para poner en marcha estrategias diferidas de pago y, en el caso de la comunidad migrante, aun si tuvo que salir a vivir a sus automóviles, no dejó de hacer sus envíos. *Cfr.* Pintor R., Bojórquez-Luque J. El impacto económico de las remesas en el ingreso de las familias mexicanas en la encrucijada del Covid-19. Facultad de Estudios Internacionales y Políticas Públicas, Universidad Autónoma de Sinaloa/Universidad Autónoma de Baja California Sur, México, año 5, No. 10 Julio-diciembre 2020. Año 5 No. 10, julio-diciembre 2020., pdf electrónico. Véase También: <https://www.sandiegouniontribune.com/en-espanol/noticias/ut-espanol/articulo/2020-09-08/los-inmigrantes-duramente-afectados-por-la-pandemia-estan-enviando-aun-mas-dinero-a-mexico> <https://www.dallasnews.com/espanol/al-dia/noticias/2022/02/18/remesas-salvan-a-casi-1-millon-de-caer-en-pobreza-en-mexico/>

⁶ Véase: Informes Covid-19, en la Economía de los Estados Unidos y respuestas de política, CEPAL, Naciones Unidas, agosto 2020.

⁷ Véase: Alarcón, R., Ramírez, T., Esenciales pero vulnerables: trabajadores

COVID-19 Y ROLES PREVISIBLES: INVISIBILIZADA Y BAJO PRESIÓN, LA MIGRANTE SEGÚN EL INFORME GEPI

De enorme importancia resulta destacar que, asumiendo el riesgo del contagio, las mujeres migrantes no solo se hallaban cultivando los campos o empacando frutas o carne. Miles de ellas también acudieron a limpiar hospitales, preparar alimentos -además de los de su casa-, cuidar a niños y adultos mayores o fabricar cubrebocas, productos sanitarios que alcanzaron una estratosférica demanda.⁸ Su labor destacó en el área productiva pero también en la de servicios, coloquialmente denominados “de piel”, pues tanto sus habilidades como la *demand*a de las mismas, signadas por un componente de género que acentúa el rol del cuidado, resultaron fundamentales ante la emergencia sanitaria.

Profundizar este aspecto enlaza hasta nuestros días la temática de los *hogares orquídea*, permitiendo constatar su vigencia. Lo que este

agrícolas mexicanos ante la pandemia del Covid-19 en Estados Unidos, en: Mexican Studies/Estudios Mexicanos, vol. 38, Issue 1, Winter 2022, pages 114-139 ISSN 0742-9777, Electronic ISSN 1533.8320.

⁸ En agosto del 2020, en California la muerte de cuatro trabajadores y más de 300 personas contagiadas en una empresa de costura, ocupo encabezados periodísticos. La empresa *Los Angeles Apparel*, con mayoría de trabajadoras mujeres, tuvo que cerrar sus puertas por orden del condado. En este punto valga hacer notar que en 2021 se registraron 438 mil muertes por Covid, y que estas tuvieron su mayor numero en los estados de California, Texas, Florida, Nueva York y Nueva Jersey, estados económicamente destacados, con elevada presencia migrante. n Alarcon R., Ramirez T. (*Op. cit.*, 2022). Véase: La Opinion, agosto 11 del 2020. Workers vanished as coronavirus swet throught L.A Apparel, coleagues struggles for answers.

<https://www.latimes.com/california/story/2020-07-17/la-me-la-apparel-outbreak-safety-protections>

Leilla Miller, Julio 13 2020, Los Angeles times en español, Brote de coronavirus golpea a *Los Angeles Apparel* con más de 300 infecciones y cuatro muertes de empleados.

<https://www.latimes.com/espanol/california/articulo/2020-07-13/brote-de-coronavirus-golpea-a-los-angeles-apparel-con-mas-de-300-infecciones-y-4-muertes-de-empleados>.

libro ha detallado es la relación entre la construcción y el manejo del hogar, así como el ejercicio laboral de la migrante, especialmente la indocumentada. Acontece sistémicamente inequitativo, mediando en ello invisibilidad y cargas de género que exacerban sus dificultades de subsistencia, así como la realización de tareas trascendentes en un sentido amplio, lo cual fue una suerte de notable reiteración durante la emergencia del Covid-19.

Aún cuando la perspectiva que aquí se recupera no toma el espectro del manejo interno del hogar, sí permite relacionar no solo cualitativamente, sino cuantitativamente los roles documentados a través de la historia de quienes podríamos llamar “las madres de la generación *dreamer*”, junto con su problemática y limitantes que siguen afectando a las recién llegadas. Si se toma por caso el perfil poblacional denominado *Indocumentadas y esenciales* elaborado en el 2022 por el *Gender Equity Policy Institute* (GEPI),⁹ se extraen cifras y conclusiones que permiten afirmarlo. Tal documento revela cómo durante la pandemia, los arreglos laborales genéricamente designados, la invisibilización sistémica de las condiciones en que se realizó el significativo aporte de la indocumentada y cómo las cargas domésticas y de cuidado fueron asumidas por ella.

Como punto de partida, la investigación desagrega que la destacada participación de estas constituye un 45% del total de la mano de obra indocumentada del Estado de California, enfatizando que la contribución de estas mujeres, cuyo estatus legal les relega a “vivir en las sombras”, sigue sin ser considerada ni por sus circunstancias específicas, ni por las difíciles condiciones en que se realiza. El trabajo en cuestión, constata en cifras la persistencia de un tratamiento: el registro de la participación de estas mujeres *su vida, trabajo y aspiraciones*, se caracteriza por una interpretación que las difumina como sector:

⁹ Vega V. Natalia, Clott Alec, and Cohen Nancy L., “Undocumented and Essential: A Profile of Undocumented Women in California,” Gender Equity Policy Institute, February 2022. Zenodo. <https://doi.org/10.5281/zenodo.5949017>

...cuando los medios y los políticos discuten los retos migratorios, los inmigrantes de los que hablan tienden a ser hombres. Con hombres como norma, las experiencias particulares y las preocupaciones de las migrantes son ignoradas” (GEPI, *Op. cit.*, 2022:2).¹⁰

Así, en el trabajo se reitera cómo la migrante enfrenta dificultades que interceptan su condición de género, como el hecho de que ganen solo 49 centavos por cada dólar que percibe un varón caucásico, que reciben menos pago por los mismos trabajos que el que recibiría otra mujer de estatus regular, que viven con “bajos ingresos y altos niveles de pobreza”, que registren bajo acceso a servicios médicos o aseguranzas o que lidian con uno de los gastos más pesados: el pago de renta (70% de su ingreso) pues difícilmente poseen una casa. (GEPI, *Op. cit.*, 2022:2).

Mas aún, a partir de los datos proporcionados, se colige el destacado rol de la indocumentada durante la pandemia, empleándose sobre todo en labores de limpieza (hasta en un 90%). Su ocupación siguiente es la agricultura y de allí en ocho tipos más de empleo: cocineras, cajeras, conserjes, empacadoras, cuidado de adultos y niños, meseras, vendedoras. (GEPI, *Op. cit.*, 2022:10)¹¹ Así, ella no solo acudió a trabajar a los campos agrícolas, a las áreas comerciales o los centros de producción, sino que rindió su esfuerzo alrededor de las tareas del cuidado de los enfermos de la familia, algo que aquí es resaltado como la atención prodigada al núcleo doméstico y preponderantemente femenino. Por otro lado, si las casas prescindieron de los jardineros varones, el trabajo de sanitización y limpieza de hogares operó al máximo, demandando una labor que la migrante desempeña por excelencia. Las mujeres migrantes, indocumentadas, se ocuparon en gran medida del aseo de los espacios, para librarlos del Covid, en el momento en que más era requerido.

¹⁰ But when the media or politicians discuss America’s immigration challenges, the immigrants they talk about tend to be men. With men as the norm, women’s distinctive experiences and concerns are ignored. (*Op. cit.* GEPI, 2020:2), traducción para este documento, por Rosalinda Martínez.

¹¹ Estas mujeres conforman un grupo de más de un millón de personas, 57% de ellas, originarias de México.

Tan significativa participación, sometida a las dificultades que la migrante lidia al abarcar el amplio espectro de tareas de la constructora de hogar, tuvo que reducir sus horas de trabajo pagado, un aspecto digno de análisis y que futuros estudios tendrán oportunidad de documentar, pudiendo observar un indicador también puntualizado en esta obra. Como lo registra el GEPI, no solo ellas sino un sector más amplio de mujeres de ascendiente latino debió dedicar mayor tiempo al desempeño de las tareas domésticas de sus hogares y al cuidado de la salud de la familia, lo que impactó sus horas de trabajo pagadas.¹²

TAREAS PENDIENTES

El estado de California concentra una gran cantidad de empleadas domésticas y en ello se cumple uno de los roles vertebrales de inserción de la migrante recién llegada: el trabajo de limpieza como habilidad de género. Ya se ha dicho que esta rama laboral opera desde una problemática particular y que no logra erradicarse: robo de salario, condiciones de riesgos de salud, horarios de trabajo abusivos, entre otros; que este tipo de empleos subsistan carentes de supervisión legal, partiendo de contratos laborales imprecisos y coloquiales por los que los patrones aprovechan la necesidad de empleadas temerosas que ignoran la ley, permite entornos que lindan en condiciones de esclavitud moderna. Por los modos en que cambia y se actualiza para hacer persistir los abusos, la documentación de este rubro es uno de los pendientes, siendo justo señalar el esfuerzo de varias organizaciones sociales abocadas a promover el empoderamiento en la negociación de contratos de trabajadora a empleador, la

¹² A report by the UCLA Latino Politics and Policy Institute found that, during the pandemic, Latinas spent significantly more time caring for family members and performing domestic labor and significantly less time in paid work. Pressed by responsibilities at home and the collapse of already insufficient support for working parents, California Latinas involuntarily exited the workforce. (GEPI, 2022: 6).

socialización de sus derechos laborales y el conocimiento sobre las leyes que las protegen. Aún así, son pocas las asalariadas que llegan a manejar derechos e información.¹³

¹³ De hecho, importa resaltar que, pese a su importancia económica, el trabajo doméstico no ha sido considerada por el *Occupational Safety and Health Administration* (Administración de Salud y Seguridad Ocupacional) OSHA. Al ser aislada, la domestica enfrenta problemas de visibilidad, decir que se requiere politización y seguir escribiendo sobre el tema, con mayor riqueza, implica que la explicitación problemática incluya las voces de la propia trabajadora, quien conoce los detalles de este modo de trabajo. Vease: <https://www.dol.gov/agencies/whd/español>
<https://www.osha.gov/laws-regs/regulations/standardnumber/1975/1975.6>
<https://www.nlr.gov/guidance/key-reference-materials/national-labor-relationsact>
<https://www.dir.ca.gov/dosh/doshreg/house-domestic/advisory-comm.html>
<https://www.dir.ca.gov/dosh/doshreg/House-Domestic/Policy-Recommendations-Draft-SB321.pdf>

Bibliografía

- Andersen, W. (1997). *Familias purépechas en el sur de Illinois: la (re)construcción de la identidad étnica*, Carbondale: Southern Illinois University Press.
- Abbagnano, N. (1974). *Diccionario de filosofía*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Adams, W. P. (2005). *Los Estados Unidos de América*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Aranguren, J. (1994). *Ética*. Madrid: Trotta.
- Ariza, M. (2000). “Género y migración femenina: dimensiones analíticas y desafíos metodológicos”, en Barrera, D. y C. Oehmichen (comps.), (2000). *Migración y relaciones de género en México*. México: UNAM, Gimtrap.
- Arizpe, L. (1975). *Indígenas en la Ciudad de México. El caso de las “Marías”*. México: SEP.
- Aron, R. (1987). *Las etapas del pensamiento sociológico*. II. Buenos Aires: Ediciones Siglo Veinte.
- Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales (Avancso) (1995). *Trabajo y organización de mujeres*. Guatemala: Avancso-CED.
- Badillo, M. (comp.) (2009). *Morir en la miseria*. México: Océano.
- Barrón P. y L. Sifuentes (1997). *Mercados de trabajo rurales, estudios de caso y metodologías*. México: Facultad de Economía UNAM.
- Bartra, A. (2003). *Cosechas de ira. Economía política de la contrarreforma agraria*. México: Ítaca.
- Bauman, Z. (2009). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2008). *Tiempos líquidos, vivir en una época de incertidumbre*. México: Conacyt-Tusquets.
- Baz, M. (2000). *Vicisitudes del cuerpo femenino, un estudio sobre la mujer y la danza*. México: PUEG, UNAM, Miguel Ángel Porrúa.
- Beck, U. (2008). *¿Qué es la globalización?* Barcelona: Paidós.
- _____ (2006). *La sociedad del riesgo*. Barcelona: Paidós.
- Benjamin, T. (1995). *Chiapas. Tierra rica, pueblo pobre*. México: Grijalbo.
- Benzing, H., D. (1990). *Vascular Epiphytes, General Biology and Related Biota*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Berger, P. (1968). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Beriain, J. (Comp). (2007). *Las Consecuencias perversas de la modernidad*. Barcelona: Anthropos.
- Beristáin, H. (2000). *Diccionario de retórica y poética*. México: Porrúa.
- Besserer, F. (1999). *Sentimientos (in) apropiados de las mujeres migrantes: Hacia una nueva ciudadanía*. México: UAM Iztapalapa.
- Biblia Latinoamericana (1995) *Corintios I* 11.3, 7, 9, 10. España: Editorial Verbo Divino.
- Bolaños B. (2000). *Mano de obra femenina y producción de flores en México: El caso de Visaflor y Coxflor* (tesis de posgrado). México: Departamento de Sociología Rural, UACH.
- Bonfil, G., B. (2006). *México profundo. Una civilización negada*. México: De Bolsillo.
- Bourdieu, P. (2012). *La distinción*. Madrid: Taurus.
- _____ (2010). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- _____ (2009). *El sentido práctico*, México: Siglo XXI editores.
- _____ (2007). *El oficio del sociólogo*. México: Siglo XXI editores.
- _____ (2003). *Contrafuegos*. Barcelona: Anagrama.
- _____ (1990). *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.
- Bustamante A., J. *et al.* (1998). "Mexico to U.S. Migrant characteristics from Mexican data sources" y "Mexico to U.S. Migrant characteristics from Mexican data sources", en *Research Reports and Background Materials. Vol. 2*. Washington D.C.: Mexican Ministry of Foreign Affairs-US., Commission on Immigration Reform. Washington D.C., Morgan Printing.
- _____ (1985). "El espalda mojada, informe de un investigador participante", en Tino Villanueva (comp.) *Chicanos*. México: UNAM.
- Brooks, D. (2001). "Estados Unidos descarta conceder amnistía incondicional a tres millones de indocumentados", en *La Jornada*, 25 de julio del 2001.
- Cano, A. (2013). "Falso lo que en México creen sobre la reforma migratoria: Uno de los latinos más influyentes", en *La Jornada*. 19 de junio.
- Capote, C., Z. (1992). *Discurso biográfica y relaciones de género*, México: Colegio de México.
- Castells M. (2001). *La era de la información, economía, sociedad y cultura en La sociedad red, I*, México: Siglo XXI editores.
- _____ (2001). *La era de la información, economía, sociedad y cultura. II*, México: Siglo XXI editores.
- Carson, J. y D. Brooks. (2003). "Wal Mart acusada de contratar a indocumentados", en *La Jornada*. 24 de octubre.
- Castillo M. (1995). "Migración, mujeres y derechos humanos su presencia

- en la migración y la industria maquiladora”, en Barceló, P. y C. Sánchez, *Diversidad étnica y conflicto en América Latina. Organizaciones Indígenas y Política Estatales. 1*. México: Plaza y Valdés.
- Cazarez F. (2001). *A report to the City of Santa Clarita*. Department of Planning and Building Services, Santa Clarita Ca.
- CBDG Programa (2001). *Reporte de trabajo del Centro Comunitario*. Santa Clarita Ca., en Convención de Belém Do Pará y su Estatuto de Mecanismo y Seguimiento (2007). Convención Interamericana para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra la mujer, México: SER, UNIFEM, PNUD.
- CBDG Programa (2001). *Reporte de trabajo del Centro Comunitario de Santa Clarita. Year end Granted Performance Report 2000-2001*. Santa Clarita Valley Center Service Santa Clarita Ca.
- Chossudovsky, M. (2003). *Globalización de la pobreza y nuevo orden mundial*. México: Siglo XXI editores.
- Cobo, S. (2004). *Migración circular a Estados Unidos y la movilidad ocupacional de los jefes de hogar migrantes en México (tesis de Maestría en Demografía)*. México: Colegio de México.
- D'Aubeterre, B., M. (2005). *Así es como nos acomoda vivir aquí. Migración femenina y formaciones domésticas de transmigrantes poblanos asentados en Los Ángeles*. México: Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, BUAP.
- _____ (2000). “Mujeres y espacio social transnacional, maniobras para renegociar el vínculo conyugal”, en Barrera, D. y C. Oehmichen (comps.). *Migración y relaciones de género en México*. México: UNAM, Gimtrap.
- _____ (1991). *Tiempos de espera: migración masculina, ciclo doméstico y situación de las mujeres en San Miguel Acuexcomac, Puebla*. México: Instituto de Ciencias y Humanidades de la Universidad de Puebla.
- Daix, P. (1969). *Las claves del estructuralismo*. Argentina: Ediciones Calden.
- Deleuze G. y F. Guattari (1977). *Rizoma*. Madrid: Ed. Pre-textos.
- Desmarais, B. (2000). *El lenguaje secreto de las flores*. Barcelona: Ed. De Vecchi.
- Donato M., K. (1993). “Current trends and patterns of female migration, evidence from Mexico”. *International Migration Review*. Número 27, enero. 93 pp.
- Durand, J. (2007). *Braceros. Las miradas mexicana y estadounidense. Antología (1945-1964)*. México: Miguel Ángel Porrúa, Universidad de Zacatecas.
- _____ (1998). *Política, modelos y patrón migratorios. El trabajo y los trabajadores mexicanos en Estados Unidos*. México: El Colegio de San Luis.
- _____ (2001). “Mexican immigration to the United States, continuities

- and changes; research, report and notes". *Latin American Research Review*, vol. XXXIV, enero 2001.
- Escobar, L., A. *et al.* (1998). "Factors that influence migration", en *Research Reports and Background Materials*. Vol. 2. Washington D.C.: Mexican Ministry of Foreign Affairs-US., Commission on Immigration Reform. Washington D.C., Morgan Printing.
- Farah, G., M. (2012). *Bienvenidos al infierno del secuestro. Testimonios de migrantes*. México: CNDH.
- Fieldhouse, D. (1984). *Los imperios coloniales desde el siglo XVIII*. Historia Universal, vol. 29. México: Siglo XXI editores.
- Flores, G., E. (2008). *Propagación in vitro y caracterización molecular de orquídeas epifitas mexicanas* (tesis en Horticultura). México: Departamento de Fitotecnia, UACH.
- Gabilondo, A. (comp). (1994). *Hablar y dejar hablar (sobre racismo y xenofobia)*. Madrid: Ed. Canto Blanco, Universidad Autónoma de Madrid.
- Chapa de Santos M. E. (1975) *Introducción a la lógica y nociones de teoría del conocimiento*. México: Kapeluz Mexicana.
- Geertz C. (1998). "Géneros confusos. La refiguración del pensamiento social", en Clifford G. *et al.* *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Barcelona: Gedisa.
- Giddens, A. (2006). *Sociología*. Madrid: Alianza Editorial.
- Goffman, I. (2007). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gómez-Quiñones J. y R. Maciel (1998). *Culture Across Borders, Political Practices and Cultural Response in the Internationalization of Mexican Labor 1890-1997*. Estados Unidos: University of Arizona.
- Gomora, D. (2012). "Tamaulipas", en *El Universal*, 8 de octubre.
- González, M., V. Salles. (1993). *Mujeres que se quedan, mujeres que se van... continuidad y cambios de las relaciones sociales en contextos de aceleradas mudanzas rurales*. México: (mimeógrafo).
- González, S. *et al.* (1995). "Las mujeres indocumentadas en la migración internacional y en la movilización transfronteriza", en: *Mujeres, migración y maquila en la Frontera Norte*. México: Colegio de México.
- Gold, L., D. (2002). *Latin-American Spanish Dictionary*. Nueva York: Random House.
- González, R., A. (2003) "Justifica Derbez el desdén de Perry a Fox", *La Jornada*, 8 de noviembre.
- Guía paisano* (2012). México: Secretaría de Gobernación.

- Heller, A. (1985). *Historia y vida cotidiana*, México: Editorial Grijalbo.
- Hernández, A., L. (1990). *La mujer migrante mexicana a Estados Unidos (1973-1983)* (tesis de maestría), México: Facultad de Ciencias Políticas, UNAM.
- Hietz P., U. Hietz-Seifert, (1994). *Epifitas de Veracruz*. México: Instituto de Ecología A.C.
- Hondagne-Sotelo, P. (2001). *Doméstica: Immigrant workers cleaning and caring in the shadows of affluence*. Berkeley: University of California.
- _____ (1994). *Gendered Transitions Mexican Experiences of Migration*. Berkeley: University of California.
- http://www.ecosur.mx/ecofronteras/ecofrontera/ecofront_18/pdf/epifitas.pdf [accesando el día 25 de mayo del 2013].
- <http://www.forbes.com>. Billionaire List. [accesando el día 18 de mayo del 2013].
- Iruegas, G. (2003). “Si no quieren pena capital, no vengán a matar niños, advierte Perry a mexicanos”, en *La Jornada*, 7 de noviembre.
- Iruegas, G. (2004). “Irrespeto al derecho ajeno”, en *La Jornada*, 17 de abril.
- Joutard, P. (1983). *Esas voces que nos llegan del pasado*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Kahne, H. y Z. Giele (1992). *Women's work and women's lives-the continuing struggle worldwide*. San Francisco: Westview Press.
- Kreuter, M., (2005) *Jardín y huertos biológicos*. Zaragoza, España: Mundiprensa.
- Lara, M. (1997). “El mercado de trabajo en la floricultura de exportación. El caso del Estado de México”, en B. A. et al. *Mercados de trabajo rurales en México, estudios de caso y metodologías*. México: Facultad de Economía. UNAM.
- Larson, R., (1980). *Introduction to floriculture*. Carolina del Norte: University Academic Press.
- León, E. (ed). (2009). *Los rostros del otro. Reconocimiento, invención y borrado de la alteridad*. Barcelona: Editorial Anthropos.
- Lefebvre, H. (1983). *La presencia y la ausencia. Contribución a la teoría de las representaciones*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ludger P. (2000). “Una nueva cara de la migración globalizada: el surgimiento de nuevos espacios sociales transnacionales y plurilocales”, en *Migraciones y mercados de trabajo*, vol. II., 3 de enero-junio, México: Plaza y Valdés.
- Maecelli E., A. Cornelius (2001). “The changing profile of mexican migrants to the United States New evidence from California and Mexico”, en *Research, Reports and Notes, Latin American* vol. xxxiv, núm. 3, 124 pp.

- Maier, E. (1998). *Género femenino, pobreza rural y cultura ecológica*. México: Colegio de la Frontera Sur, Potrerillos editores.
- Marcuse, H. (1968). *El hombre unidimensional*. México: Joaquín Mortiz.
- Marroni D., M. (2005). *Latin American Diáspora: Migration within a globalized world. Soñar por etapas, mexicanas, frontera y migración a E.U.* México: Instituto de Ciencias y Humanidades, BUAP.
- _____ (2000). “Él siempre me ha dejado con los chiquitos y se lleva a los grandes...”, en Barrera, D. y C. Oehmichen (comps.). *Migración y relaciones de género en México*. México: UNAM, Gimtrap.
- Mascareño, Aldo (2010). *Diferenciación y contingencia en América Latina*. Perú: Ediciones UAH.
- Massey, D. et al. (2009). *Detrás de la trama. Políticas migratorias entre México y E.U.* México: Porrúa.
- _____ (2000). “Teorías sobre la migración internacional, una reseña y una evaluación”, en *Revista Migraciones y mercados de trabajo*. vol. II, núm. 3 enero-junio.
- _____ (1991). *Los ausentes*. México: Alianza Editorial.
- Marx, K. (2010). *Manuscritos de economía y filosofía*. Madrid: Alianza Editorial.
- Michel V. H., A. (2013) “Tecnocracia en la frontera” en *Milenio*. 10 de julio.
- Moore, K. (1992). “Transcripciones, forma significado y mensaje, debates metodológicos de historia oral”, en *Antropología y fuentes orales*, vol. II, núm. 18.
- Morales, A. (1990). *Efecto del corte y la presencia de rizomas en la producción de materia en zacate Buffel (Cenchrus ciliaris L.)* (tesis de Maestría en Ciencias Agrícolas). México: Chapingo, Colegio de Postgraduados.
- Morison E., et al. (2006). *Breve historia de los Estados Unidos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mummert G. (1991). *Juntos o despartados: migración transnacional y la fundación del hogar*. México: El Colegio de Michoacán.
- Muñoz A., C. (2000). “Impacto de la migración en la estructura y dinámica de los hogares”, en Barrera, D. y C. Oehmichen (comps.), *Migración y relaciones de género en México*. México: UNAM, Gimtrap.
- Nava T., M. (2000). *Migración rural, acceso a la tierra y cambios productivos en la mixteca poblana. Estudio de caso Petlalcingo Puebla* (tesis de doctorado en Sociología). México: Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, BUAP.
- Najar, A. (2003). “Nuevo mapa de la frontera de la migración”, en *La Jornada*, suplemento especial *jornada sin fronteras*, núm. 3.

- Newby, H. y E. Sevilla (1983). *Introducción a la sociología rural*. España: Alianza Editorial.
- Pezzeu-Massabau, J. (1988). *La vivienda como espacio social*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Portes, A. (1985). *Latin Journey. Cuban and Mexican Immigrant in the USA*. Berkeley: University of California Press.
- Quer, F. P. (1985) *Diccionario de botánica*. México: Ed. Labor.
- Reynolds, G. (1992). *Santa Clarita, Valley of the Golden Dreams*. Washington, D.C.: Library Congress.
- Ricoeur, P. (1980). *La metáfora viva*. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- Rodríguez C. (1994). “Entre el mito y la experiencia vivida, mujeres jefas de familia divorciadas, separadas y abandonadas” (tesis de Doctorado en Sociología), México: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, División de Estudios de Posgrado, UNAM.
- Rubin, G. (1975). “El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo”, en Navarro M. (1998). *¿Qué son los estudios de mujeres?* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Ruiz, M., O. y L. Velazco. (1995). “Mujeres en la frontera norte su presencia en la migración y la industria maquiladora”, en González, S. *Mujeres, migración y maquila, en la frontera norte*. México: El Colegio de México, El Colegio de la Frontera Norte.
- Sabido, O. (2009). “El extraño”, en Emma León (comp). *Los rostros del otro*. México: Ed. Anthropos, unam.
- Salzinger L. (1998). “Not traditional-mexican women. Creating the local through the global” (doctoral dissertation). Chicago: Department of Sociology, Illinois University.
- Saussure, F. (2002). *Curso de lingüística general*. Valladolid, España: Ediciones Akal.
- Scherer, J. (2010). “Bienvenidos al infierno”, en *Proceso*, 27 de agosto.
- Schissel, L. (1988). *Western Women, Their Lands, Their Lives*. Nuevo México: University of New Mexico.
- Stimpson R., C. (1998). “¿Qué estoy haciendo cuando hago estudios de mujeres en los años noventa?”, en Navarro *et al*, M. *¿Qué son los estudios de mujeres?*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Szas, I. (2000). “La perspectiva de género en el estudio de la migración femenina en México”, en *Notas del Seminario Mujeres y Migración*. México, julio de 2000, Grupo Interdisciplinario Mujeres, Trabajo y Pobreza. México: Gimtrap.

- _____ (1994). "Migración y relaciones sociales de género: aportes de la perspectiva antropológica". *Estudios Demográficos y Urbanos*. Colegio De México, vol. v., No. 1, enero-abril, 129-150 pp.
- _____ (1994). "Migración y relaciones sociales de género: aportes de la perspectiva antropológica", en *Estudios Demográficos y Urbanos*. CEDDU, El Colegio de México, vol. v-XIX, núm. 1, enero-abril 1994, pp. 129-150.
- Shanti, Ku. (1993). *Female mobility and gender dimension in labour migration*. Boston: Institute for the Economic, University Development.
- Tellez, E. (2011). Informe "Generaciones de exclusión: Mexicoamericanos, asimilación y raza". Los Ángeles: UCLA.
- Tello, C. (2009). *Sobre la desigualdad en México*, México: UNAM.
- Tuñón, P., E. (1997). "La categoría género, discusiones, preguntas y nuevas propuestas", en Seminario Permanente de Género, Ecosur-Tabasco, México (mimeógrafo).
- Velasco, O., L. (1995). "La conquista de la frontera norte: vendedoras ambulantes indígenas en Tijuana", en *Apuntes sobre el taller mujeres y migración*. México: Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.
- Young, C., M. (1976). *The social setting of migration: factors affecting migration from a Sierra Zapoteca Village in Oaxaca Mexico* (tesis de Doctorado en Filosofía). Londres: University of London.
- Urbina, I., R. (2013) "Isolation. At the pinal County Jail", en *The New York Times*, 24 de marzo.
- Zapata, E. (1995). *Mujeres rurales ante el nuevo milenio*. México: Colegio de Postgraduados.

HOGAR ORQUÍDEA

*Mercantilismo y migrante latina
en Estados Unidos. Un proyecto humanizante*

Barrio latino de East New Hall, *Tijuanita*,
California, Estados Unidos
by
Rosalinda Martínez Nieves

Edited for the
Biblioteca Arte & Cultura, UNAM San Antonio
by
Miguel García Audelo

Enero 27, 2023



¿Cómo se es inmigrante? ¿Quién es? ¿Quién dice ella que es? Rosalinda Martínez Nieves analiza en esta obra el proceso de adaptación transnacional de la inmigrante, la vulnerabilidad de su condición indocumentada y el tratamiento antihumano derivado de la globalización económica. Para llevarlo a cabo, colectó testimonios y examinó las consignas genéricas que transforman el proceso de habitar el destierro, el cuidado de los otros y, sobre todo, el proyecto de *hacer hogar* que atenúa el desamparo, humaniza la migración y preserva determinadas tramas sociales. Martínez Nieves aplica una ingeniosa metáfora: el proceso *epifitótico* de las orquídeas que migran a las copas de los árboles, se instalan, adaptan y desarrollan rizomas. Al igual que las orquídeas, la inmigrante retratada en el presente estudio se aferra a un sistema ajeno y habilita un proyecto espacial. La analogía que sintetiza los procesos biológicos y sociales se complementa con la teoría filosófica del *rizoma*, y sugiere que, ante la desolación, *devenir rizoma* significa depender de la voluntad propia, única alternativa, y advierte que la construcción del hogar implica un enorme esfuerzo genérico.

Hogar orquídea es un título publicado por la Biblioteca Arte & Cultura de UNAM San Antonio que recoge elementos filosóficos, sociológicos, históricos y sociales con el fin de construir un poliedro de caras brillantes, con aristas que señalan hacia los problemas económicos, políticos y culturales de un proceso de movilidad de larga duración que explica la actual situación de los mexicanos, y los hijos de los mexicanos nacidos allá, de unos años a la fecha. Títulos como el que ofrecemos, ahora contribuyen sustantivamente no solo a la comprensión del acto migratorio en todos sus sentidos, y este, en particular, aporta una visión específica que invita a los que tienen las competencias a que se corrijan las políticas para mejorar la condición de esos connacionales en una tierra donde se sienten, por lo general, extranjeros y en la que tratan de reproducir, mediante la memoria, la imagen más bella de la patria que los vio nacer.



UNAM
SAN ANTONIO



Biblioteca
Arte & Cultura
UNAM San Antonio



FORO INTERNACIONAL DE ESTUDIOS
DE GÉNERO Y DIVERSIDAD
UNAM SAN ANTONIO